Fernando Patxot

LAS RUINAS DE MI CONVENTO

CLÁSICOS DE HISTORIA 517

FERNANDO PATXOT

LAS RUINAS
DE MI CONVENTO

Madrid-Barcelona 1851
https://www.cervantesvirtual.com/obra/las-ruinas-de-mi-convento/

Tercera edición
Madrid-Barcelona 1858
https://books.google.es/books?id=5tFQAAAAcAAJ&hl=es

CLÁSICOS DE HISTORIA 517

ÍNDICE

Advertencias

Al hablar de algunos tristes sucesos contemporáneos, el autor ha procurado describirlos sin hiel, suavizando el dolor de sus recuerdos. Ha hecho más. Temeroso de que casi maquinalmente hubiese trazado su pluma algún rasgo impropio de la mansedumbre cristiana, nos hizo solicitar para su manuscrito la revisión diocesana, que recayó en uno de los más ilustrados y virtuosos censores de este obispado. El revisor la leyó detenidamente, y opinó bien de ella, y por tanto se obtuvo una autorización respetable. Mas, si a pesar de todo, nos ha dicho el autor, se hubiese deslizado en ella alguna palabra dura o malsonante, téngase por no escrita. y no la tome nadie por hija de un mal deseo, sino por uno de los muchos lunares inevitables en las obras de los hombres.

A esta advertencia, sugerida por el autor, no es forzoso añadir otra.

Muchos son los señores suscriptores que han manifestado deseos de ver en la portada de esta obra el nombre de su autor. Sentimos en el alma no poder complacerles. Siempre que hemos probado a vencer en este punto la repugnancia del autor, nos responde con estas palabras: «¿Qué es un nombre más o menos en el inmenso catálogo de los escritores que han dado el suyo a la prensa? El mío está en el alfabeto, y yo no soy más que un cadáver vivo. A muchos le es grata la abundancia de luz; a mí me deslumbra.»

Prólogo

¿No le será lícito al pobre religioso, arrojado de su retiro, recordar sus amarguras y sus consuelos, antes que el tiempo acabe de secar su semblante macilento y sus manos descarnadas?

No tema nadie que para hacer oír mis quebrantos demande a las imprecaciones sus acentos de ira. Pero desterrado de una mansión en la que había encontrado la paz del alma, separado de unos hermanos adoptivos que me habían indicado los linderos de la bonanza en medio de los más bravos temporales de la vida, y habiendo visto entregada a las llamas mi solitaria morada, y cubierto de escombros aquel claustro que formaba mis delicias, ¿puede parecer extraño que mi corazón suspire por el bien que le ha sido arrebatado? ¿No soy hombre acaso, sujeto por tanto al soplo de aquellas brisas misteriosas que son las tristezas del alma?

La relación que publico hará ver si he sido también juguete de las pasiones devoradoras. En ella trazo los días puros de mi infancia, las ilusiones fatales de mi juventud, los extravíos de mi imaginación, y la necesidad que tenía de encontrar un albergue en cuyas puertas se estrellasen los rompientes mundanales. Lo encontré en un convento. El ambiente que en él respiré fue un bálsamo para mi corazón llagado. Mis tristezas pasadas, envueltas en una nube de esperanzas inefables, fueron perdiendo la hiel que les daba la sutileza de un veneno, y se convirtieron en aquella dulce melancolía que es la madre de la compasión y de la ternura. Yo me sentía tan feliz como puede serlo el hombre en ese globo de algunos grados de circunferencia que él llama su patria.

De repente la Providencia en sus inescrutables designios permitió que el hierro y el fuego del siglo se volviesen contra los retiros que el anonadamiento de las iras humanas ofrecía a los mismos hijos del siglo; viviendas abiertas para todos, en las cuales bastaba entrar para ser recibido, y donde a los que llamaban a la puerta no se les pedía limpieza de sangre, sino únicamente dolor y caridad. Quince años han pasado, y aun me parece que tengo delante aquella desolación terrible. Yo vi a unos desgraciados, a quienes cegaba el furor, complacerse destruyendo aquellas moradas por las que sus hijos suspirarán en vano: navegantes de un piélago proceloso que hacían desaparecer los puertos por los cuales clamarán mañana. Aquel espectáculo me pareció un sueño horroroso. No quise huir. Las tumbas, que creía destinadas para recibir mis huesos, dieron un asilo a ese cuerpo

que es un cadáver vivo, y acaso por la vez primera en ellas se sintieron de un corazón los latidos. ¿Es un delito haber permanecido velando junto a las cenizas de mis hermanos? ¿Hice mal recorriendo por algún tiempo a la luz de la luna aquellos desiertos corredores, aquellos silenciosos patios, aquellas profanadas aras? Mi castigo en todo caso lo llevo en los surcos de mi frente y en mi cabeza encanecida. Colocado ¡ay de mí! a las orillas de aquel abismo en donde van a desplomarse los sueños todos de la existencia, nada ambiciono, nada pido, sino que me dejen cerrar mis ojos, si es posible, junto a las ruinas de mi pobre celda.

* * *

A las anteriores líneas, escritas por el autor de esta obra, no debe añadir el editor de la misma más que dos palabras, a saber, que muchas veces tuvo que suspender la lectura del original manuscrito para enjugarse el llanto; y en algunas páginas, que respiran una noble ternura, no fue dueño de contener unos sollozos salidos de lo más profundo del pecho: tal vez porque nada conmueve tanto como lo verdadero y con sencillez expresado. El autor cuenta su propia historia, sus tiempos de borrasca, sus días serenos, y las persecuciones de que fue blanco; quiere bien a sus perseguidores, y no culpa a nadie.

Dos palabras del editor, puestas en la segunda edición de *Las ruinas* y primera de *Mi claustro*.

El editor debe manifestar que serán inútiles todos cuantos pasos se den para indagar el nombre que sor Adela llevó en el siglo. El mismo secreto que se guardó cuando fueron publicadas las memorias de fray Manuel en *Las ruinas de mi convento,* se guardará ahora. En vano los editores de la traducción alemana de *Las ruinas* afirmaron que el original español era debido a la pluma de fray Manuel de Clausans; en vano los traductores ingleses le atribuyeron al Sr. Ortiz de la Vega, y los italianos al que fue revisor de la misma obra; en vano el director de un diario español confundió al autor con el editor de *Las ruinas de mi convento*; el verdadero autor no se dio por ofendido, porque hace tiempo que arrojó lejos de sí todo linaje de amor propio.

Sólo sí hizo decir al apreciable literato M. León Bessy, traductor de la edición francesa, que no mentase autor alguno, y que estaba facultado para afirmar que eran erróneas las suposiciones de aquellos traductores; y además nos hizo prometer que no perseguiríamos ante la ley a los que reimprimieron en español sin su consentimiento *Las ruinas*, aunque lo merecían, más que por el hecho, por las innumerables erratas con que las desfiguraron, y por los nombres de autor que inventaron.

Y en verdad no sabemos cómo les cuesta a todos ellos tanto trabajo el concebir que exista en España un autor modesto. Confesamos que es la modestia una de las más raras virtudes; pero estamos muy lejos de creer que haya desaparecido de la tierra. Sor Adela la poseyó muy acrisolada, y por su voluntad expresa, y la de su sabio director, irá tal como está impresa la portada de este libro. Afánese el vulgo de los literatos en poner aureolas a sus nombres y a los de sus amigos: flaqueza es esta de la que está libre el autor verdaderamente cristiano. «Si alguna cosa, decía la inolvidable sor Adela, halláis en mi libro que os parezca buena, esta no es mía, pues me la inspiró sin duda Aquel de quien todo lo bueno dimana.»

I.
Mi patria. Mis padres. El mar y sus encantos.
El corsario y la caza nocturna. La catástrofe.

Nací en medio del mar. El Océano es mi patria. Mi padre era un navegante, y su esposa quiso acompañarle en sus viajes. No recuerdo haber sentido sobre mis mejillas los ósculos de una madre. Un año tenía yo apenas cuando ella murió. Metido en un tosco ataúd, en el que ataron un cañón inútil, abrieron a su cadáver un sepulcro en la profundidad de las aguas. Creo que por esto jamás me han arredrado las iras de los mares. Cuando mugía la tempestad, y se levantaban las olas a modo de montañas, me parecía que la espuma blanca de su cima era el espíritu de mi madre que me llamaba para que fuese a descansar a su lado.

A los seis años era yo un verdadero marino, y había tomado una afición intensa al *San Rafael*, bergantín que me vio nacer. Era nave de mucho aguante, y cuando navegábamos a bolina desahogada, y ganábamos las aguas de algún otro buque, señoreándose el nuestro con la vela, no me era dable disimular mi satisfacción, y la manifestaba con gritos penetrantes. Si a veces nos tomaba un chubasco de viento con las velas arriba, el desorden con que los marineros corrían de una a otra parte para aferrarlas, era para mí el más interesante espectáculo. Y si, no pudiendo aguantarnos a la capa, corríamos el temporal, abandonándonos a él con viento y mar en popa, llenábase mi tierno pecho de un entusiasmo inexplicable. Y cuando el chubasco se convertía en turbonada, y en medio de una negra cerrazón brillaban los relámpagos y retumbaban los truenos, nadie era capaz de separarme del palo mayor al que me abrazaba, contemplando aquella escena espantosa. Desfogado el chubasco, si quedaba el viento manejable, llevábame mi padre a su camarote, y allí pasaba entre los dos la más tierna escena. En estos momentos solemnes aprendí cómo se ama a un padre.

Apoyada mi cabeza contra su pecho, mirábame de hito en hilo, hasta que sus párpados se humedecían.

—¿No es verdad —me decía—, que querrás mucho a tu padre? Porque tu padre, ya lo ves, de día y de noche trabaja siempre por ti, únicamente por ti. Toca las arrugas de mi frente —añadía pasando por ella mi mano—; se me han abierto con la continuación de pensar en ti. Mira mis manos encallecidas. Pocos momentos de mi vida han estado ociosas para que no te faltase el sustento. Y sin embargo jamás he podido ponerte a cubierto de la miseria sino para el día de hoy, porque el de mañana le entreveo siempre cubierto de tinieblas. Pobre Manuel, ¿por qué te di el ser si no puedo darte la felicidad?

—Pero yo también trabajaré, padre —le decía yo—, y ganaré dinero, mucho dinero, y os lo daré todo, y compraremos otro bergantín, que será todo nuestro, y nos iremos lejos, muy lejos. ¿Verdad que sí?

Y dándole muchos abrazos subíame de nuevo a la cubierta.

Habíame familiarizado tanto con los vientos y golpes de mar, que ya nada me era más insoportable que la bonanza. En las calmas muertas, condensaban la atmósfera una especie de vapores blancuzcos que casi nos impedían ver las costas, por lo que decíamos que la calma engendraba la calina que se comía la tierra. La quietud uniforme de un mar sin olas nos parecía el anonadamiento del Océano.

Sólo me gustaba la calma en las bellas noches de verano. Apoyadas mis mejillas en entrambas manos, y mis codos en la borda baja de popa, meciéndome lentamente el pausado balance del buque, me extasiaba mirando los rieles argentinos que la luz de la luna reflejaba en la superficie del agua. A veces seguía en su rápido curso a aquellos meteoros luminosos que llamábamos estrellas cadentes. Su brillo momentáneo, su carrera fugaz y su desaparición repentina en medio de los

espacios que acababan de cruzar, imprimían en mí una sensación dolorosa. La primera vez que vi la luna llena asomar majestuosamente en el horizonte, la tomé por un enorme y opaco faro. Durante unos minutos no brilló con aquella luz blanca y pura, cuyos suaves destellos son tan gratos a la melancolía, sino con el resplandor rojizo de un cuerpo incandescente. El que no ha navegado no conoce las noches ni sus astros. La magnificencia de una inmensa bóveda obscura, tachonada de estrellas centelleantes, me parecía superior en maravillas a la del horizonte del día inundado por la luz que del sol se desprende a torrentes.

Mi infancia vio, pues, lucir muchos días agitados, y algunas noches encantadas: días y noches que apenas han dejado en mi memoria algunos ligeros surcos. El único recuerdo que de aquella mi edad pura permanece indeleble en mi mente, es la catástrofe que la terminó.

Al caer de una tarde navegábamos con viento en popa cerrado cuando vi que mi padre fijaba con inquietud su catalejo en un punto del horizonte.

—Manuel —me dijo—: ¿qué ves en el mediodía cuarta a lebeche?

—Veo una montera de tope.

—No me había engañado —replicó tristemente.

Y dirigió el catalejo hacia los demás puntos del horizonte. Pero en ninguna otra parte se veía más que agua. Estábamos solos, delante de un objeto que excitaba en él la más viva alarma. Aquel punto blanco, aquella vela triangular, que sólo en los días bonancibles se larga sobre los mas altos juanetes, y cuya punta va a rematar en el tope, indicaba, atendido el viento fresco reinante, que habíamos llamado la atención de un buque enemigo.

En 1813, época de este acontecimiento, el Mediterráneo, por el que a la sazón navegábamos, era un mar inglés en que ondeaba con señorío el pabellón de la Gran Bretaña; pero no faltaban algunos arriscados marinos franceses que en naves muy veleras armadas en corso se atrevían a salir a la mar y eran el azote del comercio de aquella nación y del de sus aliados. Hasta entonces habíamos tenido la fortuna de no avistar ninguna de esas naves temidas, y sí sólo las de los cruceros ingleses que eran nuestra salvaguardia. Pero en este día, aquella vela, que se levantaba en lo más distante del horizonte, a modo de una blanca nubecilla, daba a mi padre el mayor sobresalto.

Nuestra tripulación, compuesta de diez hombres, subió a cubierta, y todos se agruparon con interés alrededor de nosotros. El anteojo pasaba de mano en mano. Algunos dudaban que aquel objeto fuese una vela, y esperaban que de un momento a otro el viento disipase el vapor blanquizco que tanto nos alarmaba. Había a bordo tres anteojos: el que usábamos comúnmente y le llamábamos el catalejo; el anteojo de noche que en medio de la obscuridad nos hacía percibir claramente los objetos aunque vueltos al revés, y por fin el anteojo de caza que casi nunca servía, el cual marcaba si el objeto mirado se alejaba de nosotros o se acercaba, y en cuyo tubo se veía una escala graduada con expresión de las millas que de nosotros distaba el objeto observado.

Mi padre me mandó que le subiese el anteojo de caza, y permaneció un buen rato observando.

—Es preciso largar todos los foques y acuartelar bien las velas —dijo al cabo de algunos minutos.

Había pronunciado estas palabras a media voz, y como si hablase consigo mismo.

Sin embargo, fueron cumplidas sus órdenes con tanta actividad que al cabo de pocos momentos navegaba ya el buque a toda vela. Los marineros conocieron que el peligro no podía menos de ser grave cuando era forzoso echar mano de los recursos postreros.

Durante media hora guardamos todos el más profundo silencio. Nuestro bergantín surcaba rápida y desembarazadamente las olas sin rendir ni ahocicar. Habíamos exigido de él el último esfuerzo, y lo hacía con brío y gentileza. Fueron aquellos momentos la realización de una lucha a muerte entre dos enemigos que por la vez primera se veían en medio de la inmensidad de los mares. En mi interior pedía alas a los vientos, no tanto para escapar de aquel peligro, como para que nuestro buque saliese triunfante en lo velero. La estela que éste dejaba en la superficie del agua,

formaba una línea recta en la que no se percibía cerca ni lejos el menor serpenteo. Nuestro timonel cumplía perfectamente con su deber. Pero, prolongando con la vista la línea recta de nuestra estela, desde su último copo de espuma, aparecía a lo lejos sin desviarse un punto aquella vela temida, señal evidente de que otro buque seguía nuestras aguas y nos daba obstinadamente la caza.

—Nos es superior en vela —dijo al fin mi padre en voz tan baja que sólo yo y el timonel pudimos oírle—: y sin embargo —añadió con amargura—, hemos hecho todo cuanto podíamos.

—La noche puede ayudarnos —observó el timonel casi sin mover los labios.

—Con semejante enemigo, no —replicó mi padre.

En esto desapareció el disco del sol como si hubiese ido a bañarse en las olas más distantes. El viento comenzó a ceder. Oíase de tiempo en tiempo el gualdrapreo de algunas velas sobre sus palos, hasta que una racha pasajera volvía a hincharlas. Mi padre prohibió a la tripulación fumar y encender lumbre. Pidió el anteojo de noche, y no perdía de vista aquella vela misteriosa que nos seguía incansable. Al cabo de una hora me entregó el anteojo, diciéndome si veía algo a barlovento, pero se lo devolví sin poder columbrar nada.

El horizonte se había abrumado. La bóveda del cielo, acelajada, no dejaba percibir el menor centelleo de las estrellas, y a poco nos vimos sumergidos en la obscuridad más lóbrega. Una brumazón espesa y rastrera se había tendido sobre nosotros, y nos impedía vernos unos a otros a la distancia de dos pasos. Ni podíamos ver a nuestro enemigo, ni era posible que él nos viese.

Mi padre tomó al momento su partido. Si continuábamos teniendo en nuestras aguas al que nos perseguía, siendo inferiores en la marcha, al día siguiente debíamos sin remedio caer en sus manos. Era necesario, pues, buscar nuestra salvación en algún otro recurso. Preparados los marineros, dio la voz de orzar a la banda. Muy pronto llevamos la proa, ciñendo el viento, en la dirección de donde venía nuestro contrario, aunque separándonos de ella por medio de un ángulo a que nos obligaba el fresco que nos venía entablado por la proa.

Es imposible pintar la inquietud que nos dominaba mientras navegando contra el viento nos acercábamos al objeto que tanto terror nos infundía. Y sin embargo era preciso no pasar muy lejos de él para que a la mañana siguiente estuviésemos fuera del alcance de su vista. La niebla era nuestra protectora. Aquella niebla que tantas veces nos había parecido incómoda, porque nos ocultaba la tierra y los rompientes, y a la que llamábamos la enemiga de los navegantes, era en este trance nuestro único amparo. Fijábamos los ojos en la obscuridad, temerosos de que se disipase ese caos amigo que nos auxiliaba en nuestra atrevida virada. Pedíamos a las olas del mar más copia de vapores que condensasen el velo que nos encubría.

Al cabo de una hora que seguíamos el nuevo rumbo, todos nos agrupamos en torno del timonel, impulsados por un mismo instinto. Según los cálculos de los marineros, formábamos entonces a una milla de distancia, y en sentido inverso, una línea casi paralela a la que debía seguir nuestro perseguidor; pocos minutos después nos alejaríamos ya por su popa, mientras él, buscándonos en opuesto rumbo, aumentaría por instantes la distancia que nos separaba. Nuestro pobre buque estuvo admirable. Obedecía al timón con el viento por el pico, ni más ni menos que antes había obedecido con el viento por la popa. Un poco inclinado a babor, en sus suaves balances y cabezadas, apenas las maderas de su casco dejaban oír unos débiles crujidos, sofocados por el ruido de la marejada que se deslizaba por nuestro estribor azotándole ligeramente.

En esto nos pareció oír ya casi por nuestra popa un rumor confuso, lejano, como de voces y movimiento de gente. Seguramente que entonces acababa de pasar nuestro enemigo, sin pensar siquiera que pudiese tenernos tan cerca. Todos retuvimos el aliento en aquel instante crítico. Aquel rumor lejano subió de punto durante unos momentos, como si el viento se complaciese en abultarle, y aun percibimos una especie de grito agudo e imperioso. Ninguno de nosotros pudo explicarle: sólo me pareció que nuestro timonel se estremecía diciendo al oído de mi padre que aquello era la voz de «orza todo.»

—No —dijo mi padre—, es imposible que nos hayan visto.

Y todo volvió a quedar sepultado en la obscuridad y en el silencio.

Durante esta cruel zozobra, nadie se había movido de cubierta. Al fin dispuso mi padre que la mitad de la gente tomase algún descanso. Habíamos hecho todo cuanto estaba de nuestra parte, y dijo que debíamos ya abandonarnos en brazos de la Providencia. Tomóme de la mano para bajar conmigo a la cámara. Ésta sólo recibía luz por las ventanas de la popa, y era preciso bajar algunos escalones para llegar a ella. La escalera era recta, y volviendo después a la derecha se entraba en la cámara.

Al entrar en ella vi a mi padre detenerse en el umbral, lívido el semblante, y fijos con espanto los ojos en algún objeto que llamaba su atención de una manera terrible. En su terror, ni acertaba a hablar ni a moverse. Su mano temblaba convulsivamente apretando la mía.

Pronto descubrí el objeto que le causaba una agitación tan extraordinaria. Pendiente del techo ardía en la cámara, de día y de noche, una lámpara de plata, delante de un hermoso cuadro que representaba al arcángel San Rafael, patrono del buque, llevando de la mano al joven Tobías. El cuadro estaba colocado entre las dos ventanas de popa. Al anochecer, y en los días de temporal, corríanse y se aseguraban fuertemente las gruesas tapaderas de estas ventanas. Pero aquella noche, por un fatal olvido, ambas ventanas habían quedado abiertas. Era probable, pues, que nuestra tentativa para salvarnos nos había acercado a nuestra perdición. Aquella luz pudo columbrarla nuestro enemigo cuando pasamos cerca de él, circunstancia tanto más temible, cuanto explicaba el rumor confuso que habíamos oído, y sobre todo aquella voz de «orza todo» que el timonel afirmaba haber percibido.

En este caso era forzoso no perder un momento para probar si acaso era aun posible alejar de nosotros una catástrofe inminente.

Recobrando mi padre su habitual imperio sobre sí mismo, atrancó en un abrir de ojos entrambas tapaderas, y subiendo a cubierta mandó virar por avante. Así despasamos el viento por la proa, y presentando al oleaje nuestro costado de babor tomamos un rumbo de bolina para formar un ángulo abierto que nos alejase de nuestro enemigo.

Sin duda éste conoció que se le escapaba una presa casi segura, y en el mismo instante disparó sus cañones de mira. Brilló momentáneamente en la obscuridad un resplandor rojizo, y retumbaron dos veces aquellas vastas soledades. Saltó en astillas un pedazo de nuestra borda de popa, y mi padre cayó aplomado a mis pies. Ni una palabra de ternura le fue dado dirigir a su hijo al despedirse de él para la eternidad.

Ya no recuerdo nada mas de aquella noche espantosa, pues caí desvanecido sobre el cadáver y sobre la sangre del autor de mis días.

El *San Rafael* se salvó, y su segundo tomó tierra junto a una villa de aquella costa para ponerme en mano de los únicos parientes que me quedaban.

II.
Mis tíos. Una villa deliciosa. Adela. El idioma de las plantas y de sus flores. Mis paseos. Mis sueños.

Huérfano, a la edad de diez años, llegué, en el de 1814, a la villa de donde eran oriundos mis padres. Fui presentado a dos respetables tíos. El uno, hermano de mi madre, era un cura digno de veneración por sus virtudes. El otro, hermano de mi padre, era un honrado propietario que con su esposa y una hija de la misma edad que yo, vivía económicamente del producto de sus escasos bienes: poseía en la villa una casa, que era su morada, en las afueras una huerta, y a media hora de distancia una viña. Los dos me recibieron con los brazos abiertos. Convinieron en que los gastos de

mi manutención correrían a cargo de mi tío paterno, y los de mi enseñanza al de mi tío materno. Instaléme pues en la casa de aquel, aunque con la obligación de ir a comer con éste todos los domingos.

Difícilmente se encontrarán dos hombres tan de bien, y tan diferentes de genio como mis dos tíos. El cura era expansivo, afable, cariñoso, indulgente con todo el mundo, y adorado de todos. Mi tío paterno era reservado, rígido en sus principios, y casi adusto en el trato. Apenas hablaba. Jamás se le oyó mandar alguna cosa a su mujer, a su hija, ni aun a su criada. Hacía un gesto, y si no le entendían, se ponía a hacer lo que creía que otros debían haber hecho. En cambio tampoco fue necesario jamás pedirle nada. Conociendo el pormenor de todo cuanto hacía falta en la familia, procurábalo con anticipación, o parecía tenerlo de reserva. El día de mi llegada a su casa me encontré en el cuarto que me habían destinado una pequeña librería que creo podía servirme para todas las carreras que quisiese emprender. En el estante del medio había un cartel con estas palabras escritas. «Me levantaré a las cinco en verano y a las seis en invierno. Estudiaré. Me traerán el almuerzo. Iré a la escuela. A las doce se come. Paseo en invierno. La escuela. Paseo en verano. Estudio. A las siete rezo y cena.»

A estas órdenes añadí voluntariamente la obligación de cultivar un huertecito que formaba parte de la casa, y por el cual debía yo pasar para penetrar en los demás aposentos.

Me he detenido en pintar el carácter de aquellos dos respetables ancianos porque creo que del de entrambos se formó el mío. Tocante a mi buena tía, pasaba la mitad del día rezando en la iglesia, y la otra mitad en casa riñendo con la criada. Su hija Adela la ayudaba en sus quehaceres, cosía, leía o hacía calceta, y regaba el huerto.

Jamás olvidaré los pocos días placenteros que pasé en aquella villa deliciosa. En sus cercanías no corre ningún río caudaloso; allí cerca no hay lagos ni grandes arboledas; pero hay playas en las que baten las olas; hay colinas de granito que se internan en el mar y lo dominan; hay en fin un puerto formado por la naturaleza, circundado de bosques, y cuyos muelles y andenes los forman las montañas.

He dicho «los pocos días placenteros.» En efecto, muy temprano comenzaron a combatirme las borrascas de la existencia. Ahora, que el tiempo ha pasado su mano de nieve sobre mi cabeza, paréceme que aquellas tempestades de mi corazón fueron un sueño, y las olas, que al correr el naufragio me parecían inmensas, las miro desde la orilla como sinuosidades apenas perceptibles en la vasta extensión de las aguas. Mas, para que la lección de mis extravíos sea provechosa, yo debo pintar las escenas de mi juventud con los mismos colores que entonces para mí tuvieron.

En las horas de solaz, Adela y yo cultivábamos el pequeño jardín de la casa de su padre. Era Adela para mí una hermana tierna que se esmeraba en que nada me faltase. Regularmente al caer de la tarde nos poníamos a regar las flores; luego, perseguíamos las mariposas, y cuando lográbamos coger alguna, contemplábamos por un momento sus brillantes colores, y luego, compadecidos de su cautiverio, la soltábamos.

Los domingos por la mañana hacíamos ramos, y los presentábamos al padre de Adela. Antes quiso ésta que yo la enseñase el idioma de las flores. Pocos días nos bastaron para aprender un pequeño diccionario del emblema de las plantas. Al principio nos contentábamos con expresar un solo pensamiento por medio de una flor; después nos atrevimos a enlazar dos o más ideas; y por último llegamos a formar ramos muy crecidos que eran como una carta cuya primera línea partía de la flor o la hoja mas baja, y formando una espiral remataba en la flor superior, que unas veces era la firma, y otras la idea dominante. Así logramos formarnos un idioma mudo, y nos acostumbramos a tener un lenguaje sólo de nosotros entendido, y que del alma de uno pasaba a la del otro sin temor de que el viento se llevase ni un átomo de esta tierna correspondencia.

De todos los goces inocentes de mi infancia ninguno ha dejado en mi corazón más hondos surcos que esas horas inolvidables pasadas en el huerto de mi segundo padre, huerto que en jardín Adela y yo habíamos convertido. Hablar sin abrir los labios, sin dirigirse siquiera una mirada, era

para mí un encanto delicioso, porque mi carácter era inclinado al silencio. Costábame mucho trabajo proferir una palabra, y me daba una molestia insoportable la locuacidad de mis compañeros. Parecíame que el don de la palabra, como el más precioso que el hombre ha recibido del Criador, no debía prodigarle inútilmente. Le empleaba en hablar conmigo mismo. Las conversaciones interiores, las que pasan del alma al corazón, y de éste a aquella, me parecían el más noble uso del habla humana. En vano quisiera trasladar al papel algunos de esos soliloquios instantáneos: fuera necesario encargar la pluma a las brisas de la mañana, livianas e inconstantes. Adela decía de mí sonriéndose que el emblema de mi existencia era la rosa blanca, símbolo del silencio. En cambio expresaba yo las más bellas prendas de aquella niña por medio de algunas hojas de sensitiva y de la violeta alba: el pudor y el candor.

Por la mañana le presentaba un junquillo y algunas hojas de centáurea, con lo que expresaba mi deseo de verla feliz. Y ella comúnmente me correspondía con una ramita de moral blanco, emblema de la sabiduría a que yo debía aspirar. Al momento me entregaba yo al estudio. Aquella ramita era para mí el estímulo más poderoso.

Adela se enfadaba así que me veía acercarme a la sensitiva. Pasaba a veces una hora mirando esta planta, y decía que había descubierto en ella alguna cosa que era superior a la vida vegetal. Acercábase a ella de puntillas; me la enseñaba lozana, fresca, con las hojas enteramente abiertas, y meciéndose suavemente sobre su tronco. Pero, si por casualidad alguna nube llegaba a ocultar el sol, observábamos en ella un ligero estremecimiento como de terror. Y si en esto alguna hormiga llegaba a tocar las hojas de la sensitiva, cerrábalas ésta espantada unas contra otras, y pasando la alarma de rama en rama, el mismo tronco se inclinaba tristemente hacia la tierra. Entonces Adela no podía contener un suspiro. Hízome prometer que nunca más pondría mis manos en un vegetal tan tierno, tan sensible, y según ella animado. Prefería, en la estación florida, que le diese los buenos días presentándole una aleluya. Un día madrugamos mucho sólo para sorprender a una de esas plantas en el momento de extender sus hojas, de levantar sus flores, y de abrir sus corolas en sintiendo la primera luz del sol. Parecióme que tienen razón los campesinos cuando dicen que la aleluya por las mañanas alaba al Señor en nombre de las plantas.

Una mañana me vio deshojar Adela algunas hojas de sauce. No me habló una palabra; pero encontré sobre la mesa de mi cuarto un ramo compuesto de balsamina, beleño y las hojas del sauce que ella había recogido. Traduje el ramo por estas palabras: «la impaciencia es un defecto que engendra la melancolía.»

En efecto, mi impaciencia era tanto más defectuosa cuanto no sabía de qué estaba impaciente. Debía mi subsistencia a las bondades de mi tío, del padre de Adela. En su casa era yo mirado y atendido como un hijo suyo; me daba todas aquellas muestras de ternura que de mi mismo padre hubiera recibido. Conocía yo que todos estos beneficios exigían de mi parte una de aquellas correspondencias que absorben todo el ser. Hubiera querido pagar con usura, y en el momento mismo, una deuda tan sagrada. Cada día, cada hora que tardaba en satisfacer esta obligación me parecía un siglo. Volvía a todas partes la vista y el pensamiento, pidiendo al cielo y a la tierra lo que me faltaba. ¿No tienen ya oro esas montañas que en otros tiempos le derramaron a raudales?; ¿en dónde están ocultos los tesoros que en medio de las tempestades de la civilización los vencidos habrán dejado sepultados?; ¿en qué parte oculta el mar las inmensas riquezas que en sus entrañas han quedado sumergidas? Algunos puñados de aquel metal hubieran hecho feliz a mi pobre tío, y yo no podía dárselos. Tocante a mi felicidad, no creía en ella sobre la tierra.

Adela conocía bien mi corazón. Aquella impaciencia engendraba en mí una profunda melancolía. Huía de las reuniones como si el trato me arrebatase parte de aquella existencia que Dios me había dado, y que yo no quería compartir con nadie. En mis paseos me alejaba del tumulto, y sólo me complacía oyendo a la naturaleza cuando me hablaba por los silbidos del viento, por los murmullos de las olas, o por los estruendos de las tormentas. «Aquí —decía para mí—, aquí es donde se vive. Este mar no ha cambiado de fisonomía desde el momento de la creación; así mugían

las olas cuando se agruparon a la voz del Hacedor. El mismo aire que éste impelió con su mano, es el que ahora esparce mis cabellos sobre mi frente. Esto es vivir.» Y permanecía así horas enteras viviendo a mi modo.

Comúnmente subía a una ermita, llamada de San Telmo, situada en una eminencia casi aislada y que servía de atalaya por la extensión de mar y tierra que desde ella se descubre. Casi siempre el viento soplaba allí con violencia; y, mientras reinaba en la villa una bonanza apacible, parecía que la ermita de San Telmo luchaba con los huracanes para impedirles que turbasen la calma de su protegida.

Al volver de esos paseos solitarios, como si me alejase de mi ser, sentía en mí el vacío de la nada. Maquinalmente me detenía junto a un arroyo mirando tristemente el agua cristalina que por él se deslizaba. Envidiaba la calma de las aguas que permanecían inmóviles entre los juncos, y me compadecía de las que veía pasar de una margen a otra, inquietas y agitadas. Conversaba con ellas como con todas los objetos inanimados a quienes en mi interior daba vida. «¿Adónde vais —les decía—, adónde, insensatas, si tenéis a pocos pasos el abismo en cuyo seno os anonadaréis, perdiendo esa pureza que tanto en vosotras me encanta? ¿Pensáis que la inmensidad del mar echará de menos algunas gotas del pobre arroyo? Quedaos aquí, en medio de la yerba, dando vida a algunas flores solitarias.» Y comparando mi situación con la de este arroyo, deducía que era una locura ir a sepultarme en el océano de la vida, cuando podía permanecer tranquilo en medio de la yerba de los prados. Entonces desprendía una rama del sauce a cuya sombra estaba sentado y me encaminaba a la casa de mi bienhechor con una taciturnidad sombría.

Adela adivinaba al momento mis sentimientos.

—Pobre Manuel —me decía—, tú has estado en San Telmo y tienes calentura.

Guiábame al jardín, y con la fibra de áloes enlazaba una filadelfia y un poco de bálsamo de Judea, con lo que me decía que el amor fraternal que me profesaba curaría los dolores que llenaban mi pecho de amargura. Yo le presentaba una hoja de agrimonio para expresarle mi reconocimiento. Pero para esto no necesitaba recurrir a ningún emblema. Mirando mi semblante y mis ojos hubiera visto cualquiera asomada en ellos mi alma para manifestar su profundo agradecimiento. Estas escenas no duraban más que un minuto; pero, retirándome conmovido a mi aposento, daba por una hora riendas a un llanto copioso que gradualmente me calmaba.

Mi corazón ha sido siempre el de un niño. Terco ante las amenazas y los fieros, ha bastado una palabra de ternura para ablandarle, y abrir en él las fuentes de las lágrimas.

Mis sueños no eran menos agitados que mis vigilias. Pero me sucedía una cosa rara y con tanta tenacidad repetida que casi podía asegurar de día lo que soñaría por la noche. Mi sueño de hoy era una continuación del de ayer, y un precedente que debía enlazarse con el de mañana. De manera que si el sueño era placentero, retirábame más temprano invocándole en algún modo para que volviese a cubrirme con sus alas. En mis sueños yo no caminaba, ni nadaba, ni volaba, y sin embargo en actitud inmóvil, cruzados los brazos, recorría la tierra, hendía los aires, e investigaba las profundidades de los mares. Pasaba por entre muchos seres animados, pero nadie paraba en mí su atención, o acaso no me veían. Espíritu escudriñador de los espacios, sorprendía al viento cuando suspiraba entre las hojas de los árboles, y a las olas cuando se agitaban sordamente en sus primeras reuniones tumultuosas en que parecían estar preparando las borrascas, y a las nubes cuando se amontonaban para engendrar los rayos. Encaminábame siempre al punto del horizonte que me parecía más opaco; y allí, en medio de las tinieblas, me tendía meciéndome en ellas como en el seno de mi felicidad. Compadecíame de los que quedaban en la luz para ostentar en ella su pequeñez, y juzgaba que mi voluntario anonadamiento en el caos me engrandecía. Cerraba entonces los ojos y me abandonaba a todos los encantos de la soledad. Un ambiente fresco acariciaba mi semblante, apagaba el ardor de mi frente, y borraba las huellas de la melancolía. ¿Qué es el hombre? decía yo, el hombre comedor, el hombre reidor el hombre sediento de oro o de sangre, ¿qué son sino los hombres animales? En la meditación es donde vive el hombre verdadero. Y meditaba, no sé en qué:

en la nada de mi ser, y en la sublimidad de esa nada que medita; y embebido en estas meditaciones pasaba los instantes más deliciosos de mi vida. Si por acaso me despertaban en estos momentos dichosos, las horas se me hacían largas hasta que lograba de nuevo volver a mi inefable caos.

Cuando Adela leía en mi semblante la agitación de mis noches, me presentaba una adormidera blanca rodeada de verbena, y junto a esta una anémona de los prados, queriendo denotar que los sueños encantadores son enfermizos. Yo iba en busca de una campanilla blanca, significándole que ya estaba consolado.

Para distraerme de mi melancolía me pidió que le diese lecciones de dibujo. «Así, decía, en ninguna estación nos faltarán flores para nuestros emblemas, pues tendremos el recurso de pintarlas.» Pero, cuando supo pintarlas, quiso también entretenerse en hacerlas de papel. Usaba para ello de un papel sutil de varios colores, y como le faltaban moldes para contornear las hojas, necesitaba tener una paciencia grande para darles la figura conveniente. Pero al fin salía con su intento, imitando a la naturaleza con un primor exquisito.

III.
El salto de Calasans. El piloto. Mi arrojo.

Mis entretenimientos juveniles hubieran probablemente conservado su inocente colorido, si una circunstancia imprevista no hubiese venido a cambiar su fisonomía.

Amaneció el día de la fiesta mayor de la villa. Existía en ella desde remotos tiempos una costumbre extraña y peligrosa. Dos montañas que se internan en el mar forman allí un puerto. La de la derecha es muy notable por la ermita de San Telmo. La de la izquierda por un molino de viento que en su cumbre se divisa. Muy cerca de esta montaña, una pequeña colina se interna en el puerto, dividiéndole en dos, uno muy pequeño llamado Calasans, y otro vasto denominado antiguamente puerto del Abrigo. En lo alto de la colina, la naturaleza formó en medio de la peña viva una especie de pozo de unos cien pies de profundidad, abierto por la parte de Calasans, y cuyo fondo es el mismo mar. Por este fondo las aguas de Calasans penetran en una cueva que por debajo la colina las abre comunicación con el puerto del Abrigo. El pozo y la cueva forman uno de aquellos caprichos de la naturaleza que el hombre admira y no comprende. Es una tradición inmemorial en el país que, en una de las crueles persecuciones suscitadas contra los cristianos primitivos, el santo patrono de la villa fue arrojado desde lo alto de aquel pozo, atado a una rueda de molino, y con ella horadó la colina, y llegó sano a la opuesta playa. En conmemoración de este prodigio, algunos nadadores excelentes acostumbraban anualmente dar al pueblo un espectáculo no exento de peligros. Precipitábanse de cabeza en el pozo, y los mas hábiles hacían esfuerzos increíbles para atravesar la cueva buceando. Hacía algunos años que ningún arrojado marino se había atrevido a dar el casi temerario salto, cuando en la tarde de aquel día de regocijo para la villa corrió la voz de que un piloto y un pasajero habían hecho voto en alta mar de dar el salto temido si se salvaban de un golpe de viento; y llegados al puerto iban a cumplirlo.

La colina de Calasans y sus cercanías se llenaron de gente. Improvisóse una música que acompañó a aquellos dos hombres arriscados, y al paso los animaba el pueblo, diciéndoles: «no temáis nada, no hay ejemplo de que a nadie le haya venido daño por haber dado el salto.»

Vi pasar la comitiva y me junté con ella. El piloto iba sereno, con semblante risueño, y saludaba jovialmente a los conocidos que encontraba al paso. Uno le preguntó si se había vuelto loco. «Santo, has de decir», le respondió. Otro le dijo que iba a servir de merienda a los peces. «Ayer temía a los peces, respondió, pero hoy ya les he ganado el viento.» Acercósele un amigo con aire muy ladino, y le preguntó si había hecho testamento. «Sí, le contestó, y te lego mis deudas.»

Contrastaba el buen humor del piloto con la tristeza que estaba pintaba en el rostro de su compañero. Los pasos vacilantes que daba éste, su mirar vago, y la palidez de su semblante, indicaban que iba a cumplir su voto no sin alguna repugnancia, y acaso sólo por un resto de amor propio. A medida que se acercaba a la colina eran más inciertas sus miradas, y cuando comenzó a trepar por ella un sudor frío bañaba su frente.

Casi todo el concurso que ocupaba la cima de la colina se componía de marinos, excepto uno que otro curioso como yo, y no había allí ninguna mujer. Pero la ladera de la vecina montaña estaba llena de un numeroso gentío de todos sexos y edades, que esperaba ansioso el momento solemne. Cuando la comitiva llegó a la orilla del precipicio fue saludada con grandes aclamaciones. La música tocaba una marcha triunfal; el aire volteaba pausadamente las aspas del molino de viento que dominaba esta escena; y las olas que cubrían de espuma la playa cercana, las rocas fronteras y el pie de la colina, daban un aspecto imponente a aquel espectáculo. En esto se dejó ver por un momento en la orilla del precipicio un hombre casi desnudo. Era el piloto que, saludando a los espectadores, se arrojó al abismo. Durante unos momentos reinó un profundo silencio. Oyóse el ruido sordo de un cuerpo que cae a lo lejos en el agua, y todos nos agolpamos al borde de la colina, por un movimiento de ansiedad general. Los más cercanos al pozo aseguraban en voz baja que el piloto había caído enteramente aplomado, lo cual era una señal feliz. Pero, pasaban los instantes y no parecía. De repente, resuenan gritos entusiastas: las mujeres hacen ondear sus pañuelos, y todas las miradas se fijan en el puerto de Calasans. El piloto no había entrado en la cueva de debajo de la colina, sino que, nadando un buen trecho por debajo del agua, había aparecido casi en el centro mismo de aquel inmenso anfiteatro, como para recibir de los espectadores el parabién debido a su intrepidez y a su fortuna. Al mismo tiempo parecía indicar por señas que esperaba a su compañero.

La atención se fijó entonces en este. Trémulo, lívido, azorado, se adelantó hacia el precipicio, y no pareció que se arrojaba, sino que resbalaba, y se hundía. Oyéronse dos golpes, el de un cuerpo duro que da contra una peña, y el de su caída en el agua.

—Es hombre muerto —dijo a mi lado un anciano.

—Antes de caer le mató el miedo —dijo otro.

—Socorredle, socorredle —gritaron algunos.

No me es posible contar el fin de esta escena. Dotado yo de un natural apático y reservado en las ocasiones ordinarias de la vida, era sin embargo activo e impetuoso en los lances extraordinarios. Ya he dicho que el mar era mi elemento. Vestido como me encontraba me arrojé al agua. Supe después que había dado de cabeza contra un cadáver, y que hubiera perecido sin recurso si el piloto, ayudado de una sangre fría admirable, no me hubiese salvado. Trasladáronme sin conocimiento a la casa de mi tío.

IV.
Mi voluntad y mi cuerpo. La Santa Unción.

Cuando volví en mí no sentí ningún dolor. Estaba tendido en mi cama, dentro de mi cuarto. Entraba una débil luz por las rendijas de los postigos casi cerrados, pero distinguía bien los objetos que caían frente de mí. Quedéme contemplándolos. Como aquella luz era muy parecida a la que percibía todas las mañanas al dispertar, esperaba de un momento a otro que el péndulo diese las cinco, hora de levantarme en verano. Al cabo de un buen rato, no oyendo esta hora deseada, me pareció que tal vez había dado ya, y quise levantarme: pero no pude. Creí al principio que acaso mi voluntad no había dado bien la orden a mis sentidos, y la repetí. Esta vez tuve el pesar de conocer que mi cuerpo no me obedecía. Probé de hacer un esfuerzo, y sólo una especie de estremecimiento correspondió a mis deseos. Ni las órbitas de mis ojos pude mover; clavada mi mirada en los

postigos, no podía apartarla de ellos. Quise gritar y tampoco me fue posible abrir los labios. Entonces no me aventuré a probar ningún otro esfuerzo, vista la inutilidad de los que había hecho. Traté de reunir mis recuerdos. Al principio eran vagos y confusos. Las aspas agitadas de un molino de viento; las olas que se estrellaban contra las peñas; unas aclamaciones repetidas; una comitiva que se adelantaba cada vez más numerosa; un abismo que se abría a mis pies: cada uno de estos recuerdos se mantenía aislado, y no me era dable enlazarlos. Por último, la memoria de un grito penetrante de «¡socorro!» dio una forma común a aquellas imágenes. «¿Quién salvará al desventurado? Va a morir; se ahoga; socorredle.» Y me convencí de que había querido salvar a un hombre. En esto sentí ruido en mi cuarto. Vi pasar por delante de los postigos algunas figuras extrañas. Encendieron luces y cruzaron con ellas por delante de mí. Vi agruparse muchas personas alrededor de mi cama, como si se preparasen para algún acto solemne. Conocí el rostro de Adela el de su madre, el de mis dos respetables tíos, el del médico de la familia; y además de esto vi algunos sacerdotes, uno de los cuales llevaba el traje reclamado por el desempeño de alguna augusta ceremonia.

El médico me tomó el pulso, me pasó una luz por delante de los ojos, volvió a tomarme el pulso, y dijo:

—El mismo estado de esta mañana; sólo que advierto un síntoma que me indica una crisis.

—¿No queda ninguna esperanza? —dijo mi tía.

—Por ahora no la hay más que en Dios.

—¿Y no sería posible que pudiese oírnos?

—Conozco que sería un consuelo para todos el que diese el pobre alguna señal de que sabe en qué estado se encuentra. Si tuviese el reverendo padre Narciso la serenidad de siempre, podría hacerse la prueba.

Entonces el venerable anciano, a quien se había dirigido el médico, se acercó a mí.

—Es por demás deciros —le dijo el médico en voz baja—, que lo último que muere en nosotros es el corazón, cuyo camino conocéis tanto.

Mi tío me asió de la mano, la apretó vivamente, y me dijo con la mayor ternura:

—Querido Manuel, hijo mío, dinos con alguna señal cualquiera, que sabes que vas a recibir la Santa Unción; dinos que deseas reunirte con tus padres que están en el cielo; por la Virgen de las Mercedes, dinos que te arrepientes de haber desconfiado de Dios, y de haber querido atentar a tus días.

Estas últimas palabras no sé cómo no me hicieron perder el postrer soplo de vida que me quedaba. Fueron para mí como un rayo que disipa el horror de la obscuridad, y al propio tiempo anonada. Por ellas volví completamente en mi acuerdo, y conocí que la abnegación de mí mismo con que había acudido al socorro de un desdichado, se había tomado por el acto de desesperación de un suicida. Lo que en este momento padecí es imponderable. Quise hablar, moverme, agitar al menos la cabeza para negar aquel crimen. Consolábame de morir luego, con tal que antes pudiese desengañar a todos del error en que estaban. Los esfuerzos que hice fueron vanos. Yo no pude articular una palabra, ni estremecerme de horror, ni cerrar los párpados a la luz, que me era odiosa. Parecía tener el alma, impotente ya, fija en mis ojos, a punto de abandonar mi cuerpo. Sin duda, por el esfuerzo grande que hice, brillaron aquellos extraordinariamente, y por fin se inundaron de lágrimas, que hicieron saltar copiosamente las de todos cuantos me rodeaban.

—Loado sea Dios —exclamó mi tío—, porque ha permitido que manifestases contrición en tu hora suprema: él te perdonará como te perdonamos nosotros a pesar de que querías abandonarnos. No te desasosiegues ya, Manuel: todos te queremos mucho.

En esto se acercó a mí el sacerdote en medio de los sollozos de los circunstantes.

Hizo con los óleos santos una cruz sobre mis ojos, diciendo:

—Perdónete Dios todo cuanto por los ojos delinquiste.

—Así sea —respondió mi tío materno.

El sacerdote ungió mis oídos, diciendo:

—Quiera Dios hacerte gracia de las ofensas que a causa de tus oídos le hiciste.

—Así sea —repitió mi tío.

Acercó el ministro los óleos a mi olfato.

—Ponga el Eterno en olvido —dijo—, los deslices en que por el olfato caíste.

—Así sea —repuso mi tío.

—Y también te perdone —continuó el sacerdote, ungiendo mis labios—, los agravios que por tu boca le fueron hechos.

—Hágalo así en su misericordia —respondió mi tío.

—Y asimismo —repuso el ministro haciendo una cruz en mis manos—, te haga remisión de todo cuanto por el tacto le ofendiste.

—Quiéralo así en sus inagotables bondades —dijo mi tío.

—Y por fin —dijo el ministro ungiendo mis pies— perdónete Dios todos los delitos a que por tus pasos te encaminaste.

—Cúmplalo así en su clemencia infinita —respondió mi tío.

Con esto quedó terminada aquella triste ceremonia.

—Ahora —dijo el médico—, os encargo el más absoluto silencio.

Y, apagadas las luces, unas tras otras se fueron alejando aquellas figuras, dejándome en la obscuridad y casi en la desesperación. A poco conocí que mi mente se iba aletargando; ya ni indignación podía sentir contra los que tan mal de mí pensaban: sonriérame compasivo, si me hubiese sido dado sonreírme; los perdoné; me pareció que la nada me iba estrechando en sus brazos; y al perder de nuevo el conocimiento creí abismarme en la eternidad.

V.
Mi delirio; las mujeres bondadosas.
Cómo recobré la razón.

Tuve un sueño largo y agitado. No me sería dado explicarlo si hubiese de recurrir para ello solamente a los vagos recuerdos que en mi mente dejó; pero probaré a hacerlo acudiendo a lo que de él me dijeron las personas que me rodeaban. Soñé que pugnaba por hacerme obedecer de mi cuerpo. La impotencia a que estaba mi voluntad reducida, en vez de desalentarla era un aguijón incesante que la hacía repetir sus esfuerzos, indignada de verse presa. Repetíalos a todas horas, no manifestándose jamás rendida, sino siempre encarnizada con quien había sido su vasallo sumiso, y ahora era rebelde y obstinado. A ella oponían mis miembros una resistencia invencible. El término de esta lucha tenaz fue que le dieron a mi cuerpo unas convulsiones terribles que hicieron necesarios los auxilios de los que me rodeaban. Estos me parecieron hombres de facciones duras, de rostros atezados, enemigos de refresco que acudían en socorro de mis miembros ya vencidos. Quise rechazarlos; los miré con ira, y, viendo que se aunaban con mi contrario para combatirme, redoblé furioso mis esfuerzos contra todos ellos. Poco antes apenas podía luchar contra mí propio; mas ahora desafiaba a mi cuerpo y a sus auxiliares, y daba a todos ellos espanto. Pero fueron más fuertes que yo, y me sujetaron. Entonces, llegado al colmo de mi exasperación, y haciendo un esfuerzo extraordinario, rompí las ataduras de mi lengua, y di un grito que puso asombro en mis perseguidores.

A este grito se siguió una especie de tregua.

Contento en aquel momento con haber recobrado una facultad en tanto estimada, sólo pensé en usar de ella derramando sobre mis enemigos un torrente de injurias. Llamélos malvados, cobardes, y villanos, que no se avergonzaban de batallar contra un hombre solo. Exprimí la hiel del sarcasmo, los insulté, y les eché en cara toda la fealdad de su oprobio. Pero ellos no hicieron el menor caso de mis palabras.

Convencido de que por este camino no adelantaba nada, me callé; y gradualmente me fui sosegando. ¡Cosa extraña! Aquellos hombres que tan odiosos me eran, y que temí no se cebasen en mí viéndome rendido, según era la fuerza con que me comprimían entre sus brazos de hierro, aquellos enemigos poderosos, cedieron a medida que yo cedía; y cuando me hube calmado enteramente, me dirigieron algunas miradas, más bien de compasión que de enojo, y se retiraron en silencio. Uno de ellos llevó su atención hasta humedecerme la boca con una cucharada de una bebida que me pareció balsámica, cosa que le agradecí en el alma.

Determiné, pues, estarme quieto mientras permaneciesen a la vista aquellos seres tan fuertes como generosos. Mas no por esto renuncié a mi intento: al contrario, estaba decidido a hacer una nueva prueba para avasallar mis miembros. Pero esta vez fui por partes. Quise primero mover una mano. A la verdad yo esperaba alguna resistencia, y quedé lleno de admiración al ver que mi mano se movía. Hice nuevas pruebas con los pies, con los brazos, con el rostro, con todo mi cuerpo: y no podré expresar la alegría que se apoderó de mí al percibir que era obedecido. Di un profundo suspiro, y rompí en sollozos, derramando un llanto copioso.

De nuevo rodearon mi cama muchas figuras, imponentes unas, y menos temibles otras; pero ninguna me hostigó. Me miraron guardando un respetuoso silencio; enjugaron las lágrimas ardientes que corrían por mis mejillas; y, temiendo sin duda molestar se abstuvieron de dirigirme la palabra. Esta atención acabó de granjearles mi afecto. Yo pude entregarme a toda la expansión de mis sentimientos, sin dar cuenta de ellos a nadie. Celebraba la reconquista de mi poder; hacía a cada instante nuevas pruebas de la fuerza de mi voluntad, y me llenaba de entusiasmo al ver la prontitud con que eran ejecutados mis mandatos.

Satisfecho de mí mismo, miré con la mayor indiferencia todo cuanto me rodeaba. No hacía caso de nada. No me quejaba, ni me importunaban. Por otra parte todo me era desconocido, cosas y personas: ni unas ni otras me gustaban ni me repugnaban. Cuando me ofrecían alguna bebida, callaba; y si insistían la tomaba.

Desde que me hube manifestado dócil, se alejaron para no volver más aquellos hombres con quienes había luchado, y en su lugar comparecieron dos mujeres que me daban muestras del interés más vivo. Algo se ha ganado, dije para mí. Y mirándolas me eché a reír. Seguía todos sus movimientos; y cuando se paraban, sin dirigirles la palabra, volvía yo a mi risa. Los hombres se habían mostrado, al prestarme sus servicios, tan fríos como yo al recibirlos; no hacían caso de mis palabras, ni de mis ademanes, ni de mi silencio. No así las mujeres; pues observé en ellas una cosa extraña: se tranquilizaban y casi se sonreían conmigo cuando yo permanecía callado y atento; y por el contrario se afectaban dolorosamente con mi risa. De manera que mi seriedad las ponía alegres, y mi alegría les daba tristeza. Por no afligirlas cesé de reírme. Esta condescendencia mía me valió de su parte las atenciones más delicadas. En el movimiento de mis labios conocían si tenía sed, y me presentaban al momento una bebida que yo encontraba templada y refrigerante. Enjugaban el sudor de mi frente, y promediaban la luz, haciendo que no me ofendiese un vivo resplandor, ni que la obscuridad me impidiese registrarlo todo. Muchas gracias, mis buenas mujeres, decía yo en mis adentros. Habían adoptado el sistema de no dirigirme jamás la palabra. Sentadas y silenciosas, hacían sus labores en buena compañía, se levantaban cuando querían servirme, y volvían a sus quehaceres.

Una de ellas, la más joven, me miraba con más frecuencia, y se mostraba conmigo más tierna y más solícita. Cuando hacía falta alguna cosa, salía al momento, y volvía a poco muy ligera y

cariñosa. A veces se detenía un buen rato mirándome, y de buena gana hubiera yo soltado la risa si no hubiese temido incomodarla.

Así debieron pasar algunos días sin que mi sueño se disipase. Una mañana parecieron desear que dejase de estar echado en la cama, y que me incorporase en ella; y así lo hice. Después me brindaron, no ya con bebidas, sino con manjares, y los tomé. Otro día ya fueron más exigentes, y quisieron que me vistiese y me levantase. Me encontraba tan bien que me costó trabajo obedecerlas, y fue la única vez que me quejé de su trato; pero, la joven insistió con tanta amabilidad y dulzura que no fui dueño de negarme a sus deseos. Al principio tuvieron que sostenerme entre las dos; pero, muy luego tomé gusto en pasearme, en sentarme, en abrir los postigos, y en mirar la bóveda azulada del firmamento.

Alguna vez vinieron a visitarme varios desconocidos, uno en particular que siempre me cogía de la mano y me observaba mucho; pero yo a todos los recibía con mucha frialdad; y no manifestaba contento sino al verme acompañado de aquellas dos cuidadosas mujeres.

Al caer de una tarde en que hacía un tiempo delicioso, me instaron para que saliese con ellas a tomar el fresco, a lo que no me hice de rogar. Atravesamos un arroyo, tomamos una senda solitaria, nos detuvimos en la ladera de algunas colinas, y por último llegamos a una ermita que las mujeres llamaron de San Amans, preguntándome si había estado nunca en ella. Me miraron como si esperasen que este sitio suscitase en mí algún recuerdo, y viendo que no, entristecidas se pusieron de rodillas, y pronunciaron entre labios algunas palabras. Yo imité su actitud, y me levanté cuando ellas se levantaron.

A la vuelta tomamos un camino diferente que nos condujo a la falda de una montaña cuyo vertiente iba a parar en el mar. El horizonte estaba despejado. Las olas lamían suavemente las rocas que estaban no muy lejos a nuestros pies. La fragancia de la flor de retama y del romero daba en torno nuestro un olor balsámico al aire que respirábamos. Quise sentarme sobre la yerba; y ellas hicieron lo mismo. Aquel paisaje tenía sin duda algún poder sobre mi mente, pues yo le contemplé con una atención que hasta entonces no había puesto en ninguna cosa. Teníame encantada la fantasía todo aquel conjunto de objetos, cada uno de por sí agradable, y en su todo hechiceros: yo volvía la vista de las rocas a la colina, del mar al cielo, como si buscase en ellos la fisonomía de un amigo ausente.

Hacíase tarde, y mis dos compañeras me dijeron que era ya tiempo de volvernos.

—No —les dije—, todavía no, amigas mías, toda vez que estamos bien aquí. ¿No os agrada este sitio? El mar está tranquilo y la noche es apacible. ¿Teméis que os riñan aquellos hombres? Yo les diré que habéis estado conmigo, y callarán. Detengámonos, os lo ruego, algunos instantes más.

Pero esos instantes que yo pedía, y que no pudieron negar a mis súplicas aquellas excelentes mujeres, se convirtieron en una hora. A mi lado estaba sentada la mayor de las dos; y la más joven se había colocado a sus pies, reclinada la cabeza sobre sus rodillas, en actitud como de quien duerme; aunque en realidad no dormía, pues la sorprendí a veces mirándome tristemente.

Acaso me hubiera cansado pronto de esta escena nocturna, si la luna no hubiese venido a animarla rasgando unos celajes. Su luz trazó en el mar unos rieles plateados, y me hizo descubrir una vela blanca y solitaria muy cerca de la playa.

—Vámonos, que en la ermita de San Telmo van a dar el toque de ánima —dijo la joven levantándose.

Y en efecto, resonó sobre mi cabeza un son lúgubre y clamoroso.

Me quedé inmóvil. Un sudor frio inundó mi cuerpo. La escena que tenía delante la vi transformarse de repente, y tomar un aspecto terrible. La vela blanca me pareció un náufrago que luchaba con la muerte. «Socorredle, socorredle», grité de una manera espantosa, y me abalancé como para arrojarme al agua.

—Manuel, Manuel —exclamó la joven asiéndose fuertemente de mis rodillas.

Yo caí creyendo haberme precipitado en los abismos del mar.

A poco de haber dado esta caída fue cuando verdaderamente disperté. Encontréme dentro de la ermita de San Telmo, tendido al pie del altar, y conocí a Adela, a su madre, a mis tíos, al médico y al vigilante de San Telmo, que todos habían acudido.

—¡Pobre mozo! —dijo el vigilante vivamente conmovido—; tan joven, y ha perdido el juicio.

—Perdido le tenía —respondió el médico—, pero acaba de recobrarlo.

VI.
Mi taciturnidad. Unos emblemas tristes. Acusación y defensa.

Los primeros días que siguieron a estas escenas los pasé como atontado. No podía darme a mí mismo una cuenta cabal de cuanto me había pasado, y me repugnaba que otros me la diesen: fuera de que, por prudencia, todos ponían estudio en no refrescarme memorias pasadas. Sin embargo tenía presentes dos circunstancias. Primera, que en Calasans me había puesto en peligro de muerte por salvar la vida a un hombre; y segunda, que al recibir los santos óleos se me indicó que aquella acción había sido tomada por un conato de suicidio. Las demás circunstancias las confundía con los recuerdos vagos de mis sueños; pero aquellas dos me bastaban para darme un enseñamiento doloroso. Tentado estuve algunas veces a provocar una explicación para decir la verdad en mi defensa; alentábame la esperanza de confundir a los que no creen en la grandeza del alma, por su costumbre de tocar a todas horas las pequeñeces de la vida; y quería obtener una satisfacción tan solemne, como pública había sido la injuria que se me hizo. No obstante, meditándolo mejor, desistí de semejante intento. ¿Mi acción, me dije a mí mismo, no la hice a la luz del sol, y a vista de todo el mundo?; ¿no había a mi lado y delante de mí, millares de personas que podrían deponer en favor mío? Ahora bien, si todas ellas no tuvieron ojos para ver, o se engañaron todas a una en el juicio que formaron de lo que vieron, ¿podrán prestarme oídos para dar por ellos entrada a un convencimiento contrario al testimonio de sus propios sentidos? Es inútil, dirán, quererme hacer creer que no vi aquello mismo que vi; y todavía han de aferrarse más en su creencia. Y de aquí vine a deducir que fuera locura querer apelar de un fallo del mundo por ante el mismo mundo.

Mas aquella injusticia, impresa en el fondo de mi alma y no enmendada, aumentó mi taciturnidad, y dio naturalmente creces a mis deseos de aislamiento. Dábanme tedio las conversaciones, y mientras pudiese hacerlo sin pasar por descortés, no respondía sino por monosílabos. Me eran insoportables los goces materiales de la vida. Creía imposible que el hombre estuviese exclusivamente destinado sobre la tierra a la misión de comprar y de vender, de crear nuevos productos para encender nuevos deseos, y de acarrear incesantemente de una a otra parte las obras de sus manos o las de la naturaleza. Cuando desde lo alto de alguna colina dominaba con la vista una inmensa extensión de mar por un lado, y del otro otras colinas, pinares, campos cultivados, granjas, la villa y sus jardines, creía encontrarme en un sitio desde donde veía a un lado la civilización, y al otro la naturaleza salvaje, majestuosa y magnífica. Miraba hacia el mar como si buscase en él un rincón en donde pudiese ir a pasar mis días. Envidiaba a los peces la facultad de escudriñar los senos de las aguas, y a las aves el poder de surcar los aires y de hacer suyos todos los países: y el hombre me parecía ¡loco de mí! un ser inferior encadenado sobre una peña. Y luego cruzaban mi mente unos pensamientos vagos y terribles. Muchas veces me he preguntado quién engendra esas imágenes que se imprimen en la mente, suaves unas y aromáticas, devoradoras otras: y me respondía que eran hijas mías y una misma cosa con mi ser las que me acariciaban; y que nacían fuera de mí las que me daban martirio. Todo tendía a concentrar mi existencia en mí mismo. Sin embargo, cuando las ideas sombrías dejaban libre mi imaginación a los pensamientos más

tiernos, reconocía que mi existencia necesitaba de otra superior a ella, o en poder, o en ternura: de otro ser en cuyo seno pudiese apoyar mi frente abrasada, y que la bañase con el rocío de su llanto.

Insensiblemente volví a mi anterior sistema de mi vida, teniendo repartidas las horas del día entre mis estudios, mis paseos solitarios, y mis flores. No había perdido la costumbre de dar todas las mañanas los buenos días a Adela, entregándola a veces un ramo simbólico, y a veces una sola flor que era ya por sí un emblema; y ella me correspondía con otra flor o con otro ramo, de manera que nuestros saludos eran un mutuo cambio de flores. Pero notaba yo en mi prima una mudanza que a veces me daba inquietud, y otras embeleso. Ya no era la Adela juguetona, festiva, ligera, reidora, de los días puros de mi infancia, en que, al verme en el jardín, acudía triscando, me asía del brazo, me enseñaba una flor recién abierta, pedía mi auxilio para perseguir las mariposas, me jugaba alguna treta, me acariciaba y me reñía; ahora era más reservada, mucho más tierna, e incomparablemente más bella. No dejaba de encontrarla frecuentemente cuidando las plantas, pero ella ya no salía a mi encuentro, me esperaba: y si en mis emblemas hacía yo alusión a su belleza o a las prendas de su alma, desde luego las rosas de sus mejillas me insinuaban que hablase de otra cosa.

Pero, ya he dicho que casi nunca nos hablábamos. Acostumbrados al lenguaje mudo que nos habíamos formado, en algún modo ya no sabíamos abrir los labios, pues todo cuanto deseábamos lo decíamos sin el menor esfuerzo por medio de algunas flores o de algunas hojas, variando la significación de las mismas según la manera de presentarlas. Esta tierna correspondencia, tan inocente en sus principios, tan candorosa y tan pura en el modo de sostenerla, debía causarme graves sinsabores.

Apenas acierto a mover la pluma al querer trazar esta pintura de los primeros días de mi mocedad. No sé si es que me repugna volver la vista hacia mis pasados desvaríos, o porque lo juzgue dañoso a la paz de mi alma, o quizá por no recordar males y dolores ya sepultados, ello es que quisiera pasar muy por encima algunos hechos, como quien sabe que está caminando sobre cenizas todavía calientes. Por otra parte me pregunto ¿cómo me será posible, al describir mi viaje por el mar agitado de la vida, no hablar de los escollos que en él encontré, ni hacer mención de las tormentas que me asaltaron, y de los torbellinos que estuvieron a punto de sumergirme? Preciso será, pues, aun a riesgo de hacer vibrar alguna de las fibras más delicadas del sentimiento, que yo mismo haga memoria de las heridas que más hondamente desgarraron mi pecho.

Un día, muy de mañana, antes que yo le diese los buenos días, me presentó Adela una rama de ajenjo. Creí que era una chanza; pero, mirando su semblante, no pude menos de pedirle una explicación. Es la primera conversación que tuvimos, que merezca tal nombre.

—Ya sabes —le dije—, que el ajenjo indica la ausencia. ¿Vas, pues, a ausentarte?

—No yo, sino tú —me respondió—. Ayer tarde, mientras dabas tu paseo, vino mi tío, y habló mucho de ti con mi padre. Haz como que no sabes nada. Los dos convinieron en que para darte carrera deben enviarte a una universidad. Y pienso que partirás dentro de algunos días.

Oyendo esto me quedé pensativo, y maquinalmente fui deshojando el ramo de ajenjo.

—¿Te entristeces? —continuó Adela—; pues yo creí darte una buena noticia. ¿No me has dicho alguna vez que desearías ver tierras, y correr el mundo, y que al volver tuvieses ya alguna ocupación en que fijarte?

—Conozco —le respondí al cabo de un rato—, que me conviene partir; pero, sin poderlo remediar, al pensar en ello, me pongo triste.

—Pues haces mal, porque vas a dar que sentir a mi padre.

—Dios me libre de hacerlo, Adela, y de seguro procuraré demostrar alegría: no se dirá de mí que quiero pagar con ingratitud los beneficios que he recibido. Pero a ti te confieso que lo sentiré.

—¿Y porqué, Manuel?

—Dime tú primero, por qué te complaces en cultivar este jardín, en dar riego a las plantas, en contemplar las flores, y en perseguir a los insectos que las agostan. Dirás que la costumbre te hace agradables todas estas ocupaciones. Pues lo mismo me sucede a mí. ¿Es culpa mía si esta agitación me agrada, si los paseos que doy por la orilla del mar me embelesan; si este jardín me parece delicioso, y si tu misma presencia en la familia es a mis ojos el mayor de los encantos? ¿Qué crees tú que se necesita para ser feliz? A mi entender, contentarse con poco basta.

—Y sin embargo —repuso Adela bajando los ojos—, tú no eres feliz.

—Esto será —le respondí—, porque tal vez una felicidad completa es imposible en la vida, o por lo menos huye del que más la codicia, cuando quizás está en posesión de ella el que menos piensa en alcanzarla. Conozco que los deseos son lo que más nos aleja de la felicidad; y aunque cerremos la puerta a unos, la abrimos para otros. Pero no por esto me juzgo desgraciado. Tú misma, que seguramente no te quejas de la suerte, ¿te crees por esto enteramente venturosa?

Adela permaneció callada algunos instantes; y luego se inclinó, y tomando del pie de una planta algunas hojas secas me las presentó sin decirme una palabra.

—Es la vez primera —le dije—, que te muestras tan franca conmigo. Estas hojas muertas son el emblema de la melancolía y de la tristeza. ¿Cómo quieres, pues, que yo me crea feliz, si tú, tan digna de serlo, estás tan distante de ello? Mira, hoy mismo pintaba para ti un ramo con tus atributos: la acacia rosa, la salvia de los bosques, la violeta, y la rosa blanca, diciéndote en él que tú, elegante y buena, eres al mismo tiempo modesta y prudente; ¿podía yo pensar que el sauce también te conviniese?

—No, Manuel, ayer no me convenía. Y estoy por decirte que estaba tan contenta con mi suerte que hubiera admitido por emblema la centáurea. Pero hoy es otra cosa. Tú te quejas de tu destino, y creo que lo haces sin razón. Tocante a mí, ya no tengo otro emblema que una planta que ni tú ni yo habíamos pensado en procurarnos.

Yo esperaba que pronunciase el nombre de esta planta, pero volvió a guardar silencio por un buen rato.

—¿Y cuál es? —le pregunté por fin.

—Es muy común —me respondió—, y sin embargo no habíamos pensado en trasladarla aquí. Entre nosotros tiene otro nombre que el que tú la das: tú la llamas cólchica de otoño.

—Me espantas, Adela. ¿Crees pues que tus bellos días han pasado ya cuando tal vez no han principiado todavía? ¡La colchica de otoño! ¿Sabes tú que sus flores, en vez de inspirar la alegría y la esperanza, nos anuncian por el contrario la pérdida de los hermosos días que ya no volverán? ¿Es posible que te acuerdes siquiera de una planta que invierte el orden de las estaciones, y cuya vista sólo infunde tristeza?

—A mis solas —respondió Adela con una ternura que me conmovió sobremanera—, a mis solas o para delante de Dios puedo adoptar otro emblema: es una planta que tampoco poseemos aunque también es muy común.

Detúvose diciendo esto, como si quisiese que yo adivinase el nombre de su segundo emblema.

—¿Un emblema para tus solas y para delante de Dios? —dije—; no acierto.

—Sus flores —continuó Adela—, nacen en otoño, y forman una multitud de pequeños soles de un color amarillo subido: tú la llamas helenia.

Estas palabras tristemente pronunciadas me dejaron admirado, y comencé a creer que Adela, que era el mismo candor y la inocencia, debía tener algún grave motivo para proferirlas.

—Permíteme que dude —le dije—, si tus palabras se refieren más bien que a una realidad a algún sueño molesto. A tu edad, el jacinto, que es la flor de los juegos, y la aleluya, que es el símbolo de la alegría, te convienen mas que la helenia, que es la flor del llanto. Pero tú debes haberte equivocado en el nombre ¿no es verdad?

—Oye, Manuel, y comprenderás si mi aflicción tiene una causa. Tú sabes cuán limitados son mis deseos, pues todas mis alegrías son este jardín y nuestros paseos a la viña y a las ermitas. Jamás he deseado otra cosa sino que me dejasen prolongar estas alegrías, y pintar flores o imitarlas en papel. Ni me he acordado nunca de pedir a Dios nada más, absolutamente nada más. Por esto me creía feliz, y no hubiera trocado mi suerte por la de ninguna otra joven que yo conozca. Cuidaba las plantas, las regaba, las ponía a cubierto del sol y del viento cuando me parecía que lo necesitaban, y me decía a mí misma que era una dicha poder contemplarlas, y decirles que era a mí a quien debían su existencia y su lozanía; de manera que las flores con que ellas se engalanaban me parecía que eran un presente que me hacían por los cuidados que me había tomado en su conservación. De este modo hubiera pasado mi vida sin molestar a nadie, ni pedir nada, y sin tomar por emblema las flores que oíste. Pero ahora va a ser otro mi destino. Sábelo por fin. En la reunión de ayer, después de haber tratado de tu suerte, trataron de la mía, y determinaron casarme.

—¡Casarte!

—Con el piloto que te salvó la vida.

—¡Sí! y que es rico, muy rico, honrado y valiente. Mis tíos te quieren bien, Adela. Con semejante hombre no puede ser tu emblema la helenia.

—¿Pero es culpa mía si yo prefiero no casarme? ¿Por qué se ha de obligar a una a que se case?

—¿Acaso te obligan a ti, Adela?

—Es lo mismo; porque sabiendo yo la voluntad de mis padres, por nada de este mundo dejaré de sacrificarme.

Y se puso a llorar. Yo estaba muy conmovido. Hubiera estrechado contra mi corazón a aquella sensible y preciosa criatura. Me parecía que era el ser a quien en mis sueños invocaba para que viniese a embelesar mis días sobre la tierra. Esto necesito yo, decía para mí, un ser que me comunique sus alegrías y sus tristezas, que se entusiasme cuando yo me entusiasmo, y que llore cuando yo lloro. ¡Pobre Adela, ayer tan niña, y hoy tan desgraciada! Y la miraba encantado, pareciéndome que había sido puesta en el mundo para que me entendiese, y hablase dulcemente conmigo, y me consolase. ¿Y quieren arrebatármela, añadía en mi interior, precisamente cuando he llegado a conocer que en ella esta mi felicidad? Ciego, exaltado, calenturiento, iba a arrojarme a sus pies o acaso a profanar con el roce de mis ardientes lágrimas las suyas tan puras. Pero me pareció como si viese levantarse delante de mí una sombra amenazadora: di un grito, y, espantado de mi propia audacia, eché a huir.

Corrí hacia el mar, y me senté sobre una roca. Estaba trémulo como si acabase, en mi conciencia, de cometer un crimen, aunque había tenido valor para no consumarle. Temía que ella hubiese podido leer en mi semblante mi delirio, y miraba en torno mío como si pudiese aparecer alguno para vengarla de mis designios.

El murmullo de las olas calma siempre la agitación de mi alma. Soplaba el viento con violencia. Divisé a lo lejos una vela que se iba acercando ligera, y la seguí con la vista. Vino a varar en la playa, casi a mis pies. De ella salió un pobre pescador con su mujer y tres niños que estaban aun en la primera infancia. El pescador se echó melancólico en la playa. Aquel día no había sido afortunado. Y sin embargo, debía sustentar a aquellos cuatro seres, que estaban junto a él, y de los cuales los tres le pedían un pedazo de pan. ¿Es esto, me pregunté, la felicidad?

Viniéronme entonces a la memoria los días de mi niñez, los abrazos tiernos de mi padre, y aquellas tan tristes palabras que desde sus labios llegaban a mi corazón sin pasar por mis oídos. Los indigentes, exclamé dándome palmadas en la frente, los esclavos no deben tener hijos.

Volvíme confuso y cabizbajo a la morada de mis bienhechores, a mi ver contaminada ya con mi aliento. Lo primero que encontré sobre mi mesa fue un papel en que vi dibujado un cacto serpentino erizado de espinas. Adela tiene razón, dije para mí, ya no le inspiro más que horror. Debe

de haber leído en mis ojos la perfidia de la serpiente, y me manifiesta sus sentimientos sin rebozo. En mal hora vine al mundo, desdichado de mí, para dar que sentir a los que más me quieren. Haces bien, criatura angelical, en mirarme con espanto. Y luego pensé que la noticia de mi partida, que poco antes me había parecido insoportable, era ya mi única esperanza, porque todo cambiaba de aspecto a mis ojos: mi aposento, y el jardín, la luz y hasta el aire que respiraba.

Inmóvil, yerto, tuve que apoyarme en la mesa, y doblando maquinalmente el papel iba a romperle, cuando vi en el reverso otro dibujo. Representaba éste la peor de las plantas, aquella que, si es cultivada, aumenta todavía sus perniciosas cualidades, pagando los beneficios con maldades Era un ranúnculo de los prados. Esta vez el tiro hirió profundamente mi corazón, porque la ingratitud de que se me acusaba no era mi defecto dominante. Creí, pues, que la acusación había ido más lejos que la ofensa, y pensé que debía justificarme. Al pie del cacto serpentino dibujé una rama de castaño, en el cual pinté el fruto rodeado de su cáscara verde, erizado de espinas como el cacto, y en apariencia digno de horror como este; pero en el fondo bueno y aun excelente. Pedía con esto que se me hiciese justicia, juzgándome, no por las apariencias, sino por la realidad. Al pie del ranúnculo pinté sencillamente una margarita dorada y un poco de lino, diciendo con ello que era inocente, y que conocía y estimaba los beneficios.

Fui al jardín en busca de mi prima, mas no la encontré; recorrí la casa, la llamé y no estaba.

VII.
La sorpresa. Las flores del cariño.

Sin duda, dije, huye de mí horrorizada. El único bien que en la tierra me parecía codiciable desaparece, pues, para mí. El cariño púdico de una hermana, aquel afecto desinteresado y candoroso que era para mi alma la fuente de la vida, no le encontraré ya en ninguna parte. Yo poseía en sus consuelos y en su ternura un tesoro inestimable que ya perdí. Detúveme en el jardín en el paraje mismo en donde poco antes había conversado con Adela. Aquí me dio la rama de ajenjo y me abrió su corazón lastimado. Del pie de esta camelia recogió las hojas secas que me presentó. Aquí, melancólica y conmovida, me reveló los tristes emblemas que adoptaba.

Revolvía en mi imaginación estas memorias dolorosas cuando observé junto a mí una novedad en un rosal blanco que yo había entrelazado con otro colorado y que era diariamente el objeto de mis cuidados. Vi clavada en las espinas del tronco una pequeña criadilla, cosa que llamó mucho mi atención. Según el lenguaje de las flores y de las plantas que con Adela teníamos formado, la criadilla denotaba una sorpresa. Esta sorpresa, clavada en mi rosal predilecto, indicaba que yo había sido sorprendido junto al objeto de mi cariño. Y la sorpresa debía de haber sido fuerte, porque la criadilla no estaba, pegada a ninguna rama pequeña, sino al tronco principal. Reconocí en esto la mano de Adela, pero no podía explicarme bien cómo era posible que la que había trazado en el papel que encontré en mi cuarto unas acusaciones tan terribles me diese en el jardín un aviso tan tierno.

Miré de nuevo los dibujos del cacto serpentino, y del ranúnculo de los prados, y me pareció que en ellos no distinguía bien el lapicero de Adela. El sombreado carecía de dulzura, y al contrario se notaba en él un tono seco. Las espinas del cacto tenían una inflexibilidad que me alarmaba. No, dije con espanto, este dibujo no es obra de Adela. ¿Quién, pues, ha podido investigar los secretos de nuestro lenguaje, y descubrir los misterios de nuestros corazones? ¿Quién ha podido asestar contra mi pecho unos tiros tan certeros como crueles? Si hemos sido sorprendidos, según indica el aviso del rosal, ¿en dónde lo hemos sido? ¿Acaso mi marcha, y el casamiento de Adela, ambas cosas tan repentinas, son efecto de esta sorpresa? En este caso el golpe se dirige contra entrambos y une con una misma persecución nuestra suerte. No debo pues abandonar a Adela al influjo de sus fatales

emblemas: debo manifestarle que existe otro ser que a su ejemplo ha perdido también unos días placenteros que ya no volverán, y que como ella ha consagrado los que le quedan al llanto.

Y quise escribirla. ¿Qué flor voy a escoger? ¿Qué emblema será bastante para expresar lo que en este momento siento, y pintar la exaltación de mi mente? Yo debo decirle que la quiero, que tiene en mí una alma que comprende y admira la suya, un corazón digno de suspirar por ella. Mientras la creí feliz y la veía risueña correr por el jardín, imagen bella de la dicha inocente, hubiera sido un crimen atentar al sosiego de su primavera. Pero ahora que sé que sufre en silencio, que he visto caer por sus mejillas un llanto precioso, no debo abandonarla a su dolor. Voy a decirle lo que hasta hoy no me había atrevido. Ya no necesito pintar las flores cortesanas de la alabanza o de la lisonja: necesito las flores del cariño.

Y pinté una rama de mirto, y una flor de lila, manifestando así la primera emoción de la ternura que por Adela sentía.

Mas luego me pareció poco. Lo que siento, dije, no es ya la primera emoción: es todo el afecto, toda la ternura que puede inspirar un ser como ella. Y dibujé al lado de la flor de lila una rosa blanca junto a otra encarnada. El cariño apenas nacido se convierte en una llama que abrasa.

Ni aun con esto me contenté, antes en otra línea diseñé un jazmín rojo de la India, diciendo así a Adela que mi destino dependía del suyo.

Me parecía que en todas las flores encontraba algún pensamiento que dedicarle, y llamaba en mi auxilio todos mis recuerdos para acabar la segunda línea de mi billete. Hícelo pintando un tulipán. Era ya una declaración completa.

No basta tampoco, pensé. Es preciso manifestarle toda la fuerza del sentimiento que me inspira, y abrirle enteramente mi pecho. Y en una tercera línea pinté un heliotropio: es decir, estoy loco de cariño.

Ya no podía decir más. Pero entonces me pareció que había dicho demasiado, que Adela podía enfadarse conmigo, y que no la merecería por respuesta ni una hoja de clavel. Añadí pues a mi tercera línea una pequeña flor blanca, a la que llamábamos espiga de la Virgen, significando la pureza de mis deseos.

Y sin detenerme un instante atravesé el jardín, y fui a poner mi dibujo en el costurero de Adela, entre sus labores.

Sí, me dije al volver a mi cuarto, he debido hacerlo. Sin duda soy la causa de que traten de fijar cruelmente su destino, y al menos sabrá que lamento su desgracia, que pienso a todas horas en ella, y que, si he turbado su felicidad, tampoco yo soy feliz.

Al cabo de un rato empecé a reflexionar en lo que acababa de hacer. Me asaltaron mil dudas y recelos, temí que el billete no llegase a las manos de mi prima, sino tal vez a las del que había sorprendido nuestro secreto; y me alarmé tanto con este pensamiento que volví al costurero de Adela para recoger lo que en él unos momentos antes había colocado. Entré con paso medroso, y mirando a todas partes azorado para no ser descubierto. Adela no estaba allí; pero, sentado junto al costurero, vi a mi tío que tenía en una mano mi dibujo, y en la otra el vocabulario de emblemas que yo había escrito para mi prima.

Me quedé frío, avergonzado y confuso, como si tuviera delante de mí un juez severo. Mi primer impulso fue de arrojarme a sus pies, pedirle que me perdonase, y no hiciese infeliz a su hija: mas no tuve aliento para moverme del umbral de la puerta.

Por otra parte mi tío, aunque no podía dejar de verme, tampoco se movió de su postura, y alternativamente miraba el dibujo y la tabla de los emblemas.

Iba a alejarme enteramente corrido, cuando mi tío me dirigió una mirada, y me dijo que me acercase.

Yo obedecí temblando.

VIII.
La reconvención paternal.

—Supongo —me dijo—, que habrás pintado esto para que Adela lo regale a su novio.

En el estado de confusión en que me hallaba no acerté a responderle, y permanecí de pie delante de él, con los ojos bajos, como si esperase un fallo terrible pero merecido.

—Porque ya te habrá dicho —continuó—, que va a casarse pronto. Bien que me parece que este dibujo vendría mejor presentado por el novio que por la novia.

Sin duda en este momento la palidez de mi semblante llegó a ser extremada, pues me pareció que al mirarme iba mi tío compadeciéndose de mí, y suavizando su fisonomía y sus palabras.

—Pero, dejando esto —añadió—, tú que tienes buen entendimiento y un corazón generoso, me dirás si voy atinado en mis planes para haceros a los dos felices.

Guardó silencio unos momentos, metióse el dibujo y el otro papel en un bolsillo, y tomándome una mano me dijo con un interés y con una efusión que me dejaron absorto.

—Ya sabes que un padre debe mirar por el porvenir de sus hijos. Mi fortuna es escasa, y la viña sólo a fuerza de mucho cultivo nos da para subsistir, y esto porque la familia no es numerosa. Bien es verdad que antes de tomar estado gané con mi sudor y la ayuda de Dios mucho más de lo que ahora tengo. Pero con las guerras vine a menos. Pues bien, hace poco se me presentó un hombre honrado y me dijo: «Desde la edad de quince años he trabajado sin descanso, y estoy en los treinta y cinco. He ganado oro, pero tengo los brazos cansados, y las manos enteramente encallecidas. Deseo pues entrar en el reposo de la vida doméstica. He visto un ángel en vuestra familia y le ofrezco todo cuanto tengo, y además un corazón que la hará feliz, porque no está cansado ni encallecido. Dadme vuestra hija por esposa.»

Interrumpióse de nuevo el anciano, y mirándome con la mayor ternura continuó:

—¿Qué hubieras respondido tú, Manuel, a hallarte en mi caso? Y este hombre de bien, que había trabajado sin descanso en la primera mitad de su vida para poder llevar con honor el peso de la otra mitad, callaba por modestia una circunstancia que le hacía acreedor a cuanto de mí pidiese. Este hombre había salvado de la muerte del cuerpo, y de la muerte del alma a otro hijo mío. Mira, pues, si yo debo mirar como un beneficio que me hacía la Providencia el poder otorgar a semejante hombre la mano de una hija querida. Así, me dije, este honrado joven no solo afianza el porvenir de mi Adela, sino que me permite atender del todo con nuevos ahorros a la felicidad del otro hijo cuya vida le debo. ¿No te parece, Manuel, que yo no debía por ningún estilo abandonar este sendero por el cual la mano de Dios me encaminaba, ni turbar a los que por él se dirigían?

—¡Padre mío! —dije, sin que me fuese dado levantar los ojos.

—Así —continuó—, pensé en mi interior, podré mantener a Manuel en una universidad, darle una carrera, y enseñarle a hacerse digno de llegar a ser hombre. Porque, demasiado lo conoces tú, todos somos unos niños hasta que por medio del sudor de nuestros brazos o del de nuestra frente nos hemos hecho merecedores de consideración en la sociedad. Y así como cuando nacemos nos amamantan, nutren y fortalecen nuestro cuerpo, y le enseñan a moverse por sí mismo, así en la primera mocedad, cuando propiamente somos unos recién nacidos para el pensamiento, conviene que los que tienen alguna experiencia de la vida nos dirijan, nos vayan ilustrando y lleven por decirlo así de la mano nuestros sentimientos. De otra manera sería muy fácil que nos descarriásemos a cada paso, e inspiraríamos horror a nuestros semejantes, y seríamos ingratos para con Dios.

—Ingratos, jamás —dije con acento conmovido. La alusión, por lo mismo que había sido hecha con toda la delicadeza posible, había penetrado en mi corazón más hondamente.

Mi tío callaba para no dar a conocer en su acento la agitación de su alma.

—Uno puede engañarse —continué—, y creer que hace una cosa indiferente, cuando en realidad no lo es; pero ser ingrato, esto no, jamás.

—Bien lo sé, Manuel —me dijo mi tío—; pero es necesario que procures no olvidarnos, escribirnos a menudo, y hacer que sepamos que estás alegre y bueno; y así que haya vacaciones las vienes a pasar entre nosotros. ¿Te gusta mi plan? ¿No es verdad que adelantarás y estarás contento? Porque esto es lo que deseamos todos, hijo mío, tu adelanto y tu dicha.

Y estrechándome contra su corazón, mi buen tío me dejó asomándosele las lágrimas a los ojos. Yo las vertía abundantes, y me volví a mi cuarto para dar al sentimiento libre curso.

La escena anterior me había llenado de una admiración mezclada de ternura. A pesar mío debí confesar que existía en el mundo alguna cosa tan buena por lo menos como mi soledad y mis suspiradas meditaciones. Esta cosa era la hombría de bien de mi respetable tío. Como padre vigilante había sorprendido mi correspondencia simbólica con su hija; tal vez me había visto en el jardín, en el momento en que mis ojos debían revelarle con espanto unas intenciones siniestras. El primer impulso de su indignación debió de ser terrible. Un hijo adoptivo, a quien había recibido en su familia a impulsos de la caridad, estaba a punto de derramar sobre su existencia la hiel y la ponzoña. ¡Qué horror y qué ingratitud! debió de exclamar airado. ¿Qué podía hacer el ofendido padre? ¿Cómo era posible que contuviese y encerrase dentro de su pecho una ira justa dispuesta a estallar para vengarse? Y sin embargo la contuvo, y dando únicamente salida por sus labios a la ternura más bella de un padre, a aquella que no sólo perdona, sino que olvida, me dejó con su bondad anonadado.

IX.
Nueva intimidad. Buen humor del piloto.

Sacóme de mis meditaciones un ruido ligero que me era muy conocido y que tenía para mí un encanto inexplicable. Pero esta vez me hizo estremecer. Mi corazón palpitaba con tal violencia que parecía llamar a sí toda mi vida, dejando la cabeza abandonada y como poseída de un vértigo. Tuve valor para no levantar los ojos.

Adela, pues ella era, se adelantó hacia mí, y se detuvo mirando en mis mejillas las huellas de las lágrimas.

—Vamos, no seas niño —me dijo con dulzura—; si hubiese sabido que mi conversación había de ponerte triste, no te hubiera dicho una palabra. Figúrate que no te he dicho nada, y que estoy lo mismo que estaba ayer, lo mismo, sin aquellos emblemas que te dije. Y a la verdad que ya no hemos de pensar en emblemas.

—Lo sé —le respondí.

—Esta mañana —continuó—, cuando tú me dejaste tan precipitadamente, yo no podía atinar en la causa de tu fuga. Pero al volverme me encontré con mi padre. Estaba muy serio; no me riñó, aunque, bien pudo echar de ver que yo había llorado. Me acompañó a mi cuarto, y me dijo que deseaba ver los dibujos de las flores que tú habías hecho para mí; yo se los di, y turbada puse entre ellos el papel de los emblemas. No se mostró enfadado, antes me miró con mucho cariño y me dijo que ya no debía pensar en estos entretenimientos. Tú sabes que nunca le replico. Fuese y yo fui a poner el aviso en tu rosal; debemos, pues, renunciar a pintar más flores.

—No, ya no más flores —respondí.

—Mas no por esto quiero que estés triste. Mira, no lo sientes tú más que yo, porque si he de decirte la verdad el lenguaje que habíamos adoptado me gustaba mucho, y hubiera pasado alegre la mitad del día pintando emblemas. Hoy mismo había principiado una guirnalda en la que quería pintar veinte flores de las que más me agradan y te la hubiera dado para prenda el día de tu partida;

dibujándolas me parecía que mi pesar se calmaba, y que estaba mucho más dispuesta a obedecer todo cuanto mi padre me mandase. Pero tú estás muy inquieto, Manuel, y vas a ponerte malo.

Con efecto, esta conversación me era insoportable. Conocía yo que era deber mío huir de aquella niña candorosa; miraba agitado a todas partes, temiendo a cada instante ver comparecer a mi tío, severo, indignado, para hacerme las más justas reconvenciones; y al mismo tiempo me faltaba valor para cerrar los oídos a unas palabras cuya armonía penetraba en mi alma; y de este modo, luchando entre la posesión de una dicha y el cumplimiento de un deber, ni poseía aquella, ni cumplía con éste, sino que penaba.

—Manuel —me dijo Adela esforzándose en querer calmar una agitación que al contrario crecía con su intimidad y su franqueza—; mañana diré que quiero continuar la música que dejé hace tiempo; tú también vas a aprenderla en tus ratos perdidos, y nos formaremos con ella otro lenguaje que nadie entenderá fuera de nosotros dos. Así no echaremos de menos las flores que hemos perdido. Si estamos alegres nos lo diremos; si estamos tristes, también: ¿qué mas se necesita? ¿No te parece bien mi idea? Pero tú no me respondes, y estás mirando al jardín. Pues hazte cargo que ya no es jardín, sino huerto como era antes. ¿No me he consolado yo para que tú te consolases? Ya le he dicho a mi madre que, marchándote tú, y casándome ellos a mí, mire lo que se hace del jardín, pues para mí es como si ya no existiese.

En esto se oyó la voz de mi tía.

—Me llaman —dijo Adela—; he de ir a arreglar la mesa, y puedes pensar con qué alegría lo hago; creo que comen en casa el piloto y el cura. Pero advierte que si mientras comemos no me animas y no pones la cara un poco mas risueña, os dejo, o me marcho a llorar.

Y diciendo esto se alejó. Yo escuché un buen rato el ruido de sus pasos, y el de los pliegues de su vestido mientras atravesaba ella el jardín; y cuando ya nada oí, aun me parecía que la dulzura de su voz resonaba en mi pecho como la mas pura melodía. Al mismo tiempo me sentí aliviado de una congoja terrible, del temor de que mi tío hubiese llegado a sorprenderme en una conversación a solas con su hija. Determiné pues evitar por todos medios la presencia de Adela mientras llegaba el día de mi partida.

A poco tuve que hacer otro esfuerzo sobre mí mismo. Delante de Adela había tenido que contener mis más íntimos sentimientos, cuando con mayor ímpetu amenazaban romper los diques de mi razón, y derramarse fuera de ellos: ahora me tocaba sujetarlos enteramente, comprimirlos y sepultarlos debajo de otros ficticios: aparentar calma y sangre fría cuando mi corazón estaba abrasado, y cuando mi cabeza hervía. Me llamaron para comer, y no me hice esperar. Encontré reunidos en la mesa a mis dos tíos, a mi tía, a Adela, y al piloto. Éste estuvo chistoso con agudeza, y sostuvo con todos una conversación animada. Cierto que no pude menos de escucharle admirado, y en mi interior confesaba que él valía cien veces más que yo. Una vez hecha familiar y festiva la conversación, mi tío el cura le preguntó de repente para ponerle a prueba que si sabía las obligaciones del casado, él que deseaba casarse; y al momento respondió que eran procurarse dos cosas por medio del trabajo, a saber, pan y alegría; y pedir a Dios otras dos, salud y paz.

—Ya veo —dijo mi tía—, que seréis tan buen casado como habéis sido piloto de fama.

—Perdonad, madre —dijo el piloto—, ayer me admitisteis por hijo, y debéis tutearme o no tutear a Adela.

—Te prometo la enmienda —repuso mi tía—, y ya ves que pongo la penitencia sobre el pecado.

—No lo dije por tanto, y os pido mil perdones —replicó el piloto—; y ahora a lo de piloto de fama digo que en mi carrera también me impuse dos obligaciones, salvarme con el buque o perderme con él.

—Buena y aun excelente es la primera de estas dos obligaciones —observó el cura—, pero la segunda, o no la comprendo bien, o no me parece demasiado católica.

—Me explicaré —respondió el piloto—; marinos hay que pierden el buque, y se salvan ellos y su fortuna, y otros que, perdido el buque, dado que se salven ellos, dan testimonio del naufragio en su pobreza. Yo me propuse ser de los segundos.

—Está bien —le dijo mi tío materno—; pero en tus viajes por estos mundos. ¿no haces memoria de alguna singularidad que sea digna de que nos la cuentes?

—En verdad puedo decir que he dado vuelta al mundo, y que no le conozco. Sin embargo, recuerdo muy bien que he visto en él más agua que tierra, más plantas que árboles, y más insectos que hombres.

—¡De veras! —exclamó mi tía—; pues esto lo sabe todo el mundo, que por cada hombre que se encuentra hay muchísimos insectos; dinos alguna extrañeza que hayas visto, alguna cosa muy rara.

—Deseo contentaros, madre —respondió el interpelado—; y sin ir muy lejos, hace poco vi la mayor extrañeza, la cosa más rara que os podéis figurar.

—Vaya de cuento —dijo interrumpiéndole el cura.

—Y que no es cuento —replicó el piloto—; y primero debo preguntar a mi madre que ¿en dónde nacen y se forman las criadillas?

—Toma —respondió mi tía—, es bien sabido que nacen en la tierra, y crecen en ella.

—No hay tal —dijo el piloto—, o por lo menos la regla no es general, pues he visto yo un arbusto dar por fruto, y en parte muy visible del tronco, una criadilla.

—Esta no cuela —dijo mi tía.

—A la prueba me atengo, y diré además que el arbusto que da tal fruta es un rosal.

Mi tío materno soltó una carcajada. Miré a Adela, y viendo su rostro encendido como una grana, creí deber llamar hacia mí la atención.

—Certifico —dije—, lo de la criadilla en el rosal, y aun me atrevería a explicar el milagro.

Noté un movimiento de satisfacción en mi tío paterno, sin duda por ver que no me desdeñaba de tomar cartas en la conversación. Adela se repuso, bien segura de que yo no explicaría la verdadera causa del prodigio.

—¡Eso mas! —exclamó mi tío materno—. ¿Con que hay milagro?

—De seguro —respondió el piloto—, en habiendo de por medio un abogado, presente o futuro, hay milagro.

Conociendo que esta vez la andanada iba dirigida sobre mí, puse los ojos en mi plato, y continué comiendo.

—¿Y qué tienen de común —preguntó mi tío materno—, un abogado y un milagro?

—De mí sé decir —respondió el piloto—, que una de las dos cosas me despierta la idea de la otra, y me parecen idénticas. Un solo abogado he conocido; fue en Sevilla, y fui víctima de un milagro suyo; se empeñó en probarme que yo le debía lo que no le debía; yo que no, él que sí: el caso fue que hizo el milagro, y le hizo doble, pues tuve que pagarle a él lo que no le debía, y a un escribano otro tanto, que no sé cómo vine a deberle.

Esta salida inesperada excitó la risa de todos mis tíos.

—Desde entonces —continuó el piloto—, en divisando el tope de algún letrado, doy velas al viento y me largo; y si aun con esto llegase a ponerse en mis aguas, en el momento le satisfaría al contado todo cuanto quisiese, por no tener que pagar el milagro doble.

Creció con esto la risa. Mas viendo el piloto que yo no tomaba parte en ella, añadió a poco.

—Pero estoy muy lejos de creer que todos los letrados sepan hacer semejantes milagros, y desde ahora, para cuando Manuel lo sea, le exceptúo de mi regla general.

—Y sin embargo —dijo mi tío materno—, hace poco nos ha hablado Manuel de un milagro que ha podido ser obra suya.

—Es un error —dijo Adela saliendo esta vez a mi defensa—, pues fui yo quien puse en el rosal la criadilla.

—Pues desde hoy —repuso el piloto—, adopto por bandera de seña las criadillas hermanadas con las rosas.

—He aquí —dijo con gravedad festiva mi tío materno—; he aquí un milagro asombroso explicado mucho más satisfactoriamente que el del letrado de Sevilla.

—Confieso que sí —dijo riéndose el piloto.

—¿Pero qué idea te ha dado de poner una criadilla entre las rosas? —preguntó mi tía a su hija.

La pregunta era demasiado natural para no desconcertar a mi prima, y a mí con ella. Afortunadamente mi tío paterno nos socorrió a entrambos, dirigiendo a su esposa otra pregunta.

—Y ¿qué idea has llevado tú —le dijo—, al mezclar en un plato las mismas criadillas con algunos palominos?

Acababan entonces de presentar un plato en que venían mezcladas ambas cosas.

—Me parece —insistió mi tía—, que las criadillas y los palominos no son en la mesa tan malos compañeros.

—Al contrario, excelentes —dijo el piloto—; y hablando en plata, y respetando toda opinión contraria, prefiero y me saben mucho mejor las criadillas entre palominos que entre rosas.

—Esto se llama batirse en retirada —dijo el cura—; pues ¿y la bandera de seña?

—Lo dicho —respondió el piloto—, y primero le faltará a mi buque la caña antes que yo deje de adoptar la nueva enseña. En la montera más alta haré ondear las criadillas junto con las rosas; pero creo que dentro la cámara y sentado a la mesa no he de caer en falta si hago que las mismas naveguen de conserva con los palominos.

—Y hablando de lo que más interesa, y si me permites hacer uso de tus frases —añadió el cura—, ¿cuándo te he de dar mi bendición para que navegues de conserva con Adela?

—Antes hoy que mañana —respondió el marino.

—Todavía se han de pasar algunos días —dijo mi tío paterno—; y lo siento porque Manuel no podrá asistir a la fiesta.

—¿Tan pronto se ausenta? —preguntó el piloto.

—No es posible que se detenga, si ha de llegar con tiempo a la universidad —respondió el padre de Adela, dirigiéndome una mirada afable y significativa.

—¿Cuándo, pues, es la marcha? —preguntó mi tía.

—Mañana —respondió su esposo.

X.
Adiós a los paseos de mi infancia.
Exaltación febril. Indignación de Adela.

Algunas horas antes, la palabra «mañana» pronunciada por mi tío refiriéndola a mi marcha, hubiera acaso hecho entrar en mi alma la desesperación; pero ahora, cuando ya no podía dudar que mi sola presencia era posible que turbase la paz de una familia honrada; cuando había conocido que apenas tenía imperio sobre mí para contenerme a vista de la ternura fraternal de mi prima; cuando un anciano venerable me había hecho sentir con toda la dulzura imaginable el grave peso de mis

deberes, ahora, en vez de lamentarme, hubiera dicho con el piloto, aunque en circunstancias enteramente opuestas, «antes hoy que mañana».

Después de comer me fui a dar el último *Adiós* a mis paseos favoritos. Comencé por la ermita de San Telmo. Creí que el viento, que casi constantemente reina en aquella altura, apaciguaría un tanto el ardor de mi frente abrasada. Me engañé; la tarde era hermosa; el cielo claro; las hojas de los arbustos estaban inmóviles; tranquilo el mar, sólo levantaba en la orilla algunas olas juguetonas que besaban el musgo de las rocas; a lo lejos se oía el canto de algunas aves, y pude distinguir bien el de un mirlo. Este sosiego de la naturaleza me hacía sentir más vivamente la tempestad de mi corazón. El llanto me hubiera aliviado, pero no pude llorar. Durante algunos minutos, corrí como un insensato de una a otra parte, junto a muchos precipicios, sin reparar apenas en ellos. Pedía a las hojas y a las ramas de los árboles sus murmullos y sus crujidos, al aire los gemidos con que luchaba a veces contra la colina, a las secas torrenteras aquellas corrientes que algún día vi precipitarse impetuosas, a las olas su blanca espuma y sus bramidos, y a la naturaleza toda alguna de sus tremendas agitaciones que corriese en armonía con la que me dominaba. Y viendo que nadie hacía caso de mis invocaciones, miraba a todas partes azorado, y con risa convulsiva exclamaba: «la naturaleza se muere, se muere sin remedio, porque ya no siente.» Yo creía sentir extraordinariamente, y ahora tengo para mí que no sentía nada. Experimentaba sí una lucha de sentimientos que pugnaban por apoderarse de mi ser exclusivamente; de una parte mi cariño para con Adela, un deseo vago de vida, de felicidad, de orgullo; de otra me parecía que ella sólo me había dado muestras de aquel interés familiar, apacible, casi frío, que entre parientes se nota; que sus confianzas las había usado conmigo, como lo hubiera hecho con una amiga; que su repugnancia, en orden al casamiento, tomaba el color de la indiferencia propia de una niña educada con reserva: ¿le había hecho yo ninguna confianza tierna? ¿habían pasado nuestras intimidades de ser unos juegos pueriles? ¿qué significado podían tener ni el cultivo de las flores, ni el mutuo regalo de algunos ramos, ni la pintura de algunas guirnaldas, ni unos emblemas curiosos pero inocentes? Adela era mi prima, y nada más: y yo era un demente que pedía a Adela, y al monte, y a las aguas, y a los vientos, una respuesta a mis interiores martirios. Luego después me comparaba yo con el piloto que, antes de pedir a un ángel que le sirviese de apoyo en la vida, se había hecho digno de él con su constancia en la honradez y en el trabajo. Veníanme entonces a la memoria las palabras de mi tío, tan sencillamente pronunciadas, pero tan verdaderas y tan penetrantes. ¿Había de pagar yo con la más monstruosa ingratitud unos beneficios inestimables? ¿Podía yo manchar sin horror, ni aun con el pensamiento, las canas del hombre venerable que me había servido de padre?

Voy a huir, exclamé, a huir de estos sitios cuya vista me es insoportable. Aquí se acaban los días de las ilusiones de mi infancia. Ya no volverán más aquellas horas fugaces que pasé sentado sobre esas peñas, ensimismado, meditabundo. Esta senda la he abierto yo sobre la yerba. Desde aquí contemplé algún día los esfuerzos que hacían los pobres pescadores para no volver a la playa sin dejar cumplidas las esperanzas de sus familias. En este sitio me ha sorprendido no pocas veces la luna cuando yo no dormía, ni velaba, entregado a la vaguedad de mis tristezas. Estos pinos, que ahora casi me impiden el paso, yo los vi nacer, que parecían unas débiles plantas: algún día, que acaso podrían darme sombra, yo estaré lejos, demasiado lejos, para poder aprovecharme de ella. A algún otro la darán, porque de algo servirán ellos; mas yo, ¿a quién podré ser útil en la vida? Aquí acostumbraba a descansar, apoyada mi vacilante cabeza sobre la yerba. Allí fue, bien me acuerdo, donde me sorprendió una tempestad; yo vi a las nubes atraerse unas a otras, llamar en su auxilio a las más lejanas, y aglomerarse sobre mi frente para darme miedo con su voz tremenda: pero yo, absorto en su contemplación y casi aletargado, no me moví, y tuve el placer de verlas romperse y abrirse en mil pedazos por sus propios esfuerzos. ¡Quién me diera la calma de los momentos deliciosos que en este otro sitio pasé! Aquí pensé mucho en ella, en los emblemas que quería presentarle, en la explicación de los que de ella recibía, y sobre todo en la transformación que en su persona iba notando. ¿Quién la iba embelleciendo gradualmente? ¿quién daba a su talle aquel contorno elegante, a sus mejillas aquellas rosas, a sus ojos aquel mirar tierno, y a su voz aquella

dulzura que tanto poder sobre mí tenía? Ya no la oiré mas. Y cuando esté entregado a toda la amargura de mis pesares, cuando unos dolorosos recuerdos acibaren todos los instantes de mi vida, en vano pediré al ambiente de la mañana que lleve hasta mí aquellos acentos que me fueron un día tan agradables: ¿en dónde se dejarán oír entonces? ¿Quién será bastante feliz para que a él vayan encaminados?

Entregado a estos pensamientos me había sentado y permanecía casi oculto entre dos arbustos cuando me pareció oír no muy lejos de mí aquella misma voz querida por la que en mi interior suspiraba. Dudé si sería una ilusión, y si la vehemencia de mis deseos podía dar nueva vibración en mis oídos a unos ecos ya remotos y apagados. Paré mi atención, y percibí distintamente pasos de gente que se acercaba. Al mismo tiempo oí la voz de Adela, que decía:

—Desde la ermita le vi junto a este pinar, y no nos llevaba mucha ventaja.

¿Sabes —dijo otra voz que reconocí por la de su madre—, sabes que ya no me puedo tener en pie, cansada de saltar por estos barrancos? Vaya que Manuel tiene unos gustos bien extraños.

—Lo que es ahora no puede estar muy lejos —repuso Adela—; y el vigía de San Telmo nos ha dicho que le vio detenerse al pie de esta loma.

—Pues llámale —dijo su madre—, o búscale, y no tardes, que yo me siento y no doy un paso mas.

—Ya que de todos modos es preciso que descanséis un instante —dijo Adela—, hacedlo aquí, en este claro, sobre la yerba. Dejadme tender antes este pañuelo. Ahora sentaos, madre, pero cuenta con que no os durmáis, y cuando yo os llame respondedme. Voy a subir a esta colina, y si no le descubro, le llamaré y al momento me tendréis a vuestro lado.

—Pero hazlo pronto, que hemos de estar en casa antes que tu padre, tu tío y el piloto hayan vuelto de su paseo.

—Al instante —respondió Adela.

Y luego oí el ruido de las ramas que mi prima iba separando mientras subía por una cuesta en la que en vano su madre hubiera querido seguirla. Apenas pude contenerme al saber que iba en busca de mí. Al principio quise dar un rodeo para salir de improviso a su encuentro; pero luego, pensando que al día siguiente debía alejarme de ella para siempre, me pareció que sería aumentar la amargura de mis recuerdos el añadir a ellos algunos momentos más pasados entre ilusiones deliciosas. Con el rostro caído sobre el pecho, quedéme pues inmóvil y contemplativo. ¿Me quitarán de encima, decía para mí, el peso de la desventura algunas palabras compasivas más o menos, pronunciadas a mis oídos? Mi sino está ya patente. Ni quiero verla ni oírla: quédese aquí con sus gracias, con su candor y su inocencia, ya que estoy destinado a respirar otro aire que el que ella respira, y a mirar otras flores que las que a ella le dan su aroma.

En esto ya no oí nada. Levantóse un vientecillo fresco, el que yo tanto deseaba, y que me dio mucho consuelo y alivio. Yo le recibía con la cabeza descubierta, presentándole mi frente enardecida. Y mientras pasaba dando gemidos y haciendo revolotear mis cabellos, me parecía que el mundo no existía para mí y que mi ser permanecía extático, como si el viento se llevase, a medida que iban naciendo, las emanaciones de mis pensamientos y de mis dolores.

No sé cuánto tiempo permanecí de este modo, porque, cansado de mirar un mar sin olas y un cielo sin nubes, cerré mis párpados para atender solamente a las armonías de las brisas. Estas llevaban de tiempo en tiempo a mis oídos algún susurro de las hojas de los árboles, algún lejano crujido de las ramas de los arbustos, o tal vez el golpear apenas perceptible de alguna piedra que se deslizaba y que saltando iba a parar al mar. A veces imitaba el aire en torno mío, ya el ruido de unos ligeros pasos, ya los ecos de una voz conocida, o ya el movimiento agitado de los pliegues de un vestido. Acostumbrado yo a entregarme a estas fantasías de los vientos, saboreaba un silencio. la tierna tristeza que en mi pecho despertaban. Al fin recliné mi cabeza contra una rama.

Con mi movimiento hice crujir sin duda alguna otra rama cercana, o quizás mi nueva posición me hizo percibir más sonidos, pues desde este instante me pareció que todo se agitaba en torno mío, que los arbustos daban unos contra otros, se separaban y volvían a juntarse con violencia, y hasta creí oír una especie de suspiro profundo y comprimido. Abrí los ojos y vi a mi lado a Adela, agraciada como nunca, más bella en su melancolía, más animada por el cansancio, y más atractiva por la soledad que nos rodeaba. A nuestros lados, y detrás de nosotros, sólo se veía la frondosidad de los ramajes; sobre nuestras cabezas el toldo azulado del horizonte; y a nuestros pies, y hasta donde alcanzaba la vista, la verde alfombra de un mar tranquilo. Varias veces la miré convencido de que aquellas miradas eran las últimas que me sería dado dirigirle.

Sin duda la tenacidad de mi atención, y al mismo tiempo mi silencio, y el lugar, debieron alarmarla, pues de repente bajó los ojos, y me pareció que, asustada, hacía un movimiento para alejarse.

—¿Qué haces aquí? Vente con nosotras —me dijo a media voz.

—Ya no nos veremos más, Adela —le respondí instándola para que se detuviese.

—Te andábamos buscando —añadió ella—, esforzándose para sacarme de allí.

—Éste es el último momento de mi felicidad —continué yo como si hablase conmigo mismo.

—Dime si estás despierto —dijo ella—, y no me espantes con este modo de mirarme.

—Adela —dije yo—, mañana, a estas horas, estaré muy lejos de ti.

—Vámonos Manuel, que mi madre nos espera.

Diciendo esto comenzó a marcharse; pero fue de modo que, deslizándosele un pie sobre la yerba, vaciló un momento en la orilla de aquel precipicio, y hubiera ido rodando por él, si con presteza no la hubiese yo asido del brazo. La idea del peligro que ella acababa de correr, y la fiebre que me devoraba, me hicieron olvidar de mí mismo hasta el punto de intentar, aunque en vano a causa de su resistencia, imprimir mis labios en su frente pura. Al recordar esta escena me horrorizo ahora: pero ya dije a mis lectores que antes de pertenecer al claustro había pertenecido al mundo. Adela se levantó precipitadamente como si hubiese sentido el contacto de una llama.

—Madre —gritó con voz penetrante y que parecía implorar auxilio.

Yo quedé inmóvil, corrido y lleno de una turbación profunda. Mi delirio había llegado al más alto colmo, y volviendo de repente en mí a vista del terror que estaba pintado en el semblante de Adela, soltéla trémulo y confuso.

Luego se oyó la voz de mi tía que decía:

—Adela, Adela, ¿qué tienes? ¿en dónde estás?

—Resbalé, pero no es nada, madre —respondió la hija.

Y luego por lo bajo me dijo mirándome indignada.

—Manuel, ya no te quiero.

Y la vi alejarse. Pero a poco, apiadada sin duda de mi consternación, y no queriendo dejarme abandonado a la misma en aquella soledad, volvió hacia mí, y dijo en alta voz.

—Venid, madre, está aquí, ya le encontré.

—¿Pero dónde estáis que no os veo? —decía mi tía adelantándose.

—A mano derecha vuestra —respondíala su hija yendo y viniendo como para servirle de guía y como si temiese al mismo tiempo algún acto de desesperación de mi parte—; tomad este sendero.

—¿Y qué cristiano pasa por este camino de cabras? ¿Quieres que me vaya a dar merienda a los peces? —preguntaba la madre sin detenerse por esto.

—No miréis al fondo, y asíos de las ramas: tened cuidado con este barranco; así, llegaos —decía la hija.

—¿Y qué hacía en estos sitios, el excomulgado? —añadió la madre.

—Dormía —respondió Adela.

—Pues esta cama de zarzales y espinos es cómoda para sestear —dijo mi tía acercándose y llegando luego a donde estábamos.

—Te he de reñir mucho —añadió cogiéndome del brazo—; miren el mozuelo, ¿te falta cama en casa? ¿no puedes ver desde ella el cielo como desde aquí, y esto sin peligro de romperte la cabeza ni de hacerla romper a los demás? Pues si dabas aquí un resbalón, ¡Virgen santa! ¿a dónde ibas a parar? Vaya que mereces que todo el mundo te deje por loco, y que nadie te pueda ver.

Y viendo que yo la escuchaba en silencio sin moverme de mi sitio, se llegó a mí, y poniendo sus manos sobre mi cabeza continuó:

—Pues miren cómo se ha puesto el cabello, y qué pálido se ha vuelto; y el tonto ha llorado. Vaya, simple, que en la universidad te divertirás mucho más que nosotras aquí; ¿en dónde has dejado el sombrero? Apuesto a que el viento se te lo ha llevado: si digo que no es posible hacer carrera con él. ¡Jesus qué genio! Aquí le tienes; recógele; y vámonos que se va haciendo tarde.

Yo me levanté, cogí el sombrero, y dando un paso vacilante me preparé para seguirlas.

—Estoy en que todavía duermes —dijo mi tía—; vamos, desperézate primero, no sea que te vayas volteando por estos barrancos.

A toda esta expansión de la ternura de mi buena tía no respondía yo sino por monosílabos, o por algún movimiento de cabeza, o haciendo lo que ella me insinuaba. Conocía que era indigno de semejantes muestras de bondad, y avergonzado de mí mismo no me atrevía a levantar los ojos. La mirada de indignación que me había dirigido Adela, y las palabras con que me expresó que había perdido su estimación, me parecían un fallo tan justo como terrible. Al mismo tiempo ponía el sello a mi confusión la generosidad con que se estaba portando conmigo, la nobleza de alma con que parecía echar en olvido delante de su madre el agravio recibido, y el interés compasivo que la impelió a no abandonarme en aquel fatal momento. Yo la seguía temblando; una vez tuve valor para decirla con voz apenas perceptible si se podía esperar de ella perdón, pero se volvió de improviso dando a entender que no me había oído; y desde entonces puso estudio en caminar al lado de su madre, aun en los pasos más difíciles. Y cuando alguna vereda era tan estrecha que la obligaba a renunciar a su propósito, si me veía detrás de su madre, ella pasaba delante, procurando siempre colocarla entre nosotros dos.

—Muy callados estáis —nos dijo mi tía cuando estuvimos cerca de la ermita de San Telmo; jamás os he visto tan serios y taciturnos, y creo que este cansancio, al que llamáis paseo, no ha de probar a ninguno de los tres. De mí os diré que salí de casa muy ligera, y volveré a ella muy pesada.

—Realmente también me siento cansada, madre —respondió Adela.

—¿No dije yo que no te encaramases por aquella maldita sierra? —replicó mi tía—; y al fin y postre qué has ganado con despertar a Manuel? Ahí le tienes que va caminando tan dormido como cuando le encontraste; y, después del cuidado que por él pasamos, ya ves el poco caso que hace de nosotras, pues ni siquiera se ha dignado dirigirnos una palabra.

—Os ruego que me perdonéis, pues tengo esta tarde el corazón muy oprimido —dije mirando a la madre, pero dirigiéndome evidentemente a la hija.

—Perdonado quedas, hijo mío —me dijo mi tía—, ya que tan tiernamente lo acabas de pedir.

Uno en pos de otro subíamos entonces por una estrecha senda que conducía a la pequeña loma en que está situada la ermita de San Telmo. Adela venía detrás de su madre. Dejélas pasar, y dije a mi prima.

—Perdón, Adela, perdón.

—A Dios le has de pedir, no a mí —me respondió.

—Ya hemos andado lo más difícil del camino —dije a mi tía al llegar a San Telmo—; ahora la senda es menos áspera, y viene cuesta abajo: si me lo permitís me quedaré aquí hasta la hora de la cena.

—Nada se te puede negar —me respondió—, cuando lo pides con tan buenos modos. Pero procura ser puntual.

Y les vi alejarse sin que Adela se volviese para mirarme.

XI.
La ermita de San Telmo. Recuerdos de mi patria. El ramo de Adela.

Desde el terraplén de la ermita de San Telmo se descubren por todos lados unas perspectivas admirables. Hasta este día me habían parecido deliciosas; pero ahora las miraba con indiferencia, o por mejor decir no las veía. Me consideraba como un hombre que al dar los primeros pasos en la vida, en vez de tomar una senda segura y sólida, me había metido en un cenagal infecto; en el cual los mismos esfuerzos que en bien de mi salvación hacía, sólo servían para hundirme más y más, y perderme. En vano aquella tarde había querido estar solo, y había ido a colocarme entre unos precipicios en un sitio agreste y de ninguno frecuentado; en vano quise evitar la presencia de Adela, no respondiendo a su voz cuando oí que andaba en busca mía: era tal la fuerza de mi desventura que no podía evitar que los demás interpretasen mal mis buenas acciones, y al mismo tiempo me impeliesen voluntariamente a cometer otras malas. ¿Porqué hubo de buscarme Adela?; porqué se me puso delante de improviso, y en medio de la soledad me presentó más bella que nunca la rosa de su hermosura? ¿No huía yo de mirarla? ¿No me había hecho sordo a sus acentos a pesar de los encantos que para mí tenían?

—¡Ah! —exclamé levantando la voz—, soy el hombre mas desgraciado que la tierra sustenta.

Yo creía estar solo, pero volviéndome vi delante de mí a un hombre de pie, con los brazos caídos, que me estaba mirando de hito en hito. Era el anciano vigía de San Telmo, con quien algunas veces conversaba en aquel terraplén, y a quien no conocía por otro nombre que el de abuelo.

—Pobre niño —me dijo sonriéndose.

—¿Han sido afortunados hoy los pescadores, abuelo? —le pregunté dominando mi sorpresa.

—A lo que se ve —me respondió—, lo han sido un poco mas que tú, pues no se quejan.

—Voy a dejar estas tierras, abuelo —le dije.

—¿Y por esto te llamas desgraciado? ¿No las dejaba cada día tu padre, para arriesgarse a unos peligros que tú no correrás?

—¿Conocísteisle vos a mi padre?

—Hace veinte y seis años que le conocí por un valiente, aquí mismo en donde te veo a ti tan amilanado.

—¿Y cómo fue esto? Contádmelo, abuelo.

—Fue un día memorable para este terraplén y para toda esta comarca.

—¿Un día memorable, decís?

—¿Crees tú que siempre ha estado este sitio quieto y pacífico como ahora? Para todos ha habido sus tempestades, antes y después de las bonanzas, amigo desgraciado.

—Nunca me habíais hablado de esto, abuelo. ¿Decís que aquí ha tenido lugar algún hecho memorable en el que se encontró mi padre?

—Y fue en un día sereno como el de hoy, sólo que hacía un frío intenso, a bien que ni tu padre ni yo lo sentimos. Era el 31 de marzo de 1795. Saca la cuenta y verás que la fecha es de veinte y seis años como llevo dicho[1]. Cabal, veinte y seis años, y algunos meses. Y me parece que fue ayer. El tiempo va que vuela, amigo. Entonces mí cabeza estaba más poblada, y mis piernas más firmes. Creo que en las seis horas que duró el combate subí de la playa aquí, y bajé a ella por lo menos cincuenta veces.

—¿Hubo, pues, un combate?[2]

—No uno, sino ocho.

—¿Ocho combates en seis horas, abuelo?

—Ocho, y cada uno a cual mas recio. Como digo, serían las ocho de la mañana; tu padre estaba sentado aquí con la cara vuelta a levante.

—¿Mi padre decís?

—Todavía no lo era, pero entonces ya conocía a tu madre con la que más adelante casó. Yo me paseaba distraído. «Antonio, me dijo, ¿veis allá una vela real?» Llamábamos a los navíos de guerra velas reales. «La veo, respondí, pero veo más lejos más de una: veo tres, cuatro, seis, nueve. Son nueve las que veo. Es una escuadra.» «La vela que va delante, dijo él, es española.» «La segunda, dije yo, no lo es; la tercera tampoco: todas son tricolores fuera de la primera.» «Y los ocho navíos tricolores, dijo él, persiguen al español; no hay duda, le dan caza. Largad bandera, Antonio.» Y me ayudó a largar la bandera. «Ya nos ha visto, dijo al cabo de un rato, y pide práctico.» Diciendo esto se marchó precipitadamente. No había pasado un cuarto de hora cuando noté en el puerto un movimiento desusado. Salieron de él algunas lanchas, y muy luego el navío español viró de repente e hizo rumbo hacia ellas. No tardó mucho tiempo en acercarse, y precedido de las lanchas entró con una majestad... Vamos, que era cosa de ver y de admirar la limpieza de su casco, la brillantez de su artillería, y la gallardía de su arboladura. Aquí se colocó, en medio del puerto, que pocas veces se ha visto tan honrado, presentando una banda a la boca; aquí, a cosa de un tiro de pistola de la playa. ¡Qué navío, amigo! llamábase el *Montañés,* y el nombre le venía de molde, situado como estaba entre dos montañas. Era buque de ochenta cañones, y no sé cuántos cientos de plazas.

—¿Y se salvó?

—Había dado el primer paso para salvarse. Tu padre le había servido de práctico. La playa se llenó de gente; algunas barcas de pescar se acercaban al navío, se armaban junto a él, y después iban a situarse a entrambos lados del puerto, en medio de las rocas. Y todo se hacía en silencio, como cuando se trabaja con empeño y de buena gana. Tu padre, que era el mejor piloto de la villa, lo dirigía todo, dando consejos al capitán del navío.

—¿Y luego?

—Estoy pensando que haces mal en no seguir la carrera de tu padre. No dudo que será profesión honrosa la de abogado; pero, por cada piloto que haya tenido poca suerte, encontrarás cincuenta abogados que ganan a dedos el escaso pan que comen.

—¿Y qué fue del navío?

—Con parte de su artillería se aumentó la de la batería del muelle. En menos de media hora subieron y colocaron en este terraplén, aquí en donde estamos, dos cañones de a veinte y cuatro. Con la escolta vino tu padre en calidad de comandante de este fuerte. Hechos con presteza y terminados todos los preparativos, volvimos nuestra atención al mar. Los ocho navíos enemigos, viendo al nuestro dirigirse hacia tierra, vacilaron en seguirle, creyendo tal vez que, desesperando de poder salvarle, el capitán iría a embarrancar con él. Pero, luego, viéndole tomar posición, y desafiarlos desde ella, se fueron acercando a tierra.

1 Luego estamos en 1821, y el protagonista tiene unos diecisiete o dieciocho años de edad. (Nota del editor digital.)

2 El suceso se refiere a los meses finales de la guerra del Rosellón, contra la República francesa. (Nota del editor digital.)

—¿Todos ocho?

—Verás cómo pasó el lance. Vinieron uno en pos de otro. Daban dos viradas, y a la tercera asomaban por la punta de las Horcas, allí en frente, junto al molino de viento, y con poca vela, pausadamente cruzaban por delante del puerto, haciendo llover sobre la villa, y la batería, y el *Montañés*, y esta ermita, un granizo de balas, de granadas y metralla. Por esto te dije que fueron ocho las acometidas. Pero fueron ocho las defensas. Nuestros dos cañones eran los primeros en disparar. Tu padre daba la voz de fuego al ver la punta de la proa de un enemigo, y como todos seguían el mismo camino, ninguno de nuestros saludos se perdió. Después de nosotros disparaba la batería del muelle, y por fin rompía el *Montañés* una especie de fuego graneado que no cesaba un momento mientras pasaba el enemigo, haciendo retumbar estos contornos de una manera espantosa. Las barcas cañoneras tampoco dormían, de manera que el puerto, y la montaña, las rocas y la playa, todo parecía erizado de bocas de fuego para defender el pabellón del *Montañés*. Aquellos de entre los navíos enemigos que menos averiados quedaron, volvieron a cruzar segunda vez, con intento, a lo que se vio, de hacer alheña al nuestro si no podían reducirle a que arriase bandera. Fueron dos los que cruzaron a un tiempo, que casi se tocaban, e iban muy despacio. Aquello sí que fue un infierno. Andanada va, andanada viene, y no se veía nada más que fogonazos y humo, y los topes de los enemigos que parecían ir caminando solos por encima de las nubes. Las balas daban unos silbidos horribles. Mil y treinta y dos disparos hizo aquel día el *Montañés*, y cuidado que hubo quien los contó uno por uno, sin los cuarenta que hizo esta batería, y cincuenta y cuatro la del muelle. Al fin nos enseñaron la popa los enemigos, y nosotros dimos muchos vivas, y desde aquí continuamos disparando y haciendo alarde del triunfo. Sin embargo, después se oyeron algunos llantos.

—¡Cómo! ¿hubo muchas desgracias?

—Solo hubo una en esta batería. Una bala hizo saltar en mil pedazos aquella piedra del ángulo de la ermita: así se ha quedado. Oímos un ¡ay! Esto fue al principio del combate, pero nadie abandonó su puesto. Sólo al cantar victoria tu padre cayó ensangrentado entre mis brazos.

—¿Mi padre?

—Sí, tu padre, el que había preparado la defensa, el que todo lo había dispuesto y ordenado, el verdadero salvador del *Montañés*; ahí verás, amigo mío, qué pagos da el mundo. Otro se llevó la gloria; tu padre la herida. Ésta fue la pensión que obtuvo, ésta la cruz que le dieron. Este banco en que tú te sientas cada día, y esta tierra que pisas, los salpicó su sangre. No te vuelvas para llorar; tienes motivo para hacerlo delante de todo el mundo, pues perdiste un padre que valía mucho, muy valiente, y sobre todo, muy hombre de bien.

«Es verdad, dije en mi interior, fue muy honrado. Y yo ¿qué soy?»

—Por esto le queríamos todos. Pero quien más le quiso fue tu madre, ¡y qué buena pareja hacían los dos! Aun de casados la trataba él con un miramiento, con unas atenciones; bien se lo merecía ella, que por su amor quiso seguirle en sus viajes, y esto le ocasionó la muerte. Pero ¿qué te ha dado amiguito? ¿A qué vienen estos sollozos? Vamos, sosiégate, que aquí veo venir a la criada de tu tía. Sí, es ella, y trae el ramo que para el altar de la ermita acostumbra enviarme tu prima todos los sábados; hermoso ramo me manda hoy.

—¡Un ramo! —exclamé como si volviese en mí.

—¡Y qué flores! —dijo el vigía—; vaya que tu prima se pinta la primera en cultivarlas y las saca tan bonitas que parecen una bendición de Dios. No te digo nada de las que envía hoy. Vuestra criada está loca; ¡cómo corre cuesta arriba! Es un ramo de claveles. Mira que te vas a caer, tontuela. ¿Qué estás diciendo? No te oigo. ¿Si está aquí el señorito? Aquí está sentado.

—¿A mí me llama? —dije yo.

—Ya le veo —dijo la joven—: me han dicho que le enseñase el ramo antes de dároslo a vos, abuelo, para que mire si le parece bien.

—¿Quién te lo ha dicho? —le pregunté cuando hubo llegado al terraplén.

—¿Pues quién ha de ser? Vaya que estoy cansada—respondió la joven sentándose sin ceremonias—; me decían que ibais a cerrar la ermita, y que era cosa de triscar. No, que no he triscado, y dos veces he caído de bruces; pero, señor Manuel, ya veis que el ramo está limpio: miradle.

Tomé el ramo y le examiné; formábanle muchos claveles encarnados, y ninguno amarillo; y entre ellos había mezcladas algunas flores de naranjo. Los claveles eran naturales; las flores de naranjo eran artificiales. En lo alto del ramo vi una muy pequeña rama de olivo al lado de una flor de naranjo, y junto a ésta una ramita de pino tumbada. Los claveles no tenían significación porque mientras los había en el jardín se enviaba cada sábado algún ramo de ellos a la ermita. Pero, por delicadeza sin duda, habían dejado de poner claveles amarillos, símbolo del desdén. El pino denotaba mi osadía contra la flor de naranjo, es decir contra la pureza. Pero la misma flor de naranjo, viendo a su lado tumbada la osadía, es decir, juzgándome arrepentido de mi atrevimiento, me presentaba la ramita de olivo, símbolo de la paz, de la concordia, de la clemencia.

Mi corazón me daba saltos en el pecho; se me atravesó un nudo en la garganta, y devolviendo el ramo a la joven, apenas pude decirle que estaba bien:

—Como vos los hacíais los otros sábados —dijo ella recibiéndolo—, la señorita dijo que os lo enseñase antes de darlo al abuelo. La señora decía que no estabais para ramos; pero la señorita insistió en que os lo enseñase, y me dijo que os encontraría aquí o por estos contornos. Si no ha vuelto a dormirse, decía la señora; y si duerme, quítale el sombrero y déjale dormir. Pero la señorita dijo que os despertase, y que sería una crueldad dejaros dormido pues podríais caeros al mar como en marras, y no hablarse más de vos. Pero ahí tenéis el ramo, abuelo, que yo me voy con vuestro permiso, y sin él sino me lo dais, a mis quehaceres.

—Vete con Dios, silenciosa —dijo el vigía tomando el ramo—, y otra vez procura no besar el suelo, o por lo menos límpiate el polvo que con el beso se te haya pegado a la nariz y a la barba.

—Gracias, abuelo —dijo ella limpiándose con el delantal—; buen sermón hubiera llevado si la señorita hubiese reparado en ello antes que vos. Muchas gracias. ¡Y qué buenos aires corren por aquí! ¡qué vista! ¿verdad señorito? Estaréis muy divertido aquí, abuelo.

—Más alegre estarás tú —respondióle el vigía—, y mucho mas divertida cuando veas que se te ha vuelto carbón puro el principio que has dejado a la lumbre para la cena.

—Esta vez la errasteis, abuelo —replicó ella—, porque la señorita se cae de puro buena, y me ha dicho que con tal que no dejase por estas breñas dormido al señorito, y con tal que os entregase el ramo a tiempo antes de cerrarse la ermita, aunque después tardase mucho, que me fuese descansada en ella, pues cuidaría del principio, de la sopa, de la ensalada, de los postres, y aun de poner la mesa. Con que ya veis que todavía me sobra tiempo para rezar una salve.

Diciendo esto se acabó de limpiar la cara, se entró en la ermita, y saliendo a poco rato, nos dio las buenas tardes, y se fue.

—Sabes qué se me figura —me dijo el vigía—, pero se ha de quedar entre los dos y es una confianza que no usaría con otro.

—Hablad con toda seguridad, abuelo —respondí—, pues sigo vuestra máxima de que no ha de salir por nuestra boca lo que un amigo hace entrar por nuestros oídos.

—Lo digo —añadió él—, porque sentiría que riñesen a esta buena muchacha, que no tiene otro defecto que el ser un poco atolondrada.

Entró en la ermita, y sacando el ramo, y enseñándomele, continuó.

—Dime en conciencia a qué viene esta ramita de pino; aun la de olivo, pase: no te parece que en la primera caída que dijo la muchacha haber dado se le cayó una flor, y viéndola ajada puso en su lugar la primera rama de olivo que encontró; y en la segunda caída perdió otra flor, y la suplió con una ramita de pino, y aun esta, en su turbación, la puso al revés?

—Casi, casi es creíble —respondí.

—Pues mira, si no lo has de tomar a mal, quitemos las dos intrusas, y dejemos el ramo como Dios manda, y como sin duda lo dejó tu prima.

Quité las dos ramitas, y me despedí del buen anciano.

XII.
Mi conversación con el piloto.

Me perdona, decía yo dirigiéndome a la morada de mis bienhechores, me perdona con toda la delicadeza de que sólo es capaz su alma. No ha podido resistir a la idea de abandonarme a una lucha cruel contra mi desesperación; se ha compadecido de mi suerte, y olvidado sus agravios. Su perdón me vuelve, no a la vida que para mí no tiene ya encantos, sino a la estimación de mí mismo, sin la cual aquella me fuera insoportable y odiosa. A lo menos ahora, entregado a mi melancolía, no siento sobre mí el peso de la degradación; y si, a semejanza del sauce, del que decía Adela ser mi emblema, inclino mi cuerpo y mis miradas a la tierra pidiéndole un descanso, es sólo porque el horizonte no me ofrece ninguna esperanza halagüeña, y está para mí negro y enteramente encapotado.

Habíame inspirado esta última idea la vista del sauce, del cual ordinariamente acostumbraba yo desprender algunas hojas, al volver de la ermita de San Telmo. No tuve valor para sentarme a su sombra como lo había hecho otras veces, y de pie junto a él me detuve unos instantes contemplando el riachuelo cuyas aguas se deslizaban besando su tronco. El suave murmullo que estas formaban era para mí preferible a la música mas tierna, porque tenía la virtud de adormecer mis dolores. Algunas veces dudé al escucharle si el agua tiene también su grito de ira en los mugidos del torrente, su voz de tristeza en el gotear lagrimoso de la lluvia, y su acento patético en los susurros de los arroyos solitarios. Todo me habla, decía yo, y nada me responde. Estando en esta actitud vi venir hacia mí al piloto.

—Dame esos cinco —me dijo con su franqueza acostumbrada apretándome la mano que maquinalmente le presenté—; si vuelves a casa te acompañaré, pues deseo hablarte un breve rato.

—A ella vuelvo y creo que encontraré ya la cena puesta —le dije un poco alarmado por su exordio.

—Ya sabes, primo —continuó—, que estoy cansado de abozar obenques, de mis temores de desarbolar a cada paso, y de que algún palo no desatraque bien y me desfonde el buque. Determiné pues hacerme a la tierra, para lo cual puse mis faroles de proa, de un momento a otro voy a dar fondo. Ahora bien, antes de abandonar la obra muerta, tan combatida del oleaje, quisiera que me ayudases a reconocer la obra viva en la cual quiero sepultarme y pasar mis días.

No pude menos de mirar a mi interlocutor, y de poner en seguida los ojos en el suelo, encogiéndome de hombros.

—Luego me comprenderás —añadió el piloto—: no ignoras que, navegando en parajes no conocidos, si queremos hacer rumbo como corresponde, y evitar un encalladero, hemos de ir siempre con la sonda en la mano para averiguar el fondo. Pues en este caso me hallo yo, y lo malo es que no tengo sondaleza ni escandallo convenientes, y sin embargo necesito que alguno me cante el braceaje, si no quiero atascarme.

Esta vez no me encogí de hombros, ni miré al piloto, contentándome con hacer con el dedo pulgar derecho una cruz sobre mis labios.

—En fin —dijo el piloto—, será necesario que deje a un lado los términos marinos y adopte el lenguaje terrestre si quiero que me comprendas. La culpa habrá sido mía por no haber acertado a explicarme bien, pues sé que algo se te alcanza de las voces del mar; y otras veces, usándolas yo,

me has entendido perfectamente. Pero vamos al caso. Y primero prométeme que me hablarás claro, y llamarás al pan pan, procediendo conmigo con ingenuidad y franqueza.

—Lo prometo —le respondí—, y es fácil que lo cumpla, pues a la verdad no sé cómo podría disfrazar mis sentimientos, dado que lo quisiese.

—En tal conformidad —dijo él—, voy a declararme contigo lisa y llanamente. Sé que eres para Adela algo más que un primo.

No sé si mi cara se puso pálida; pero sí sé que un frío interior circuló por mi cuerpo con una rapidez extraordinaria. Sin embargo, no suspendí el paso ni levanté los ojos del suelo, ni abrí la boca. Me parecía que cualquier movimiento mío iba a hacer traición a mi alma, y deseaba en aquel momento tener la insensibilidad de la piedra.

—Sé que eres para ella un hermano —continuó el piloto al cabo de un buen rato.

Oyendo esto, creo que mi terror interno se explayó rompiendo todo yo en un sudor de hielo. Pero tampoco tuve valor para apoyar ni con una afirmación sencilla lo que acababa de oír.

—Pues bien —añadió—, un hermano sabe, o conoce, o cuando menos trasluce los sentimientos de su hermana, pues no han de faltarle indicios en que colegir el camino que siguen y los pasos que dan la voluntad y el corazón de aquella. Dime, pues, si crees que tu hermana puede ser feliz uniendo su suerte a la mía.

—Creo —le respondí sin titubear porque de otro modo no hubiera podido responderle—, creo que poseéis medios para hacerla feliz.

El piloto permaneció algunos momentos silencioso, esperando tal vez que yo me extendiese explicando mi respuesta. Mas, viendo que yo daba por enteramente contestada la pregunta, replicó a poco.

—Lacónica es tu respuesta, y en parte satisfactoria para mí pues si poseo medios conducentes a su felicidad, es natural que yo los emplee, y que de este modo alcance lo que anhelo. Pero también me dice tu respuesta que si yo he de poner en uso unos medios que labren su felicidad, es claro que ella por el pronto no será feliz, pues necesitará que la hagan tal. ¿Lo crees así?

—No; creo que ella debe ser feliz desde luego.

—Tú has leído mucho, Manuel, y sabes huir el cuerpo. Yo seré más franco contigo. Desde tu desgracia he tenido entrada libre en vuestra casa. Continuamente veía a Adela, y ella estaba afable y risueña conmigo, debiéndole yo unas atenciones llenas de delicadeza. Su laboriosidad, sus modales y su modestia, aun sin hablar de sus demás prendas naturales, me tenían encantados los ojos y rendida la voluntad. No le dije una palabra acerca de mis intenciones. ¿Pero querrás creer que desde que las conoce advierto en ella respecto a mí una mudanza completa? Ya no se sonríe conmigo, tiembla al acercárseme, veo su rostro tan pronto pálido como sonrosado, y su mirar fijo en el suelo me indica una niña sumisa y resignada, mas no contenta como otras veces la vi. Si mi buen trato, mi ternura, y mi rendimiento han de hacerla feliz, daré por bien empleadas todas las horas de mi existencia que de hoy más destino para este empeño. Pero, Manuel, éste se me partiría —dijo señalando su corazón—, si ni en popa cerrada, ni a punta de bolina, ni con todo trapo, ni arrizado, me fuera posible navegar con esperanza en demanda de su dicha. Por esto te pedí una respuesta franca y amistosa, la que no me has dado.

—Merecéis ser muy feliz —le respondí sin ser dueño de contenerme—, y ella os hará tal.

—¿Lo dices con el alma?

—Con el alma lo digo.

—Gracias, Manuel —me dijo estrechándome la mano afectuosamente—. Ahora debo decirte otra cosa. Sé que los que asistís a las aulas tenéis a veces alguna confianza que hacer a un amigo. En tal caso dirige dos palabras a tu hermano, que nunca te han de faltar masteleros de respeto.

—Gracias —le dije a mi vez a tiempo que estábamos delante de la casa de mi tío, a donde me subí.

XIII.
Mi cofre. Los dibujos.
Últimos consejos de mis tíos.

Encontré en mi cuarto a mi tío materno y a la madre de Adela, que estaban disponiendo mi cofre, preparando y ordenando todo cuanto yo necesitaba con una minuciosidad que no les dejaba perder de vista ni aun las más insignificantes pequeñeces. Al verlos me quedé sin acción pues había subido con intento de entregarme a mis solas a los pensamientos que en mí despertaban los varios afectos que tan a mal traer me tenían en aquel día borrascoso de mi vida. Por fortuna con el trajín que llevaban apenas repararon en mí. Clavaba yo en ellos los ojos, y luego los revolvía desatentadamente pareciéndome haber sentido los pasos, o visto delante de mí aquel vestido y aquellas formas que tanto perturbaban mi mente. Temía la presencia de aquella niña ofendida, y al mismo tiempo ardía en deseos de ver confirmado mi perdón en sus miradas. Pero Adela no parecía.

—Aquí estarán bien los chismes de peinar —dijo mi tía.

—¿Y el espejuelo se queda aquí? —preguntábale mi tío.

—Venga, aunque le creo excusado, porque Manuel no se mira nunca al espejo.

—¿Pero en dónde está Adela —dijo mi tío—, que nos deja de mano cuando más la necesitamos?

—No le ha probado bien el paseo de esta tarde; se quejaba de un dolor de cabeza, y la he hecho meterse en cama.

—¿No será cosa de cuidado, supongo?

—Nada; mañana madrugará más que nosotros.

—Conviene que esté en buena disposición, no fuese a creer el novio que él no la sentaba bien.

—Vengan las servilletas, que aquí las tendrá a mano, y los pañuelos también; éste no, que le falta la marca. Y, como íbamos diciendo, no creo que el novio pueda entrar en zozobra pues Adela está alegre y contenta como unas pascuas. Ciertamente que le ha dado golpe, como es natural, la idea de mudar pronto de estado. Tan joven, tan laboriosa, tan amiga de correr y dar vueltas por el jardín, todavía hubiera pasado jugando algunos años, sin pararse en lo que vendrá. ¡Cómo ha de ser! es la mejor edad aquella en la que la falta de experiencia no nos deja pensar en el día de mañana. Pero, en fin, otros lo han pensado por ella, y creo que algún día nos dará las gracias.

—Así lo creo —respondió mi tío—, porque el partido es muy razonable.

—¿Y la caja del botiquín? —repuso mi tía sin cesar un punto en su tarea; ahí en aquella silla le puse; venga, que en este rincón estará perfectamente. ¡Sí es razonable el partido! Desde que llegó ha comprado dos heredades, y la polacra es suya, y amén de esto el dinero metálico que le suena, como que va a comprar la viña de San Amans. Y tan francote y sencillo. Vamos, es más de lo que Adela podía prometerse.

—Con permiso de todos vosotros —replicó mi tío—, diré que aunque el novio no es poco, también Adela merece mucho.

—Esto nadie lo niega —respondió mi tía—; ¿y dónde voy a colocar estos papeles?

—Dibujos son, y de flores los más —dijo mi tío—, y aquí se echarán a perder. Lo mejor será formar con ellos un rollo. Hazlo tú, Manuel.

—Manuel —dijo mi tía esforzando la voz—; es menester gritar muy alto para que Manuel nos oiga. No he visto en mi vida un modo de dormir como el suyo, así, sentado y con tanto ojo abierto. Di, ¿no son tuyos esos dibujos?

—¡Ah! sí, míos son —dije yo.

Eran los mismos que Adela me había ido entregando en cambio de los que de mí recibía; correspondencia misteriosa hasta entonces e inocente, que tantas lágrimas mías había tenido poder de enjugar. Los tomé precipitadamente como si tratasen de arrebatarme aquella única memoria que de los días placenteros de mi infancia guardaba.

—¿Te quedas con ellos —me dijo mi tía—, o los pones en el cofre?

—Me quedo con ellos —dije yo.

—¿Tanto precio tienen a tus ojos —preguntóme mi tío—, que ni a tu mismo cofre quieres confiarlos? ¿En dónde podrás tenerlos más seguros?

No supe qué responder a esta observación, y rollando los dibujos los metí en el cofre, pero mi tío no pudo menos de notar mi turbación.

—Apuesto —dijo mi tía probando si cerraba bien el cofre, a que estas flores son las que pintaba Adela. Niñerías de los primeros años.

Mi tío me miró de manera que a pesar mío hube de bajar los ojos.

Todo está corriente y en su puesto, añadió mi tía dando la vuelta a la llave; Dios mío, lo mejor se me olvidaba; pues ¿y el bálsamo que me dejé en mi cómoda? y por poco se va sin él; sin el bálsamo que así, en dos credos, hace desaparecer el más fiero chichón, y cierra y sana las más graves heridas: voy por él.

Y fue en busca del bálsamo.

—Manuel —me dijo el cura sin apartar de mis ojos los suyos como si quisiese escudriñar todos los escondrijos de mi alma—; Manuel, acabo de descubrir un mal que ya no tiene remedio, y del cual ni debemos hablar siquiera. Dame estos dibujos.

—¡Los dibujos! —respondí—; ¿y qué haré sin ellos en mis ratos de solaz?

—Dame estos dibujos.

—Dejadme en mi soledad mirar las flores que tanto me gustaron.

—Manuel, dame estos dibujos.

—Tomadlos, tío —dije sacándolos del cofre y poniéndolos en sus manos.

—Desgraciado, estas flores no las debiste de admitir ayer, ni estimarlas en tanto hoy. Un día más que las guardases causarían tu perdición, y acaso la de otros.

—Ya está el cofre dispuesto —dijo mi tía volviendo a entrar junto con su esposo—; sólo faltaba el bálsamo que pongo en este rincón; ciérralo tú si puedes.

—Algo apretado va —dijo mi tío paterno cerrando el cofre y dándome la llave—; luego vendrán por él, y al amanecer el mozo del calesero llamará a la puerta. Ahora si os parece vamos a cenar.

La cena fue breve y silenciosa. Mi tío materno no cenó con nosotros, pero no quiso dejarnos solos y se sentó a mi lado. Las únicas palabras que se pronunciaron en ella fueron éstas.

—¿Has recibido carta de la capital? —preguntó el cura a mi tío paterno.

—Sí, y no me ha gustado mucho.

—¿Hay malas nuevas?

—Dicen que ha habido dos casos de fiebre amarilla.

—¿Es posible? Serán recelos y nada más.

—No sé más de lo que canta la carta.

—En este caso Manuel no podrá detenerse allí los días que pensábamos.

—Sólo tres, en vez de diez.

Concluida la cena, mis tíos me abrazaron cordialmente y me dieron sus últimos consejos.

—Procura siempre que tu lengua sea veraz, y tu corazón bueno —me dijo mi tío materno.

—Economiza sin miseria, y habla poco —me dijo me tío paterno.

—Toma este reliquiario —díjome mi tía entregándome uno de plata, pequeño y muy antiguo—; y en cualquiera tentación mala rézale con devoción diez padrenuestros y diez avemarías, y no te perderás: y haga Dios que no hayas de estar rezando a todas horas. Y ahora dame la mano.

Y mi buena tía puso en ella un papelito doblado que por el peso conocí que debía contener una parte de sus ahorros.

—Guarda esto para un apuro —añadió a mi oído.

Y me acompañaron hasta mi aposento.

XIV.
Mis soliloquios. Quiero partir sin que nadie lo vea.

Al fin estoy solo. Si me dijesen que debía permanecer en esta casa un día mas, me temo que atentaría a mi existencia. Y sin embargo los respeto a todos, los venero, siento sobre mí todo el peso de sus bondades; pero este peso me abruma. Me han educado, instruido, colmado de beneficios: han hecho mal, muy mal, porque debían haberme abandonado a la miseria y a la muerte. Ya descansaría yo tranquilo, entregado al sueño de la nada, sin melancolía, sin pesares, sin remordimientos[3]. ¿Qué me han valido sus cuidados, fuera del sentimiento de mis dolores? ¿Qué esperanzas halagüeñas me han hecho concebir para el día de mañana fuera de la continuación del martirio que en mí mismo siento? Les debo el aire que respiro, y el fuego que al respirarle me abrasa. Yo estoy por demás en todo. Yo estaba destinado a la orfandad, al abandono, y han querido contrariar en mí a la naturaleza. ¿No me arrebató ésta a mi madre en cuanto vi la luz primera? ¿No vi caer a mis pies, anegado en su propia sangre, a mi padre así que hube sentido el primer destello de la razón? ¿A qué vino, pues, oponerse al decreto de la suerte? Orfandad, aislamiento, desamparo, y el último descanso, esto me convenía y necesitaba yo. Quisieron darme nuevos padres, y hoy se ven en la precisión de alejarme de ellos; se esforzaron en rodearme de una nueva familia, y viendo que he sembrado en ella el llanto, me vuelven a mi soledad; decretaron que no debía ser yo un indigente, y han hecho de mí el ser más miserable que existe; ahí tienes la vida, me dijeron, hela ahí; la vida es esa joven pura, sonrosada, tierna, llena de animación y de encantos, que se sonríe contigo, que te acaricia, y parece como que te brinda con la felicidad suprema; vive a su lado, crece debajo de su sombra, gózate en mirarla a todas horas; bella es la vida, decía yo, muy bella: esta vida que veo delante de mí me hará soportables los tormentos del tedio que en mí siento, y la acepto hasta con delirio: pero ahora me dicen que aquella vida no debí mirarla siquiera, que sus caricias debí rechazarlas, y que la felicidad que me ofrecía debía parecerme espantosa: aquella vida es la muerte, exclaman horrorizados.

¿En dónde estará, pues, mi vida? ¿Quién, si no he de buscarle en ella, poseerá el secreto que ha de dar a mi ser alguna ilusión, algún atractivo ante mis propios ojos? Si el estar contento a su lado, si el sentir que mi corazón se aliviaba cuando alguna palabra insinuante de aquella vida llegaba hasta él, y le hacía abrir el raudal de las lágrimas, si el amor a las plantas, a la luz, al cielo, a todo cuanto me rodeaba, amor que se despertaba en mí cuando en dulce arrobamiento la contemplaba, si todo eso no es mi vida, buscadme otra si os place, indicádmela, o si no decid abiertamente que habéis querido arrebatármela, bárbaros, después de haberme enseñado a quererla.

3 Son expresiones soltadas con la fuerza del dolor, y en sentido material o de materialista. (Nota del rev. nombr. por la Aut. Ecl.)

¿Qué vais a hacer, insensatos? ¿Creéis que contra mí solamente va asestado el tiro que dirigís contra mi vida? También a ella la despedazáis, a ella a quien la llamáis asimismo vida vuestras, honra de vuestras canas, y último término de todas vuestras esperanzas. Suplícoos, por los besos que os dieron vuestras madres moribundas, que me atormentéis a mí solamente, y no a ella. Haced trizas mis entrañas, exprimid sobre mi pecho toda la amargura posible, pero no la hagáis temblar a ella, la inocente, ni queráis que los surcos del llanto marchiten en mal hora las flores de sus mejillas.

Todo esto, y qué sé yo cuántas cosas más, dije entre mí así que me hube encerrado en mi cuarto. Me sentaba, me levantaba, me tendía en la cama, volvía a levantarme, daba precipitados pasos, me detenía de repente, cogía algún mueble como para ir a destrozarle, y a lo mejor, puesta una mano sobre mis ojos, tenía que arrimarme contra la pared para no dar conmigo en el suelo. Sentía una tirantez penosa en todos los nervios de mi cabeza, agolpábaseme en ella la sangre, y percibía una fuerte pulsación en mis arterias. Creí que la razón se me ofuscaba, y temí que acaso iba de un momento a otro a perderla.

Alarméme verdaderamente, porque me pareció que ya pensaba sólo por intervalos, y que mi agitación terrible y mi furor contra todo cuanto me rodeaba eran los primeros pasos de la demencia. Este recelo me puso algún tanto sobre mí. Miré despacio toda la sala, me lavé muchas veces la frente, apagué la vela, y abrí la ventana por si entraba la luz de la luna. El sol, decía yo, distingue las clases, realza el orgullo, y patentiza las miserias; pero la luna derrama sobre todos el descanso que nos iguala, y a todos nos circunda de sueños y de amores, tal vez más dulces para el que más desgraciado era a la luz del día: lleguen pues hasta mí los reflejos de la luna. Pero la noche era oscura, el cielo se había anublado, y reinaba en torno mío el más profundo silencio, solamente interrumpido por las olas que casi sin fuerza se tendían unas sobre otras en la playa.

Íbame tranquilizando por grados. La calma que reinaba en torno mío, la frescura del ambiente, el ruido monótono de la resaca, todo contribuía, ya que no a ahuyentar de mi ánimo las tétricas imágenes que le atormentaban, a lo menos a disminuir la intensidad de sus aflicciones. Dicen que la noche es capa de pecadores; de mí sé decir que algunas veces le debí consejo y alivio. Iba sintiendo un desahogo grato a medida que mi corazón se aligeraba aunque escasamente de las penas que le oprimían: bien como aquel que, abrumado poco antes bajo un peso insoportable, toma por más llevadera una carga que otras veces apenas pudo sostener.

Todavía, dije para mí, conservo la razón. No temo la muerte. La he visto de cerca, unas veces rodeada de la blanca espuma del mar, y otras veces teñida en sangre: y su imagen no me atormenta jamás, antes me consuela, porque me hace entrever que algún día todas esas nubes que pasan por delante de mis ojos pavorosas en su lobreguez, todas esas tempestades de la existencia que rompen en horrendos estallidos, se disiparán para mí completamente. Entonces podré desafiar todos sus furores, seré invulnerable a sus tiros, y me sonreiré meciéndome sobre el horror con que contaban para combatirme. Pero, me confunde y me anonada la idea de que es posible que se desorganice mi mente sin que mi cuerpo perezca. Si es mi destino infausto, ¡sin ventura de mí!, el ir arrastrando mi ser por encima de esa tierra que me niega todavía el abrigo de sus entrañas, al menos no pierda yo la luz del alma, que la estimo en mucho más que la del día. Antes que mi degradación, caiga mil veces sobre mí la nada del sepulcro.

Sentado en una silla cerré los ojos, y determiné esperar de esta suerte la madrugada. Deseaba salir de la casa de mis bienhechores sin que nadie me viese, para no tener que sonrojarme nuevamente ante una palabra o una mirada. Acababa de verlos a todos, de despedirme de todos. Me había sido fuerza mirar y no ver, oír y enmudecer, sentir y no estremecerme, y a pesar de esto mi semblante o mi turbación habían sido traidores para con mi alma, de modo que el secreto más sagrado de mi existencia había ya dejado de serlo. Era imposible, pues, volver a presentarme delante de aquellos que habían sabido leer en el fondo de mi corazón, y escudriñar sus pliegues más recónditos. Resolví por tanto partir al rayar del alba antes que nadie se hubiese levantado, sin

esperar a que me llamasen a la puerta, y aun anticipar mi marcha al menor movimiento que percibiese.

No bien acababa de tomar esta resolución cuando me pareció que llegaba a mis oídos un ruido extraño e insólito en aquellas horas de la noche.

XV.
Tiernos sentimientos de Adela. Me despido de ella.

Me pareció que abrían alguno de los balcones que eran al mismo tiempo puertas que desde la mayor parte de las habitaciones daban salida al jardín. Hiciéronlo con mucho tiento, de manera que el ruido apenas hubiera llamado mi atención a no mediar mi vehemente deseo de estar alerta con el objeto de ausentarme antes que nadie se hubiese levantado.

Tomé, pues, mi sombrero, y muy de callada abrí la puerta del jardín, para bajar por la escalera que desde él daba a la orilla del mar. Mi único pensamiento era alejarme. No atendí a otra cosa y me adelanté en silencio, prefiriendo acabar de pasar la noche sentado en la playa antes que exponerme a tener que hablar con nadie. La fragancia de las flores me pareció grata. Llevé a mis labios un clavel y dije muy bajo, que apenas yo mismo pude oírme:

—Flores hermosas, que me disteis los únicos consuelos que en este mundo recibí, adiós para siempre.

—¡Ay! —exclamó junto a mí una voz apagada.

Creí distinguir una sombra blanca que también estaba inclinada sobre las flores. No era una visión engañosa.

—Manuel —me dijo la misma voz, que conocí ser la Adela—, no extrañes verme aquí. Tenía necesidad de respirar más holgadamente.

—Y yo —le respondí—, necesitaba respirar otro aire enteramente libre.

—¿Viste el ramo de San Telmo?

—Sí, y te doy las gracias.

—¿Conservas, Manuel, algún enfado conmigo?

—¡Yo! ¿Cómo puedes creer esto, Adela?

—Pues, ¿no soy yo la causa de tu partida tan precipitada? Sin mi imprudencia en entregar el papel de los emblemas, hubieras pasado algunos días más entre nosotros.

—Y hubiera estado sufriendo todo este tiempo más.

—¿Tanto te desagrada nuestra compañía?

—Adela, por los días placenteros que hemos pasado juntos, por el recuerdo de aquellos juegos inocentes a que nos entregábamos en este mismo jardín, y en medio de estas flores, suplícote, y no me niegues este último favor que de ti espero, que no me hables con ternura, pues soy indigno de ella, de ti, de tus padres, y de todo.

—Dios mío, tú vas a ser muy desgraciado.

—¿No me dijiste que tú también lo serías?

—¿Y la resignación, amigo mío, para cuando la guardaremos?

—Y el dolor, Adela mía, el dolor que penetra hasta el corazón, y se detiene en él, y le barrena cruelmente, ¿le sanarán, di, tu resignación ni nadie en la tierra?

—Tus palabras me hacen temblar. Dime, Manuel, ¿a dónde ibas a estas horas?

—¿Sabes tú a dónde me envían tus padres? A mirar libros, a rodearme de ellos, a no tener otros pensamientos que los que de ellos me vengan: obedezco, pues; he comido el pan de otros, y soy su esclavo.

—Y yo, ¿no soy acaso esclava de nadie? ¿Te parece que quedaré aquí dueña de mis albedríos, y señora de poder decir sí, o de poder decir no? ¿Porqué te lamentas, pues, de una condición que no es meramente tuya, sino común a todos?

—Para mí, Adela, y estas palabras salen de mi alma para ir a sepultarse en la tuya; para mí tus padres, con toda su bondad, sus beneficios, y su cariño, han sido muy crueles; sin quererlo, Adela, se entiende, lo han sido sin quererlo.

—¿Qué te han hecho, Manuel?

—A mí, nada, absolutamente nada; y si te dije lo contrario te engañé, porque, ya lo ves, yo mismo no sé lo que me digo. A tus padres les debo respeto, veneración, silencio, y han sido también para mí como para ti unos verdaderos padres. Yo les obedezco, y cumplo con mi deber. Sí, Adela mía, la más tierna y la más compasiva de las hermanas, déjame, te lo ruego, cumplir con mi deber. Adiós, adiós... hasta algún día.

—Mira, Manuel, ha sido una inspiración que yo haya salido hasta aquí. Tú no debes partir hasta el amanecer. Tú llevas algún intento siniestro. Tú no tienes ni resignación, ni fe en nada, ni amor a nosotros, ni esperanza en Dios. Tú vas a perderte. Si te mueves, llamo a mi padre. Quisiera distinguir bien tu cara, y leer en ella alguna cosa de lo que pasa en tu interior, que debe de ser horrorosa. ¿No eres cristiano, di? ¿No te basta haber atentado ya una vez a tus días?

—¿Haber atentado a mis días? —repetí yo deteniéndome en cada palabra como si quisiese pesar bien esta acusación que tantas veces me había sido dirigida más o menos abiertamente, y a la cual siempre me desdeñé de contestar—; en este caso soy indigno de que nadie me compadezca: la sociedad debe rechazarme, pues renuncié a ella.

—Entonces no tienes corazón. Renunciar a la ternura de todos los que nos rodean; no querer padres, ni hermanos, ni amigos; negarse a recibir consuelos, ¡insensato!; ¿de qué te sirve pues la instrucción que has recibido? ¿No tiene para ti la vida ningún atractivo, ninguna esperanza, ni en ti, ni en los que te quieren?

—¿Hay alguien que me quiera a mí?

—¿Te han faltado aquí desvelos, solicitud, cariño?

—¿Y me faltan hoy desengaños, alejamientos y martirios?

—¿No tienes una hermana que estará pensando en ti, que en sus oraciones no se acuerda jamás de ella, sino que siempre pide al cielo contentos y dichas para ti, hermano desagradecido?

—También yo he de pensar en ella, únicamente en ella, porque mi estrella lo quiere así, hasta que Dios quiera otra cosa.

—Es que Dios, óyeme bien, no puede querer que nadie atente a su propia vida.

—No, no lo quiere, Adela; y tampoco quiere que nadie nutra ni alimente ningún ser para destinarle al tormento. ¿Por qué, di, hermana mía, te me dieron a conocer si debían arrebatárteme luego? ¿Y por qué se complacieron, Adela, en verme feliz a tu lado, si conocían que era forzoso alejarme de ti?... Pero yo también lo conozco, que debo huir de tu lado, que el aire que tu respiras es pernicioso para mí, que no puede haber para los dos de común otra cosa que los pesares. Déjame, de nuevo te lo suplico, criatura incomparable, déjame con mi amargura, que yo procuraré suavizarla si es posible; abandóname a mi dolor, y lejos de ti será tal vez menos intenso y penetrante. ¿Pues qué, no te merece nada el hermano que ha pasado contigo aquellas horas de la infancia que no se olvidan jamás? ¿Fueras bastante cruel para permitir que no conservase de nuestra despedida el recuerdo tan puro como tierno que ahora dejaría en mí?

—Te dejo, hermano mío, pero dime antes sobre esta cruz, dijo sacándose una de plata que llevaba pendiente del cuello, dime que jamás atentarás contra tus días.

—Te lo juro, jamás.

—¡Oh! ¡y qué contento me acabas de dar! Ahora, aunque en ningún tiempo conozca yo lo que oigo llamar la felicidad, tendré la dicha de saber que no eres un criminal detestable. Ahora, cuando en tus paseos nocturnos veas la luna que salga como en este momento rasgando las nubes, mírala bien y piensa que yo también la miro, y que en cualquier situación de la vida a que el cielo me conduzca, después de Dios, hermano mío, te querré entrañablemente a ti. ¿Estás contento, Manuel? ¿No te parece que tu corazón no está tan oprimido como lo estaba? Ensánchale, amigo mío, haz que recobre nueva vida, y no te amilanes jamás... Oigo ruido. Adiós, hermano mío, adiós.

Y a la luz de la luna, que en efecto iluminaba en aquel momento el jardín, la vi alejarse ligera entre las flores, y penetrar en su aposento. Ni el despido de adiós pude proferir. El corazón me daba saltos en el pecho. Las palabras que acababa de oír, el resplandor repentino de la luna que, dando en Adela, me la presentó como una aparición deliciosa de mis sueños, y su fuga instantánea cuando había conseguido derramar en mi alma un aroma consolador, eran partes para tenerme extático y arrobado. No di ni un paso para seguirla, como si temiese que el menor movimiento mío haría derramarse fuera de mí el bálsamo que tanto bien me hacía.

No eran vanos mis temores, pues al volverme un estremecimiento general recorrió mi cuerpo, y al arrobamiento de satisfacción que se había apoderado de mí sucedió el espanto.

XVI.
Cómo salí de la casa de mis bienhechores.

Vi delante de mí al padre de Adela, torvo, ceñudo, lanzándome miradas de indignación y de desprecio. Le vi, y como si instantáneamente me hubiese convencido de que era yo el más criminal de los hombres, caí a sus pies, abracé sus rodillas, y le dije:

—Padre mío, perdonadme si la he visto por última vez. Ya no turbaré más vuestro sosiego; ya no os daré ningún otro pesar en la vida. Todo se acabó, y para siempre.

—Monstruo de iniquidad y de perfidia —me respondió airado—; víbora que hice amamantar en mi propia casa, ya estarás contento; ya has logrado exprimir todo tu veneno, y emponzoñar el corazón de un ángel. Enmudece, reptil inmundo, y haz que nunca más oiga yo tu voz abominable. Así pagas los beneficios con la traición más odiosa; así el amor con la saña más villana. En hora menguada fuiste engendrado, aborto de la maldad, y semillero de infamias. ¿Quién, réprobo, pudo darte a entender que porque te di sustento y crianza, debí darte el pedazo de mis entrañas? ¿Y cómo, alma degradada, pudiste nunca creer que tu naturaleza corrompida merecía ponerse en parangón con la de un ser tan superior a tu avilantez rastrera? Levanta esa frente manchada, que ayer no la bajabas de este modo. Levántala, y aléjate.

—¿Es posible, padre mío —le dije—, que de vuestros labios salgan unas palabras tan duras? Añadid a ellas una sola que sea bondadosa como las que siempre proferisteis, y tomaré todas las demás por un exceso de vuestro cariño. Oh, cuán errado vais si creéis que en mí han existido esos negros sentimientos que decís.

No me respondió más que con un gesto que denotaba lo que había dicho en su última palabra.

—¿La postrer bendición —dije levantándome—, la negaréis al hijo de vuestro hermano?

—Dios te tenga de su mano —respondió—, y te haga tanto bien como mal me has hecho.

De este modo salí de la casa de mis bien hechores.

XVII.
Me pongo en camino. Las luces que descubro. Noticias tristes.
Me dirijo a la ciudad apestada cuando todo el mundo huye de ella.

El primer efecto de la escena descrita en el capítulo anterior fue que me quedé como atontado. Dígolo porque recuerdo muy bien que di muchas vueltas por la población antes de poder atinar con la casa del calesero, sin embargo de que la tenía yo muy conocida. Al fin di con ella sin saber cómo, ni cómo no. Subí al carruaje, que era un carromato cubierto con un toldo de cañas en el cual más bien me tendí que me senté, y saliendo de la villa, en la que había pasado mi segunda infancia, al poco trecho nos condujo el camino por entre unos sombríos bosques de alcornoques. El traqueteo del carruaje me hizo mucho bien, pues me sepultó en una especie de estupor que no me dejaba fijar la atención en ningún pensamiento; y en algún modo apagaba en mí los recuerdos a medida que mi corazón los iba encendiendo.

En este estado sentí vivamente que hiciésemos una parada, pero el calesero me dijo que habíamos llegado al mesón en donde debíamos comer. Por fortuna venían conmigo dos viajeros, los cuales en la mesa hicieron todo el gasto de la conversación. Uno de ellos sostenía que los viajes son muy útiles, y el otro afirmaba que de ellos no saca el pueblo sino gravámenes, pues no falta quien procure importar de fuera cargas nuevas, pero ningún alivio. Interpelado el calesero para que diese su parecer, dijo sencillamente que los hombres, las ciudades y las tierras de los países en donde había estado, le habían parecido cortados con un mismo patrón, de modo que, recorrida una legua de tierra, se hacía cargo de haber recorrido mil leguas, salva la grandeza o la pequeñez de los objetos.

Volvimos a emprender nuestro camino, y esta vez me dormí profundamente. Al caer de la tarde me despertó el fresco agradable que corría, y no bien había anochecido cuando pregunté al calesero si faltaba mucho para llegar a la posada, y habiéndome dicho que una legua escasa, quise hacerla a pie. Ni aun así pude fijarme en ninguna idea. Miraba las luces que en las granjas veía encendidas, y la que venía más recta con el camino era la que llamaba más mi atención. Tomábala por nuestro guía, y decía, sigamos esta luz que es bella. Pero muy luego, al volver de una colina, desaparecía la luz, o la dejábamos a un lado con descontento mío. Otra se nos ponía frontera. Ésta es más viva, más radiante, ésta me agrada, decía yo. Mas se apagaba repentinamente sin que nos hubiésemos alejado de ella. Otra le sucedía, muy débil, muy lejana, apenas perceptible, y casi misteriosa. Las ramas de algún árbol la ocultaban por un momento, pero luego volvía a aparecer siempre muy apartada y tranquila. Esta nueva luz llego a inspirarme cierto interés. Dos veces el camino se apartó de ella, una vez a la izquierda y otra a la derecha, pero al fin volvía a dirigirse hacia ella. Mas también la perdimos en un declive que hacia el camino al cruzar por un barranco.

Esta sucesión de luces que aparecían a lo lejos atractivas, y luego se ocultaban o se extinguían, despertó en mi pecho unas memorias tristes. También durante mi existencia, corta pero muy agitada, muchas esperanzas engañosas, a manera de luces lejanas, me habían brindado con su resplandor, plácido en unas, dudoso y vacilante en otras; también una de ellas, más pura y blanca que las otras, había persistido en servirme de guía en la noche de mis quebrantos, y volvía siempre a mí aunque naturalmente debía abandonarme: pero todas las perdí en un momento, sumiéndome de golpe en una lóbrega torrentera. Entonces, abismado entre unas peñas enormes, ninguna luz brillaba para mí en la tierra, y hube de levantar los ojos a lo alto como si pidiese algún destello a las luces inextinguibles que centellean en el firmamento.

En la posada, en donde hicimos noche, ni cené ni pude cerrar los ojos. Verdaderamente mi posición había cambiado desde que mi tío me había sorprendido en el jardín la noche antes. Sin esta sorpresa probablemente hubiera ido a seguir mis estudios; acaso allí la distracción y el bullicio de las aulas hubieran gradualmente dado un color suave a mi melancolía, o tal vez disipádola. Pero las terribles reconvenciones de mi tío habían dejado en mi pecho una impresión tanto más profunda

cuanto en aquel momento yo las creí menos merecidas. Yo no podía aceptar el pan de manos de quien al dármelo me maldecía.

La injusticia de los hombres se había cebado en mí cruelmente. Cuando, sin mirar el peligro a que me exponía, sin atender más que al grito de socorro dado en favor de un hombre moribundo, me precipité al mar para salvarlo, llamáronme a una voz suicida; y cuando, a duras penas, haciendo el esfuerzo más extraordinario que cabe en un pecho humano, conseguí domar mis ímpetus naturales, y avasallar mi pasión y mis sentidos, a la luz de las estrellas, y a solas delante de una joven que me daba pruebas de la mayor ternura, llamáronme réprobo, alma degradada, y monstruo de iniquidad y de perfidia. El mundo me rechazaba. No debía esperar de él más que amarguras. La paz, la justicia, la calma debí buscarlas en otra parte.

En dónde, lo ignoraba. Pero puedo afirmar que jamás conocí como en aquellos momentos lo mucho que debe el hombre al sentimiento de su dignidad propia. Mientras nadie me había ajado, aquel sentimiento dormía en mí, o existía solo en germen informe; pero desde que sentí sobre mí la huella de un baldón inmerecido, desarrollóse, creció y dominó en mi alma. En un día salvé las vallas que separan la infancia de la edad madura.

Este resultado lo debí, pues, a la circunstancia dicha; pero, para que se consumase era preciso que pasase yo días de prueba, y que sostuviese contra mí mismo unas luchas desgarradoras. Por el pronto no tenía más que una idea vaga; la de que debía tomar una determinación que revelase en mí, no el niño de ayer, sino el hombre de hoy.

Cuando me levanté, la posada andaba revuelta. Encontré a los posaderos, al calesero y a mis dos compañeros de viaje en conversación animada con otras personas.

—Malas nuevas, señorito —me dijo la posadera—; no vayáis a la ciudad.

—Yo he de llegar allá quieras que no —dijo el calesero—, pero entraré por una puerta, y saldré por otra.

—Yo, aquí me quedo —dijo uno de los viajeros.

—Y yo, ni más ni menos —dijo el otro viajero.

—Pero señores —dijo el posadero—, ¿es posible que no haya exageración en lo que se cuenta?

—Mirad, aquí llega otro de los fugitivos.

Con efecto, un hombre se apeó de su caballo a la puerta de la posada, y entró.

—Contadnos algo, buen hombre —dijo la posadera—; entrad, sentaos, ¿o queréis tomar alguna cosa? ¿Es cierto lo que dicen?

—No sé lo que dicen —respondió el recién llegado—; mas si me hacéis el favor de dos deditos del rancio, con algunos bizcochos, luego hablaremos.

—Toñica —dijo el posadero llamando a una de las mozas del mesón—, pronto, el rancio y los bizcochos.

—Y entretanto decidnos algo —añadió la posadera.

—Lo dicho, dicho —respondió el recién llegado sentándose cómodamente delante de una mesa.

—Aun no habéis dicho nada.

—He dicho que en viniendo aquello que dije, diría algo, y a mí no me dan papilla.

—Está bien, lo primero siempre es lo primero. Ahí os traen el vaso. Bebed, no os detengáis, ya sabemos que lo hacéis a nuestra salud. Ahora hablad.

—Hablemos pues.

—¿Venís de la capital?

—No.

—¿Pues quién dijo que venía de allá?... ¡Ah! aquí llega otro.

Entró otro viajero y pidió de comer.

—¿Traéis noticias de la ciudad?

—De por allá vengo.

—¿Habéis visto muchos muertos.

—Ninguno.

—¿Ninguno, y venís de allá? ¿No dicen que todo el mundo se muere?

—Unos se mueren, otros se van por no morirse, y otros se quedan y no se mueren.

—¿Y sabéis si han muerto muchos?

—Así me lo dijo ayer noche, antes de largarme, uno a quien le consta, porque tiene relaciones íntimas con los muertos.

—¿Con los muertos?

—Es un sepulturero.

—¿Un sepulturero os lo dijo? Miren si es cierto; ¿y cuántos murieron ayer?

—Sepulturero, ninguno que yo sepa: aquel con quien hablé no conocía más que el número de los muertos de su parroquia, y dijo que pasaban de sesenta.

—¿Sesenta en una sola parroquia?

—Esto sin contar los que van en carros.

—¿Pero qué mal es este que mata a tanta gente?

—Dolores en la cabeza, dolores en las rodillas, dolores en los tobillos, vómito amarillo o negro, ojos encendidos, muchas ganas de estar tendido, y se acabó.

—Pero esto es una peste, ¿y cómo dejan salir a nadie?

—¡Qué peste ni qué pepitoria! En saliendo de la ciudad todo el mundo se pone tan bueno como si tal cosa; el mal está dentro.

—Sin embargo —dijo otro de los presentes—, me acaban de decir que mañana quedará formado el cordón, y no se dejará salir a nadie.

—Lo que es mañana no creo que quede dentro un alma. Todos salen hoy para el campo o para el cementerio.

—Yo he de entrar y salir hoy mismo —dijo el calesero—, aunque mis compañeros me hayan abandonado. Con que, al avío. ¿Y vos, señorito, os quedáis también?

—No, que os sigo —le dije.

—Ni mujer, ni hijos tengo —repuso el calesero—; esta mula y este carro son mi patrimonio, y serán de quien me entierre.

De nuevo nos pusimos en camino. Esta vez puede decirse que íbamos contra una corriente. El camino real estaba lleno de gente, unos a pie, otros a caballo, estos en carro, aquellos en coche; pero todos venían hacia nosotros, y ninguno seguía el rumbo que nosotros llevábamos.

—¿Os falta sal en la mollera? —nos decían los más chulos.

—¿Estáis desesperados o vais directamente a la casa de locos? —gritaban otros.

Los que iban a pie, los más de ellos padres de familia que llevaban a cuestas sus tiernos niños, o la poca ropa que salvaban, nos miraban compasivamente como si creyesen imposible que ningún carruaje pudiese ir en dirección a la ciudad. Encima de los coches, de los galerines, de las tartanas, veíamos atados colchones, cofres, sombreros, paraguas, todo con una mezcolanza que denotaba el desorden y la premura con que había sido emprendida la marcha. Vimos varias familias, a juzgarlo por sus trajes muy acomodadas, que venían agrupadas de pie sobre unos malos carros, apoyadas las

manos en las barandillas de los mismos, y llevando extendidos algunos paraguas para librarse de los rayos del sol. Algunos, al parecer estudiantes, venían a pie, procesionalmente, cantando a coro una canción catalana cuyo estribillo recuerdo perfectamente y decía:

A Deu noble patria mía,
La millor ciutat del mon.

«A Dios noble patria mía, la mejor ciudad del mundo.» La tonada era triste. Cada estancia era un adiós a las cosas notables de la ciudad; repetían al terminarla el estribillo, y luego antes de comenzar otra estancia se pasaban una bota que iban vaciando sin perder el paso.

—¿Os falta dinero para ir en carruaje? —les preguntó el calesero.

—No queremos enriquecer a los que especulan con el llanto público, y hacen pagar por el alquiler de un mal carro lo que nuevo no cuesta —respondió uno de los estudiantes.

Un coche que venía detrás de ellos llamaba mucho la atención de los transeúntes. En el pescante iba el cochero muy apretado entre dos criadas; detrás venían de pie cuatro criados puestas las manos en varias correas, dentro venían los amos haciendo asomar por las portezuelas las caras de unos perritos falderos muy peinaditos, y encima iba atado un mastín entre una docena de jaulas que contenían tórtolas, canarios, un cardenal, un ruiseñor, perdices y un loro.

—Los señores que vienen en este coche —dijo el calesero, no tienen hijos.

A pocos pasos que anduvimos, una muy diferente comitiva nos conmovió profundamente. Dos mujeres, la una muy joven, sostenían y llevaban atravesada sobre dos palos, y atada a ella una silla de brazos en la cual, mas bien tendido que sentado, y sujeto a ella por la mitad del cuerpo, iba un anciano impedido, al parecer padre de una de las dos mujeres, y abuelo de la otra. Cargadas con semejante peso, que hubiera abrumado a dos hombres robustos, descansaban de trecho en trecho aquellas compasivas mujeres, y enjugaban el polvo y el sudor que bañaba la frente de aquel desgraciado, el cual acaso ni con una sonrisa, ni con una significativa mirada, podía pagarlas su noble piedad filial.

A vista de semejante espectáculo sentí que se me llenaban de agua los ojos.

El calesero no pudo contenerse, y sacando su pañuelo, se sonaba estrepitosamente para ocultarme la conmoción que sentía.

Al cabo de un rato me dijo:

—Creo que realmente pueden tenernos por locos, viendo que somos los únicos que vamos allá cuando todo el mundo viene.

Conocí que con poco que le hubiese instado hubiera dado al momento la vuelta: pero, embebido en lo que estaba contemplando, guardé silencio.

—Si os parece —me dijo poco después—, nos volveremos.

—Yo he de ir, si no en carruaje a pie —le respondí.

—Arre generala —gritó el calesero dando un varazo a la mula y cobrando aliento al oír el tono decisivo de mi respuesta.

Yo mismo no he podido nunca explicarme si lo que me sostuvo en aquel momento fue una sangre fría natural, o una desesperación profunda y tranquila, o una completa indiferencia para todo lo concerniente a mi vida o a mi muerte, o tal vez, y casi me avergüenzo de decirlo, un deseo íntimo, una esperanza secreta de acabar pronto con todo, sin necesidad de hacer ningún esfuerzo. Es lo cierto que sin temblar, entré en la ciudad por una puerta que me pareció baja y lóbrega, y en la cual vi agolpado un numeroso gentío anhelante por salir a respirar el aire puro del campo que yo abandonaba.

Fue a la caída de una tarde. En las cercanías de la puerta por donde entré, sólo vi familias enteras que cerraban las puertas de sus casas, y dejándolas abandonadas huían deseosas de aprovechar el corto plazo que quedaba antes de que las tropas cerrasen el cordón. Después recorrí

toda una calle en la cual no oí ni encontré ningún habitante. Pasé por junto a otra puerta de la ciudad, y allí me dio un vértigo que me obligó a apoyarme bien y a cerrar los ojos. No fue un gentío presuroso, animado de una vaga esperanza de vida, lo que allí vi, sino una verdadera fuga de cadáveres. Los vivos huían por la otra puerta, los muertos salían por esta. No iban todos en ataúdes. Envueltos los más en un blanco lienzo que diseñaba sus formas, llevábanlos pendientes a la espalda unos hombres sudorientos, descalzos, antes atezados que lívidos, los cuales más bien corrían que andaban, deseosos, no tanto de descartarse de sus cargas, como de ir en busca de otras nuevas.

El calesero entró en un mesón en donde descargó los efectos que llevaba, y sin detenerse un momento se volvió con ánimo de salirse inmediatamente de la ciudad. Pregunté al mozo del mesón si había en él un cuarto desocupado. Me respondió que lo estaban todos, pero que amos y mozos se habían ausentado. Por fortuna un faquín cargó con mi equipaje, y se ofreció a ir conmigo en busca de una posada donde me recibiesen. En efecto, después de muchas vueltas y revueltas, cruzando por varios callejones entregados a la soledad, en los cuales no resonaban ni los pasos de los ociosos, ni el bullicio de los transeúntes, ni las voces y los instrumentos de los artesanos; después de haber llamado inútilmente en algunas posadas, y de haber recibido en otras algunas respuestas evasivas, llegamos a una en la cual me dieron hospedaje.

XVIII.
Me pongo sobre mí. Me pregunto si hay algo más allá del sepulcro. La moribunda y el padre José. Me dan por muerto. Mi resurrección.

El balcón de mi cuarto daba frente de un edificio vasto, sombrío, compuesto de grandes paredones, con muy pocas ventanas y una sola puerta. Las sombras de la noche, que ya se tendían por la ciudad, aumentaban la lóbrega grandiosidad de aquella morada. No brillaba ninguna luz en sus ventanas, ni salía por ellas el menor ruido. ¿Quién habitaba esta morada? Infundíame respeto y asombro, y me asomé al balcón para contemplarla. Entonces llamó mi atención el movimiento que noté en la puerta. Con pocos minutos de intervalo acudían hacia ella precipitadamente algunos individuos de todos sexos y edades, tiraban del cordón de una campanilla, asomaba alguien por un postigo, y pronunciando algunas palabras los recién llegados, al momento se abría un portillo por el cual salían comúnmente dos personas, y muy pocas veces una sola, y se iban con los que habían llamado. Nadie salía sin que antes llamasen, pero nadie llamaba sin que alguno saliese. No pudiendo explicarme este movimiento extraordinario, le contemplaba absorto, y viéndome en esta actitud el dueño de la posada me dijo que podía serme perjudicial el fresco de la noche, y que me sería más conveniente tomar una sopa y acostarme.

Hícelo así, y sin duda a causa del cansancio y de las vigilias de las noches anteriores, me quedé a poco rato profundamente dormido. Mi imaginación formó entonces una extraña mezcolanza de todo cuanto en pocos días había presenciado. Del seno de una mansión oscura salía mucha gente, riéndose unos, llorando otros. En pie, sobre aquella mansión, estaba un coloso que, lleno de ira, me miraba y me maldecía; y los demás se burlaban de mí, me motejaban, y me perseguían; escóndete, me decía una buena mujer procurando cubrirme con su manto; pero mis perseguidores arrancaban este manto, le hacían pedazos, y se entretenían tirándome lodo a la cara. Oculté esta entre mis manos, me tendí rendido, y me creí muerto. Un río me recibió en su seno, y sus aguas me iban arrastrando mansamente. Otros cadáveres como yo seguían la corriente abajo, volteando siempre, y yo los miraba con pavor, procurando apartarlos de mí cuanto podía. Todos me iban dejando en zaga, pero al pasar por mi lado daban unos ayes lamentables. El agua estaba llena de estos ayes que tomaban unas formas prolongadas, sutiles, afiladas, y se iban clavando a porfía en mi cabeza. Un cadáver pasó tan cerca de mí que sus ayes me cubrieron enteramente. Entonces desperté. Temblaba de pies a cabeza. Mis manos, asidas de mis cabellos, los apretaban

convulsivamente como para arrancar los ayes de mi sueño. Tardé mucho tiempo en volver completamente en mí, porque todavía resonaban en mis oídos aquellas voces plañideras.

Un gemido sordo y penetrante, exhalado casi junto a mí, puso el colmo a mi espanto. Yo estaba despierto. Aquellos ayes eran reales. Un tabique me separaba de otro cuarto en donde una voz, al parecer de mujer, daba de tiempo en tiempo unos sentidos lamentos, y luego unos suspiros dolorosos. Me pareció que sentía a mi lado el estertor de un moribundo, y que la muerte daba vueltas por mi cuarto y me tendía su mano descarnada. El terror me dejó inmóvil. Yo que la había desafiado en aquel mismo día; yo que acaso en mi interior la invoqué; yo que fundaba en la nada todas mis esperanzas y consuelos, ahora me pregunté azorado si encontraría vacío el sepulcro, y en él la nada que buscaba.

Esta duda me afligió sobremanera, y me hizo desear que la muerte esperase un poco más hasta que mi mente hubiese meditado este punto. Era la primera vez que pensaba en semejante cosa. Para mí la vida consistía en respirar un aire puro, en oler el aroma de los vegetales, en admirar la naturaleza, y en pasar muchas horas hablando con lo que llamaba mi yo. Iba al templo, y rezaba lo que rezaban mis tíos, pero sin pararme en ello. El cielo era para mí una bóveda inmensa, llena de lumbreras magníficas, y digna de contemplarse desde las mas altas peñas, mientras mugían a mis pies las olas encrespadas. Pero nunca pedí a aquellas lumbreras si alguno las formó. La vida me parecía el cansancio del corazón, y la fatiga del pensamiento; y la muerte, en mi opinión, deteniendo el movimiento del uno, y acallando al otro, debía ser para entrambos un envidiable descanso.

Pero ahora me preguntaba si ese yo, que estaba despierto aun durmiendo mi cuerpo, acaso también, muerto éste, subsistiría, evento que estaba fuera de mis alcances y para el cual acaso no estaba bastante preparado. Y cierto que en la duda del sí o del no, era mejor inclinarme al lado que menos riesgo me ofreciese; y era evidente que, optando por el sí, ya no debía temer ningún peligro por parte del no; mas por el contrario, tomando por sistema el no, corría el albur de encontrar en el sí unas eventualidades terribles. Porque, supuesta la existencia póstuma del yo, sin duda tendría este en la inmensidad de los tiempos señalado algún porvenir, algún fin; y en la nueva duda de si este fin, este porvenir, eran los mismos que en mi infancia me habían imbuido, tocábame también optar por el camino de menos dudosas consecuencias. Estas reflexiones cruzaron mi mente, iluminándola con la luz viva e instantánea del relámpago, que en verdad volvió a dejarme sumido en la lobreguez, pero no sin haberme indicado cómo y en donde me encontraba.

El primer resultado de tales pensamientos fue el desear que la muerte tardase en presentárseme todo el tiempo que yo necesitaba para salir de mis dudas. Sin embargo esa misma muerte, poco antes deseada y ahora temida, estaba alrededor de mí, embistiendo, atropellando, hiriendo, hacinando muchas víctimas, y lanzándose en busca de otras. A mi lado, con su mano de hielo, había asido una que estaba dando sin duda las postreras convulsiones. *Mirad que se muere*, decía una voz junto a su cama. *Voy en busca del padre José*, dijo otra voz. Y oí pasos precipitados, y bajar la escalera, y abrir la puerta de la calle, y luego resonar la campanilla del edificio sombrío. Luego en él iban a buscar al padre José para que acudiese a dar alivio a los enfermos. ¿Y este hombre qué podía hacer con un moribundo?

Oí a poco nuevos pasos, y una nueva voz que decía con bondad.

—Hermana, tengamos confianza en el que es la vida.

—La tengo, padre mío —respondió la moribunda—, pero la cabeza se me va.

—¿Tenéis algún grave peso en la conciencia? Abridme vuestro corazón y quedaréis tranquila.

Entonces no oí más que sollozos, confusos murmullos, y unos suspiros exhalados de lo más íntimo del pecho.

—¡Ay! —exclamó al fin la moribunda—; padre, padre, vos me habéis dado más que la vida.

—Hermana mía —respondió aquella voz llena de afabilidad y confianza—; bien lo sabéis que hay dos vidas, la que nos sirve de carga, y que un soplo la arrebata, y la que nos alivia, y es eterna.

—Padre —repuso la moribunda—, quedad rogando por mí.

—Hermana —respondió el padre—, de vos debo esperarlo yo; de vos que sois más feliz, pues vais a entrar en la vida envidiable.

—Gracias, padre —añadió la moribunda con un acento tan penetrante que me llegó al alma—; gracias por el bien que acabáis de hacerme.

Yo permanecía con la boca entreabierta, seca y sedienta; escuchaba lleno de asombro, porque me parecía imposible que un hombre tuviese bastante poder para consolar, o tal vez sanar, a lo que parecía, a quien se encontraba tan próximo a su fin. ¿Quién será este hombre, decía yo, tan extraordinario, que tanto puede, o cuál es su secreto?

Pero el estertor de la moribunda no cesaba, antes tomo creces, y por grados se fue haciendo más penoso, hasta que la voz del padre resonó, no ya callada y misteriosa, sino fuerte, aunque si cabe más llena de bondad y de ternura.

—Hermana —decía—, vedle al que os ofrece la nueva vida, vedle cómo abre sus brazos para recibiros; yo también sufrí, os dice, y ahora ya no sufro; tu dolor acaba de hacerte digna de mí, y te salva; consérvale hasta tu postrer aliento; exprésale con el entendimiento mientras de este te quede el menor resto; ya se abre para ti la verdadera vida, la de los que no padecen. Loado sea el que es la vida.

Cesó en esto la voz patética, y sólo oí un suave murmullo, y luego los pasos de alguno que se marchaba. Yo quise gritar, *padre, padre*, mas no pude; quise incorporarme en la cama, y tampoco me fue posible. Sentí los más vivos dolores en todas las articulaciones de mi cuerpo, y fuertes pulsaciones en los labios, en las sienes, en la cabeza; un calor extraordinario me oprimía el corazón; respiraba penosamente y me sentía muy inquieto y calenturiento; la cara, el pecho y el cuello los tenía bañados en sudor; un hipo penoso y un salto de tendones me atormentaban; sentía frío intenso en los pies; me dieron náuseas, y debí de llamar la atención de los que moraban en la casa, pues a poco tuve que cerrar los ojos por no poder sufrir el resplandor de una vela a cuya luz alguno me miraba.

—¿Hace mucho tiempo que se siente malo? —preguntó el que me examinaba a otro que no vi.

—Ayer noche llegó, pagó un mes adelantado, cenó con apetito, y se acostó; sólo me acuerdo que le vi tomar el fresco en el balcón.

Esto respondió con voz temblorosa el dueño de la casa.

—Pues los síntomas —dijo la otra voz—, son de haber entrado en el tercer período. Esta bilis es negra como la pez; el cuello y el pecho están llenos de manchas negras; esta sangre que arroja por la nariz, boca y oídos... ¿En dónde sentís más dolor? —me preguntó levantando la voz.

Hice un esfuerzo para responder, y aun quise pronunciar el nombre del padre José; mas solo debieron de salir de mi boca unos sones inarticulados.

—Es un caso fulminante —repuso el que me había hecho esta pregunta—; ha perdido el habla, y el pulso va desapareciendo. La ciencia no sirve aquí de nada.

Ya no oí mas. Ofuscóseme la cabeza, y perdí el conocimiento cuando iba a hacer otro esfuerzo para poder pronunciar el nombre que tanto en aquellos instantes me interesaba.

El tiempo que permanecí en este estado no lo sé; pero más adelante me dijeron que me había entrado un delirio espantoso, y que algunas horas después me quedé inmóvil y yerto. Mis ojos estaban fijos y vidriados, mis articulaciones tiesas e inflexibles, y mi corazón no latía. Tomáronme por un cadáver. Uno de aquellos faquines de muertos, que en algún modo me salieron al paso a mi entrada en la ciudad, llevóse a la difunta del cuarto contiguo, y dijo que luego volvería por mí. Y en

efecto volvió. Envolvióme en las sábanas de mi cama, cargó conmigo, y comenzó a bajar por la escalera. Sin duda con el movimiento, o acaso al doblar fuertemente mi cuerpo, debió causarme un dolor muy vivo, pues dicen que di un grito. Espantado y despavorido el faquín, dio otro grito no menos terrible que el mío, y me soltó de modo que fui rodando un buen trecho de la escalera. Sin esta circunstancia, yo hubiera ido a aumentar el numero de los desventurados que, particularmente en tiempos de contagios, por la precipitación con que se hacen las inhumaciones, perecen víctimas del más cruel suplicio. En el día de hoy, hallándome tan distante de aquella época calamitosa, todavía me estremezco y se me erizan los cabellos pensando en la eventualidad funesta de que por los designios de la Providencia me libré. Es un recuerdo que he de hacer esfuerzos para alejar de mi mente pues me infunde un terror que hiela en las venas mi sangre. La idea de encontrar en el sepulcro, en vez de la paz y del descanso, la ira, la desesperación y la rabia, me da un martirio tan atroz, que ni por un instante me parece tolerable.

XIX.
Mi carta de despido. Deseo hablar con el padre José.

Las contusiones que recibí debieron despertarme de mi letargo, pues cuando me volvieron a mi cama abrí los ojos, miré a todas partes, y me quejé de los dolores que sentía. Al pronto conocí que debía haberme pasado alguna cosa muy extraordinaria, pues como si yo llamase la atención de todos de una manera muy singular, entró mucha gente a verme, y cada uno expresaba su asombro a su modo.

—Pobre mozo, de buena se ha salvado —decía uno.

—Seguramente es un milagro —añadía otro.

—Este muchacho —dijo una mujer—, tiene sin duda un buen ángel de la guarda.

—¿Pero cómo os dabais tanta prisa en llevarle a enterrar? —preguntó otra mujer.

—Ninguna —respondió el posadero—, doce horas estuvo completamente muerto, el médico le vio, en fin todos dijeron que estaba tan cadáver como la otra huéspeda que visteis.

—Pues se ha burlado del médico, del vómito, y hasta del que se lo llevaba, que del susto se ha puesto malo, y se ha hecho acompañar a un hospital.

—No había para menos oyendo que el difunto le hablaba al oído.

—Vaya que por esta vez el muerto habrá enterrado al sepulturero.

—Yo creo que no hay mucho en que fiar todavía —dijo muy quedito el posadero.

—Muy pálido está y suspenso —respondió en voz baja una de las mujeres.

—A la segunda no lo cuenta —repuso otro vecino despidiéndose.

—¿Porqué no envías a llamar al padre José que lo entiende mucho mejor que ningún médico? —dijo la que parecía más compasiva de las mujeres que allí habían acudido.

—Y será lo mas acertado —respondió el posadero.

Entonces se acercó a mí, y me preguntó si deseaba alguna cosa. Díjele que tenía mucha sed. Me respondió que pondría a calentar alguna bebida. Mas yo le dije que si no me daba agua fría no quería nada.

—¿Os parece si el agua fría podrá dañarle? —preguntó el posadero dirigiéndose a las mujeres.

—Yo le daría por el gusto, Andrés —respondió una de ellas—; ¿no ha hecho el milagro la naturaleza? Pues si ella pide agua, dársela, que para algo la pide.

Fueron en busca de un cántaro, y le pusieron sobre una mesa junto a mi cama.

—Ahora decidme —me preguntó Andrés—, si os convendrá hablar alguna cosa con el padre José que es un hombre muy bueno, muy compasivo.

—Y que a no dudarlo —añadió una de las mujeres—, tiene mas medicina en sus palabras que todos los boticarios juntos en sus potes.

—Yo lo haría en vuestro lugar —dijo la otra mujer—; cuidado que no vais sino a ganar, porque es hombre que no trata con aspereza a nadie, y sabe más que un doctor.

—Está bien —respondí dirigiéndome a Andrés—; pero antes desearía que me escribieseis una carta de dos líneas que voy a dictaros.

—Con mucho gusto.

Salióse, volvió con recado de escribir, y sentándose delante de la mesa, me dijo que ya podía dictarla.

—Pues escribid —le dije—: «Muy Sr. mío: por encargo particular de vuestro sobrino moribundo...»

—¿Qué es esto de moribundo? —dijo Andrés deteniéndose—; si ya no se trata de semejante cosa.

—Me acabáis de decir que no me negaréis este último favor que os pido.

—Bueno, ya está «moribundo».

—Escribid «tengo el dolor de participaros…»

—Ya está «participaros».

—«Que acaba de pasar a mejor vida. Soy con el mayor sentimiento vuestro afectísimo seguro servidor» y el nombre que gustéis.

Miróme de hito en hito el posadero como si viese por primera vez alguna cosa nueva y asombrosa, y viéndome muy tranquilo, se encogió de hombros, y acabó de escribir, diciendo:

—Así como así tampoco ha de servir, pongo cualquier nombre. Juan de las Viñas o Anselmo de los Perotes. ¿La cierro?

—Cerradla, y cuando llegue el caso os suplico que la pongáis en el buzón.

Me pidió el sobre, se lo dicté; a mi tío en la villa de su vecindad, y quedando la carta sobre la mesa dije que me harían grande merced si iban por el padre José y me dejaban solo con él.

En esto se salieron del cuarto cuantos estaban en él, y oí al posadero que decía.

—Es mucho joven este; se mete de rondón en una ciudad apestada, se muere, resucita, y ahora hace con la mayor calma sus preparativos para un nuevo viaje.

—¿Si querrá matar a otro sepulturero? —dijo una de las mujeres—; mal año para el que cargue con él.

Volvió a entrar Andrés al cabo de un rato, y me dijo que tuviese paciencia, porque le habían dicho que el padre José había salido, pero que en cuanto estuviese de vuelta subiría al instante.

Mientras esperaba su venida, los minutos me parecieron horas. Temía a cada momento que se ofuscase de nuevo mi mente, y que alguna ráfaga febril enturbiase otra vez los pensamientos que tan claros entonces tenía. Era evidente que había yo pasado por una crisis tremenda de la cual los que se escapan son muy contados, crisis que podía haberme arrastrado ya bien a pesar mío a la realización de mis esperanzas de ayer, o de mis temores de hoy. Si en vez de detenerme y retroceder estando a la orilla del sepulcro, me hubiese faltado un pie y caído rodando en sus concavidades tenebrosas, ¿qué es lo que en su fondo encontrado hubiera? ¿La nada, de mí tanto apetecida, o bien la nueva vida de que antes había oído hablar tan tiernamente? No debía, no, exponerme segunda vez al peligro de un cruel desengaño. Y la amenaza estaba aun pendiente sobre mi cabeza. La enfermedad no había cedido. Los mismos síntomas de antes sentía yo en mi cuerpo. Los dolores en las articulaciones no me dejaban sosegar, y si probaba de moverme tomaban una intensidad

vivísima; las pulsaciones de mis arterias eran fuertes y muy repetidas en la cara y en la cabeza; mi respiración era cansada; y atormentábame una sed que parecía crecer a medida que con mas ansia bebía del agua que a la mano me dejaron. Únicamente las náuseas habían desaparecido; y noté también que el sudor que antes sólo mi cara, mi cuello, y pecho bañaba, ahora se iba extendiendo y apuntando por todo mi cuerpo. Yo quería contener la fatal propensión que tenía mi sangre de agolpárseme a la cabeza y anublarla. Para ello procuraba enardecer mi corazón, dispertar en él sentimientos de ternura, avivar el fuego del cariño, y llamar en mi auxilio todo cuanto pudiese hacer refluir hacia él la sangre que debajo mi cráneo hervía.

Por fin oí llamar a la puerta, oí abrirla, y que saludaban por su nombre al padre José. Sin duda hablaron con él algunos momentos en voz baja, y al cabo de poco espacio entró en mi cuarto el hombre desconocido de quien tanto bien yo esperaba,

XX.
Lo que le conté al padre José y lo que me respondió.

Era un religioso de la orden seráfica; su rostro enjuto y afable; su mirada franca y expresiva.

—Creo que tu nombre es Manuel —me dijo con la mayor amabilidad—, y no tomes a mal que te tutee, pues mis canas me dan algún derecho de tratarte como a hijo; no te canses en hablar por ahora; si este sudor que me parece general puedes conservarle algún tiempo será muy bueno; estate muy quietecito: ¡pobre Manuel! Vaya que no puedes quejarte de la Providencia. Te envía tribulaciones, y al mismo tiempo hace en tu favor un milagro. Hijo mío, te pusieron al nacer un bello nombre para ser invocado, porque ya sabes que el nombre Manuel es como si dijésemos Salvador, y en efecto él, que todo lo puede, te ha salvado. Figúrate qué contento estará cuando lo sepa tu padre.

—¡Mi padre! —dije yo—, no tengo padre.

—O tu madre —añadió él.

—Tampoco tengo madre —respondí.

El padre José me miró enternecido oyendo mis respuestas tan breves como tristes, y luego continuó:

—Gran desgracia es haber perdido en nuestra primera juventud a nuestros padres. Los consejos, los desvelos, el afán con que un padre mira por su hijo, y la tierna solicitud y el amor de una madre no son para recobrados en la tierra una vez perdidos. Ya no me maravillo de que aquel de quien poco ha te hablé haya obrado hoy en favor tuyo una especie de prodigio. Porque la Providencia se manifiesta llena de una equidad que cuanto más se contempla más nos asombra; y habrá previsto que una vez que tú carecías en la tierra de padres que te dirigiesen y encaminasen, era razón que en otra parte los encontrases para suplir aquella falta.

—Ya los había encontrado —le dije—, pero también los perdí.

—¿Te los arrebató la muerte?

— Mi desventura fue, y no la muerte.

—Según eso ¿te crees desgraciado?

—Soy el mas infeliz de los hombres.

—Yo no veo en tu frente ninguno de los surcos que deja el infortunio verdadero. No pocas veces creemos que la desgracia es una realidad, y no es más que una quimera, una cosa que creemos ver y estar tocando, y que sin embargo no existe. Permíteme que dude de que en efecto sea tan grande tu desventura como la supones.

—Voy a abriros mi pecho, y podréis juzgar después.

—Hazlo, hijo mío, pero sin cansarte, y como si estuvieses hablando contigo mismo; ahora me interesa doblemente tu suerte, por lo mismo que tan infeliz te crees.

Entonces le conté brevemente la historia de mi vida, cómo perdí a mis padres, cómo me recogieron mis tíos, la enseñanza que me dieron, mis paseos, mis melancolías, el cultivo de las flores, los emblemas que formaba, mis sueños, mi arrojo en Calasans, mi enfermedad, la mala opinión en que quedé, el cariño que a mi prima profesaba, los peligros a que él me expuso, cómo pude vencerme a mí mismo, y la especie de maldición que contra mí fulminó mi tío.

Cuando hube concluido, el padre José, que durante mi narración no había abierto los labios para interrumpirme, ni dar la más ligera muestra de lo que opinaba con respecto a todo cuanto oía, me dijo:

—Manuel, debo confesar que en efecto eres el joven más desgraciado que jamás conocí, y al mismo tiempo reconozco toda la inmensidad del favor que hoy has recibido, porque hace pocas horas que tu desgracia no tenía ya ningún remedio, y ahora por el contrario le tiene y muy seguro, y no me sabré apartar de tu lado sin que te le enseñe y logre que le adoptes. Hijo mío, te he de hablar con franqueza; y no podré decirte otra cosa fuera de lo que siento, ni disfrazarte mi opinión dando algún rodeo a mis palabras; y te pido que me perdones si éstas no te parecen tan suaves como acaso te las prometerías de mí.

»Yo no veo en tu historia más que a un joven favorecido del cielo, que con mano larga te dio comprensión clara, que te hizo encontrar unos segundos padres, cosa que muy rara vez se encuentra, que te hizo el beneficio de darte una hermana cuyos consuelos puros son inapreciables en la vida, que te abrió caminos para tantos otros cerrados, que te condujesen a un buen enseñamiento y a un bienestar apacible: que es como si te hubiese dicho, no te ha de faltar nada, buenas dotes naturales, buenos padres que las cultiven, y si perdiste unos ahí van otros, y una excelente hermana destinada a volverte al buen carril si de él te apartas; en suma, los mayores y los mas inestimables bienes que pueden formar el patrimonio del hombre en la tierra. Y si una sola vez alguna nube cruza por tu horizonte y le ofusca un momento, en cambio, ¡cuántos cuidados, cuántas bendiciones, y cuánto cariño... Dime ¿de qué modo has correspondido a tales beneficios? Has querido rebajar a la hermana, poniendo en tu pensamiento al nivel de tus pasiones una ternura que era tan superior a ellas. Habiendo encontrado nuevos padres, has intentado arrebatarles la hija que realmente era suya, no por adopción, como tú, sino por naturaleza. Y las facultades de que te dotó el cielo has estado a punto de convertirlas contra el mismo que te las dio. Yo no veo en ti, hijo querido, más que un desagradecimiento y una ingratitud de mal aspecto.

»Mira, pues, si con razón te dije que reconocía en ti a un joven enteramente desgraciado. Y esta desgracia es tanto mayor cuanto me temo que si tú desconociste los derechos de un padre y la pureza de un amor de hermana, fue porque desconocías a Dios que es la fuente y el origen de donde manan todos estos derechos, y todas estas bellezas. ¿Es posible, Manuel, que tú te creyeses colocado tan alto en la creación que pudieses pasarte sin un Dios? ¿Era orgullo acaso, porque, viendo que tú, el hombre, puedes allanar los montes, sangrar los ríos, surcar los mares, investigar los aires, preguntar a los astros sus dimensiones y movimientos, y remedar los truenos y el rayo, creías verdaderamente ser tú el Dios? ¿O era exasperación de tu vanidad, porque, no pudiendo comprender un ser superior al tuyo, preferías negarle? Oh, Manuel, y cuán dulces momentos de tu vida has convertido en otros de amargos sinsabores, sólo por no verte en la naturaleza más que a ti, a ese tu tan débil pensamiento que con un soplo se apaga, y no ver al que da cuna, alimento y vigor a todos los pensamientos, amor al bien, horror al mal, al que inspira la virtud y las acciones benéficas, al que nos manda querer bien aun a los que nos quieren mal, no abandonar al afligido y tener caridad con todos.

»Perdona, joven querido, ya veo que fue una ilusión pasajera de aquellos días en que no se piensa, y se vive sólo para los sentidos. Perdona, que ese tu llanto y tus sollozos me dicen claramente, y con mucha más fuerza que tus palabras, que reconoces al ser que te formó, y que por lo mismo que le reconoces entiendes que le debes veneración y cariño. Sí, Manuel, sí que se lo

debes, y tú acaso mucho más que ningún otro. ¿Luego tú, alma privilegiada, capaz de comprender toda la sublimidad de los sentimientos mas puros; tú, poseedor de un corazón organizado con la más primorosa delicadeza, vegetabas en una triste indiferencia para todo lo delicado y lo sublime, y míseramente te agostabas en ella? ¿Qué hacías, di, cuando las tiernas plantas de tu jardín, perdido el color, inclinadas, casi secas, te pedían que restaurases las fuerzas que el ardor del sol las había arrebatado? ¿No acudías al momento en busca del agua que las daba nueva vida, las hacía levantar las ramas, y animaba con renaciente brillo y esmalte su verdura? ¿Y no conocías que así como a ellas las amortigua el calor y tienen sed de agua para restablecerse, del mismo modo a nosotros la indiferencia nos enerva y paraliza, y tiene entonces nuestra alma sed de Dios para reponerse en su dignidad y en su grandeza?

»Ah, querido hijo mío, conozco que no debería añadir una palabra más porque tu conmoción me dice claramente lo mucho que sientes lo pasado; pero es tal el gozo que se apodera de mí al pensar que por las misericordias del que es inmenso en ellas, eres al fin digno del ser que te anima, que no acierto a expresarme, y a pesar de esto mi corazón quisiera hacerte partícipe de todas estas alegrías. ¿Y cuán pequeño debías de ser, Manuel, cuando, abismado en lo que llamabas tus meditaciones, te creías bastante grande para contemplar y mirar de frente el mar airado, y las nubes aglomeradas para rodar sobre tu cabeza, y los torrentes que mugían a tus pies, y los huracanes que en torno tuyo bramaban pues, semejante a un ser muy débil que desafía a otro muy fuerte, resaltaría más tu poquedad puesta en parangón con tales asombros, los cuales son voces terribles con que las cosas creadas indican y señalan el poder del que las creó? ¿Y por el contrario cuán grande me pareces ahora que te crees pequeño y sepultado en el polvo, pero que has abierto ya los ojos del alma, y hablas por medio de las lágrimas, de los suspiros y del dolor con aquel que es todo poder, todo grandezas?

»Hijo querido, por quien me intereso más de lo que por ningún otro lo he hecho, prométeme que ahora procurarás sosegarte: toma mi mano, tómala; estoy muy contento de ti; desahoga tu corazón, pero, sosiégate, te lo ruego; ya que Dios te ha salvado milagrosamente la vida, procura conservarla, que para algo te tiene destinado; y en algo querrá que le sirvas. No te muevas de como estás, conserva este sudor; no quiero que digas ni una sola palabra; ya volveré; ahora ya tienes otro padre, no te hablo de mí solamente, ya sabes de quién; ahora ya no vives en el abandono; ahora, Manuel, ya no eres desgraciado. ¿No es verdad que tu corazón late más espacioso, que respiras más holgadamente, que tu cabeza se va aclarando, y que tus ojos distinguen la luz en lo que creías ser un fondo de tinieblas? A Dios, a Dios, hasta la noche; yo no te dejaría, hijo mío, por nada de este mundo; pero tú sabes que mis instantes son de los demás, no son míos; y ahora si me detengo a tu lado es más por la satisfacción que siento de conversar contigo, que por ninguna necesidad que tú tengas de oírme. Pero volveré, Manuel, esta noche, si Dios no me lo impide.

Me dejó besar su mano que bañé con lágrimas ardientes, y se salió del cuarto.

Oí que en el corredor hablaba con el dueño de la casa, quien le preguntó qué idea formaba de mí, y si me creía desahuciado.

—Creo —respondió—, que si conserva el sudor en que le dejo, tal vez estará mañana fuera de peligro.

—Pero es un milagro lo que con él ha pasado —dijo una de las mujeres.

—Sí, respondió el padre José; aquí veo el dedo de la misericordia divina; os recomiendo mucho que cuidéis bien a este joven, porque su suerte me interesa sobremanera.

—Descansad, padre.

Tal fue la primera visita que me hizo el padre José.

XXI.
Reflexiones que hice. El canario.
Cuánto tarda mi nuevo amigo.

A poco vi entrar al dueño de la posada, junto con una de las mujeres.

—Ánimo, amiguito —me dijo el primero—, que el padre José da muy buenas esperanzas.

—Y cuando él las da —añadió la segunda— podéis estar tranquilo; es mucho hombre el padre José. Él sabe tratar con todo el mundo, y a cada uno habla a su manera, pero jamás le han visto enfadado. Eso no. Lo dice todo con tanta suavidad y buen modo que una reprimenda suya parece una caricia.

—Así —añadió a poco rato—, son muchas las conversiones que lleva hechas desde que vino aquí.

—Pues qué ¿no pertenece a este convento? —preguntó Andrés.

—No tal; el padre José es conventual del colegio de misioneros de su orden establecido a unas dos jornadas de aquí; se encontró en este convento de paso, y no ha querido moverse. Cuatro días ha que no descansa de día ni de noche. En la misma portería le tienen prevenida una sopa para cuando vuelve, y en llegando reza, se sienta en una silla, y en ella cierra un rato los ojos hasta que suena otra vez la campanilla; y de nuevo va a donde le llaman. En fin, es un santo.

—¿Qué tal, sigue bien? —dijo entrando la otra mujer

—Se le debe entretener el sudor, y por ahora no hay peligro —respondió la primera—; ¿y qué noticias traéis?

—Dicen que no ha habido tantas entradas en el hospital, ni tantos muertos en la ciudad como ayer.

—Lo creo muy bien porque ya no hay tantos medrosos como había.

—Muchos tomaron soleta estos días, pero ahora no sale nadie.

—Toma, porque no dejan; como que han puesto cordón. Si se descuidan no quedaban aquí mas que las paredes.

—Lo que es yo, con cordón o sin él, aquí me quedo, que muchos buscan mejor camino y dan consigo en un barranco, además de que nadie sabe en dónde dejará la piel.

—Tampoco yo —dijo la otra mujer—, he pensado en moverme; pero, la verdad, que no las tuve todas conmigo viendo que todo el mundo enfardaba con tanta prisa, y llegué a temer que nos dejasen solos. Pero después he visto que no todos se ausentaban, ni todos los que no se ausentaban se morían, y pensé que lo mejor era ponerse en gracia de Dios, y venga lo que viniere. Cuarenta y nueve bien contados llevo acuestas; ni estos me pesan, ni deseo con ansia aumentar mucho más la carga. Lo que sí, os pido que si me veis tendida enviéis al momento por el padre José. ¿Oyes Andrés?

—Lo que me parece —respondió Andrés—, es que dejemos descansar a este joven. Mirad cómo duerme tan tranquilo. Yo le enjugaría el sudor del rostro, pero temo despertarle.

—De ningún modo le toques. ¡Vaya que es admirable! Nadie dirá sino que acaba de dar un paseo, y se ha echado a dormir. Su respiración es sosegada. Cierra un poco mas los postigos, que no le dé tanto la luz. Bien digo yo que el padre José vale él solo por cien doctores.

—Mira, repuso al cabo de un rato, mira con qué facilidad, sin prescribirle ningún remedio, le ha hecho conciliar el sueño. Es menester guardárselo bien. Pobre mozo: tal vez estará soñando en su madre, que ahora, si estuviese aquí, le cubriría de besos.

Y todos se salieron de puntillas, no sin haberse antes acercado nuevamente a mí para observarme un rato.

Yo no dormía, pero me hallaba tan bien con mis pensamientos, que no quise levantar los párpados. Bien es verdad que no hubiera podido hacerlo sin que hubiese fluido el agua de que estaban llenos mis ojos, y preferí dejarla manar a mis solas. Una cosa me tenía lleno de satisfacción interna, y es que había ganado mucho en la estimación de mí mismo, y me parecía que si todos mis parientes y la misma Adela hubiesen podido leer en mi interior en aquellos momentos, hubieran quedado enteramente satisfechos de mí, ni más ni menos que yo lo estaba, y me hubieran perdonado, sin la menor vacilación, todos cuantos sinsabores les había dado.

Y al mismo tiempo ya no sabía yo en qué fundar las quejas que contra ellos poco antes tenía, pareciéndome por el contrario que había yo faltado con todos ellos en miramientos, en gratitud y en todo linaje de consideraciones. No podía negar que yo había sido para mi nueva familia una carga muy pesada por su naturaleza, y mucho más gravosa todavía por mi índole original y en algún modo fantástica. Y aunque realmente estuviesen en un error y fuesen injustos creyendo que yo había atentado contra mi vida, ¿no les dio acaso campo la extrañeza de mi carácter para suponer de mí estas y otras cosas repugnantes? Mi presencia había turbado el sosiego de que antes disfrutaban; y mi ausencia, pero larga, constante, incesable, debía devolverles la paz de que tan dignos eran. No era necesario ya que la muerte acudiese en mi auxilio, para hacerles recobrar el perdido sosiego: no me había entrado temor a la muerte, pero tampoco la deseaba ni la invocaba. Bastábame llevar a cabo otro pensamiento que me ocupaba sin descanso.

Por momentos me iba yo sintiendo mas aliviado. Las náuseas habían cesado completamente; ya no sentía escozor en los ojos, ni dolor en las articulaciones, ni pulsaciones violentas en mis arterias, ni salto de tendones, ni frio en las extremidades, ni pesadez en la cabeza, ni aquella sed que tanto me atormentara. Gradualmente volvía a la vida, y no sentía volver a ella, considerando que tal vez no me sería imposible hallar campo en que se extendiese mi imaginación y se espaciase la actividad de mi mente.

Mi conmoción no me había permitido hablar al padre José acerca de mi porvenir; fuera de que no me atreví, hallándome todavía a las puertas del sepulcro, a consultarle acerca de lo que haría si de ellas me alejaba la Providencia; no fuese a creer que tomaba yo consejo del miedo. Mas ahora que en todo mi ser renacía la esperanza de vivir, y que mi animación me hacía augurar que en breve recobraría la salud y las fuerzas, ya no tomaría él mi determinación por un arranque que me inspirara el temor, sino que la miraría como consultada con la reflexión y adoptada por el convencimiento. Estaba decidido a manifestarle clara y redondamente mis deseos, a solicitar su parecer para alcanzar el logro de los mismos, e impedir que por ningún camino pudiesen quedar frustrados.

Deseaba que viniese lo más pronto posible; ponía atento el oído al menor movimiento que me parecía percibir en la escalera o en los demás dormitorios; miraba la luz que por los entreabiertos postigos penetraba, y por la variación de las sombras quería conocer si el sol estaba ya cerca de su ocaso, por parecerme que a la caída de la tarde vendría el que yo esperaba. Y tanto hice por estar sobre mí, que, cansado de este desvelamiento, me quedé dormido.

Cuando desperté los rayos del sol daban de lleno frontero a mí, y me pareció que su luz era mucho más brillante que al tiempo de dormirme. Esta noche no viene nunca, dije para mí. Y me puse a contemplar un canario que, pendiente del techo en mitad del cuarto, daba saltos en su jaula, se movía bullicioso de uno a otro lado, subía al comedor, picoteaba, castañeteaba, y, garbeando con mucha gracia, en dos saltos trasladábase al bebedero, y en él metía la cabeza, la levantaba, se sacudía, y luego gentil y briosamente entonaba sus trinos y gorjeos admirables. Paraba un momento su canción, y oyendo a lo lejos algún otro canario que le imitaba, no quería quedarse en zaga, y esforzábase en ahogar con todo el lleno de su voz la del rival que parecía desafiarle. Y si por dicha todo quedaba en silencio en torno suyo, erguíase ufano, y volvía a sus saltos, a su picoteo, a sus baños y a sus trinos.

—Parece que estáis despierto —dijo a mi lado una voz que conocí por la de la mujer de Andrés—; vamos que ahora tomaréis un sorbito de caldo.

No me hice de rogar, me incorporé, bebí y volví a tenderme.

—Así me gustan los jóvenes, que sean obedientes —añadió—, presumo que no tendréis más ganas de dormir.

—¿Creéis que he dormido mucho? —le pregunté.

—¿Si habéis dormido? La friolera de catorce horas de un tirón —me respondió—, y siempre sosegadamente y sin muestras de mal sueño o pesadilla. Pero también sois ya otro de lo que erais. Ahora sí que estáis fuera de peligro.

—¿Catorce horas decís que he dormido?

—Por más señas que el padre José vino al anochecer, y dormíais como un patriarca: os estuvo mirando un buen rato, porque ya os quiere mucho, y nos ordenó que sobre todo no turbásemos para nada vuestro sueño.

—¿Y se fue?

—¿Queríais que se estuviese sentado aquí toda la noche mirando cómo dormíais? Pero dijo que volvería esta mañana.

—¿Sabéis que dijo esto?

—Lo dijo y lo ha cumplido.

—¿Lo ha cumplido?

—Pues qué, ¿faltó nunca el padre José a una palabra que haya dado? Muy de madrugada oí llamar a la puerta; bajé a abrir, era el padre mismo; con él entramos en este cuarto, y casi me dieron ganas de reírme, porque Andrés, que había querido velar a vuestro lado desde las dos, diciendo que el tiempo que faltaba para ver asomar el alba lo pasaría leyendo, dormía con un ruido tan estrepitoso que no sé cómo no despertasteis. Le pellizqué, y dijo desperazándose que estaba muy despierto, y que había resistido a la tentación de dormirse que le había entrado muy fuerte. Pero vos dormíais con tanta calma que el padre José dijo que no había nada que temer por vos. Volvió a encargarnos mucho silencio y se marchó.

—¿Y no dijo si volvería? —pregunté yo ansioso.

—Precisamente que volvería, estoy en que no lo dijo —respondió la mujer de Andrés—; pero supongo que volverá, aunque ha de creer que por ahora no hay necesidad de que vuelva.

—¿Y en qué os fundáis para suponer que volverá?

—Me fundo en una razón muy sencilla, y al mismo tiempo muy clara. Y en la misma os fundaríais vos, y no creo que me equivoque.

—¿Y cuál es esta razón en que decís que me fundaría yo?

—Es que, si bien no dijo terminantemente que volvería, a lo menos vino a indicarlo; y de seguro no faltará.

—¿Y podéis recordar qué fue lo que dijo para indicar que no faltaría?

—Dijo... pero estaos quietecito, y no os hagáis aire, que las recaídas dicen que son fatales.

—¿Qué dijo?

—Ahora me acuerdo bien; dijo que si al anochecer no os encontraba recargado fuera señal de que estaríais casi restablecido, y apenas tendríais convalecencia. Ahora bien, para poder encontraros recargado, o bien casi bueno, es necesario que vuelva.

—Cierto. Pero si vuelve, y yo duermo, os pido que me despertéis: y me daríais un pesar si no lo hicieseis.

—Vaya que no quiero desazonaros. Descansad tranquilo, que cuando vuelva el padre José, si es que ha de volver, os entraré una pajuela en la nariz para que despertéis al momento.

—Y si no tenéis a la mano ninguna pajuela, pronunciad en la concavidad de mi oído, aunque sea en voz muy baja, el nombre del padre José, y veréis como en el momento mismo abriré los ojos.

—Haremos la prueba; mas si no basta el nombre recurriremos a la pajuela. Ahora cerrad el pico, y no os revolváis tan a vuestro sabor que vengáis a encoger las sábanas.

XXII.
Segunda visita del padre José.

No hubo necesidad de que la buena mujer pronunciase el nombre querido, ni recurriese a la pajuela; pues todo el día le pasé muy desvelado, tomando sin la menor repugnancia lo que me ofrecían, y escuchando las conversaciones de mis huéspedes.

Al caer de la tarde vino en efecto el padre José. Cuando me dejaron a solas con él, le miré un buen espacio, y no supe cómo decirle lo que quería manifestar, y una vez que probé a romper el silencio no me fue posible echar la voz, sino que prorrumpí en sollozos.

—Manuel —me dijo con la mayor amabilidad—, ¿a qué vienen estos extremos? La conmoción interior y el sentimiento por lo pasado, no sólo son buenos, sino necesarios, pero a su tiempo; y después de ellos viene la paz del alma. ¿No tienes motivos para disfrutarla ya? ¿Acaso alguna nueva nube ha cubierto otra vez el horizonte que tan sereno veías? ¿Qué te falta, di? ¿Tienes algún deseo?

—Padre mío —le respondí—, tengo uno y muy vehemente; quiero entrar en la misión seráfica.

Oyendo estas palabras, pronunciadas con una conmoción en que por entre los gemidos asomaba la entereza, el padre José inclinó la frente, y, fijos los ojos en el suelo, parecía estar meditando lo que diría. Yo había hecho el mayor esfuerzo posible para expresar desde luego mi determinación, y también guardé silencio. Al fin me dijo el padre:

—Hijo mío, si buscas en el convento la soledad que agrada a tu espíritu para entregarte a los desvaríos de la mente, te engañas: el claustro en vez de ser para ti medicina, daría pábulo a tus males. Para vivir en él es necesario que el alma llegue sana a sus umbrales.

—Yo renuncio al mundo —le dije.

—¿Y al pensamiento del mundo, renuncias también? —me preguntó.

—Los placeres de la vida no tienen ya para mí ningún encanto —le respondí.

—¿Y me respondes —me dijo—, que no tendrán para ti ningún recuerdo peligroso?

—Desde hoy renuncio a la sociedad —dije yo.

—Y te parece —me preguntó—, que no renuncié yo a ella? Y no obstante me ves que he de estar relacionado con ella todos los días y a todas horas para serle útil. Para ti, y según tu modo de pensar de poco ha, que puede haber influido en tu determinación de ahora, la sociedad era un enemigo enconado contra tu felicidad y dispuesto a no dejarte respirar a sol ni a sombra, a interpretar indignamente tus más bellas acciones, y a martirizarte sin descanso. Ahora bien: ¿tendrás valor para presentar la cara a este enemigo, exponerte a todas sus asechanzas, y devolverle en bien todo el mal que te hubiere hecho o te hiciere?

—¿Pues qué, no le tuve para sufrir una acusación injusta y callar, para ver a aquella joven y contenerme?

El padre guardó nuevamente un profundo silencio. Sus párpados estaban casi enteramente cerrados, y sus manos se apoyaban en el borde de mi cama. Mi determinación debía haberle sorprendido mucho, y parecía estar indeciso.

—Nadie que sepa cómo llegaste aquí te puede negar valor —replicó poco después—; pero en la superficie a veces hay apariencias de fortaleza, y en el fondo no hay más que desesperación. ¡Ah! Manuel, me temo que ayer no adelantamos nada. No tomes a mala parte mis palabras; pero, para que reconozca yo el estado de tu alma respóndeme con toda la sinceridad posible a lo que te pregunte.

—Hablad, padre mío, hablad.—

—Cuando llegaste a esta ciudad, ¿qué es lo que esperabas, qué deseabas?

—La muerte.

—Mas ya no la deseabas, o yo me engañé mucho, cuando te hablé la primera vez.

—Entonces deseaba una muerte cristiana.

—¿Y desde cuándo, o cómo, te ha entrado este deseo que ahora me manifiestas?

—Desde ayer, que vi que por ahora la muerte se alejaba de mí, y conocí que era más bello vivir como vos vivís que morir como yo anhelaba.

—¿Y mi existencia ha podido parecerte envidiable?

—Sí, padre mío; antes de veros os había oído; pegada mi cabeza contra este tabique, no perdí ninguna de las palabras que proferisteis hablando de una nueva vida a la huéspeda que exhortasteis. Me conmoví sobremanera, y no sé si por un presentimiento o porque sentí en mí el primer síntoma de la enfermedad, quise llamaros cuando os marchabais, mas ya no pude.

—¡Dios mío! ¿Y yo pasé junto a ti sin que el corazón me dijese que alguien me imploraba? Mira si hemos de bendecir a la Providencia, y si aunque estuviésemos siempre postrados adorándola pagaríamos jamás los beneficios que la debemos. ¿Es decir que yo hablaba también contigo cuando esforcé la voz para encaminar a aquella penitenta a la mansión eterna? ¡Oh! luego ya debía haber entrado en tu alma la sed de perdón; entonces ya no podía serte fatal la muerte; y en este caso el que lo puede todo no tuvo solo por designio al volverte a la vida el salvar tu alma, sino que acaso te encaminaba por la senda en que te veo dispuesto a entrar.

—¿Es decir, padre mío, que puedo contar con vos?

—No nos precipitemos, Manuel; y dime primero si sabes que el siglo, ese a quien llamas tu enemigo, ha entrado en ira contra nosotros, y se opone a que se aumente el número de nuestros hermanos, y aun nos amenaza con cerrarnos de un momento a otro las puertas del claustro, y arrojarnos de él como de una mansión extraña.

—Lo sé, padre, y también di oídos, algún día a las voces del siglo; mas ahora no hacen mella en mí.

—¿Y si la tempestad descarga sobre nosotros, y allí en donde crees poder saborear la paz, encuentras las tribulaciones mas amargas?

—¿No las encontrareis vos también? ¿Y puedo desear otra cosa mejor que tomaros por mi guía así en los días de calma como en los de borrasca?

—Joven, tu vocación es tal vez verdadera, pero también puede ser un ardid del que sabe inclinar al mal haciendo alarde de enseñarnos el camino del bien: es necesario probarla.

—¿Y cómo?

—Pasándola por el crisol del tiempo.

—¡Oh, padre mío! No permitáis que tarde mucho en ver cumplidos mis deseos. Yo sé que vuestro instituto tiene prevista esta prueba, pero la deja hacer dentro del claustro mismo. Os lo suplico por las almas que de vos recibieron sus últimos consuelos. Ya no tengo calentura, tomadme

el pulso; en este momento me levantaría y os seguiría a donde quiera que os pluguiese guiarme: pero no me hagáis esperar; no me dejéis abandonado a mí mismo cuando sabéis que, aunque soy niño en la edad, he pasado ya por tantas tribulaciones que acaso otras nuevas darían conmigo en tierra. ¿No me llamasteis hijo vuestro?

—Sí, Manuel, te di este nombre porque desde que te vi me inspiró Dios que te hablase con toda la ternura que un padre usa con su hijo; y persisto en dártelo. Pero, tratándote como se trata a un hijo, tengo derecho a esperar de ti la obediencia que un hijo debe a su padre.

—Sin duda, y la mía será sin límites.

—Pues bien, te mando que de lo dicho no me hables hasta que yo, meditándolo bien, te lo recuerde.

—Obedeceré.

—A Dios por hoy Manuel.

—¿Volveréis, padre mío?

—Volveré, si Dios lo consiente, como lo espero.

XXIII.
Recuerdos. Mi lucha interior. Recibo cartas.

Ni mas ni menos que aquel que para escapar de un peligro inminente hace un esfuerzo extraordinario del que apenas se creía capaz, y una vez conseguido su objeto, se tiende casi exhausto, y cadavérico, así me quedé yo al despedirse de mí el padre José. Al principio temí que me iba a dar un deliquio; pero me fui reponiendo, y al poco rato no sabía cómo manifestar el contento que sentía por haber tenido valor para decir «esto necesito, y sin ello no hay para mí paz ni ventura en la vida.» Me revolví a uno y otro lado como si probase el vigor que me quedaba, me incorporé, y aun intenté saltar de la cama y vestirme; pero me detuvo la idea de que era ya de noche, y que sería más prudente esperar a que amaneciese para levantarme.

Andrés entró a poco, me presentó una taza, cuyo contenido bebí sin preguntar lo que era, y me deseó las buenas noches.

Su mujer entró también para preguntarme si deseaba alguna cosa, y me dijo al despedirse:

—¿Cómo es que habéis puesto de mal humor al padre José?

—¡Yo! —le dije admirado—, me parece que no puede estar descontento de mí.

—Lo digo —añadió ella—, porque al salir de aquí se fue sin decirnos una palabra, y aun me pareció que se llevaba el pañuelo a los ojos. Pero sentiría mucho afligiros. Tal vez se enjugaba el sudor de la cara. Creo que esta noche ya no necesitáis que os velen.

—No, me siento perfectamente bien.

—Ah, tomad esa bolsita y llevadla siempre encima; me han traído algunas, y dicen que son un excelente preservativo. Huelen un poco a alcanfor. Os la pongo debajo la almohada.

Dile las gracias, y me dejó solo. Mi sueño fue tranquilo. Al despertar vi tan claramente todos los objetos de mi aposento, que me pareció que era ya de día. Mas por otra parte no oía en toda la casa el menor ruido, ni el tránsito de gente o de carruajes por la calle, ni el tañido de las campanas. Llegué a temer si todo había quedado desierto, y si me habían abandonado. Me vestí casi temblando, y miré por los postigos del balcón. Brillaba la luna en su lleno, y daba a la noche la apariencia de un día pálido. Tuve recuerdos. Cuando vi por última vez a Adela los rayos de la luna iluminaron su rostro, y poco después los pliegues flotantes de su vestido cuando desapareció. Y me acuerdo muy bien que me dijo que en donde quiera que estuviese, con tal que la luz de ese astro me alumbrase, permaneciese mirándole y estuviese seguro que ella también le miraba.

Tal vez en este momento está en el jardín, rodeada de las flores de nuestra infancia, contemplando esa luna que tan bella hoy se ostenta. Esos reflejos blancuzcos podrían traerme algunas de aquellas dulces miradas tan gratas para mi pecho. Dime, oh luna, qué es lo que hace en este momento, si corre por sus mejillas alguna lágrima, si pronuncia tiernamente algún nombre, si está marchito su semblante, o si arranca de su seno algún suspiro; dile que estoy aquí, mirándote como ella te mira. Pero tú me dices que ella está solícita preparando sus galas de boda, y se sonríe con los de su familia, y persigue alguna mariposa o tal vez contempla ahora alguna luciérnaga, o prende alguna flor a su tocado. ¿Qué flor habrá escogido? Pero, ¿qué me importa ya? Dile que al fin he encontrado la paz del alma; dile que acabo de entrar en una senda en la cual el lado que mira al mundo está orlado de claveles amarillos. Dale un adiós eterno, porque ya ni a ti podré mirarte, pues siempre me retratarías su imagen, y yo debo y quiero alejarla de mí.

Volvíme a mi cama, y sacando de debajo la almohada la bolsita que allí había dejado la mujer de Andrés púsela sobre mi corazón, no tanto por un impulso de credulidad, como porque me pareció que su olor me había conciliado el sueño. Es lo cierto que nuevamente me quedé dormido. Pero esta vez, me persiguió cruelmente la imagen que yo quería desterrar de mí. En todas partes veía a Adela. Si me paseaba por entre riscos y despeñaderos, ella acudía, y con una pajuela, que pasaba suavemente por mis sienes, me despertaba. Si me iba al prado, asomaba su cabeza entre dos flores, y sonriéndose me decía que estaba para ir al altar. Y si ponía mis ojos en el cielo, cansado de verla en todas partes en la tierra, he aquí que las estrellas tomaban su fisonomía para decirme que ella estaba en el mundo, que yo doquier que me fuese la vería, y que la naturaleza tomaba a su cargo reproducirla en todas partes. Hermana mía, decíale yo, ¿no me dijiste que desterrase de mi pecho la melancolía? pues hazte cargo que eres tú mi melancolía, y que, huyendo tú de mí, al instante he de quedar tranquilo. Huye de mí, huye, tú que tan excelentes consejos me diste en otro tiempo, y tan tiernos consuelos.

Cuando desperté estaba cansado de luchar con mi sueño. Era de día. El primer objeto que vi sobre la mesa fue la carta que yo había dictado a Andrés. Tú has de ser mi salvación, dije apretándola contra mi pecho; tú me has de separar completamente del mundo que todavía se afana en presentarme fantasmas halagüeñas y símbolos de felicidad; tú dirás a la tentación que enmudezca, a los hombres que ya no soy hombre, y a la naturaleza que ya soy superior a ella porque me encuentro en el seno de su autor. Abrazado con él, oh ¿qué poder tendréis ya sobre mí? Dejadme vivir solo; yo no quiero mal a nadie; yo no he nacido para turbar el sosiego de nadie; si no os place que respire este aire, me retiraré, iré en busca de otro ambiente: pero no me persigáis, ni con vuestros halagos, ni con vuestras injusticias, ni con vuestros encantos seductores: yo os deseo bien a todos, me humillo delante de todos, pero si me arrancáis de mi soledad, hacéis más que arrancarme la vida, porque me haréis el más desventurado de los hombres. ¿Qué papel haría entre vosotros? Enemigo de la luz, me vería condenado a vivir nadando en ella; enemistado con los sentimientos tiernos, tendría que poner afable el rostro mientras mi corazón se partiría; me ofreceríais pasiones, y yo ¡Dios mío! conozco que debo esclavizarlas si no quiero que me ennegrezcan. ¡Oh! soltadme, y ahí os entrego mi carta de despido. Yo temblaba. Tenía apretada con una mano aquella carta en la cual cifraba mis últimas esperanzas de triunfar del siglo, y con la otra probaba a ponerme las varias prendas de mi vestido, y no acertaba a hacerlo. No sé si hubiera tenido valor para ir a echarla en el buzón; pero no tuve fuerzas para más, y rendido bajo el peso de esta lucha de sentimientos y afectos, me dio un vértigo, se me cayó la carta de las manos, fuila buscando a tientas porque me pareció que daba vueltas en torno mío, y caí desvanecido.

Cuando volví en mí, al pronto creí que había soñado todo lo que por mí pasó aquella noche; pero a poco la voz de la mujer de Andrés hirió mis oídos.

—Vamos —decía—, que no ha sido más que un desmayo: pero, ¿quién os puso en el magín que habíais de vestiros tan de mañana, e iros solo, sin el auxilio de nadie? ¿Qué sopa habíais tomado, o qué dedito de buen vino habíais bebido para confortaros? ¿No conocisteis que era tentar a

Dios el que vos, que estabais moribundo ayer, os fueseis por vuestros pasos hoy, sin que nadie os sostuviese, aunque os encaminaseis a la iglesia, cuanto menos al correo?

—¿Que decís del correo? —le pregunté admirado.

—Sí, señorito, al correo. Pues qué, picarillo, ¿creíais que no se os descubriria? ¿Pensabais que no conoceríamos que habíais escrito una carta, y que ibais vos misma con ella al correo, no fiándoos de nosotros? Pues todo se os ha adivinado, y ahí veréis si es bueno vivir con quien os quiera bien. Vaya que cuando echasteis a rodar la mesa creí que la casa se venia abajo. Entré y al instante vi lo que era, porque a vuestros pies teníais la carta que era el cuerpo del delito.

—¿Y dónde la habéis puesto? —le pregunté ansioso.

—¿Qué dónde la he puesto? ¿Y dónde la queríais poner vos? Yo dije, está cerrada y lleva sobre, pues al buzón con ella.

—¿Al buzón, decís?

—No fui yo, ¡qué disparate! No había yo de dejaros tendido aquí sin sentido. Y como Andrés había salido, llamé al mozo, que sabe letras, y se lo encargué.

—¿Y la echó?

—Y no solo la echó, sino que, adivinando todos vuestros deseos, le dije que si en las listas veía vuestro nombre, tomase la carta que para él viniese.

—¿Y qué?

—Y ha traído, no una, cuatro. Pero llaman, y me temo que sea la vecina. Sí, ella es. Después volveré. Las cartas las tenéis, junto con la bolsita, debajo la almohada. Cuidado con leerlas hasta haber tomado caldo, calavera: y estarse bien quietecito, pues de no, se lo voy a contar todo al padre José, ¿ois? al padre José, y estoy segura que él os reñirá como merecéis. No moverse, y hasta luego

XXIV.
¿Qué me quiere el mundo?
¿Leeré estas cartas o las haré pedazos?

¿Qué cartas son estas? ¿Qué me quiere el mundo? ¿Quién ha indagado que yo existo en él? ¿Deseo yo acaso tener relaciones con nadie? ¿No he dado ya a todos mi último adiós, o por mejor decir no le ha dado por mí esta mujer remitiendo aquella carta atroz que yo hubiera hecho pedazos delante del buzón fatal? ¿Qué me piden pues? Soy un cadáver que sólo tengo derecho para reclamar algunos pies de tierra; ya no veo nada ni en la creación ni en los sentimientos. Fuera de mí todo contacto que pueda otra vez recordarme la luz que aborrecí. No tengo amor ni odio: frialdad sí, e indiferencia.

Voy a hacer mil pedazos estos papeles; así como así no pueden hablar conmigo, ni dirigirse a mí para nada, ni excitar mi interés en lo mas mínimo. Vale más ignorar su contenido. Le ignoraré, debo ignorarle y estar tranquilo como si realmente durmiese en un sepulcro. ¿Qué poder invocáis, ideas mundanas, para querer despertarme de mi letargo? ¿Apelaréis a las imágenes risueñas, haciendo que cual céfiros juguetones se agiten blandamente junto a mis oídos? No os servirán, porque las cavernas en que moro han de ahuyentarlas dándoles espanto. ¿Recurriréis a las amenazas, a los fieros, y al eco terrible que encuentra en todas partes la voz de anatema? Pobres enemigos del reposo mío, que no sabéis que me rodea una muralla de hielo contra la cual se estrellarán sin hacer mella todos vuestros furores. ¿O contáis llamarme a partido por medio del ruego, de la compasión, de la ternura? Ah, ignoráis ciertamente que el reinado del cariño acaba allí en donde empieza el del desvío de todo y para todo. Hagámoslas pedazos.

Y saqué las cartas de debajo la almohada. Pero, al tenerlas en la mano, pensé si tal vez seria una debilidad huir el cuerpo a vista del primer enemigo que venía a combatirme en mi retiro, y si probaría más grandeza de ánimo hacer pedazos las cartas después de leídas. ¿Qué he de temer yo?, dije para mí. Nada de cuanto me digan puede ser bastante a hacerme mudar de resolución. Miremos estas cartas. Son cuatro en efecto; ¿de quién serán?

Busqué los sellos de la administración y por ellos vi que las fechas no debían ser iguales. Una de ellas debió serme dirigida el mismo día de mi partida, otro día otra, y así cada día me habían escrito una nueva carta. ¿Serán todas de una misma mano? Las letras de los sobres son distintas, y hasta la forma de cada uno de los sobres es diferente. Luego son cuatro los que aquí vienen a turbar mi reposo, cuatro que se han aunado contra mí.

Y estuve un buen rato contemplando los sobres, leyéndolos y queriendo adivinar por ellos quién era el enemigo que debajo de él se encontraba. Me parecía conocer el carácter de letra de tres de aquellas cartas; pero el de la cuarta, que era la segunda en orden de fechas, me era desconocido. Esto excitó más vivamente mi curiosidad, y determiné romper las nemas, y mirar aunque no fuese mas que las fechas y las firmas.

La primera llevaba la fecha del día mismo de mi partida, y la firmaba mi tío materno, el reverendo padre Narciso.

La segunda, cuyo carácter de letra me era desconocido, llevaba la firma de mi tía, pero en una posdata había otro firma y era la del piloto.

La tercera la escribía mi tío paterno.

La cuarta era toda de mano de Adela.

No quise saber más, ni en aquel momento hubiera tenido valor ni fuerzas para leer toda las cartas; por lo que volví a cerrarlas y a ponerlas debajo la almohada. Apoyando contra ésta mi cabeza, púseme a querer adivinar lo que en ellas me dirían. No pocas veces metí la mano bajo la almohada para ver si acaso se habían escurrido, pues no hubiera querido que se me extraviasen y fuesen a divulgar mis secretos a algún extraño. Y si me parecía que faltaba alguna, volvía a sacarlas y las contaba nuevamente. Al fin me pareció que lo mas seguro era apretarlas bien entre mis manos, y no soltarlas más que para destruirlas.

Al mismo tiempo pensé que si venía el padre José se las entregaría, y le preguntaría si era obligación mía leerlas o no, dado que yo ni lo deseaba ni lo temía. Se lo preguntaré, dije; se las daré, para que él las lea primero y me diga si su lectura es peligrosa o no para mi reposo. Y así estuve atento escuchando si alguien llamaba a la puerta.

Una vez llamaron en efecto, y oí pasos; pero no entró nadie en mi cuarto. Pensé si habían detenido al padre en otra sala para contarle lo mismo que yo quería decirle. Después oí de nuevo los pasos, pero el que entró no fue el padre José, sino Andrés con una taza de caldo. La tomé, y me alentó porque ya estaba decaído.

Ahora me dejarán solo un buen rato, dije en mi interior, ahora podré leer las cartas y luego romperlas. Y las abrí y fuilas poniendo por orden de fechas para leerlas conforme habían sido escritas. Iba a leer la primera, cuando oí de nuevo pasos en el corredor, y volví a ocultarlas con presteza. Por fortuna los pasos se alejaron y nadie entró. Tres veces probé a dar principio a la lectura; pero otras tantas tuve que dejarla por idéntico motivo. No quise exponerme más a que me interrumpiesen; y preferí esperar la noche para leerlas en su soledad, enteramente tranquilo.

Varias veces entraron en mi cuarto Andrés o su mujer para darme el alimento o las bebidas convenientes, y casi siempre que salían me daban deseos de comenzar la lectura, pero jamás pude pasar de leer la fecha de la primera carta.

El padre José no pareció en todo el día. En vano al caer de la tarde puse toda mi atención para distinguir bien las pisadas de los que entraban y salían de la casa. Este es Andrés, decía yo, este es su mujer, este es el mozo, este es la vecina: y nunca me engañé, pues la voz de los que pasaban

junto a mi cuarto me daba después fe de que mi oído percibía bien. Pero no pude oír ni la voz ni los pasos del padre José.

Al fin encendieron luces, y me convencí de que éste no vendría.

Llegada la noche, cuando reinó en toda la casa un silencio profundo, saqué las cartas. Yo no había pensado en una cosa, en que para leerlas necesitaba luz, y no la tenía. Ni la había en mi cuarto, ni las paredes del edificio frontero permitían que entrasen todavía en él los rayos de la luna. A lo menos debía esperar algunas horas, y entonces una nube pasajera podía frustar a lo mejor mis esperanzas. He aquí cómo llegué a desear con ardor lo mismo que por la mañana me había parecido despreciable. ¿Qué me dirán estas cartas? ¿Por qué, no uno solo, sino todos los miembros de la familia de mis bienhechores se han empeñado en escribirme?

Me acuerdo que me subí de pie sobre la mesa, colocada delante del balcón, y probé de leer haciendo que la débil luz de la noche que entraba por los postigos diese de lleno en las cartas; mas no me fue posible leer ni una sola línea. Dormíme, pues, esperando que el primer albor del día me despertase para aprovechar sus rayos blancuzcos, y satisfacer mi curiosidad.

Con efecto, desperté a tiempo que asomaban los primeros destellos del alba, y a su escasa luz leí las cartas que a continuación copio, sin detenerme a pintar los afectos que cada una de ellas avivó en mi alma, precisamente cuando me creía puesto ya al abrigo de todos los sentimientos que hacen latir apresuradamente los corazones. En aquellos mismos momentos tal vez una carta que yo dicté llamaba a la puerta de mis bienhechores para darles un pesar intenso; y en cambio ¿qué me habían escrito ellos?

XXV.
El reverendo padre Narciso a Manuel.

Miércoles 11.

Verdaderamente, querido Manuel, este día ha sido para mí lo que tú acostumbras a llamar un día de R. Tú sabes que tengo la desgracia de no dar crédito a las R ni a las F: pero uso tu lenguaje, no el mío. Para mí tengo que los días que se pasan en el santo temor de Dios son de F, o sea de felicidad, y los que dejamos transcurrir sin haber hecho alguna obra buena son de R, es decir de desgracia, o mejor de reprobación. Así, cada noche, sin mirar en el calendario si el día de la semana lleva R o no la lleva, sé positivamente si mi día ha sido de Dios,o de otro que no lo es y que excuso nombrarte.

Pues bien, en este día, aun no concluí de sacar mis cuentas, lo cual voy haciendo en esta que tú lees.

Cuando pienso que por muchos años y hasta el día de hoy he estado ciego, o, lo que es peor todavía, he estado mirando y no viendo, que es doble ceguedad, casi estoy por borrar todas mis cuentas pasadas y resumirlas en una, en la cual me temo que saldría ganancioso aquel que no he querido nombrar.

Y en efecto, yo debí mirar, y ver, porque el peligro era bien visible, y no se necesitaba abrir mucho ojo para verle. Y sin embargo no he visto nada, hasta hoy que el mal es acaso irremediable.

Esto, amado Manuel, me ha puesto en una grande tribulación, de manera que he tenido que acudir a mi libro predilecto. Por fortuna le tengo siempre en la mano, y le he añadido un índice manuscrito que me indica los capítulos en los cuales he de dar con lo que necesito. Para mí es el libro mejor, porque es el que da mas consuelos. Al instante le abrí por el capítulo en que se enseña el modo de invocar a Dios cuando nos amenazan las tribulaciones. «Ahora estoy atribulado y no le va bien a mi corazón; me hallo rodeado de angustias; y en semejante congoja ¿qué dire? Hágase, Señor tu voluntad: yo bien merecí ser atribulado, y angustiado. Conviene, pues, que yo sufra, y,

ojalá sufra con paciencia hasta tanto que pase la tempestad, y suceda la bonanza.» Seguramente que Kempis conocía muy bien la contextura del corazón humano, pues sabe tan admirablemente sanar sus llagas y dar alivio a sus dolores.

Ya te estoy oyendo que dices no estar bien probado si fue Kempis o si Gerson quien escribió el libro entendido: para mí lo mismo da; tal vez se llamó Kempis de su padre y Gerson de su madre, y no te rías; lo único que importa resolver y determinar es si sus más lejanos abuelos se llamaron Adán y Eva, pues es mucho honor para nuestra especie el que uno de los nuestros haya podido escribir semejante libro.

Aquellas líneas que te dejo transcritas me han tranquilizado, y dado a entender que muchas veces está en nuestra mano ahuyentar la tempestad y llamar la bonanza. Y la razón es bien clara, pues si la calma ha de suceder a la borrasca, no habiendo ninguna de ellas eterna, fuera de aquella cuya sola idea nos hace temblar, se cae de su peso que nuestra paciencia ha de ser el verdadero remedio para disipar las nubes y hacer venir el buen tiempo. De esta manera, Manuel, está en nuestra mano convertir todas las R de la semana, y las de todas las semanas, en otras tantas F.

Tomada la determinación de acudir a la paciencia, me ha sucedido que he ido viendo más claro en todo; por lo que al momento he pensado en adoptar un plan del cual más adelante, si como espero en Dios no se atraviesan obstáculos mayores, tendrás conocimiento si obedeces en todo y por todo a quien te profesa mucho cariño.

Por el pronto abro nuevamente el libro, esta vez no para mí sino en bien tuyo. «Hijo, no puedes poseer la libertad perfecta si no te niegas del todo a ti mismo. Conserva en tu memoria esta breve y perfectísima sentencia; déjalo todo, y lo hallarás todo; deja el deseo, y hallarás el descanso. No creas a tu deseo, porque el que ahora tienes, presto se mudará en otra cosa. Mientras vivieres estarás sujeto a la mudanza, aunque no quieras, porque te hallarás ahora alegre, ahora triste, ahora sosegado, ahora turbado, ahora aplicado, ahora perezoso, ahora pesado, ahora ágil: ¿Quieres ser rico en constancia? Te aconsejo que compres el oro afinado en fuego de que habla el Apocalipsis, y serás rico.»

Dime ahora si el autor del libro te conocía perfectamente a ti, aunque ha siglos que murió. Y si no te basta la prueba, abre otra página. «Anda por do quieras, busca lo que quisieres, disponlo y ordénalo todo según tu parecer, y no hallarás sino que siempre has de padecer algo o de grado o por fuerza;... o sentirás dolor en el cuerpo; o padecerás tribulaciones en el espíritu;... ya te mortificará el prójimo, ya te serás molesto a ti mismo, y no habrá consuelo ni remedio que baste a confortarte... porque Dios quiere que aprendas a sufrir las tribulaciones sin consuelo... vuélvete adentro, vuélvete afuera, vuélvete arriba, vuélvete abajo, en todo hallarás la cruz, y es necesario que en todas partes tengas paciencia si quieres gozar la paz interior.»

De modo, sobrino mío, que tu Gerson o mi Kempis han conocido que tu mal y el mío se corresponden, y reclaman un mismo remedio. El tal autor debió de ser un gran médico. Sin él hubiera yo dado comienzo a esta carta reconviniéndote, y remachando tal vez el clavo que te da tormento. Pero habiéndole leído antes, él me ha dicho que tú estabas peor que yo, pues a mí sólo me venían de rechazo las penas cuyo primer ímpetu caía sobre ti, desdichado, de suerte que tú estabas inundado de sinsabores, y a mí sólo llegaban por ser tuyos los que en ti ya no cabían. Luego si yo necesito un consuelo, tú necesitas ciento; si mi borrasca ha durado una hora, la tuya durará algunos días; y si un poco de paciencia me ha bastado a mí para reponerme, tu tienes precisión de proveerte de ella para algún tiempo.

Creo que estarás convencido (y en esto no harás más que hacerme justicia), de que si estuviese en mi mano cambiar en un momento tu suerte, ya estaría cambiada. Pero yo no tengo ninguna varilla de hacer prodigios, y cuando nuestro médico común te dice que donde quiera que te vuelvas hallarás tribulaciones o dolor, de seguro, aunque yo tuviese dicha varilla, no podría hacer por ti más de lo que él dice, porque sus palabras tienen la virtud de deshacer todas las magias y no admiten mas encantamientos que la verdad. Aparte pues del pensamiento que he hecho y voy a

poner por obra cuanto antes, no puedo hacer por ti mas que compadecerte si te niegas a tomar mi medicina, y tenerte doble compasión y doble amor del que te tengo, si, habiéndola tomado, hallas que el mal está tan enconado que aun resiste a separarse de ti.

Tú necesitas recogerte por algunos días dentro de ti mismo; pero esto no puedes hacerlo ni por los caminos, ni en una posada, ni en esa ciudad a donde dirijo la presente, ni en ninguna otra parte mejor que en donde voy a decirte.

Deja la ciudad, y a una legua de distancia, siguiendo las montañas que la rodean, las cuales forman una desigual cordillera, subirás a la más alta desde la cual disfrutarás de la más agradable perspectiva, porque verás mucha tierra al rededor y te parecerán las demás montañas unos collados. También verás la ciudad, y mas allá de ella una vasta extensión de mar. Todo esto te alegrará; pero mucho más te ha de alegrar el ver a tu mano izquierda, en medio del vertiente de una cordillera que viene a juntarse con aquella montaña, un edificio vasto pero humilde, construido con solidez, pero desprovisto de adornos que por de fuera llamen la curiosidad poco ni mucho. Llamarás a su puerta; preguntarás por el padre Ambrosio, y nombrándote a él y diciéndole que vas a verle de parte de un condiscípulo suyo, que soy yo, le besarás las manos que puedo asegurarte que han hecho mucho bien, y le pedirás que te permita hacer en su compañía ocho días de ejercicios espirituales, los cuales has de emplear implorando al que es fuente de toda luz para que ilumine tu alma, y te inspire a fin de que conozcas tu vocación verdadera.

Porque, hablando en plata, Manuel, para abogado, por más que diga tu tío Francisco, me pareces un poco adusto. No creas por esto que trate de inclinarte a otra carrera u oficio, porque a la verdad no sabría qué consejo darte; para la carrera de mar te veo más propenso a mirar las estrellas que los escollos; para otros oficios tu ensimismamiento podría serte fatal; para casado, dado que encontrases una buena y virtuosa heredera, ni aun tengo para mí que serías apto, pues tu habitual melancolía habría de hacerte infeliz, y contigo a los que te rodeasen; acaso saldrías un buen pintor si la demasiada contemplación no te volviese perezoso. De todos modos te repito que en vano intentaría aconsejarte; y por lo mismo que estoy convencido de mi inutilidad, te ruego que des el paso que te llevo dicho, pues en aquella morada de seguro hallarás los modelos de paciencia que según el susodicho libro necesitas, y luego buenos consejos, y por fin la inspiración que te conviene acerca del camino que debes tomar en la vida. No te digo que des ningún paso que yo no haya dado. A tu edad también fui allá, y de allí salí hecho lo que soy: un nada convencido de su nada. La montaña se llama el Tibidabo. La morada es el convento de San Gerónimo.

Cuando hayas estado en él escríbeme largo, y dime sin estudio todo cuanto pienses. Quiero que me remitas también el borrador de las cartas que me escribas. Recibe la bendición de tu tío.

Narciso.

XXVI.
María y el piloto a Manuel.

Jueves 12 a las diez de la mañana.

Querido sobrino mío (este exordio es de la que dicta, porque yo, el que escribo, te llamo primo o más bien hermano mío).

A las cuatro de la madrugada has partido, y ahora que son las diez, sin poderme figurar que tú estuvieses ausente, te había preparado tu acostumbrado almuerzo, y hasta llamádote dos veces, cuando me acordé que en casa faltaba una persona. En esto acertó a llegar mi futuro yerno, y diciendo que supliría tu ausencia, ha tomado tu almuerzo; y estando de sobremesa me ha parecido que te alegraría mucho el saber de nosotros a tu llegada a esa: y prestándose mi nuevo hijo a servirme de amanuense, yo voy dictando y él va escribiendo.

Y primero te diré que nunca pude creer que dejases entre nosotros tanto vacío. Desde que saliste de esta casa nadie habla en ella. Francisco se pasea del jardín a su cuarto y de su cuarto al jardín, la criada no canta, y Adela se está en su dormitorio arreglando no sé qué, y olvidada de regar las flores, y dar de comer a las gallinas.

Y hasta de darme a mí los buenos días, pues a los que yo la di al entrar solo respondió con una especie de saludo a la vela, que a la verdad más que saludo me pareció un balance corto y vivo de aquellos que hacen temer un desarbolo. Este apartado ya conocerás que es de mi cosecha: del yerno, no de la suegra.

Lo que siento mucho (esto es de la suegra), porque lo que no haga ella tendré que hacerlo yo, y me será preciso reñirla, y mas ahora que tendré menos ocasión de reñir a la criada en el supuesto que ya no canta.

Esta tarde voy a principiar una novena para alcanzar de San Félix que llegues sin novedad a tu destino. La haré en la iglesia de San Juan, la cual está cada día más concurrida y hermosa, gracias a los cuidados de tu tío el padre Narciso, a quien, distraída dictando estas líneas, no he visto entrar, y le veo ahora pasearse en el jardín con Francisco. Y cuidado que, como sabes muy bien, nunca acostumbra venir a estas horas. Apostaría a que están hablando de ti, y lo hacen con mucho interés, aunque desde aquí no se oye nada.

La suegra no oye, aunque escucha. Mas yo sin escuchar he oído un «no, sí, no», que me han parecido los tres golpes de mar de ordenanza. Tú sabes, y te lo digo por si no lo sabes, que nosotros llamamos golpes de ordenanza a las tres olas seguidas que vienen en un viento duro, y a las cuales sigue un rato de bonanza hasta que vengan otras. Y si tú aciertas a explicarme la causa de ser tres olas, y no dos, ni una, ni cuatro, cosa que nadie explicó que yo sepa hasta el día, también te explicaré yo aquellas dos negaciones y una afirmación que no entiendo. Esto es mío.

Y ahora (dice la suegra) se van al cuarto de Francisco. De seguro tu partida ha puesto también de mal humor a tu tío el padre Narciso, pues en otras ocasiones hubiera entrado hasta aquí, aunque no fuese más que para saludarme, y más cuando es imposible que no me haya visto.

Y lo mismo digo de mí, que me ha visto anclado, navegando él, y no me saludó al ancla, ni a la vela, ni a la voz si ya no tomas por un saludo al cañón aquellos tres golpes que te dije; pero en este caso a otro golpe, según eran recios, me pongo el buque por montera. Habla el yerno.

Esto me prueba (habla la suegra), y no sé lo que te iba a decir, porque mi yerno me deja desmemoriada (gracias, madre mía,) con su tardanza en escribir lo que le dicto, que no parece sino que lo escribe dos veces.

Pero ella se guarda bien de decir que su buque, dictándome, navega tan dormido que me temo que se vaya enteramente a la banda, por lo que no es extraño que entre balance y balance me sobre tiempo para doblar esta carta. Y aquí callo y entra ella.

Te digo, pues, que la llegada de tu tío Narciso, y su conversación tan animada con mi Francisco son dos cosas que han de tener relación con tu partida, aunque ahora no acierto a encontrársela, pero si llego a indagarlo ya te avisaré para tu gobierno, y para que veas lo mucho que te quiero.

Otra extrañeza mucho mayor que la de no haberme saludado tu tío materno, es que acaba de salir del cuarto de Francisco, y entra en el de Adela. Esta vez si que me pierdo en mil conjeturas; ya no creo que se trate de ti, pero también te digo que cuando estabas tú aquí nunca tuvieron lugar estas visitas, ni estos misterios, y dejarnos tú y empezar ellas y ellos, ha sido una misma cosa.

Y no acaba esto aquí, sino que tu tío el cura sale con Adela del cuarto de ésta.

Lo que yo certifico porque la estoy mirando, y se me va tras ella el alma en viento. Pero contigo me confesé ayer, y tú sabes si la quiero. Adivina de quién es este párrafo.

Y se entran en el cuarto de Francisco sin decirme nada. Confieso que, cuando no tengo otra cosa mejor en que ocuparme, naturalmente me inclino a ser curiosa; y por esto me dice mi director

todos los sábados, y me lo repetirá sin duda pasado mañana, que procure siempre tener algo que hacer; pero tú no podrás negarme que esta visita, y estas idas y venidas, y este conciliábulo significan alguna cosa que quisiera poder explicarte ya que me he puesto a escribirte. ¿Y sobre todo, no te parece que debían haberme hablado antes alguna cosa aunque no me la hubiesen dicho muy deletreada, pues no les hubiera dado ocasión para ello, que con poco me contento?

Me temo, primo mío, que si no la han dicho nada es porque vieron aquí al yerno; si ya no es que la curiosidad le abulta los objetos, y la hace ver una vela de cruz en una insignificante cangreja. De todos modos procuraré no poner más forro a la presente, y a la primera brisa que sople me hago a la mar. Lo digo yo, y sigue ella.

Ya procuraré indagar algo, y ponerte al corriente de ello, si la cosa lo merece. Por el pronto ahí se están metidos, mientras tú estarás caminando por entre bosques de alcornoques, sin haber tomado chocolate, pues no lo tomaste antes de salir, y sin haber almorzado, pues otro se comió tu almuerzo, y esperarás con ansia la hora de comer. ¿Qué estarás pensando en este momento? Quisiera verte por un claro del bosque que atraviesas, y se me figura que estarás durmiendo la siesta del carnero, que es la peor, que se hace con el estómago vacío.

Te advierto que, yendo de viaje, procures tener bien apretado y sujeto el bolsillo, no sea que a deshora despiertes y te encuentres sin él, que es el peor daño que le puede sobrevenir a uno que viaja, y más si como tú tiene la costumbre de dormirse sobre las peñas y a la orilla de los despeñaderos.

Con que a Dios, y mantente bueno. Si ésta no la recibes al tiempo de tu llegada a esa, culpa, no a mí, que la he dictado muy de prisa, sino a mi yerno que ha dado en escribirla muy despacio. Al mediodía sale el correo, y le encargo al susodicho que la ponga en él sin tardanza; pero él me dice que aun tendrá buen espacio para añadir una posdata. Te encargo que en los pueblos por donde pases no te descuides de visitar las iglesias, y de escribirme qué imágenes de santos se veneran en ellas, qué reliquias se conservan, qué sermones has oído, si te parecieron bien, si has salido de ellos edificado y devoto: y sobre todo dime si te vas poniendo más alegre de lo que sueles estar. No sé porqué has de estar triste: ¿qué te falta? un buen látigo con que te zurren cuando te hallen embobado y hecho un estafermo. No te olvides de tu buena tía.

María.

P. D. Lo del látigo y compañía no es mío; esto lo es. Acabo de salir de tu casa; los tres de la conferencia estaban todavía en ella, y no han reparado en mí, o han hecho como que no reparaban. Me dan barruntos de no sé qué cosa. Tus respuestas no pudieron tranquilizarme sino por algunas horas, y mis temores de ayer vuelven a darme en qué sentir. Me pongo triste. ¡Qué diantre! pecho al agua. Lo que siento es que estoy a la quilla. Pero ¿porqué no habla claro? Sí es sí, bien, y si no, limpio los fondos, espero el primer viento en popa, y voyme a correr fortuna. Tuyo

Anselmo.

XXVII.
Francisco a Manuel.

Jueves 12 a las nueve de la noche.

Sobrino mío: te mando que pongas en olvido todo cuanto te dije esta mañana. También te mando que sigas en un todo las instrucciones que tu tío el padre Narciso me dice haberte escrito. Él, que desde muy joven aprendió a vencerse a sí mismo, es más propio que nosotros para dar consejos. Yo, de tanto que me domino en las ocasiones pequeñas, creo que agoto las fuerzas que necesitaría para dominarme en las grandes. No valgo nada en comparación de él. Cuando le he contado mi enfado de esta mañana, me ha dicho que las palabras duras engendran pasiones malas. En suma, te

defiende, y dice que te he ofendido, de modo que casi me moverá a pedirte perdón. Cree que yo te obligo a seguir los estudios de abogado. Sigue la carrera que más te guste, Manuel, o aquella que Dios te inspire. El día de hoy no he hecho nada, y estoy muy cansado. A Dios, hasta mañana que continuaré.

Viernes 13 a las cinco de la mañana.

Repito que ya no debes pensar en lo de ayer... Como si nada hubiese pasado. El paraje a donde te envía tu tío materno ha de agradarte según él dice. Si allí haces oración ténme presente en ella porque lo necesito. Siento no haber consultado a tiempo todas mis cosas con el reverendo: tal vez no te hubiera dado a ti ningún disgusto, y no sintiera yo pesares en este momento. No vayas a creer que tú me los has dado. Mis pesares nacen de una indecisión, que para mí es el mayor de todos. Voy a preguntar si alguno te vio por el camino, y me da noticias tuyas.

Viernes 13 a las once de la mañana.

¿Será verdad? dicen que el contagio se ha declarado en esa de una manera terrible. Acabo de enviar un propio con orden de que vuelva contigo, pero me ha dicho que en la ciudad no entraría, y por si no te encuentra en el camino, he aquí la copia de la carta que para ti le he dado:

«Querido Manuel, vuélvete con el dador; vuelve a los brazos de tu familia, que los tiene abiertos para estrecharte en ellos.»

Viernes 13 a las dos de la tarde.

Así que recibas esta carta vete a ver a mi corresponsal en esa, que ya tiene aviso, y te recibirá bien. Haz lo que él te diga. Tiene orden de darte lo que necesites. No tienes más que nombrarte. Su casa da vistas al mar: también tiene jardín. Sobre todo sal luego, luego, de cualquier posada en donde estés. El aire que en ellas se respira es sofocado; los cuartos son pequeños, malsanos, poco ventilados. Aunque hayas hecho algún adelanto al posadero, déjalo correr todo, y vete a donde te digo.

Estoy pensando que tal vez no encuentres a mi corresponsal en la ciudad, en cuyo caso habrá salido para un pueblecito, distante unas dos millas. No es un pueblo, es un monasterio dentro de cuyo cercado hay varias casas habitadas por particulares. Saliendo de la ciudad por la puerta de San Antonio, tomas a la derecha una senda que te conducirá, no perdiendo de vista una montaña encima de la cual verás una ermita, a un pueblo reducido; estando en él tomarás a la izquierda un camino que conduce a Pedralbes, lugar retirado, fresco, propio para la meditación. En él te darán razón de mi corresponsal, si no le encuentras por la ciudad, calle y número que al pie te marco. En donde quiera que le encuentres tendrá ya noticias mías.

En el supuesto que hubiese sucedido en su familia alguna desgracia, lo que espero en Dios no será, en este caso... Pero el reverendo llega y lo consultaremos. Es la tercera vez que entra hoy en esta casa. Todo el mundo pregunta por ti. Todos quieren salir a recibirte. Todos creen que no puedes tardar, porque las noticias que de por ahí van llegando son muy tristes, y nos ponen cada momento en una nueva consternación. No seas mal hijo.

Viernes 13 a las diez de la noche.

Por más que quiera no puedo descansar. Me ha sido preciso levantarme de la cama para escribirte. Casi todos nuestros conocidos tienen noticias de que sus amigos de esa han abandonado la ciudad y se han salido al campo. Por esto no puedo indicarte otra casa a donde vayas, si en la que llevo dicho ha sucedido alguna desgracia. Tu tío materno dice que des los pasos que yo te indico, y que en todo caso siempre queda el recurso que él te dijo en su carta. Dice que él no tendrá reparo en irte a buscar allá. Si te sientes indispuesto escribe al momento solo dos líneas para saber en dónde paras. La mejor medicina contra ese mal es ir a buscar los aires del campo. Cuando pienso que en este momento habrás entrado ya en la ciudad, no puedo más con mi dolor, ni me es posible escribirte con calma.

Si crees que alguno no te quiere aquí, te engañas: quisiera que pudieses vernos, que nos hubieses visto ayer y hoy para mudar de opinión. Tu reverendo tío está dispuesto a hacer por ti lo que ningún otro haría. Él quiere asegurar tu porvenir. Yo haré lo que él quiera. Llámale padre, porque es imposible que un padre te tuviese mas cariño. Ya conocerás más adelante sus intenciones. Quiere hacerte feliz, y no te digo más.

Llaman y es muy extraño a esta hora.

Es un recado del mismo de quien te hablaba. Me dice que el capellán que cuida de una capillita muy venerada, llamada de la Buena Nueva, es muy amigo suyo, que acaba de escribirle, y que te dará buena acogida si vas a verle. Añade que dicha capillita se encuentra a un cuarto de hora del pueblo que te dije, pero no a la mano de Pedralbes, sino al otro lado, y casi al pie del Tibidabo.

Elige, pues, y no permitas que permanezcamos en una ansiedad que nos es a todos tan penosa. Es imposible que no conserves alguno de aquellos sentimientos tiernos que nos hacen olvidar enteramente las injurias recibidas, y nos obligan sólo a pensar en el bien que nos han hecho.

No puedo más, y he de dejar la pluma. Tú comprendes mejor que yo lo que no acierto a expresarte.

Sábado 14 a las seis de la mañana.

Las noticias que de esa llegan son crueles. Estas son las últimas líneas que voy a añadir a esta carta.

Manuel querido, cuando tu padre partió para su último viaje estuvimos un rato solos, conversando acerca de las vicisitudes de las cosas humanas. Podríamos hacer un convenio, me dijo, y los dos estaríamos más tranquilos. ¿Cuál? le pregunté. Es muy sencillo, me dijo; si tú mueres, yo adoptaré a tu Adela, y si yo falto antes, tú adoptarás a Manuel. Nos dimos las manos en señal de mutuo consentimiento, y se hizo a la vela para el viaje del cual no volvió. Esto sólo lo sabía Dios. A ti te lo digo para que veas que tomándote por hijo no he hecho más que cumplir con un deber. Él hubiera hecho lo propio con tu prima. Ahora bien, la imagen de tu podre padre la tengo siempre a la vista que me dice: ¿hubieras dejado partir a tu hija? ¿No procurarías por todos medios arrancarla de los brazos de la muerte que la amenazase con ahogarla en ellos?

¡Oh! vuelve, hijo mío, y no llenes de desconsuelo mi vejez. No permitas que un anciano derrame lágrimas en vano.

Ahora estoy más tranquilo, porque me parece que ya te he dicho cuanto te debía decir. Yo creo verte leyendo esta carta y abrazándote con ella, y. besándola, como si me abrazases a mí. Conozco que debiste sufrir mucho. No he sufrido yo también? ¿No sufren todos cuantos me rodean? ¿Y no está en tu mano darnos una de aquellas alegrías que son tanto más estimadas cuanto los sufrimientos han sido más dolorosos y más profundos? De ti la espera tu tío

Francisco.

XXVIII.
Adela a Manuel.

Jueves 12 a las cinco de la mañana.

Hermano mío, tomo la pluma no sé por qué, y me dirijo a ti y tampoco sé por qué. ¿Voy acaso a escribirte? Pero, ¿qué he de decirte si ahora acabo de hablar contigo? Yo hubiera querido no dejarte tan pronto en el jardín; pero me pareció que oía algún ruido, y soy tan espantadiza que he echado a correr. Aun en este momento estoy temblando: no sé si es porque te escribo. Dime, ¿no puede una hermana escribir a su hermano? Y a nosotros nos han dicho siempre que lo éramos. Ni esta reflexión me tranquiliza. Mira si estoy turbada que acabo de leer esto poco que llevo escrito, y

las palabras que he puesto entre líneas me las había comido. Si por casualidad no lo vuelvo a leer te quedabas en ayunas del sentido.

Ignoro si lo que escribo formará al fin una carta, pero tengo necesidad de escribir; si no hablo contigo, me dirigiré a mí misma, dándome cuenta de todo cuanto pienso y hago, una vez que perdí aquella intimidad que contigo me daban los dibujos y las flores.

Me parece que veo el carruaje en el cual te vas alejando. ¿Porqué te separas de tu hermana? Miren que pregunta tan necia. Esto he de borrarlo si llego a poner en limpio este escrito. Pues no, que te estarías toda la vida regando el jardín, y mirando las nubes. ¿Pero qué piensas en este momento? Apuesto a que no piensas nada. Yo he de pensar en algo aunque no quiera.

Vamos, que lo que por mí pasa es demasiado duro para no quejarme. Yo respeto mucho a este hombre, y si quieren le veneraré y le querré como si fuese otro padre mío: ¿pero casarme con él? No sé como Dios ha podido permitir que mi padre concibiese semejante idea. ¿Qué necesidad tienen de casarme? ¿No estoy bien como estoy? ¿Ambiciono yo ninguna otra cosa?; ¿les he dicho que no estuviese contenta de estar a su lado, y de obedecerles en todo cuanto les pluguiese mandarme?

No sé lo que daría yo ahora porque el ángel de la guarda de mi padre, pues cada uno de nosotros tiene uno, le hablase al oído y le dijese, ¿qué es lo que hace? ¿porqué no conoce que seré infeliz y que me sacrifica? Pues si a él le llegaban a decir esto, al momento variaría de intención, estoy muy segura.

Cuando veo que soy tan desgraciada, y que aun con esto apenas me quejo, me enfado mucho contra ti, hermano mío. ¿Qué penas tienes tú que puedan compararse con la mía? Y sin embargo tan mohíno y taciturno, y hecho un hurón. Dirás que te cansan a pesar tuyo con tus estudios. Pero tú puedes dejarlos cuando quieras, y si no hoy, mañana. Mas yo no podré dejar a aquel con quien me casen, sino es dejando la vida.

Eso sí, en sentir de mi madre voy a ser la mujer más feliz del mundo. Lo dice a sus vecinas, a sus conocidas, a todos los entrantes y salientes, de modo que mi felicidad anda en boca de todos. «¡Oh! es un hombre de bien a carta cabal.» «La dicha se nos entra en casa sin merecerla.» «No tengo boca para alabarle.» «Vaya, si es un potentado.» Y de este modo me cierra la boca para poder decir mi opinión, aunque si la tuviese abierta tampoco la diría.

Yo estoy ennegreciendo este papel, y cubriéndole de necedades. No lo extrañes, porque, desde ayer, tengo la cabeza tan torpe que yo misma no me conozco. Tú que sabes más que yo, ¿no podrás decirme si hay alguna ley que nos obligue a casarnos? Porque ellos lo hacen como si no hubiese la menor dificultad, y dicen que lo hacen, y los que lo oyen no lo extrañan. ¿Soy yo un mueble, Dios mío, que me dicen aquí no estás bien, y me mandan a otra parte? Y aun vaya enhorabuena si me tratasen como a un mueble y me dijesen, quédate en este rincón, que de él no me movería. Pero me dicen más, pues me obligan a querer bien y mucho al mismo a quien me entregan atada de pies y manos, y dicen que he de vivir a solas con él, separándome de las personas a quienes más entrañablemente quiero.

Por el pronto ya me han separado de ti a quien he querido siempre mucho. ¡Ay hermano! tal vez el cariño que te tengo a ti es causa de que no pueda querer a otro; porque tú lo habrás visto en todo, y yo lo experimento ahora, que, poniendo demasiado amor en alguna cosa, las demás casi se miran con indiferencia. Y yo ahora más que nunca conozco que te quiero extraordinariamente. Otras conocidas mías se han separado de sus hermanos, y no por esto han quedado menos alegres; pero yo no sé pensar más que en ti cuando no pienso en mi desgracia, y te digo la verdad que si no me hubieses asegurado que jamás atentarías a tus días, la tristeza me hubiera consumido. ¿Porqué he de quererte tanto, hermano mío, y eso que has sido tan malo conmigo? No vayas a enfadarte: lo pasado, pasado: pero te confieso que si el enfado de ayer tarde me hubiese durado un poco más, hubiera acabado por no querer jamás a nadie. Pero luego conocí que tú no quisiste ofenderme, y que ya que fui tan tonta que vine a estorbarte y a hacerte mala obra en tus meditaciones, fue justo que me castigases en lo que más siento. Pero tú debes enmendarte, porque tienes tales arranques que

cualquiera te tomará por un loco. Te lo digo por lo mismo que te quiero mucho, y que sentiría no quererte. Y a la verdad en aquel momento me parecías tan detestable que no me era posible concebir por qué no te aborrecía.

Afortunadamente tú vuelves tan pronto en ti de tus errores como yo de mis enfados, por lo que conozco que tienes un fondo excelente, y te quiero todavía más. ¡Ay, y qué días tan felices hemos pasado! ¿Por qué no habían de durar toda la vida? ¿Por qué se ha hecho preciso que tú te ausentes, y que yo también abandone esta casa, y este jardín en el cual pasé contigo unas tan deliciosas horas? Las mariposas se pasearán ya cuanto quieran, que ni tú ni yo las perseguiremos. Las orugas se comerán nuestras plantas. Las hormigas acabarán de echarlas a perder. Ya no tengo compasión ni a la rosa, ni a la misma sensitiva, y si han de morir que sea pronto y no padezcan.

Hermano mío, para mí no deseo la muerte, no, porque sé que es gran pecado desearla: mas dime si es muy agradable la vida que me espera.

Verdaderamente soy yo la loca. Iba a escribirte para darte ánimo, y te hablo sólo de tonterías que ni van ni vienen. Me temo que ya no me bastará borrar alguna línea, sino que tendré que hacer pedazos todo lo escrito. Y es lo malo que tengo paciencia para escribir, y no la tengo para leer lo que una vez escribí. En fin, si llega este papel a tus manos, ríete de mí tanto como quieras; riéndote es como me puedes dar la única alegría que puedo tener.

Momentos hay en que me parece que debo hacer algún esfuerzo para salir de la situación en que me hallo. Entonces me paseo, doy dos o tres carreras por el jardín, voy y vuelvo sin objeto determinado: yo misma me doy a entender que voy a hablar con mi padre y a decirle francamente lo que me parece. ¿Qué le diré? Y pensando en lo que le diré, me siento otra vez, y ni digo ni hago nada.

Otras veces, y casi no me atrevo a decirtelo, me dan unas ganas de sollozar, y me quedo tan oprimida de corazón, que para respirar bien necesito levantarme, y abrir la boca; y aun así no puedo reprimirme enteramente. ¿Querrás creer que dos veces he tenido que dejar esta carta para desahogar mi pena? Tú la leerás riéndote de las faltas que en ella notares. Sí, ríete, que yo también estoy para hacer lo mismo. Riámonos de todo. Ello ha de pasar todo por nosotros, tanto si lloramos como si nos reímos. Tú lo mismo hubieras partido riendo que llorando. A mí me han de casar lo mismo de un modo que de otro. ¡Oh, hermano mío, qué risa! ¿Pero dónde está mi risa de otro tiempo? ¿Dónde aquella risa alegre a que me entregaba cuando te hacía alguna burla del modo mejor que yo sabía? La risa de ahora me daña más; no puedo reírme.

¿Es posible que en tan poco espacio haya cambiado mi condición de tal manera que a mí propia me soy desconocida? ¿Qué hay dentro de mí que no se adapta conmigo? Me pondré mala. ¿Y porqué no? Sería un bien para mí. Quisiera ponerme fea, horrorosa, para que nadie quisiera casarse conmigo. ¡Y cómo huirían de mí! Pues háganse cargo de que lo soy, y déjenme. Pero entonces tú también despreciarás a tu hermana, y yo lo perdería todo.

Adela.

XXIX.
Adela a Manuel.

Jueves 12 a las once de la mañana.

Hermano mío, me acaban de pasar cosas extrañas. Ayúdame a pensar, y a explicármelas. Como sabes muy bien, mi padre apenas habla. Hoy, no sólo ha amanecido callado, sino sombrío. A la hora del desayuno casi no me atreví a mirarle a la cara, pero me pareció que él me miraba mucho, y debí ponerme muy colorada. Yo pensaba entre mí que fuera bueno que en aquel momento su ángel

de la guarda le inspirase alguna cosa en favor mío, o que mi ángel y el suyo se conviniesen para no hacerme desgraciada. Pero mi padre no me dijo nada.

Poco después llegó «mi yerno» como dice mi madre, y saludándole tan bien como supe me volví a hablar contigo, y mi madre con «su yerno» se quedó en el comedor, mientras mi padre iba de una a otra parte de la casa, siempre silencioso y mohíno.

Aquí entra lo interesante. Tu tío Narciso, que no tenía con nosotros parentesco, son muy contadas las veces que al año viene a casa, aunque, éso sí, es muy amigo de todos; y las veces que viene le dice mi madre que sus visitas son de médico, cortas, y de pie. Pero hoy no ha sido así, sino que ha hecho una visita larga, no de pie, sino sentada, y paseada de mil maneras. Primero ha estado en el jardín en conversación muy animada con mi padre, después se ha ido con él al cuarto de éste, y por fin, cuando oí nuevamente pasos en el jardín, y creí que se marchaba, me le vi entrar en mi cuarto.

Te estaba escribiendo, y me quedé alelada. Me dijo que mi padre quería hablarme, y me aconsejó, con la amabilidad que todos le conocemos, que respondiese con la mayor franqueza que me fuese posible a todo cuanto aquel tuviese a bien preguntarme. Al momento pasé con él al cuarto de mi padre. Éste se paseaba con la cabeza baja, sin apoyarse como otras veces en su palo. Pareció que no nos veía entrar, o por lo menos no nos miró, ni detuvo los pasos que daba acompasadamente.

Lo bueno fue que el padre Narciso se puso también a dar su paseo por la sala, de manera que, cuando el uno venía de un extremo, el otro iba, y yo me quedé en medio, parada y sin atreverme a mirarlos. Ya empezaba a cansarme, y mas viendo que no decían una palabra, cuando mi padre, sin detenerse ni volverse, me dijo:

—¿Sabes, Adela, que hay quien piensa que vas a casarte a disgusto?

No supe qué responder, porque directamente no me preguntaba nada, y si hubiese abierto los labios, de seguro no hubiera hallado más palabras que las de que «lo adivinaba.»

Entonces tu tío materno se paró delante de mí, y me dijo:

—No extrañes la pregunta de tu padre, Adela; yo, como amigo de toda la familia, y que a ti te quiero mucho, no estaré tranquilo hasta que oiga de tu boca que el casamiento que vas a hacer es enteramente a gusto tuyo.

Los dos continuaron su paseo, y yo me quedé en medio como antes, y tampoco dije nada.

Por último, tu tío materno volvió a pararse, y mirándome me dijo:

—¿Y bien, Adela, qué respondes a mi pregunta?

Mi padre, sin pararse ni mirarme, dijo entonces:

—Vamos, habla con franqueza, hija mía.

—Yo —respondí— hago siempre contenta lo que es del gusto de mi padre.

—Bien dicho —dijo mi padre.

—Y haces muy bien —añadió tu tío—, porque el amor que nos tienen los padres se paga con otro amor, y los sacrificios que hicieron por nosotros es justo pagarlos con otros sacrificios. ¿Lo crees así?

—Ciertamente —le respondí.

A esto no dijo nada mi padre.

—En este caso —continuó tu tío—, aunque fuese para ti el mayor sacrificio casarte, lo harías gustosa con tal de dar con él contento a tu padre.

—Es claro —respondí yo.

Mi padre comenzó a apoyarse en su bastón, como si marcase con él el compás de los pasos que daba.

Yo estaba más tonta que nunca. ¿Querrás creer que tu tío, tan viejo como es y cascado, llegó a figurárseme que era verdaderamente el ángel de la guarda cuyo auxilio había yo invocado? Estuve un buen rato mirándole, y me pareció la cosa más hermosa que he visto en mi vida. Él me preguntaba de modo que yo podía responder sin comprometerme, y a la verdad que con lo dicho me parecía que había lo bastante para que mi padre meditase bien lo que creyese conveniente que debía de hacer conmigo.

Pero no paró en esto la conversación.

Tu tío se sentó con mucha calma, y fijando en mí los ojos como si me protegiese con su mirada, dijo:

—Eres una hija excelente, Adela, porque cumples con tu obligación; y tu sacrificio, si es que lo haces, puede ser acepto a los ojos de Dios. Y no dudo que así como eres buena hija, serás buena esposa. Para ser lo segundo manda Dios una cosa, y es que el corazón de la esposa pertenezca y sea del esposo. Pregúntote ahora; ¿tienes el corazón dispuesto para darle a tu esposo?

Hermano mío, esta pregunta me hizo perder los estribos. Sin ser dueña a más hube de llevar el delantal a mis ojos, y llorando y sollozando respondí que mi corazón lo entregaría a aquel a quien mi padre me mandase.

—Basta, Adela —dijo tu tío, retírate.

Y yo me salí del cuarto, y aquí me tienes otra vez.

He estado un buen cuarto de hora sin poder tomar la pluma. Mira que si es cierto lo que ha dicho tu tío, y seguramente debe de serlo cuando él lo dice, yo me encuentro en un atolladero del cual me es imposible salir. ¿Es decir que si me caso no sólo he de dar mi mano sino también mi corazón? Pero si esto no está en mí; si por más esfuerzos que haga no venceré nunca la repugnancia que tengo a casarme; ¿qué le he de hacer? Yo le daré mi mano, si me lo mandan, diré que sí a todo: pero ¿qué poder tengo yo sobre mi corazón para hacer que quiera a alguno de buen grado o por fuerza? Es inútil pensar en conseguirlo. Cuanto más yo diga que sí, mi corazón dirá que no, y punto concluido. Pues no es poco testarudo mi corazón. Ayer mismo conocí que no podría nada contra él. Yo me empeñé en que no había de perdonarte por tu locura, y él se hizo fuerte en que olvidase el agravio. Yo que no, él que sí; y tuvo que pasar la suya porque ya me entraba calentura.

Y si el precepto canta lo que dijo tu tío, esto no tiene composición; o no me casan, o mi sumisión se va por una parte y mi corazón por otra.

Ahora dime tú si entiendes lo que significa la escena que acabo de contarte, pudiéndote asegurar que en mi relación no te he quitado ni añadido una sílaba. Lo que pude traslucir fue que mi padre tenía una opinión y tu tío otra, y que trataban de aclararlas y de ver cuál de las dos era la más fundada. Ya has visto cuán poca cosa pude decirles, pues a lo mejor, y cuando más serenidad necesitaba, no pude contener el llanto. Así se habrán quedado como estaban. Sin embargo, su conferencia dura todavía. Tal vez volverán a llamarme. Oh, si lo hacen, de seguro les digo el evangelio: de mí pueden disponer, de mi corazón no.

Una cosa debo añadirte. Mi padre, no obstante lo mucho que le quiero, me da miedo cuando le veo tan silencioso y tan serio; de modo que a solas con él no me atreveré a decir una palabra, y aun creo que ni podré llorar; pero si está con él tu tío, ya es otra cosa, y tendré ánimo, porque su bondad me inspira tanta confianza, que sin ser dueña a otra cosa diré lo que siento.

En este momento sale del cuarto de mi padre. ¿Si entrará? Pero no, que se va al comedor, sin duda para ver a mi madre; eso es; con ella si que hace la visita del médico. Ya se despide. Malo, muy malo para mí si mi padre me llama. Ya me pongo a temblar. Voy a dar una vuelta por el jardín, no sea que vayan a creer que no quiero ver a nadie. Pobre jardín, ¿quién te vio ayer y te verá mañana? No quiero que quede en él ni una flor. De todas ellas voy a hacer un ramo para la ermita de San Telmo. Será el de despido. Pondré todas las flores mezcladas tan confusamente como pueda. Pero no: las distinguiré por colores, formando varias listas espirales que vendrán a perderse en una

base compuesta de pasionarias. De este modo ya nadie podrá deshojar delante de mí ninguna de las flores que tú tanto quisiste. Después ya no habrá mas que ramas estériles privadas de la belleza de sus adornos; y luego se irán amontonando al pie de los troncos las hojas mustias y secas.

Adela.

XXX.
Adela a Manuel.

Jueves 12 a las diez de la noche.

Hermano mío, todos duermen menos yo que me pongo a hablar contigo. Tengo que hacerte una confianza, y la haré solo a ti. Es otra cosa extraña que me ha pasado, hoy que llueven sobre mí extrañezas. ¿He hecho mal? me pregunto a mí misma, y me respondo que nadie como tú podrá decírmelo. Dímelo muy francamente; porque si hubiese hecho mal, al instante enmendaría lo hecho. Pero yo estoy en que he obrado del modo que debía, y en iguales circunstancias haría otro tanto mientras no se me convenciese de que estaba en un error, lo cual dudo mucho.

El ramo consabido lo he acabado después de comer, y con mi madre hemos ido a San Telmo para entregárselo al buen Antonio. Por el camino se nos juntó una conocida de mi madre, de lo que me alegré mucho, porque así pude adelantarme a ellas, formar otro ramo con la flor de retama que encontraba al paso, y pensar en ti. Dígote en verdad que por más que haga no acierto a descubrir porque te estás tantas horas embobado mirando el mar, y las nubes, y las estrellas. O tienes mejor vista que yo, y ves en esas cosas lo que yo no veo, o tu contemplación no es más que pereza. De mí sé decir que el ceño de tu frente me espanta más que las olas y las nubes, y que leo más cosas en una mirada tuya que en los astros. Dime tonta y necia; pero te aseguro que jamás pasaré dos minutos en lo que tú empleas días enteros. En dos minutos me dicen aquellas cosas que son muy grandes y yo muy pequeña; y si estuviese mirándolas más tiempo, siempre me dirían lo mismo; al contrario de tus miradas, de tu fisonomía, y de tus acciones, que a cada momento me dicen alguna cosa nueva. Por esto temo, y va de veras, que el mejor día te vuelves loco rematado, porque creo que para volvernos locos no tenemos más que pensar siempre en una misma cosa. Esto es lo que pensé a vista de los lugares que tú escogiste para tus meditaciones, viendo que en ellos me era imposible pensar en otra cosa que en ti.

Hasta este momento todo iba bien, pues yo, aunque muy acompañada, iba sola. Pero, he aquí que oímos voces de que nos detuviésemos un momento. Dábalas el «mi yerno» de mi madre que venía en busca nuestra. Se juntó con nosotras, o por mejor decir conmigo, pues se puso a mi lado. No sé lo que me dijo al principio, pues me turbé tanto que ni oía, ni veía, ni pensaba en nada; de manera que, sin duda viendo que yo no le contestaba, continuó caminando junto a mí, pero sin decirme una palabra. Conocí que podría enfadarse, y que tendría mucha razón, y esto me dio pena. Intenté dos o tres veces dirigirle la palabra, pues ya me tocaba a mí por cortesía el hacerlo; pero al ir a probarlo fui tan desgraciada que no hallé en mí ninguna frase con que poder entablar conversación. La última vez que lo probé sólo pude exclamar tontamente: «¡Qué olor de retama!...» Ya te he dicho que yo llevaba en la mano un ramo de ella.

Él no hizo caso de mi turbación, ni de mi bobería, y se mantuvo callado otro buen espacio hasta que, al revolver de una loma, me dijo:

—Si no temiera serte molesto, Adela, te hablara de cosas que a los dos nos interesan mucho.

—Nunca me sois molesto —le respondí.

—Cansado de la vida que llevo —continuó—, he querido tomar puerto, y te pedí a tus padres, los cuales me dijeron que sin dificultad podía anclar. Supongo que te hablarían de ello.

—Ayer mañana me hablaron —dije yo.

—¿Y qué te dijeron, vamos a ver, Adela? —me preguntó.

—Me dijeron que me convenía casarme con vos.

—¿Y qué respondiste tú, si te acuerdas?

—Yo callé.

—Es claro que si callaste —prosiguió—, debió de ser porque no pensabas oír lo que oíste, y no estabas prevenida para dar una respuesta. Pero ahora supónte que te hubiesen dado tiempo, ¿qué hubieras respondido?

—Hubiera respondido —dije sin vacilar—, que la voluntad de mis padres era la mía.

—Mal dicho —replicó el piloto en tono festivo, según creo para ganar mi confianza—; mal dicho, porque tú te has de casar, no ellos.

—Una hija debe obedecer —insistí yo.

—Cierto —añadió—, que los padres son el timonel de sus hijas, y que así como el buque obedece al timón y a las velas, así obedecen las hijas a sus padres; pero, bien entendido que aquel obedece hasta donde puede obedecer, y en tumbándose, adiós buque; y lo mismo las hijas obedecen hasta que tratan de casarlas a disgusto, porque entonces cesa la obediencia cuando se llega a un imposible.

Esto que él decía me gustaba mucho, y en mi interior era yo del mismo parecer; pero, esperando que él viniese a una consecuencia más próxima, me callé. Él por su parte esperaba tal vez que yo manifestase mi opinión sobre el caso, y guardó silencio unos instantes. Pero al fin, viendo que yo no respondía, me dijo:

—¿Crees que una hija debe llevar la obediencia hasta el punto de casarse a disgusto?

—Creo —le respondí—, que a una hija no le toca más que obedecer.

—¿Aun en el caso dicho? —insistió.

—Siempre —dije yo.

—Te engañas, Adela —me dijo con tono vivo—, y tu error es deplorable. Óyeme bien. Si tu padre te mandase matar a un hombre, perdóname la expresión, ¿lo harías?

—Ni mi padre —respondí yo— podría mandármelo, ni yo obedecerle.

—Cogida te tengo —continuó—; he aquí cómo no siempre debe la hija obedecer a su padre. Y dime ahora, ¿no clavaría una daga en el corazón de un hombre aquella que se casase con él a disgusto? Porque él busca en la mujer un cariño, y le darían un odio en ella.

—¡Un odio! —exclamé yo—, jamás.

—Y si no es un odio —dijo él—, será una doblez, un engaño. Pero tú, Adela, no puedes ser capaz de odio, ni de doblez, ni de engaño. Dime, pues, una sola cosa; respóndeme con el corazón, porque creo que bien merece no ser engañado aquel que pone todo cuanto tiene y aun su felicidad en los labios de una mujer. Supongo que te casarás conmigo.

—El día que mi padre lo ordene —le respondí.

—Si te dejasen libre la elección —me dijo—, ¿me elegirías a mí o a otro?

—A nadie —le dije con entereza.

—¿Y me darás tu mano —preguntó—, aun creyendo que no puedes ser feliz conmigo?

—Es verdad —respondí yo.

—Gracias, Adela —me dijo.

Y besándome la mano, continuó la conservación en el tono más animado, y más festivo que puedes figurarte. Sólo de intento, parándose a examinar no sé qué arbusto, dejó que llegasen mi madre y su compañera, y dando un pretexto nos dejó.

Sentí desde luego haberle hablado con tanta franqueza; pero tanto me instó que me puso en la alternativa de decir lo que dije o de mentir.

Ahora espero que me digas tu opinión acerca de mi franqueza, aunque tengo para mí que ya es inútil que me digas nada, porque ni él volverá a preguntármelo, ni yo pienso darle ocasión para ello.

Entretanto yo hablo contigo como si no tuviese sueño. Y lo tengo, hermano mío: ¿sabes por qué? Porque la vela que me alumbra se va acabando, y yo la miro, y cuando vuelvo los ojos al papel apenas veo nada. Fuera de que ya te he dicho lo que pensaba contarte por esta noche.

Pero no, alguna cosa me dejaba en el tintero, y voy apresuradamente a sacarla de él antes que me quede a oscuras.

¿No te da vergüenza, Manuel, que los extraños sepan de ti lo que debieran ignorar? ¿Por qué has de hablar con las estrellas, y con el aire, y con el agua, si no te han de responder ni te escuchan? Sabes quién te oye sin escucharte? Otros que no son agua, ni aire, ni estrellas, sino huesos y carne, y que se han de reír de ti, o tenerte por un loco. Dígolo porque el buen Antonio, el vigía de San Telmo, me preguntó por ti, y me dijo que ¿qué tenias ayer? Pues te oyó exclamar que eras el más desgraciado de los hombres. Yo me eché a reír, y le dije que no extrañase tus soliloquios, porque componías versos.

Esto has ganado; ya eres poeta. Pero, por Dios, no vuelvas a exclamarte de este modo. Haz lo que yo; pon tus admiraciones por escrito, y no las leas después si no quieres reírte de ti mismo. Mandámelas, que yo lo haré por ti.

La luz se extingue por grados; ya la mano y el papel se quedan a oscuras; esto lo escribo a tientas, y mañana veré si realmente he formado letras o rúbricas. A Dios, hermano mío: en donde quiera que en este momento te encuentres, allá te envío la expresión del más puro cariño de que es capaz mi alma. Mantente bueno y no hagas locuras.

Adela.

XXXI.
Adela a Manuel.

Viernes 13 a las dos de la tarde.

Hermano mío, yo me encuentro en una turbación tal que ni acierto a tomar la pluma, ni sé qué hacer de ella. Quisiera hablarte de muchas cosas a un tiempo, pero las unas me hacen echar en olvido a las otras. También volvió esta mañana tu tío, o por mejor decir ha vuelto muchas veces. La primera vez estaba más tranquilo, porque aun no se sabía nada de lo que después se ha sabido; se paseó por el jardín con mi padre, y entre las pocas cosas que le oí decir fue una de ellas que todavía conservaba en no sé qué casa todo cuanto sacó del patrimonio de su padre, cuyos réditos destinaba para los pobres, y añadió que había resuelto hacerte a ti, hermano mío, donación de todo, con tal que mi padre consintiese en que tú y yo no nos separásemos mas. ¿Esto lo entiendes tú? Pues yo tampoco.

Después, ésta era la segunda cosa que debía contarte, después entró en mi cuarto nuestra criada, y me entregó un papel abierto que dijo habérselo entregado mi novio. Así lo dijo ella. Yo le tomé y le leí creyendo que en él me manifestaria su sorpresa por mi franqueza de ayer; y me quedé con la boca abierta leyendo lo que sigue: «Bella Adela: he pensado que lo del matrimonio lo pensemos mejor. Y para no dar que decir a nadie, diré a todos que antes de efectuarle he de hacer mi último viaje para poner en orden mis negocios. Queda a mi cargo hacer que el viaje dure el tiempo necesario. Sin las explicaciones de ayer, de seguro nos íbamos los dos a pique, la una por sumisa, y el otro por confiado. Quedo agradecido siempre. Anselmo.»

Esto ya se entiende un poco mas, y te aseguro que al leerlo respiré más fácilmente. Dios sabe lo que puede durar un viaje, y más haciéndose con intención de que dure.

Pero, Manuel querido, ninguna alegría viene sin su acompañamiento de tristezas. A eso de las diez han venido vecinos y conocidos, y tu tío otra vez, y el piloto también, y todos hablaban con mi padre, y afirmaban que eran quinientos, que se sabía de positivo, por el correo y por propios que habían llegado. Y mi padre andaba fuera de sí, y dio dinero y una carta, y dijo muchas cosas a un hombre que al momento se marchó. Yo estaba azorada, y no sabía qué pensar de todo esto, porque no acababa de entenderles bien, y no quería meterme entre tanta gente. Después vino uno que habló más alto, diciendo que todos los pasajeros habían vuelto. «¡Loado sea Dios!» exclamó mi padre. Pero en el mismo instante entró otro, y dijo que en efecto todos habían vuelto, menos tú, Manuel. Entonces todos se quedaron consternados.

Mi madre se llegó adonde yo estaba, y se sentó en un rincón. Yo le pregunté qué era todo aquello que oía y no entendía; y supe de ella la verdad. ¿Quinientos muertos en un día? Manuel, tú no harás la locura de meterte en donde muere tanta gente: esto sería querer tentar a Dios. El hombre a quien mi padre dio dineros y una carta es un propio; pero tu tío cree que volverá sin ti. ¿Cómo es que los demás se han vuelto y tú no? Así que recibas esta carta vuélvete, que ahora ya lo sabes todo, y si no lo hicieses me darías un pesar grande.

Ya ves que tu excelente tío nos quiere mucho a los dos, pues desea que no nos separemos. ¿No era esto lo que tú deseabas? ¿No me dijiste que estos lugares, y los valles de estos contornos, las ermitas a donde íbamos, y los paseos solitarios que frecuentabas eran tan gratos para ti? Ya no te impide nadie el volver a ellos; todo podrás recorrerlo a tu gusto; y aun creo que me harás agradables a mí misma las orillas del mar de las cuales sólo saco una gran pesadez de cabeza.

No, por más que digan, creo que es imposible que hayas entrado en esa ciudad. Mi madre dice que apuesta a que el propio te encontrará dormido en alguna posada. Tu tío menea la cabeza tristemente; y mi padre calla, y conozco que sufre mucho. Yo no puedo escribir más. A Dios.

Adela.

XXXII.
Adela a Manuel.

Viernes 13 a las diez de la noche.

Querido hermano mío: conozco que te quiero más de lo que pensaba. Si pudiese estar a tu lado, yo te cuidaría mucho, y aunque enfermases, no lo quiera Dios, mis cuidados podrían aliviarte. Pero lejos, tan lejos de mí, y rodeado de tantas desgracias, ¿qué estarás haciendo, di, pobre amigo mío? ¿No has conocido que era una necesidad para ti el tenerme a tu lado para que yo apartase de tu alma el velo de la melancolía que tantas veces le cubre enteramente? Yo al fin hubiera logrado arrancarle, y te hubiera hecho amar la luz del día que tanto nos embelesa si la miramos con contento. ¿Qué halago, qué ilusión pueden tener para ti la noche ni las sombras, cuando sabes que tienes una hermana que te quiere tanto? Para mí, si tú no existieses, entonces sí que la luz del sol me parecería demasiado viva y centelleante; entonces desearía permanecer oculta en donde nadie me viese, y en donde pudiese a mis solas pensar en ti o llorar. En este momento lloro, amigo mío; yo quisiera nombrarte con todas las expresiones propias del más entrañable cariño. ¿Te sucede alguna desgracia? ¿Has caído malo? Huye de la muerte, y no la busques, desventurado, que harto que ella vendrá por sus pasos. Duélete de mi pesar, hermano mío.

Adela

XXXIII.
Adela a Manuel.

Sábado 14 a la una de la madrugada.

El sueño me abandona. No puedo cerrar los párpados, y los tengo muy pesados. Cuando pienso que Dios puede castigarte, o lo está haciendo tal vez, me estremezco toda yo, y caigo de rodillas, y pido al cielo que te perdone porque estás ciego. A lo menos ven pronto, y no nos hagas sufrir más. Yo no sé lo que te diga para obligarte a venir. ¿Deseas que no me case con el piloto? Te lo juro, no me casaré: me arrojaré a los pies de mi padre, de tu tío, de mi madre, les diré que me castiguen, qué me reduzcan a la condición de criada suya, pero que no me obliguen a faltar al juramento que te hago. ¿Qué más quieres de mí, Manuel? Y si es verdad lo que dice tu tío, si él quiere que ni tú ni yo no nos separemos jamás, si él entiende con esto, qué sé yo, entonces ¿no te parece que podríamos ser felices, muy felices, entrambos? ¡Oh! calla, calla, Manuel, que me avergüenzo de la interpretación que doy a las palabras de tu tío; y no concibamos esperanzas locas.

Pero tú no vendrás, porque tu corazón es una peña dura, y me has dicho muchas veces que me querías, y no quieres a nadie. Tú no vendrás, porque esta vez ha llegado al colmo, tu insensibilidad, y Dios ¡ay! tiene un brazo levantado contra ti porque has buscado la muerte. Ya no te veré más. Te has negado a volver cuando volvían todos, y tal vez ahora lo estarás deseando y ya no puedes.

¿Qué haré, Dios mío, si llega el lance que temo? Entonces ya no pertenezco más que a vos, en cuerpo y alma. Yo no buscaré en mi desesperación la muerte; yo pasaré mi vida orando, y pidiendo al que encendió en mí este cariño, que le apague, y que perdone en la eternidad al desgraciado.

Ya no escribo mas, ni podría hacerlo aunque lo quisiese.

A Dios, si es que puede llegar hasta ti mi último despido.

Adela

XXXIV.
¿Qué haré, Dios mío? ¿Volveré? ¿Les escribiré?

Al fin pude acabar la lectura de estas cartas. Digo que la pude acabar porque hubo momentos en que creí que se agotaban enteramente mis fuerzas. El llanto me ofuscaba los ojos; los sollozos, los suspiros y los gemidos me embargaban la respiración. Frecuentemente tuve que pararme para enjugar mis párpados, para tenderme en la cama, y dar libre rienda a mis sentimientos. De seguro que si en aquel momento hubiese tenido a mi lado alguna persona interesada en volverme a la casa de mis bienhechores, la hubiera seguido sin vacilar, y hubiera abrazado las rodillas y pedido mil perdones a los que por mí pasaban tanta pena. Honrados bienhechores míos, ¡cuán indigno había sido yo de vuestras bondades! No lloréis más, les hubiera dicho; vuestro hijo adoptivo vuelve a vuestros brazos para no separarse de ellos jamás; vedle cuán mudado está; antes se quejaba de todo, y creía ser el blanco del menosprecio y del odio de todos; mas ahora ve que era injusto en sus acusaciones, desatentado en sus juicios: ahora conoce que verdaderamente merecía en vez de amor un completo desvío.

Pero, hallándome solo y abandonado a mis propios impulsos que me habían colocado en un vertiente suave, me pareció de golpe que todo ese cúmulo de bondades, de sacrificios y de cariño me abrumaban más que las injusticias de que antes me quejé, y en vez de detenerme en mi pendiente resbaladiza, me impelían en ella. Yo no podía soportar tanto amor, tanta abnegacion, tanta. dulzura; yo no tenía con qué pagar tantos beneficios. Sin embargo, no me llamaban únicamente mis bienhechores. Una incomparable hermana, la paloma de mi aislamiento, me acariciaba tiernamente, y con el llanto me pedía que no fuese sordo a sus ruegos. Y yo conocía que

aun había cariño en mí para pagar su ternura. Oh, espera, dije para mí, que por ti he de venir; lo que por ningún otro hiciera, he de hacerlo por mi hermana adoptiva. Tú venciste, Adela.

¡Desdichado de mí! ¿Y cómo he de volver?, ¿en qué estoy pensando? Estas cartas tienen un siglo. Se escribieron cuando yo vivía. Ahora soy un cadáver. Yo mismo dicté mi sentencia de muerte; y esta sentencia partió a mi pesar como un rayo; y en este instante mismo, ahora que mi pecho se ensanchaba para vivir, se ejecuta. Sólo que en vez de matarme a mí, mata a los que fuera de mí son mi vida, mi amor, mis esperanzas. Ahora les llega la carta funesta; y la abren creyendo que el hijo, que el hermano perdido, vuelve a ellos; y llenos de gozo la empiezan a leer. Es muy corta. Estremeceos y gemid, y caed en tierra. Es el brazo de Dios que, cayendo sobre vosotros, descarga el golpe sobre mí. Beneficios, amor, ternura, delicias de la tierra, todo se sepulta en la nada. Llorad, y separémonos. Y en realidad: ¿qué más tiene separarse ahora o de aquí a algunos años? Y es mejor ahora, porque después tal vez ya volveríais a ser víctimas de las acusaciones injustas de un desagradecido.

¿Perderlo todo, pudiendo aun poseerlo todo? ¿Porqué no he de ir allá y decirles que enjuguen su llanto, que el hijo todavía vive, que aquella carta es una mentira? Y luego podré decirles que parto para un viaje largo, difícil, peligroso. Así en mi soledad tendré el placer de saber que hay alguno fuera de sus puertas que piensa en mí, y esto será un gran consuelo. ¿Qué haré? ¿no soy la causa de su amargura, y quien por tanto debe disiparla? Y ahora que tendrían para mí tantos encantos aquellas orillas deliciosas, aquellas lomas, y las sendas que conducen a la ermita de San Telmo, y los valles en que descansé, y el arroyo en cuyas márgenes tantas veces me detuve, ahora, que, disipada en parte mi melancolía, el verde de los campos me sería más agradable, y los paisajes me parecerían más risueños: oh, no será posible que yo renuncie a ver por la última vez todas estas cosas antes de entrar en mi sepulcro.

Mas ¡ay de mí! que todo eso no son más que ilusiones engañosas. ¿Qué sacaré de renovar mi despido con el mundo cuando le he dado ya mi a Dios postrero? De despedida en despedida acabaría por volver a mi punto de partida, a mi tedio antiguo, a mis dolores, y a mi ingratitud deplorable.

¿Y si les escribiese? ¿si en vez de ir allá les dijese que no voy porque he preferido una existencia más tranquila, en la cual mis días puedan correr pausadamente sin iras, sin llantos, sin pesares?

No, no, jamás. Mi ida y mi carta no harían otra cosa que perderme en la opinión de mis bienhechores. Ahora que estoy lejos, y me separa de ellos un abismo, ahora que ya no existo, tengo en su corazón una morada lisonjera, y sus labios se abren para alabarme, y para orar por mí al Eterno cada día. Todo lo perdería si fuese allá o les escribiese. Su llanto se irá calmando, su dolor se convertirá en una tristeza que les hará bendecirme al acordarse de mí. Este homenaje de amor rendido a los muertos, es mil veces preferible, por lo verdadero y profundo, a las demostraciones de cariño tributadas a los vivos.

Y diciendo esto me acabé de vestir, oculté las cartas, y llamé a la mujer de Andrés. Era ya de día.

—¿Ya volvemos a las andadas? —me dijo ella—, ¿queréis que os dé un insulto como el de ayer? ¿Qué es esto? Vestido os encuentro y a punto de salir: ¿tenéis alguna otra carta para el correo?

—No es esto, no —le respondí—, sólo necesito ir a ver al padre José.

—¿De veras? —añadió—; esto ya es otra cosa; pero os prohíbo que salgáis hasta haber tomado un ligero refrigerio: yo misma voy a preparároslo; sentaos un momento.

Obedecí, y poco después volvió aquella buena mujer.

—Vamos —me dijo—, que el ayuno corta las piernas, y una buena sopa las aviva.

—¿Creéis —le pregunté—, que hallaré en el convento al padre José?

—A dos pasos tenemos la puerta y el portero —respondió—, y yo misma voy a preguntarlo.

Salió en esto presurosa, y no tardé mucho en oír la campanilla de la portería. Me sentí más alentado, y probé a dar algunos pasos por mi cuarto, y aunque me flaqueaban un poco las piernas, conocí que podía salir a la calle sin recelo.

La mujer de Andrés volvió a entrar diciéndome:

—El padre José no está en el convento. Ya me lo temí.

—¿Es posible —le pregunté—, que haya salido tan de madrugada?

—Y sin embargo tampoco ha salido —me respondió.

—¿En dónde estará, pues?

—En donde yo pensé que estaría. No tenéis más que dejar a mano derecha la portería, y os vais a mano izquierda y os entráis por la primera puerta que veréis, la cual os conducirá a un patio, y frontero a aquella puerta veréis otra. Es la de la iglesia. Allí encontrareis al padre José que dice la primera misa. La oís con devoción, aunque sin estar mucho tiempo de rodillas, y concluida seguís al padre José a la sacristía. ¿Queréis que os acompañe? Lo haré con mucho gusto.

—Gracias, os lo agradezco, pero creo que podré ir solo.

—Si hay ánimo, adelante, que el día está bueno; pero si no le hay, volveos a la cama.

—Me encuentro bien —le dije; y salí.

Soplaba un airecillo fresco que no me fue desagradable. Vi delante de mí aquel edificio vasto y sombrío, dejé a la derecha la puerta del convento, y me encaminé a la izquierda hasta dar con otra puerta que daba entrada a un patio dividido en dos partes por un ángulo que formaba en mitad de él la iglesia. Conducía al interior de esta una puerta de humilde apariencia, por la cual penetré.

Era la primera vez que entraba en un templo de cristianos con un corazón cristiano.

Hasta entonces en los templos no había mirado yo más que la osadía y majestuosidad de las naves, la ligereza y la solidez de las columnas, la gracia o los caprichos de las arcadas. Aquel cúmulo de obras primorosamente labradas y dispuestas, no me hablaba sino del arquitecto de las piedras, y no del Artista Supremo.

XXXV.
La primera vez que entré en el templo con un corazón cristiano.

Sólo dos velas ardían delante del santuario. Sólo un hombre oraba en él, que era yo. Sólo resonaba en aquel recinto la voz suave de un ministro del altar, y era la del padre José. La hora, la soledad, la escasa luz que allí reinaba, y la armonía de aquella voz eran partes para tenerme enteramente arrobado y contemplativo. Me postré junto a un banco, y hube de apoyarme a él con ambas manos como en un reclinatorio, y flaqueándome las rodillas, la mitad del cuerpo y la cabeza me fue forzoso apoyarlas sobre mis manos.

En esta postura no perdí ninguna de las preces que el sacerdote pronunciaba con voz clara, en un idioma que no me era desconocido. Las primeras palabras que os fueron estas:

«Vos, Dios mío, que borráis los pecados del mundo, tened misericordia de nosotros. Vos, que estáis sentado a la diestra del Padre, tened piedad de nosotros, porque sólo vos sois Santo, y Señor, y Altísimo.»

Y en efecto, dije entre mí, ¿quién con él puede parangonarse si es el autor de todo? ¿quién al lado suyo puede llamarse noble, grande, poderoso?

«Purificad, decía el sacerdote, mi corazón y mis labios, oh Dios omnipotente, como purificasteis los labios del profeta con un carbón encendido, para que pueda anunciar dignamente vuestra doctrina.»

Y a mí, respondí, purificadme asimismo para que pueda oírla, y sea capaz de comprenderla y de guardarla.

«Los justos, añadía el sacerdote, estarán animosos y los malos llenos de temor. Y estos dirán: ¿con qué aquellos de quienes hicimos burla, a quienes destinábamos al oprobio, cuya vida reputábamos una necedad, y cuya muerte una deshonra, están ahora entre los justos, cuando nosotros gemimos entre los réprobos?»

¿Y cuándo llegará el día que esto suceda, decía yo, el día en que las burlas de acá, se conviertan en laureles de allá, y los dolores de esta vida en gloria interminable de la otra?

«No se turbe vuestro corazón, continuaba el ministro; en la casa de mi padre hay muchas mansiones. Y adonde voy lo sabéis, y sabéis el camino. Yo soy camino, verdad y vida. Ninguno va al padre sino por mí. ¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me habéis conocido? El que me ve a mí, ve también al padre.»

Al fin llegué a conocerte, decía yo; muy tarde en efecto; mas ahora te veo ya a ti y veo también al padre.

Entonces principió el sacerdote el símbolo de nuestras creencias.

Yo le seguía período por período, palabra por palabra, y él parecía detenerse en cada una de ellas como si me diese tiempo para meditarla, y para comprender todo el sentido que encerraba: de manera que se estableció entre los dos una similitud y espontaneidad de sentimientos asombrosa, y hablaba yo en voz tan alta como la suya cuando dijo que esperaba en otra vida que ha de ser después de ésta.

El sacerdote continuó sus oraciones con una voz mucho más tierna y conmovida, como si realmente hubiese conocido que alguno tenía necesidad de irle siguiendo.

«Con los inocentes quiero lavar mis manos, y rodear vuestro altar, a fin de oír la voz de vuestras alabanzas, y contar todas vuestras maravillas. Y así no perdáis mi alma con las de los impíos, y mi vida con los sanguinarios.»

Sí quiero, dije yo, y tengo deseos vehementes de rodear vuestro santuario, y de emplearme enteramente en alabanza vuestra. ¿Qué haría sino de una existencia que ya no me pertenece? He renunciado a todos los lazos del parentesco, de la amistad y del cariño: ya no me queda más que una puerta en la cual puedan recibirme, y es la de vuestra casa.

«Rogad, hermanos míos, continuaba el sacerdote, para que mi sacrificio, que lo es también vuestro, sea agradable a Dios padre todo poderoso.»

Y ruégale tú también, decía yo, que el mío sea acepto, y que pueda llevarle a cabo, y encontrar en él aquella paz que en vano busqué con toda el ansia del alma mía en otras partes, y ahora sólo la anhelo en el Señor que es tan grande.

«Su majestad la alaban los ángeles, continuaba el sacerdote, adóranla las dominaciones, y hace estremecer con respeto a las potestades: los cielos y los serafines celebran su gloria a una con alegres cantares. Salud y honra en lo más alto de los cielos.»

Salud, y gloria, y honor en los cielos y en todas partes, dije yo. ¿A quién serán más dignamente dirigidas las alabanzas nuestras que a la fuente de todos nuestros pensamientos? Para mí lo terreno es como si ya no existiese. Solo a él de hoy más pienso dirigirme.

«Acordaos, Dios mío, proseguía el ministro, de todos los que asisten a este sacrificio, los cuales os le ofrecen por sí y por los suyos, por la redención de sus almas, y os dirigen sus votos, a vos que sois Dios vivo, eterno, verdadero.»

Por mí os lo ofrezco, dije yo, y por los que ayer aun podía llamar míos, pero a quienes he renunciado ya para serviros, y para acercarme a vuestro banquete sagrado.

«Tomad y comed todos, dijo el sacerdote con una unción que me llegó al alma; éste es mi cuerpo.»

Sí, lo es, sí, exclamé yo: ese cuerpo es vuestro; es aquel que, por nuestro bien, sufrió martirio.

«Tomad y bebed todos, añadió con no menos fervor el ministro sagrado, porque éste es el cáliz de mi sangre.»

También es verdad, proseguí yo; es aquella sangre preciosa que, derramada sobre la tierra, fue bastante para purificarla y bendecirla.

«Señor, exclamó el sacerdote sollozando, no soy digno, no, de que entréis en mi pobre albergue: basta que digáis una sola palabra, y será sana mi alma.»

Y lo repitió dos veces golpeándose el pecho. Y yo me quedé parado y absorto, sin saber qué decir; porque si aquel hombre tan ejemplar, tan puro, tan santo, se consideraba indigno de los envidiables beneficios con que su Hacedor le brindaba, ¿qué sería de mí, nuevo en aquellas sendas, y que acababa de salirme de otras llenas de mundanas ilusiones y de pensamientos malos?

Pero, habiendo el sacerdote meditado un corto espacio, dijo con una ternura cuya fuerza no me es posible expresar:

«Cómo podré corresponder al Señor por lo mucho que en bien mío hizo? He aquí que tomo el cáliz de la salud e invoco el nombre de Dios, y canto sus alabanzas, con lo que quedaré libre de mis enemigos.»

Y yo no acertaba a abrir los labios ni a volver en mí de mi éxtasis, siendo testigo de la humildad del ministro, y de su entusiasmo cuando hubo recibido el cuerpo sagrado y la sangre de la vida. Yo seguía con mis miradas todos sus movimientos, todas sus acciones, y me parecía otro hombre, mas ágil, mas animado de lo que antes le había visto, hasta que con voz grave dio fin a sus ceremonias diciendo entre otras cosas:

«El Verbo estaba en Dios. Por él fue hecho todo, y nada se hizo sin él. En él estaba la vida, y esta era la luz de los hombres. Y la luz resplandecía en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendían.»

Verdad es, dije yo, que la luz resplandecía en mí, y que era yo tan ciego que nunca acerté a verla. Mas ahora la distingo claramente, y me dejo guiar por ella. Ella me ha conducido hasta aquí. A ella debo la resolucion que tomé de no ver en el siglo mas que las tinieblas, y de reconocer en el Eterno el origen de la luz. ¿Será forzoso que me aparte de ella cuando tan cerca la tengo? ¿me negará sus resplandores ahora que siento más su influencia? Yo he pedido hasta hoy a las flores de la existencia sus aromas; yo demandaba a la vida del cuerpo sus deleites todos, sus goces, sus perfumes: pero he conocido que la fragancia de las rosas sólo duraba un día, y que los perfumes sensuales me daban vértigos en vez de alivio.

XXXVI.
Condiciones que me imponen si quiero entrar en el claustro.

Seguí al padre José a la sacristía, y estando en ella me hizo seña de que esperase un momento. Terminado que hubo sus oraciones, subí con él a su celda.

—Padre —le dije—, perdonad que no cumpla la promesa que os hice de no volver a hablaros de mi vocación hasta que me lo mandaseis. Desde que no os veo he pasado horas muy tristes.

Contéle mis luchas interiores, mi estado de indecisión, de zozobra, la fatalidad que había dado curso a la carta en que se participaba a mis parientes mi muerte, y por último puse en sus manos la correspondencia que había recibido, y le rogué encarecidamente que hiciese de modo que no se demorase mi admisión en su orden. Respondióme que el caso era grave, y que si yo no lo tomaba a mal lo consultaría con el padre guardián, que era hombre para darnos a los dos un buen consejo. Díjele que me parecía muy bien, y dispuso que yo permaneciese en otra celda esperándole mientras él pasaba a la del padre guardián; añadióme que podía emplear el tiempo leyendo cualquiera de los libros que estaban sobre una mesa.

Yo quise probar a leer en alguno de ellos, mas no pude ni enterarme de su título: de tal suerte me dominaba, ofuscándome para todo lo demás, la idea de la necesidad que a mi entender tenía de sepultarme en un claustro, ahora más que nunca cuando no podía tardar en hacerse pública la noticia de mi muerte. Preferí sentarme delante la única ventanilla que daba luz a la celda. Llamaba hacia ella mí atención un ruido como de las olas, y abriéndola vi que en efecto daba al mar. Pero surcaban por él muchas más velas de cuantas durante muchos años vi en el país de mis bienhechores. Unas iban, otras venían; estas velas gualdrapeaban sobre sus palos, aquellas estaban enteramente recogidas. Las había de cruz y de cuchillo. Las unas tenían unas proporciones colosales, mientras otras parecían por su pequeñez cosa de juego. Al lado suyo vi también puestas en movimiento muchas barquillas que con vela o remo se trasladaban ligeras de un paraje a otro deslizándose suavemente por encima del agua sin dejar en ella más que un surco momentáneo. Más allá, junto a la torre de un faro, vi el casco de un buque sin velas, sin árboles, sin obra muerta, fuertemente amarrado, y contra el cual se estrellaban con furia las olas. Este, decía yo, ha visto declinar los días de su juventud, y acostumbrado a los ímpetus del mar, ni huye de su encono, ni hace caso de su braveza.

—Amigo mío —oí que me decía el padre José—; veo que el libro de tu propia meditación te gusta más todavía que el de los pensamientos ajenos. El padre guardián nos espera.

Seguíle y pasamos a otra celda, en donde vi sentado a un religioso que tenía en la mano las cartas que yo había entregado al padre José.

Me hizo sentar, y mirando las cartas, como si en ellas leyese lo que estaba diciendo, me habló así:

—Tu vocación del otro día, Manuel, pudo ser una sorpresa del que a todos nos persigue para abrirnos brecha allí en donde menos lo esperamos. La de hoy es menester sujetarla a una prueba, y si de ella sale victoriosa, la tendré por verdadera, y daré los pasos oportunos para que seas admitido, a pesar de las órdenes del siglo, en el colegio de misioneros. Necesito que vayas tú mismo a pedir el consentimiento de uno de tus tíos, y tanto si le obtienes como si te le niegan, a tu vuelta serás recibido. Conozco que la prueba es fuerte, pero la creo indispensable. Tú creías que para estar ya muerto para el mundo te bastaba pasar el umbral de una puerta y colocarte entre cuatro paredes. De este modo hubieras entrado como un medroso y fugitivo allí en donde debes penetrar haciendo manifestación de todo tu denuedo. Esta entrada no conviene; antes has de dar tus pruebas de valor, no de un valor como quiera, sino de aquel que resiste a los afectos más tiernos. Tú deseabas que nadie supiese tu sacrificio, pero conviene que le sepan todos; conviene que desmientas la voz de tu muerte, que podría ser un ardid para encubrir tu timidez, y que digas que estás con vida, y que la consagras al servicio del Eterno. Éste es el quilate por el cual debe pasar tu vocación. De él saldrá más purificada, más digna y más resuelta, si es verdadera; y si no lo fuese, él te ahorrará pesares profundos, Manuel, y te dirá que acaso la paz de tu alma no está en donde la buscas, sino allí de donde huías y donde te llaman ahora. A Dios, Manuel.

Dijo, me entregó las cartas, y me dejó solo con el padre José.

—No puedo separarme de lo que él ha dicho —dijo éste—. O hay vocación, o no la hay. Si la hay, será fuerte; y si no existe, te ahorrarás una gran desgracia.

Y sin que yo hallase palabras para responderle, me acompañó hasta la puerta del convento, y abriendo el portillo, que yo tantas veces había visto y oído abrir desde mi posada, se despidió de mí.

Lo que me pedían estaba tan distante de mis ideas, y pugnaba con ellas tan abiertamente si quería traerlo a mi pensamiento, que al pronto pensé si me despreciaban por niño. Para mí la noticia de mi muerte estaba enlazada con la idea del claustro, de suerte que desmentir aquella era lo mismo que alejar de mí hasta la más remota idea de la soledad y del aislamiento. Téngame por muerto el mundo, decía yo, y ya no habrá obstáculos para que yo viva tranquilo, solo y olvidado. Por el contrario si saben que existo, si les digo que he vuelto a la vida, se obstinarán en acosarme por todas partes, y me será imposible vivir en el retiro. La muerte, pues, me conducirá al claustro; y la vida me devolverá al siglo.

Pues bien; ahora me dicen que la muerte puede conducirme a mi desventura, y que si he de penetrar en el claustro, ha de ser rompiendo antes nuevamente por en medio del siglo. ¿Tendré valor para decir a éste que vuelvo a él, que no crea a la fama que de mi corrió, que ahí me tiene en su seno, pero que entienda que sólo he vuelto para darle mi último adiós? Y sin embargo no me es posible permanecer indeciso; porque, si me estoy quieto sin desmentir la voz de mi muerte, no alcanzo el descanso que por este camino columbraba, pues me niegan la entrada en el claustro. De manera que he de decidirme por mi vuelta al seno del siglo, aun a riesgo de no hallar en mí el denuedo y la fuerza necesarios para romper los lazos con que ahora más que nunca me tendrá sujeto.

Lleno de estos pensamientos entré en mi posada, y pregunté a la mujer de Andrés si sabía que fuese tan riguroso el cordón establecido alrededor de la ciudad que no pudiese salir nadie.

—¿Ya pensáis en abandonarnos? —me dijo ella—; el cordón es riguroso; pero, si mucho os conviene pasar de contrabando, tengo un hermano que es un buen marinero, y os desembarcará en su barquilla al punto de la costa que os convenga.

Díjela que mandase por él, y en efecto se me ofreció a acompañarme donde quisiese, con tal que costeando pudiésemos hacer el viaje en un día. Manifestéle el punto a donde deseaba ir, y me dijo que, saliendo al anochecer del día que me pareciese, no creía difícil poder llegar allá antes de amanecer. Añadió que iría con nosotros un hijo suyo por si era necesario no dejar de mano el remo; y quedamos convenidos en el flete. Díjele que pensaba volver con él.

—A la mano de Dios —me respondió—; si os quedáis nos comeremos vuestras provisiones. ¿Y cuándo es la marcha? Porque pensar que, débil como estáis, podréis soportar el viaje, es suponer un imposible.

—Así lo creo también —le dije—, y me parece que podremos aplazarlo para dentro tres días.

—Corriente. ¿Y cuánto tiempo —me preguntó— pensáis permanecer allá?

—Sólo algunas horas.

—Las dedicaremos a la pesca: ¿sois aficionado a ella?

—En la mesa, y no en otra parte.

—Lo mismo me sucede a mí con la caza.

—¿Llevaréis equipaje? —me preguntó.

—El que llevo puesto y nada más.

—Mejor, así el repuesto de vituallas podrá ser más completo.

Y despidióse repitiendo nuevamente el día y la hora de la cita.

XXXVII.
Una excursión marítima.

Embarcámonos el día y hora convenidos. Sin duda el cuñado de Andrés era muy amigo de los individuos del resguardo, pues habló de secreto con alguno de ellos al tiempo de nuestra partida.

—¿Estamos de pesca, Pablo? —le preguntó uno.

—Todo irá bien si pica, y el anzuelo no falla —respondió Pablo.

Efectivamente, íbamos en una barca de pescar, y hasta que estuvo bien entrada la noche nos mantuvimos delante del puerto, y aun parecíamos dispuestos a volver a él. Pero así que reinó una oscuridad favorable a nuestro intento, acuartelamos nuestra única vela, presentando toda su superficie a un vientecillo oeste que reinaba, y luego surcamos el mar siguiendo la dirección del oleaje.

El hijo de Pablo, que era hombre ya formado, iba al timón, Yo me senté junto a él, y Pablo delante de mí. Había yo oído hablar de las excursiones de los contrabandistas, de las señas que en el mar se hacían, y de sus relaciones con los guardacostas; y recordando todo esto, al momento conocí que me había puesto en manos de uno de aquellos.

—La barca del Negro debe navegar por estas aguas —dijo el hijo de Pablo.

—No, que salió ayer para poniente —dijo el padre.

—¿Quién es el Negro? —pregunté yo admirado.

—Es una escampavía —respondió Pablo—, que no admite propinas, y lo quiere todo o nada. Y le llamamos el Negro para distinguirle de los demás que admiten blancas, que son los más.

—Menos lo entiendo ahora —dije yo—; ¿y de quién ha de admitir propinas o blancas, como las llamáis, la negra escampavía?

—¿De quién —respondió Pablo—, sino de nosotros, que se las ofrecemos en cambio de poder navegar seguros por esas calas?

—¿Hay temor de piratas, amigo Pablo? —le dije.

—No, sino de negros —respondió por él su hijo.

—Es extraordinario —dije yo fijando la vista en la oscuridad del horizonte—; ¿no habéis visto dos llamaradas hacia esta parte, que se han sucedido casi sin intervalo la una a la otra, y que se han apagado casi al mismo tiempo de encenderse?

—Esto es muy común en el mar —respondió Pablo, afectando indiferencia.

Y a poco encendió su pipa, cuya luz iluminó un momento nuestra barca; mas luego la apagó y volvimos a quedarnos en la oscuridad.

—¿Distingues algo? —preguntó Pablo a su hijo.

—Me parece —respondió el hijo—, como si hubiese visto brillar y apagarse una farola.

—Ellos son —dijo el padre; singlemos en dirección a ellos.

Y al cabo de algunos minutos pasamos junto a un buque de porte mayor, desde el cual, sin que nos detuviésemos, echaron en el fondo de nuestra barca algunos bultos; y ni Pablo ni su hijo mostraron admiración, ni preguntaron lo que aquello era. Al caer en nuestra barca el último bulto, dijo desde el buque una voz apagada.

—El Negro a lebeche.

—Entonces doy con el cargamento al agua —respondió Pablo.

—Todavía no —replicó aquella voz—; seguid vuestro rumbo, que él vendrá a nosotros.

Cuando estuvimos a alguna distancia, vimos nuevamente brillar hacia donde dejamos el buque algunas llamaradas fugaces.

—Buen modo de llamar la atención del Negro —dijo Pablo.

—Será que ya no temen que encuentre nada a bordo —observó su hijo.

—Pues no dejáis de exponeros a muchos peligros —dije yo a mis compañeros.

—¿Qué le hemos de hacer, amigo mío? —respondió Pablo—; en casa he dejado mi mujer con cinco hijos.

Conocí que era muy práctico en aquella costa, pues se acercaba tanto a ella que nos salpicó a veces la espuma de las olas que rompían contra las peñas; y una vez se metió en una cala pequeña y de poco fondo, sin dar indicios de la menor zozobra. Pero luego conocí lo que era. En aquella cala le esperaban unos, no sé si hombres o mujeres, que recibieron los bultos que del buque nos habían echado. Con el mismo silencio y prontitud con que los habíamos recibido, los entregamos. Nuestra barca pareció removerse de contento a uno y otro lado, aligerada de la carga que tan de improviso recibió. Continuaba soplando un vientecillo fresco, y sintiéndome algo mareado me tendí.

El cielo estaba hermoso. El balanceo del buque, cuando era suave, me adormecía un momento; pero si era muy vivo, o le acompañaba, algún crujido, temeroso de caerme al agua, me ponía sobre mí, y hacía un esfuerzo para mantenerme despierto. Púseme a contar estrellas, mas luego me cansé. Entonces quise recordar las constelaciones, y buscarlas encima de mi cabeza. No me fue posible fijar los ojos o por lo menos el pensamiento en ninguna. Tan pronto las encontraba como las perdía, y tan pronto sin verlas me las representaba en la mente, como viéndolas dejaba de pensar en ellas. Mi atención estaba fija en un punto de donde hacía yo estudio para apartarla, y lo hacía en vano. El menor seno que presentaba la costa me parecía el puerto del Abrigo, o el recodo de Calasans. Si en alguna altura divisaba una torre, tomábala por aquella ermita que tan presente en la imaginación tenía. Y si algún árbol se mecía a impulsos del viento sobre alguna colina, creía ver las aspas, todavía indecisas, del molino de viento que vi tantas veces voltear. Hasta llegué una vez a fijar toda mi atención en un objeto que veía vagamente, y me pareció ser una joven, melancólica y llorosa, que, sentada a la orilla del mar, miraba hacia mí, y sin verme rompía en los más profundos sollozos. Mas no me movía a compasión, y frío e impasible entregábame a todos los caprichos del balanceo. Pero al lado de aquella joven se levantaba otra figura, luego otra y otras; la una me veía bien y me tendía sus brazos; ésta parecía llamarme por mi nombre; otra se estiraba por verme mejor; y en un punto más lejano aparecía una ensimismada, cabizbaja, a punto de llorar y sin romper en llanto. Vivamente conmovido volví los ojos a las estrellas.

En esto el pequeño cabrilleo que había venido acompañándonos sin descanso, se convirtió en una verdadera marejada. En torno mío parecía que el mar estaba hirviendo a borbollones, y daba movimiento a olas grandes, como si nos fuésemos acercando a un golfo respetable. Veía la blanca espuma levantarse por encima de la borda de mi barca, y enviarme su rocío. Aquella espuma tenía a mis ojos un especie de prestigio, porque, cuando niño, si preguntaba en dónde tenía yo mi madre, me decían que su espíritu se paseaba sobre las olas. ¿Qué me quiere, pues, mi madre, la que descansa en estas profundidades? Y creía oír la voz de aquellas figuras que le decían que me detuviese y me encaminase hacia ellas porque allí lo pasaría bien y alegremente.

Incorporéme lleno de terror porque me pareció que aquel espíritu hacía caso de las voces que de la tierra se oían, y abalanzándose hacia mí me tocaba.

—¿Qué me queréis? —exclamé.

—¿No me dijisteis que queríais desembarcar en San Telmo? —me preguntó alguien a mi oído.

Conocí la voz de Pablo, y a él también; pero le estuve mirando un buen espacio antes de poder decirle una palabra.

—Sí —respondi al fin—, ¿por qué lo decís?

—Porque —me dijo—, aquella ermita es San Telmo, y a la vuelta de esta colina está el puerto que buscábamos.

Entonces amanecía. Pablo hizo entrar la barca en una caleta, casi escondida entre dos altas peñas, y cuando salté en tierra me dijo:

—Aquí os aguardaré hasta una hora después de anochecido, y si no estáis de vuelta, creeré que habéis preferido quedaros.

XXXVIII.
Mis honras fúnebres.

Mi intención al saltar en tierra era dirigirme en busca del reverendo padre Narciso, echarme a sus pies, pedirle su consentimiento, y volverme. Mas, no bien hube pisado aquella tierra tan conocida, me entró una indecisión dolorosa. ¿Hacia qué parte iré? ¿qué haré? ¿qué diré? Y en vez de entrar en la villa, di un rodeo a la izquierda. Muy luego se presentó a mi vista un edificio imponente. Era el monasterio de benedictinos observantes, situado al oeste de la población, fundado según unos a mediados del siglo décimo, y en sentir de otros a mediados del octavo. No resonaba el menor ruido en el pueblo; puertas y ventanas, todo permanecía cerrado. Pero las puertas del monasterio estaban abiertas, y entrando en la iglesia me puse de rodillas en el rincón más oscuro de ella. Varios campanillazos me indicaban las misas que iban saliendo, y observé que en todas el celebrante vestía casulla negra. Sentéme, y por más que hice no pude determinarme a salir.

Permanecí de este modo algún tiempo, y vi que empezaba a entrar gente. A poco encendieron algunas luces en el altar, y luego varias antorchas en el centro mismo del templo. Entonces descubrí un túmulo sencillo, cubierto enteramente de negro, que sostenía un ataúd. Luego oí principiar un oficio de difuntos, sin que ningún instrumento músico, ni aun el órgano, acompañase la voz grave y acompasada de los religiosos. Esto me interesó sobremanera, y determiné no moverme hasta que el oficio hubiese terminado.

Pocas veces me sentí en mi vida tan vivamente conmovido como en aquellos momentos. «Dale, Señor, tu reposo eterno, decían los religiosos, y haz que brille sobre de él tu luz eterna... Oye nuestras preces: toda carne ha de venir a ti. La memoria del justo será eternamente buena; y no temerá oír hablar mal de sí... Cuando yo me adelantaré por en medio de las sombras de la muerte, no temeré ningún daño, estando tú conmigo, Dios mío… Las aflicciones y los pesares con que me has castigado han sido para mí un consuelo.

Y dieron principio a la prosa, alternando la voz de los monacillos con la de los graves cenobitas.

—Oh día de cólera aquel —decían los primeros—, en que el universo mundo quedará reducido a cenizas, a tenor del oráculo de David y de las predicciones de la Sibila.

—Oh y qué espanto —respondían los cenobitas—, se apoderará de los mortales cuando el Juez vendrá a tomarles las últimas cuentas.

—Se abrirá el libro —decían aquellos—, que contiene todo cuanto para juzgar se necesita.

—Y cuando se sentará el Juez —añadían los religiosos—, lo que está oculto brillará para que nada quede impune.

—Mísero de mí —exclamaba un monacillo—, ¿qué diré, o a quién imploraré cuando hasta a los justos los veré trémulos?

—Sálvame, rey de reyes, fuente de bondad, juez de majestad tremenda, inaccesible a las dádivas —decía patéticamente un cenobita.

Continuaba entrando gente, la mayor parte vestidos de luto, a lo que me pareció desde el rincón en donde permanecía casi invisible. En esto un monacillo comenzó a repartir candelas

encendidas, que todos recibían y conservaban. También vino a mí y me ofreció una, mas no quise recibirla.

Levantáronse todos para oír el evangelio,

—En verdad os digo —decíase en él—, que la hora se acerca, y que ha llegado ya, en que los muertos oigan la voz del hijo de Dios; y los que la oirán, vivirán.

Me levanté también, aunque mirando con azoramiento a todas partes, temeroso de que alguno reparase en mí.

—No os asombre lo que os digo —continuaba el evangelista—, porque el tiempo se acerca en que los que moran en el sepulcro oirán la voz del hijo de Dios, y los que hayan hecho buenas obras resucitarán a la vida, y los que las hayan hecho malas se levantarán para caer en los tormentos.

Llegado el ofertorio vi que todos cuantos llevaban candela se formaron como en procesión, se encaminaron al altar mayor, y allí apagaron la luz, y se volvieron cabizbajos. La distancia no me permitió conocer a nadie. Uno de los que volvían, en vez de detenerse en el sitio que antes ocupaba, se sentó a mi lado, haciéndome estremecer.

Era un anciano a quien no conocí, el cual me dirigió la palabra con aquella libertad que en los pueblos cortos usan los viejos hablando con los jóvenes.

—¿Porqué no has ido al ofertorio? La misma edad que tú tendría el difunto: esto está mal visto.

—Perdonad, pues estoy algo indispuesto —le respondí—: pero decís que tenía mi edad el difunto?

—Vamos al decir, diez y nueve años poco más o menos.

—¿Le conocíais vos? —le pregunté temeroso de oír el nombre de algún conocido mío.

—Personalmente no, aunque todo el mundo le conocía: ¡pobre joven! él mismo se ha buscado la muerte.

—No extrañéis —le dije— que esté poco instruido en el particular, porque soy forastero.

—Era un joven maniático que ya había estado loco —añadió mi interlocutor—, y a quien todo le daba tedio. ¿Has visto el pozo de Calasans?

—Me acuerdo —le respondí—, haberlo visto otra vez que estuve aquí.

—¿Y no te han contado —me dijo— ningún suceso triste de los que allí han tenido lugar?

—Ninguno —le dije.

—Pues figúrate que un día se reunieron alrededor de aquel lugar más de cuatro mil personas, casi toda la villa, para presenciar el salto que en el pozo iban a dar dos marinos, uno de ellos muy valiente. Este dio el salto con felicidad. Su compañero se hizo un arañazo en la peña; pero acaso no hubiera muerto, por más que digan, si en aquel momento un loco no se hubiese precipitado tras él y caído aplomado sobre su cuerpo. El loco se salvó, y el del arañazo se quedó bebiendo agua.

—¿Y ahora —le pregunté admirado de los puntos de semejanza que esta historia tenía con la mía—, ahora celebran los funerales del que entonces murió?

—No —me dijo—, estos funerales son para descanso del loco, que no ha salido tan bien librado de su segunda locura como de la primera.

—¿Y cuál ha sido su segunda locura? —le dije yo.

—Toma, Dios le perdone, quiso meterse en una ciudad apestada, lo mismo que si entrara en un café; y al día siguiente tenía ya puesta la candela en la mano.

—¿Y son por él, por Manuel, estos funerales? —exclamé cayendo de rodillas.

—¿Luego le conocías? —me dijo el anciano—: no me admira tu sentimiento, porque, a pesar de las extrañezas de este Manuel, todos le querían. Así están sus parientes que acaso alguno de ellos no lo cuente. Una prima suya, con quien vivió como hermano y hermana, al saber la nueva se quedó

doce horas sin habla, y desde que volvió en sí parece que no se acuerda de nada. Iba a casarse, y dio despido al novio. Ayer pidió que la acompañasen a no sé qué pueblo, y sus padres se fueron con ella. Dios lo remedie. Ahí, junto al presbiterio, he visto llorando como un chiquillo a otro tío del difunto, que es un eclesiástico de costumbres ejemplares. En fin, es una consternación —añadió el anciano levantándose y saliendo del templo.

Yo di conmigo de rostro contra las losas del santuario.

Jamás, dije para mí, tendré valor para volver atrás en el camino andado. Muerto soy a los ojos de todos, y muerto quiero quedarme para siempre. Los que me querían bien han recibido ya el golpe cruel, bien a pesar mío. Los que no me hacían justicia, ya mañana no pensarán en mí. Antorchas que ardéis en torno de ese túmulo, también alumbráis al que mañana vendrá sin pompa, sin ruido, a ocupar esa morada funeraria, hoy vacía.

Y como si temiese ver a los vivos aunados para arrancarme del sepulcro, huí del templo, di por entre torrenteras la vuelta a San Telmo, y volví a tenderme cuan largo soy en la barca de Pablo.

—A la vela —le dije.

—Con mucho gusto —me respondió—; así el levante que empieza a soplar nos vendrá como una bendición de Dios.

Y por la noche volvíamos a pisar las playas de la ciudad apestada.

XXXIX.
Cómo fui recibido en el convento.

Cuando volví a verme con el padre José, y le conté lo que me pasó, y le dije que no me era posible volver ninguna mirada hacia el siglo, pero que insistía más que nunca en mi idea, en vez de mostrarse quejoso a vista de mi poca resolución, me recibió en sus brazos y me dijo:

—Dios te ha permitido asistir a las últimas honras hechas a tu cuerpo: y verdaderamente ya eres profeso. No creas que la condición que se te impuso de ir a ver a tu familia, fuese para obtener el consentimiento de tus tíos: fue solo para probar tu obediencia, porque el que entra aquí no ha de tener otra voluntad que la de Dios, y la de los superiores. Yo creo que ahora nadie pondrá obstáculos a tu vocación. Pero, antes que pises el umbral de esta morada, permíteme que te haga algunas reflexiones. ¿Crees tú que, por haber triunfado de tus inclinaciones y deseos, has acorralado ya tus pasiones y reducídolas a un silencio eterno?

—No, padre mío —le respondí—, pero el triunfo de hoy me anima para esperar en el de mañana.

—La costumbre de vencer —me dijo—, efectivamente nos alienta y fortifica. ¿Pero no sabes que por la soledad discurren las idealidades, las visiones, las fantasmas que muchas veces son más temibles que las realidades del siglo? Y la razón porque son más temibles es clara; porque las realidades aparecen en el siglo tales como son, seductoras por un lado, y por el otro afeadas con sus pequeñeces, su ridiculez y sus miserias; pero las fantasmas del desierto sólo te presentarán el lado agradable, risueño y hechicero, y en vano querrás darles vueltas en busca de su lado feo pues se volverán a medida que tú te vuelvas, y siempre las verás bellas y complacientes. ¿Y te parece que podrás resistirlas?

—Pero yo —le respondí—, no estaré enteramente solo, y podré, si la tentación es muy fuerte, implorar vuestro auxilio.

—El de Dios, has de decir, que no el mío —me interrumpió.

—Sí, el de Dios —dije yo—, que no permitirá que yo falte a mis votos solemnes.

—¡Tus votos solemnes! —dijo el padre José con amargura—, acaso ni te dejarán pronunciarlos. ¿No sabes que el siglo cree que nuestros votos no nos obligan, y que puede salir del claustro de su grado el que una vez entró en él libremente?

—Lo sé —le respondí—, pero creo que si las promesas hechas de hombre a hombre son obligatorias, las hechas a Dios han de ser sagradas.

—¡Ay Manuel!— me dijo estrechándome la mano—, vas a entrar por las puertas del claustro en los días de la tribulación, y cuando nuestros hermanos del siglo nos declaran una guerra de exterminio.

—Pero, padre —le dije—, ¿es posible que penséis en tal cosa cuando en esta ciudad, por todas sus calles, estáis viendo que os buscan para que prestéis consuelos a los desgraciados? ¿No suena a todas horas la campanilla de la portería? ¿No os llaman todos? ¿No os abren todos las puertas de sus casas, y no sois recibido en ellas hasta con lágrimas de alegría?

—Y sin embargo —replicó el padre—, la tempestad se va formando, y tú verás, no lo permita Dios, que el día que cese la calamidad cesará la memoria de todo eso que tú dices. Entonces, Manuel, necesitarás tener doble valor, porque tendrás muchos enemigos a quienes amar, y por quienes orar en tus días y en tus noches.

—Le tendré, padre —respondí—, le tendré para amarlos siempre, y amarlos tanto más cuanto mayores y más crueles sean sus injusticias.

—Sí, Manuel —me dijo el padre abrazándome—; en esto como en los padecimientos hemos de esforzarnos en imitar al Inimitable. Si nos miran con desvío, les daremos amor; si convierten el desvío en odio, les profesaremos doble amor; y si al desvío y al odio hacen suceder las injurias y las persecuciones, les tributaremos amor, más amor y siempre amor.

Quedamos abrazados un buen rato hasta que el padre pudo dominar su conmoción. Entonces me dijo con su acostumbrada dulzura:

—Ahora, Manuel, debo cumplir con mi deber indicándote el peso de la carga que sobre tus hombros pretendes tomar. Te engañas, hijo mío, si crees que sólo en su parte material has de cumplir los votos que estás dispuesto a hacer; digo que estás en un error si piensas que sólo siendo pobre y manteniendo casto tu cuerpo, y haciendo lo que te manden, tendrás ya cumplidas tus promesas solemnes: pues sabe que, cumpliéndolas materialmente, puedes faltar a ellas con el alma, y es lo mismo que si ni con el cuerpo ni con el alma las cumplieses. Entiende que el espíritu ha de ser mucho más pobre, más casto, y más sumiso que el cuerpo. Si sueñas en honras, en dignidades, en grandezas, de nada te servirá que cubras tu cuerpo con andrajos; si a tu espíritu le permites que se detenga y pasee entre imaginaciones deleitables, en vano será decir que tu cuerpo es puro; y si tu alma, aunque no se oponga a que el cuerpo obedezca, lo hace repugnándolo y reacia, inútilmente aparecerá aquel sumiso y obediente. ¿Dime, pues, si te crees capaz de ser pobre hasta en tus deseos, virgen de cuerpo y alma, y de no tener voluntad interior ni exteriormente?

—Lo probaré —le respondí—, y si mis inclinaciones pudiesen más que mi voluntad os lo diré con el alma.

—Tienes razón —me dijo—, los días de prueba son el crisol que nos purifica y muestra los quilates de nuestra vocación y de nuestra fe. ¿Deseas, pues, entrar en la prueba?

—Ardientemente lo deseo, padre —le respondí.

—Sígueme pues, y veremos al padre provincial.

Hícelo como me mandaba, y atravesando algunos corredores, nos detuvimos delante de otra celda tan humilde en la apariencia como las demás. Llamó a ella suavemente el padre José, y diciéndonos desde dentro que entrásemos, la abrió; no se distinguía de las otras sino en que había dentro tres celdas que se comunicaban en vez de una. En la segunda división encontramos al padre provincial que nos recibió muy afable.

A él se dirigió el padre José, diciéndole:

—Presento a vuestra paternidad este joven de quien tiene ya noticias. Ha pasado por unas pruebas que hacen creer que su vocación es verdadera. Yo al menos así lo creo.

—¿Y está instruido en lo que toca a nuestra regla, y a las obligaciones que ella prescribe? preguntó el padre provincial.

—Lo está —respondió el padre José.

—¿Y sabe también que según el siglo nuestros votos son nulos, y como no hechos? —añadió el padre provincial.

—Lo sé —respondí yo con calor—; pero también sé que Dios ha dicho que se cumplan los votos que se le hicieren.

—Loado sea —dijo el padre provincial levantando entrambas manos hasta la altura de su cabeza—, loado sea el que en los días de calamidades nos envía sus consuelos. ¿Tienes fe, joven?

—La tengo, padre —respondí con entereza.

—¿Sabes que el misionero no tiene un momento para sí, sino todos para sus hermanos?

—Lo sé, padre mío.

—¿Y cuáles son, di, los hermanos del misionero?

—Los hombres todos.

—Dices bien: los hombres todos, sea cual fuere la región en donde moren. Allí en donde exista un hombre que padezca de cuerpo o de espíritu; allí en donde haya ojos para abrirse a la luz, y oídos para hacer penetrar por ellos las verdades eternas, y lenguas para hacerlas proferir alabanzas al Autor Supremo, allí ha de fijar su asiento y buscar su patria el misionero. Joven, ¿tiene algún brillo para ti el oro?

—Desde niño le desprecio.

—Y la carne tiene para ti deleites?

—Renuncio a ellos, y a los dolores que engendran.

—¿Conservas voluntad?

—Mi voluntad es la de Dios, y la vuestra, padre mío.

—¿Y cuándo quieres llamarte hermano nuestro?

—Mañana si es posible.

—Mañana pues.

XL.
Estoy en el claustro. Borrasca de 1822.

Estoy en el claustro. Los cabellos que el viento agitaba sobre mi frente no los tengo ya, he tirado los perfumes con que algún día cubrí mi cuerpo, y los vestidos que me sentaban bien, y las galas todas con que me adorné. Mi traje es un hábito grosero; mi calzado unas sandalias; mis muebles, una cama y dos sillas. Tengo muchos hermanos que me han dado el ósculo de paz, pero de los cuales ninguno me cansa con preguntas importunas. Callan y yo callo; oran y yo oro; imploran al Eterno, y yo le imploro; se emplean en trabajos manuales, como el de cavar en el huerto, aserrar madera, limpiar la ropa, barrer el templo y el convento, adornar los altares; y yo imito su ejemplo.

Yo me hallo bien aquí. Solitario en medio de muchos compañeros, mudo para todos menos para con Dios, entregado a continuas ocupaciones que no me dejan ni un momento a solas con mis antiguos desvaríos, yo bendigo a la Providencia que me ha conducido a este retiro. No por esto

aborrezco a los que quedan en el siglo. Yo les tengo cariño, les deseo un buen colmo de felicidades, no les envidio nada, me alegro de sus alegrías, y aun espero serles útil algún día esforzándome en disipar las tristezas que tal vez anublan su alma. ¿Y no haré bien haciendo esto? ¿Puede haber más fuertes enemigos para el hombre que su propia melancolía y sus dolores? ¿Y no será bueno que alguno busque en la soledad, única parte en donde se encuentra, el bálsamo que ha de sanarlos de aquellos males?

Puesto en el siglo, ya estaría yo marchito, y ahora me dice mi corazón que todavía puedo ser útil a los hombres. Yo no pretendo que los demás me imiten: sólo deseo que no me arranquen de este desierto en donde busco la medicina para mi alma y para las suyas. Ellos, los criadores de las riquezas temporales, afánense en pos de ellas, escudriñen los senos de la tierra, surquen los mares, y busquen fuerzas motrices para crear, y mejorar, y ofrecernos las maravillas de los cuerpos: que yo, si se cansan y caen postrados, los levantaré, y si se amilanan he de darles ánimo, y si naufragan he de recogerlos y ampararlos, y si, por fin cansados de las riquezas de la tierra, con que a lo más lograrán dar al barro una capa de oro, suspiran por las riquezas del alma, diréles en dónde están y he de ponerlas a su alcance. Ellos, los engendradores de hombres, busquen en hora buena la beldad y los deleites lícitos, y crean que así han de transformar en el antiguo Edén sus moradas; que yo, cuando por sus hijos tengan pesares que no acertaron a prever, les procuraré los únicos consuelos que existen, y tomaré de la mano a los pobres niños, y cubriré la desnudez de su alma, como ellos cubren la de su cuerpo. Ellos, los batalladores, sueñen por todas partes en la gloria, en los triunfos, en el aura pública de entusiasmo llena, y pidan a la fama celebridad, y manden a muchos: que yo obedeceré siempre; y en aquel día en que los triunfos se conviertan en tristes azares, y los aplausos en maldiciones, yo les diré que no se entreguen a la desesperación, que hay algo menos efímero que aquellas glorias y aquel entusiasmo, y que pueden hacerse superiores a todas esas cosas y engrandecerse más que antes de su desgracia.

Esto es bueno; muy bien estoy aquí.

Y efectivamente pasé días y pasé meses contento, tranquilo, pudiendo mirar a lo pasado sin turbarme en lo presente. Después desapareció el contagio, y en pos de él descargó sobre nosotros la tempestad de 1822.

Una noche, a la hora de ir al coro, nos sacaron de nuestra morada, y nos embarcaron. Yo seguí la suerte del padre José.

—Ya lo ves —me dijo—, ni tus días de prueba te han dejado pasar en sosiego. ¿Qué piensas hacer, Manuel?

—Mis deseos fueran de seguiros a donde quiera que fueseis —le respondí—, porque lejos de vuestro lado me creería enteramente perdido.

—Yo pienso —añadió—, dejar pasar la borrasca, que creo no ha de ser duradera, aprovechando los ofrecimientos de un digno cura que vive en un pueblo corto y retirado. No creo que haya dificultad en que tú te vengas conmigo. Sólo veo un peligro para ti.

—¿Y cuál, padre mío, que no sea posible conjurarle? —le pregunté con ansia.

—Al dirigirnos allá —me respondió—, oirás el ruido de las armas, y acaso enardezca tu cabeza el vapor de la sangre.

—¿Os mezclaréis, padre —le dije—, en la lucha?

—Jamás —me respondió—; estas manos, que levantan el pan sagrado, no he de teñirlas en sangre.

—Y yo haré lo que hagáis vos.

Y la borrasca la pasamos en una feligresía sita en un rellano de los Pirineos, lugar de muy contados habitantes, de aires sanos, y de agradables perspectivas, aunque muy frío.

—Figúrate —me decía el padre José—, que este valle es nuestro convento, esta casita nuestra celda, y aquel santuario nuestra iglesia, y te parecerá que no nos hemos movido de nuestra morada. Hagamos, pues, aquí lo mismo que allí hacíamos.

Y me llamaba por la noche para que le acompañase en el rezo, me señalaba las faenas en que debía ocuparme de día, y se imponía las mismas abstinencias y privaciones que si en el claustro se encontrase. Cuando sabía que alguien necesitaba en alguna granja lejana los auxilios del cura, iba él allá conmigo y a pie, diciendo que este ejercicio, y el espiritual que luego nos esperaba, aumentaban nuestras fuerzas del alma y del cuerpo.

Así transcurrieron para nosotros los días aciagos de la primera tempestad, sin que apenas probásemos su amargura, pues en algún modo no hicimos otra cosa que mudar nuestra soledad de sitio, o por mejor decir transformar aquella feligresía en un convento. El rumor de la lucha llegaba a veces hasta nosotros, pero a manera de un eco amortiguado, cuyos últimos sonidos se perdían a la entrada de nuestro valle.

—Manuel —me decía el padre José—, aumentemos nuestras horas de oración, porque nuestros hermanos la necesitan ahora más que nunca. Unos contra otros andan enconados, ciegos, y se persiguen de muerte. Si quieren hablar, no encuentran otra voz que la de la ira; y si quieren obrar ha de ser destruyendo. Son muy desgraciados.

Otro día corrió la voz de que se formaba una especie de cruzada, y vimos que los pocos moradores de nuestra feligresía abandonaban sus hogares. Unos iban, otros venían, y todos andaban presurosos, diciendo que iban a echar el resto.

—Echemos también —me dijo el padre José—, el resto de nuestras preces, para que a todos los mire Dios con ternura, y no permita que se enrojezcan más las manos de unos y de otros.

No tardó mucho tiempo en llegarnos la noticia de que el estruendo de la lucha había cesado enteramente.

—Dios mío —exclamó el padre José—, apartad del pecho de los vencedores todo sentimiento de ira, y haced que con la dulzura alejen del corazón de los vencidos toda propensión a la venganza.

Un día se levantó muy de mañana y me dijo:

—Manuel, mis votos me llaman nuevamente, y tú sabes que no los he puesto en olvido.

—Ni yo tampoco mis promesas y mis deseos —le respondí.

—Atiende —me dijo—, que las nubes que ahora han desaparecido pueden otra vez presentarse más negras y amenazadoras.

—¿Qué le hace, padre —le respondí—, con tal que os tenga a mi lado?

—Yo puedo faltarte, Manuel —añadió—, el día que menos lo pienses, ¿y qué harás entonces si sólo en mi débil apoyo te fías?

—Es que cada día —le dije—, voy adquiriendo fuerzas a vuestro lado, y aunque algún día os alejaseis de mí, vuestra memoria me protegería; en Dios lo espero.

—Sólo un temor me queda, Manuel.

—¿Cuál?

—¿Tú corazón está tranquilo?

—Mi corazón, padre mío, no da sino los latidos que mi existencia necesita.

—¿Y a tu mente no la hostiga ningún recuerdo?

—Mi mente no mira ya a lo pasado, sino a lo futuro.

—Volvámonos, pues, a nuestra morada, Manuel; y saludemos de nuevo aquellas celdas que fueron nuestras alegrías.

XLI.
Mi método de vida en el claustro.
La víspera de mi profesión.

Si se me pregunta el método de vida que seguí en el claustro, diré que, contado lo que hice un día, los doy por contados todos. Mientras el colegio de las misiones, que necesitaba reparaciones, se rehabilitaba, nos recibieron en el principal convento de la provincia; pero llevábamos la misma vida que si estuviésemos en el colegio.

A las doce de la noche íbamos al coro todos los religiosos, sin exceptuar uno; luego teníamos media hora de oración mental, y a eso de las dos nos retirábamos a nuestras celdas. Muy de mañana volvíamos al coro para recitar las horas menores. Rezábase entonces la misa conventual, la cual sólo en los días clásicos se cantaba, y al mismo tiempo se hacía otra media hora de oración. Los padres de misa las decían en el orden que se les tenía prescrito, y después tomaba cada uno su desayuno. El espacio que quedaba hasta las diez era dedicado al estudio. De diez a once era hora destinada para las conferencias morales. Desde ellas se pasaba al refectorio, en donde jamás se omitía la lectura edificativa que hacíamos por turno, el cual sólo era interrumpido cuando por penitencia se nombraba un nuevo lector. Muchas veces lo fui yo en mis días de prueba. En las mesas no conocí el uso de los manteles. En ciertos días señalados, dadas las gracias después de la comida, practicábamos el acto humilde de fregar los platos. Acabado este acto íbamos en comunidad a la iglesia, y en ella rezábamos la estación en cruz delante del Santísimo.

Volvíamos a nuestras celdas, y a eso de la una y media oíamos la campanilla que nos llamaba al coro, en donde permanecíamos tres cuartos de hora rezando vísperas y completas. Terminado este rezo, nos reuníamos en conferencia, la cual versaba los viernes sobre la regla, los sábados sobre asuntos de rúbrica, y los demás días de la semana sobre casos de teología mística. Ordinariamente salíamos de esta conferencia, que llamábamos vespertina, a las tres de la tarde, y desde esta hora hasta las cinco y media nos dedicábamos al estudio.

Luego oíamos otra vez el tañido de la campana que daba un llamamiento para tener una hora de oración mental, de la cual nos levantábamos saliendo con dirección al refectorio para la colación o la cena, según los días. Saliendo de él nos encaminábamos otra vez al coro, en donde entonábamos solemnemente en honor de la Virgen el «enteramente hermosa y sin mancha» y por devoción añadíamos el rezo de su corona. En seguida, y a tenor de las leyes de la orden, tres días en la semana teníamos disciplina.

En esto daba la hora de las ocho y cuarto, oíamos el toque de silencio y retiro, y hechas las oraciones privadas, descansábamos hasta media noche.

Los jueves eran días de asueto. Por tanto no teníamos conferencia matutina ni vespertina, la oración mental de la tarde la hacíamos de diez a once de la mañana, y salíamos a paseo encaminándonos a los sitios más solitarios y agrestes.

El silencio que en nuestro claustro reinaba era admirable. Cuando se nos destinaba a alguna faena o trabajo mecánico, dando treguas a las horas de estudio, parecíamos unas verdaderas máquinas, atendida nuestra taciturnidad. Sin embargo, a veces, cuando alguno no podía apartar de su imaginación alguna idea del siglo, se le imponía por precepto que rezase en voz baja durante el trabajo, uno o más salmos que le indicaban.

Ni en los corredores, ni en los patios, ni en el huerto, se permitió jamás que se juntase nadie en corrillos; ni en las celdas se oían los pasos de quien por ellas vaguease. Ningún religioso, por más que fuese en dignidad constituido, dejaba de ejercer los oficios de la comunidad, ni aun los llamados actos de humillación. Uno de estos actos tenía lugar el viernes por la tarde en la oración mental. El religioso a quien le tocaba ser semanero e hebdomadario, llevando pendiente del cuello una soga, colocada en la cabeza una corona de espinas, cargada en el hombro una pesada cruz de

más de diez palmos de largo, enteramente descalzo aun en los más crudos días de invierno, se empleaba de esta suerte, durante la meditación de sus compañeros, en hacer las estaciones del Vía Crucis. Yo vi al mismo padre guardián empleado en ese penoso ejercicio. Yo le vi también servir a toda la comunidad en el refectorio, como si fuese un simple lego, los días en que la misa conventual entre nosotros se celebraba. Actos de esta naturaleza eran muchos los que se practicaban, y si he mencionado sólo los pocos que llevo dichos, es porque los tengo más presentes en la mente por la impresión que en ella me dejaron.

A todas estas ocupaciones sólo dejaban de asistir los dedicados en aquel día a la predicación, los imposibilitados, o los que asistían a los enfermos y a los moribundos. Por lo demás en nuestra milicia llevaban los capitanes la misma carga que los soldados.

A mí, fuera de los actos que a todos eran comunes, me probaron la vocación de mil maneras. Me reprendían aunque cumpliese exactamente con mi deber. A lo mejor me imponían una penitencia severa, sin que pudiese yo atinar en qué había faltado. Me estaba vedada toda réplica a mis maestros, y adrede me decían una cosa que sonaba mal en geografía, en historia o en física, para poner en un cepo mi fantasía. Las horas de estudio pasábalas yo comúnmente en la biblioteca del convento, y cuando más embebido me veían en la lectura, «levántese» me decía un padre y me obligaba a tomar la escoba y barrer la sala.

Una noche, cuando acababa de dar el toque de descanso, entró en mi celda el padre José y me dijo:

—Tu tiempo de prueba se acaba, Manuel, y es hora de pensar en lo que te conviene. ¿Insistes en tu idea?

—Ahora como siempre —le respondí—, sólo desde el claustro puedo ser útil a los hombres.

—Sígueme, pues —me dijo.

Nos dirigimos a la iglesia; pero antes nos paramos en uno de los patios, en jardín por mis hermanos transformado. En él se detuvo el padre José, y me dijo que formásemos un par de ramos de claveles y de rosas para adorno del altar mayor. Hacía mucho tiempo que yo no había tocado a ninguna flor, y aun apartaba de ellas la vista cuando en alguna parte me parecía descubrirlas. Sin embargo obedecí. Mi mano trémula, una por una iba separando las flores de sus ramas, y después las juntaba y las ataba. El corazón me daba unas palpitaciones que desde mucho tiempo no había yo sentido. Pero pude vencerme, no sin un grande esfuerzo, y presenté al cabo de poco rato los dos ramos al padre José, que me estaba mirando tristemente.

—¿No te gusta dar un paseo —me preguntó—, a estas horas en que el fresco parece que dilata los pulmones, en que el silencio y la soledad convidan a la meditación, y en que nada nos distrae de ella? Levanta la cabeza, Manuel, y verás esa innumerable multitud de estrellas, que todas y cada una tiemblan, y sin embargo forman un conjunto asombroso. Y mira en ese otro lado la luna, tan apacible, que parece nos convida a la quietud y al silencio.

Yo la miré, pero tuve que bajar los ojos, y me quedé con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¿Será, Manuel —me dijo el padre—, que todavía tenga para ti esa luz pálida algún lenguaje misterioso? Si es así, huye, Manuel, que aun es tiempo.

—No —le respondí—, padre mío; aunque esta luz le diga algo a mi mente, es lo que a uno le dicen los recuerdos de sus antiguos pesares cuando ya está muy lejos de ellos. En vez de serme peligrosa su memoria, me hace comparar mis martirios pasados con mis venturas presentes.

—Considera —me dijo el padre—, que esos ramos que acabas de hacer adornarán el altar al pie del cual pronunciarás tus votos.

—Que le adornen, padre —le dije—; y si me lo mandáis deshojaré mañana todas esas flores, y con las hojas iré sembrando de vivos colores todo el templo en donde ha de resonar la voz de mis promesas al Eterno.

—Su voluntad sea cumplida —dijo el padre en actitud de poner en los astros sus miradas, sus brazos y su voz.

—¿Es decir que la hora está próxima? —le pregunté.

—Y tanto, que mañana, óyeme bien, pertenecerás al siglo o al sepulcro.

Yo me arrojé a los brazos de mi segundo padre. Los sollozos me embargaban la voz; respiraba penosamente, y tuve que apoyar mi frente sobre el pecho de aquel hombre venerable.

—¿Lloras? —me preguntó.

Yo no podía llorar, pero al oír su tierna voz eché el llanto.

No me fue posible responderle.

—Lloras? —repitió.

—De alegría, padre mío —le respondí.

—¿Te parece que retardemos por algunos días la solemne ceremonia?

—No, padre mío.

—¿Y este llanto, Manuel, este llanto?

—Es el último despido dado a las fragilidades de nuestra existencia.—

Y levantando mi frente, enjugué mi rostro, y tuve valor para mirar de frente el astro de las noches.

—Dadme esos ramos, padre mío —añadí.

—¿Para qué, Manuel?

—Para que adorne yo mismo con ellos el altar del sacrificio.

XLII.
Mi profesión solemne. Un ¡ay! triste y doloroso.

El día siguiente el tañido de las campanas atrajo mucha gente al templo. Yo le vi adornado como en los días de las más grandes festividades. Los legos, los monacillos, los semaneros encargados de la limpieza y embellecimiento del templo, iban de una a otra parte, siempre silenciosos, pero más solícitos que de ordinario. El huerto, y los jardines agrestes que en los patios había, quedaron privados de sus flores, que todas se destinaron para adorno de la iglesia. Aquel día salieron los damascos que con más cuidado se guardaban. A la Virgen que en el altar mayor se veneraba la pusieron su más rico y precioso vestido. Pendientes del techo se colocaron muchas arañas de cristal. Luego apareció el templo brillantemente iluminado. Todos los religiosos, formados en comunidad, precediéndoles una cruz, vinieron a buscarme a mi celda, entonando un cántico de preparación en el que invocábamos las mercedes del dispensador de ellas. Era la vez primera que veía turbada por la voz humana la calma de aquellas soledades. La voz de la religión, grave y austera, resonaba en el templo, en los patios y en las celdas, llenándolo todo de sus armonías.

A mi llegada al santuario sentí la fragancia de las flores, vi las nubes de incienso que subían a las bóvedas, y oí resonar el órgano dando al aire alegres melodías. Aquella magnificencia poco acostumbrada, la especie de ovación de que era yo objeto, aquellas innumerables luces que derramaban vivos resplandores hasta en los más oscuros ángulos del templo, la voz sonora de los padres que parecían llevarme de la mano ante las aras, y el gentío que se agolpaba al paso para verme, todo daba a mi imaginación un grande enardecimiento. Parecíame que cada paso que daba me iba acercando al término, que no estaba lejos, de todos mis deseos. Yo hubiera deseado menos pompa, menos luz, menos miradas que en mi rostro se fijasen; pero el padre José me dijo que

aquella ostentación en mi sacrificio era mi última prueba. Mi postrer a Dios al siglo debí darle, no a media voz como quien teme oírse a sí mismo, sino alta y ferviente como quien desea que le oigan todos. La religión me abría sus brazos recibiéndome de entre las flores, los perfumes, las armonías, las reuniones numerosas, y las grandezas de la tierra.

En esto, cuando los perfumes eran más deliciosos a mi olfato, y la nube de incienso más densa daba a las bóvedas y al conjunto de las luces un aspecto mágico a mi vista; cuando los himnos de la religión, y la voz suave y grata de los niños del coro, y las melodías más dulces del órgano, tenían encantados mis oídos, el sacerdote pronunció estas palabras:

—Dios poderoso y eterno, recibid esta hostia sin mancha que os ofrezco, aunque indigno de este ministerio.

Y como si yo fuese la víctima ofrecida, me tendieron o me tendí sobre las losas frías, y me cubrieron con un paño fúnebre. Me pareció que todo se transformaba en el santuario; cesaron las voces de los niños, los religiosos dejaron oír sus cantos mas graves y patéticos, y el órgano apagó sus dulzuras para hacer resonar primero los zumbidos del viento, y luego los rugidos de la tempestad, las agudezas del clarín, y las discordancias precursoras del juicio. Allí estaba yo tendido, en los brazos de la muerte que me arrancaba de una vida para entregarme a otra. Sin duda muchos fieles tenían compasión de mí en aquel instante; mas yo me compadecía de ellos, y me sentía bien como estaba, y en mi opinión era el cadáver más feliz de cuantos allí caminaban sobre sus sepulcros.

En torno de mi mortaja oí rezar el oficio de difuntos, que yo repetía con todo mi corazón, deteniéndome en las palabras que más impresión me hacían, o que se adaptaban más a mi pasado y a mi presente.

Mis años, decía yo siguiendo con el espíritu a los religiosos, mis años se han deslizado rápidamente, y estoy andando por un camino del cual no he de volver. Mis fuerzas están agotadas, mis días son cortos, y ya no me queda otra cosa que el sepulcro. Todos mis pensamientos se han desvanecido, y todas las esperanzas de mi corazón se han disipado. Quisieron darme a entender que la noche en que me encuentro se cambiaría en un hermoso día, y que la luz sucedería pronto a las tinieblas. Pero yo digo a mi sepulcro, tú serás mi padre; y a los gusanos, vosotros seréis mi madre y mis hermanas. ¿En dónde está mi esperanza?

Al cabo de poco un sacerdote, levantando la voz, pronunció fuertemente las palabras de la antífona.

—Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá: y todo el que vive y cree en mí, no morirá en la eternidad.

Entonces separaron de mí la mortaja, y me levanté del sepulcro en que yacía. Las luces del templo me parecían más vivas que antes, y el aroma de las flores más puro: el órgano mudó de tono y acompañó otros cantares. Dos sacerdotes se colocaron a mi lado y me acompañaron hasta el pie del ara, en donde se encontraba el padre provincial teniendo abierto en la mano el libro de los evangelios. Sobre de él y la imagen de la cruz fui yo a dar el complemento a aquella imponente ceremonia. Reinó en aquel instante el más profundo silencio. El padre provincial me hizo las preguntas de estilo, y yo pronuncié mis votos ante Dios y los hombres con voz entera, libre y desembarazada, que resonó por el templo.

Pero también resonó en él casi al mismo tiempo un *¡ay!* tan tierno, tan doloroso, que aun hoy día que le recuerdo me hace estremecer y hiela en mis venas la sangre. Hubo un momento de confusión y de alarma; sin embargo todo lo sofocó, cubriéndolo con el estrépito de una alegría ruidosa, el órgano que esta vez rompió en el lleno de sus fuerzas para solemnizar la victoria conseguida.

Aunque me sentí inundado en sudor al oír aquel *¡ay!* triste y penetrante, y temblé todo yo, no volví el rostro, y cuando me condujeron otra vez pausadamente al convento por en medio de la

iglesia, puse los ojos en el suelo y no me atreví ni un momento a alzarlos de él, como si temiese las miradas sañudas de los enemigos a quienes había vencido. Pero mis oídos no pude taparlos, y pasé y aun me fue forzoso detenerme muy cerca de donde había nacido la confusión que siguió al pronunciamiento de mis votos.

—Estará loca, pobre niña —dijo una mujer.

—Hace rato —añadió otra—, que estaba diciendo entre labios que veía a un muerto, y que era el mismo muerto, que muy bien le conocía.

—¿Y no tiene padres la infeliz?

—Murieron en una refriega que hubo en su pueblo; y un viejo cura la tiene a su lado, y hoy la dejó salir conmigo.

No oí más, ni quise saber más, y cuando me encontré en mi celda me pareció imposible que hubiese ido a ella por mis pasos.

—Dios es siempre Dios —me dijo el padre José al oído—, y no abandona jamás al que se pone en sus brazos.

XLIII.
El libro de los consuelos.

No sé si sabré explicar lo que por mí pasó durante algunos días. Estremecíame a cada momento: sentía recorrer en mis venas con una celeridad increíble un frío interior que muchas veces creí que iba a dar conmigo en tierra. El ruido que formaban en los corredores las puertas de las celdas al cerrarse, y los pasos de los religiosos, el murmullo de las hojas de los árboles que en los patios crecían, los primeros tañidos de la campana al principiar cada toque, la primera vibración del órgano en nuestras solemnidades, y la primera nota de nuestros cantares en el coro, resonaban en mis oídos como otros tantos ayes repentinos, lúgubres, arrancados de lo más profundo del pecho. Y era necesario que hiciese un esfuerzo para volver en mí, y reconocer la realidad de lo que me daba espanto. Pero aquellos ayes tomaban otras formas, y cuando no podían entrar en mi corazón por mis oídos se abrían paso por mis ojos. Las imágenes que veía en los cuadros de los corredores, y en el mismo templo, me parecía que fijaban en mí unos ojos desencajados, y alargando el rostro lívido, abrían la boca con la expresión del mayor espanto; y luego se desvanecían, y no necesitaban hablar para que yo entendiese que decían: «¡Ay!, es un cadáver que vive.»

Y si me ponía en oración, la imagen misma del crucificado daba a mi entender en su agonía ayes lastimeros, y yo interrumpía mis preces para mirar si era verdad aquel prodigio, o bien un efecto de mis ilusiones. Y si abría mi libro de rezo, todo eran en él siniestras predicciones, lamentaciones del quebranto, ayes dolorosos proferidos en medio de los tormentos. Todo temblaba al rededor de mí, todo prorrumpía en quejas plañideras, todo daba unos suspiros que me llegaban al alma.

El segundo día que siguió al de mi profesión fue muy lluvioso. El templo estaba casi desierto, y nuestros cantos resonaban en él llenándole enteramente. Divisé una mujer de rodillas junto al presbiterio. Al instante aparté los ojos; pero en el coro, y en los corredores, y en mi celda, me pareció que la veía y me miraba, y que el gotear de la lluvia sobre los techos y los árboles, era su llanto que caía a raudales. Me parecía verla caminando sobre los sepulcros, y registrándolos uno por uno para saber si había desaparecido de ellos el cadáver que buscaba. Miraba si había restos, y viéndolos, dejaba caer la losa que había levantado. Y al llegar a alguno que encontró vacío, rompió en lamentos y gemidos.

La campana dio el toque de estudio, y yo me dirigí a la biblioteca. Estaba desierta. Registré muchos libros buscando en ellos alguna cosa que se adaptase a mi situación y me sirviese de algún

consuelo. Desde una ventana se veía el mar, que estaba proceloso. En vez de mirar al libro fijaba mi atención en las olas, y en la lluvia que sobre ellas caía a torrentes como para calmar sus iras. Parado, con las manos puestas sobre el libro, y los ojos clavados en el mar, me asaltó la idea de que acaso era yo la causa del infortunio de algún ser desventurado. Esta idea me daba vueltas a la mente, bajaba al corazón y le envolvía en un estambre sutil, subía nuevamente, henchía la imaginación, desprendía de ella nuevos hilos, y otra vez los rodeaba al corazón, hasta que a aquella y a éste les dio a entender que era yo un monstruo que me había complacido en dar tormento a una alma cuya suerte me habían confiado. Escóndete en la lobreguez de la tierra, me decían entrambos, y no salgas más de sus senos tenebrosos. ¿Para qué te han dado el ser, si en ti le ahogas y le aniquilas? ¿Para qué buscaste en otro ser un contacto que reanimase tu vida y la suya, si en tu interior negro tenías preparado el soplo que había de matar el ser que atraías, y a ti amilanarte y reducirte a polvo carcomido? Y creí que el viento y la lluvia y las olas se juntaban para dar mas fuerza a sus dolientes alaridos.

Hube de apartar los ojos de aquellos objetos, e incliné mi rostro sobre el libro, que salpiqué con mi llanto. Entonces resonó muy baja en mis oídos una voz muy conocida.

—¿Qué está leyendo, hermano? —me dijo con ternura el padre José.

Volvióme en mí, no tanto su acento, como el modo de hablarme, que era nuevo en él. Ya no me tuteaba como cuando me daba el nombre de hijo suyo; ya no me llamaba su querido Manuel, sino solamente su hermano. En efecto, me acordé de que era y debía ser hermano suyo hasta la muerte.

—Este libro —continuó—, que mañana tal vez le será útil a mi hermano, hoy puede serle dañoso. Es un libro excelente para un anciano, y no tan bueno para un joven.

—¿Qué leeré, pues —le dije—, padre mío?

—Mi hermano —me respondió—, no ha de leer ningún libro escrito de mano de hombres; la paz que le conviene, sólo en el que dictó Dios la encontrará.

Diciendo esto me presentó el libro de rezo, y me dijo que tradujese y parafrasease a mi modo los versículos que me señaló.

Hícelo así, y a medida que iba escribiendo me tranquilizaba.

—Léalo, hermano —me dijo el padre José.

—Ora me esté quieto, ora me mueva —dije yo dictándome en alta voz mientras escribía—, ninguna acción mía ignoráis, Dios mío.

—Y es cosa clara, hermano —decía el padre José, como si comentase mi paráfrasis—, porque él os conoce perfectamente, y sabe por prueba hasta dónde alcanzáis.

—Descubrís —continué yo—, desde lejos, y aun antes de su formación, mis más recónditas ideas, y la urdimbre de mis pensamientos, y los hilos de mis pasos. Y sin que hable sabéis lo que quiero decir, y sin que me mueva veis a dónde intento encaminarme. ¿A dónde huiré que vuestro inmenso espíritu no me vea?

—Si sube, hermano, al cielo —dijo el padre—, allí le hallará; si penetra en los abismos le hallará también; si pasa de oriente a poniente y se esconde en los confines del mundo, hallarle ha también.

—Porque para vos —escribía yo—, no hay obscuridad en las tinieblas, ni hay noche que no sea día; y leéis en mi pecho, y escudriñáis mis afectos y mis deseos desde que me engendró mi madre.

—Y todavía —decía el padre—, no acertaba mi hermano a concebir ninguna idea, cuando ya Él leía en todos sus futuros pensamientos, y penetraba en los arcanos de sus más recónditas meditaciones venideras.

—Mi alma, Dios mío —escribía yo—, desfallece anhelando ardientemente que la saquéis de la angustia en que suspira; mis ojos se cansan registrando por do quiera en busca de los consuelos que de vos esperan; mi mente está árida y fría como una planta expuesta al viento y a la escarcha: mas no olvidaré vuestros mandatos. Sondead mi corazón y ved si hablo con verdad, y si os parece que me alejé del buen camino, obstruid el aliento de mis días, y enseñadme la eternidad.

—Una y mil veces afortunados —dijo el padre—, los que sin tropiezo siguen la senda que han trazado los preceptos santos. Todos los dolores, todas las miserias, todos los quebrantos, son cosa vieja, de todos conocida. Los mandatos divinos son siempre nuevos, y siempre superiores a las humanas flaquezas. ¿Quién da hoy un gemido que otro no le haya dado ayer? Pero en el cumplimiento de la ley santa siempre hay abnegaciones nuevas.

—El Señor —dije yo a mi vez—, oyó mis preces. Sentí las angustias de la muerte y entreví los horrores de la tumba; pero Dios me levantó de mi abatimiento y de mi tristeza. Invocarle he pues a todas horas, y le ofreceré sacrificios, y he de acudir al templo, y a vista de todos cumpliré los votos que le tengo hechos.

No sé cómo fue que yo cesé de dictarme y de escribir, y el padre José cesó de comentar mi escrito, y me encontré en sus brazos, apoyada mi cabeza sobre su hombro.

—Ha dicho mi hermano que había entrevisto los horrores de la tumba. Pues bien, le familiarizaré con ella, y haré que lea algunas lecciones en su seno.

—En el seno de la tumba? —le pregunté asombrado.

—Allí donde la luz del sol es impotente, pero donde Dios habla. Sígame, hermano:

XLIV.
Las catacumbas.

Le seguí, y al pie de una escalera encendió un farol, y penetramos en una gruta cuya frescura me fue grata sobremanera. Dimos en ella tres vueltas, y cuando ya me parecía imposible poder ir más lejos, abrió el padre José una alacena descubierta, colocada en la pared de la gruta, que servía para poner a refrescar el agua, y por ella nos internamos en una especie de catacumbas. No había allí otra luz que la nuestra. Las paredes estaban cubiertas de nichos irregulares, de ataúdes de piedra, de estatuas colosales, y de inscripciones.

—Todas estas cenizas —me dijo el padre José—, estuvieron un día organizadas y animadas, y obedecieron a una mente. Si pudiésemos preguntarles con esperanza de que nos respondiesen, les pediríamos que nos dijesen qué pensamientos les agitaron, qué esperanzas tuvieron, qué ilusiones se formaron, y por último qué realidades encontraron al terminar de su carrera. Y si ellas pudiesen respondernos, nos dirían que fueron lo que fuimos, que han sido lo que somos, y que son lo que seremos. Pero por algunas de ellas nos responden los nombres que en la piedra vemos esculpidos. Mire este ataúd, hermano.

—Le veo, padre —le respondí.

—Pues ahí tiene —continuó—, un buen ejemplo que imitar. El soplo de las pasiones había agostado los días del que en este sepulcro yace, cuando llamó a las puertas del claustro. En él sintió que su corazón se serenaba, y le pareció que se aliviaba de un peso inmenso. Pero el espíritu maligno comenzó a tentarle. Las pinturas, las columnas, las plantas, los manjares, las estatuas que en las mismas aras se veneran, todo tomaba a sus ojos una expresión fantástica, todo le recordaba lo que al otro lado de las puertas del claustro dejó. Un día se echó a los pies de un venerable hermano, y le dijo: «No puedo más, hermano mío.» «Acudid a Dios», le dijo el venerable. «¿Cómo he de hacerlo, insistió el otro, si la misma imagen ante la cual me postro toma una nueva forma, y todo me lo recuerda menos lo que busco?» «Cerrad los ojos y acudid a Dios», dijo el venerable. «¿Y qué

diré, repuso el atribulado, si todo lo tengo dicho ya?» «Decidle a todas horas, respondió el venerable, la dominical, hasta que la comprendáis perfectamente...» Y por la dominical triunfó de su enemigo.

—Y creéis, padre —le dije yo—, que bastará también a disipar mis amarguras?

—A ella —respondió—, ha de añadir, hermano, el ejercicio de un fervoroso misionero. El ánimo le tiene propenso en demasía a la abstracción y a las meditaciones. Este nicho le hablará mejor que no pudiera hacerlo mi lengua ruda. En él descansa uno que se perdía de puro contemplativo, y se acarriló bellamente con solo entregarse a las fatigas de las misiones. Iba de un pueblo para otro incesantamente. Todos clamaban por él, a todas partes debía acudir, y esta agitación continua le sanó de sus visiones. Entregábase al rezo, a la predicación, al confesonario, y de todas estas prácticas salía diariamente más acrisolado. Murió de una manera extraordinaria. Cierto día, acababa apenas de salir del colegio, cuando volvió a él diciendo que volvía para morir. Y en efecto murió pocos instantes después.

Dimos algunos pasos más en aquella silenciosa morada que repetía, abultándole, el ruido de nuestras pisadas, y multiplicaba nuestras palabras de una manera asombrosa, aunque a media voz las profiriésemos. Tropecé en un cráneo, y el padre José le levantó, le besó, y le puso sobre uno de los ataúdes.

—En este ataúd —me dijo, descansa un religioso que permaneció oculto, como un nuevo Atanasio, muchos meses en medio de estos sepulcros. Los que en el siglo buscan entretenimiento en las lecturas frívolas, las más veces parto de una desarreglada fantasía, encontrarían la realidad de la historia de ese que fue hermano nuestro, infinitamente superior a aquellas desmañadas invenciones. Aquí se mantuvo durante un sitio y unos asaltos horrorosos. El mundo hacía sobre su cabeza un estruendo formidable, y él vivía sosegado entre los muertos.

—¿Y era misionero también? —pregunté yo.

—Misionero que con el breviario en la mano y la cruz en la otra iba atrayendo a sí a los desventurados, y les daba consuelo. Nadie podía escucharle sin que sus ojos se convirtiesen en dos fuentes. Durante su noviciado murió su hermano mayor, con lo que recayó en él un pingüe mayorazgo. Muchos de sus antiguos amigos acudieron a él diciéndole que volviese al siglo, y obtuvieron del padre provincial que retardase por medio año su profesión religiosa, para ver si de su obstinación triunfaban. Pero nada pudieron recabar de él: y todas las noches antes de profesar decía que estaba sosteniendo una guerra sin tregua, y librando combates encarnizados contra las heredades, las fincas, los montes y los dineros de sus mayores.

—¿Todos, pues —pregunté—, antes de triunfar tuvieron que combatir a todo trance?

—Todos, hermano —me respondió el padre José—. A esotro que aquí yace le llamaron por su candidez y por su afabilidad el palomo del convento. Cierto día un enfermo a quien socorría le dio un bofetón, y él, volviendo la otra mejilla, le dijo que se había equivocado, que eran dos los que merecía porque no había sabido atraerle a amar a Dios; con lo cual el enfermo se echó a llorar y creyó.

En esto, saliendo de un corredor estrecho, se presentó a mi vista un verdadero templo subterráneo, muy bajo, pero lleno de columnas que sostenían unas arcadas admirables por su solidez.

—Nos encontramos, hermano —me dijo el padre José—, debajo de la iglesia que oyó poco ha pronunciar unos votos solemnes.

—Los recuerdo —le respondí.

—Entonces —añadió—, prepárese, hermano, porque ya podemos dirigirnos a nuestro colegio, dejando este recinto que hasta hoy nos sirvió de albergue.

—¿Y daremos comienzo a nuestras tareas, padre, recorriendo los pueblos, y llamando en torno de nosotros a los fieles?

—O tal vez siendo objeto de escarnio para muchos desgraciados. Pero nosotros no por esto les daremos pruebas menos claras de nuestro cariño. Porque los infelices, rodeados por todas partes del oropel del siglo, no aciertan a creer bellas otras cosas que sus piedras y sus metales preciosos. Sin ellos creen que el alma les falta. La verdadera vida para ellos son los mármoles, el alabastro, y los dorados artesones, como si jamás hubiesen de desprender de ellos sus miradas. Y nosotros hemos de decirles que la vida no es más que la senda que conduce al sepulcro. Mire, hermano, si les ha de ser penoso hacerse cargo de que viven muriendo, y de que la vida que llevan es el llanto, la desesperación y la ruina, y de que la dicha está junto a las tumbas cuya vista les da espanto.

Diciendo esto volvimos al corredor de los sepulcros, y el padre José se detuvo en él delante de algunos nichos vacíos.

Guardó silencio por unos instantes, y pareció que con sus miradas trataba de escudriñar los senos de aquellas mansiones tenebrosas. Uno de los nichos vacíos llamaba particularmente su atención.

—Estas moradas no tienen habitantes —dijo por fin—. Durante algún tiempo he podido abrigar la esperanza de que en alguna de ellas podría hallar su último descanso ese mi cuerpo cuyas fuerzas conozco que se van agotando. Pero Dios lo ha dispuesto tal vez de otro modo.

—Aun —le respondí—, podéis ser útil a los hombres, y más que a ningún otro, a ese vuestro hermano. ¿Quién sabe si volveremos algún día a este convento?

—Hermano mío —repuso el padre José—, yo quería infundirle desapego para las cosas de la vida, y heme aquí que yo mismo me siento débil y sin bríos, sólo porque algún día llegué a desear que uno de esos nichos me sirviese de sepulcro. ¡Cuán frágiles somos, Manuel, y cuán deleznables en todo!

Calló de nuevo, y al fin echó a andar, diciendo:

—Soy un niño, soy un niño.

Pocos días después nos encontrábamos en nuestro colegio.

XLV.
El colegio de las misiones. Memorias tristes.

El colegio de misiones a donde nos trasladamos está situado en una posición admirable. Desde ella domina la vista una deliciosa y fertilísima llanura. Tárdase una hora de penosa subida en llegar al convento. Rodea a este y le defiende de la impetuosidad de los vientos un bosque que levanta sus frondosas copas en medio de un áspero e inculto monte. Desde las ventanas de aquella placentera morada se descubren a lo lejos y recrean el ánimo mil objetos varios, cercanos unos e imponentes, lejanos y más agradables otros.

Durante la dominación árabe, la cual en esta comarca fue muy corta, se levantó aquí un castillo desde cuyos muros los invasores hacían oír sus mandatos en contorno. Alonso I de Aragón los arrojó de él, y purificando la guarida, transformóla en un claustro, del cual hizo donación a los canónigos regulares de San Agustín. Cuatro siglos le ocuparon estos nuevos poseedores, y por fin un jefe supremo de aquel arzobispado le entregó a los recoletos franciscanos, quienes le erigieron en colegio de misiones.

Parece una habitación levantada en medio de un desierto verde y frondoso. Por donde menos, dista de poblado una legua. En los inviernos rigurosos, aquel verde de distintos matices se cubre de una blancura brillante: entonces las nieves interceptan el paso a los que van en busca de comestibles, y a veces por muchos días se espera en vano su vuelta deseada, y los religiosos se ven precisados a pasar por todas las privaciones que experimentan los habitantes de una ciudad sitiada.

La iglesia es sencilla. Consagrada a mediados del siglo doce, van ya siete que sus labradas piedras se conservan del mismo modo que fueron asentadas. Observábamos aquí el mismo método de vida que antes dije, sólo que anualmente hacíamos dos salidas, una en la primavera y otra en otoño. Tomadas las órdenes en la sede del arzobispado, y obtenidas las dispensas convenientes, fui yo uno de los destinados a recorrer los pueblos, y casi siempre iba en compañía del padre José. A veces nos internábamos en Aragon y en Valencia; otras pasábamos los lindes de Francia y llegábamos hasta Perpiñán. Por lo común eran en otoño cuatro o cinco las ternas que salían del colegio, y en abril dos o tres, de manera que sólo quedaban en él las personas más necesarias para las observancias prescritas.

Nuestra permanencia en los pueblos grandes duraba a veces un mes, y en los pequeños quince días. Casi siempre íbamos a pie, por cansados que nos sintiésemos, y sólo hacíamos uso de carruaje o caballería cuando el mal tiempo o alguna indisposición y premura lo reclamaban. Conocíamos, sin verle, que nos acercábamos a algún vecindario corto, cuando muchos de sus moradores salían a recibirnos en despoblado, y en algún modo parecían darnos una escolta de amor. En ellos, sólo el vernos era una fiesta pública, y nuestra visita producía instantáneamente sus efectos. Sus habitantes, metidos en chozas de piedra, en un rincón de montaña, tenían sed de sensaciones morales, y abrían su pecho ávidos de recibirlas. No así en algunos pueblos grandes, donde entrábamos en medio de una notable indiferencia, y teníamos necesidad de ser oídos para ser bien vistos. Cansados de sentir a su modo, sus vecinos estaban muertos para todas las conmociones que el corazón guarda independientes de los sentidos; y era necesario tocar en ellos las fibras más delicadas, para que diesen unos latidos vigorosos. No admitíamos en ninguna parte otras visitas que las del cura y las autoridades, a no ser que nos eligiesen en una especie de jueces de paz entre partes o para reconciliar a algunos enemigos. En estos casos nuestra morada se convertía en una especie de juzgado, en donde no hablaban dos personas a un tiempo, sino una después de otra, y en donde los fallos del juez eran recibidos con lágrimas. El restablecimiento de la concordia entre dos corazones enemistados era el mayor de nuestros triunfos.

Sólo un recuerdo triste, en medio de otros mil satisfactorios me dejaron los viajes que entonces emprendí. Un día me dijo el padre José que me armase de valor, porque iba a recorrer unos sitios que me eran muy conocidos. Nos acercábamos a la villa en donde pasé mi infancia. De nadie fui conocido. Entre nuestros oyentes no hubo ninguno de aquellos que algunos años antes tan tiernamente me quisieron. Otros inquilinos ocupaban sus moradas. El ambiente era el mismo, idénticos los paisajes, igual la fisonomía de la villa. Las olas retozaban como en otro tiempo sobre la playa. El viejo vigía de San Telmo aun existía abrumado bajo el peso de sus canas. Cuando fuimos a visitar la ermita le encontramos ocupado en adornar el altar. Nos acompañó allá el alcalde del pueblo, ignorando que sabía yo el camino mucho mejor que él.

—En otro tiempo —nos dijo el vigía—, hubieran vuestras paternidades admirado en estas gradas unos vistosos ramos de flores. Aquí los mandaba una joven que ya no existe para esta ermita. Era la perla de estos contornos. Pero la desgracia se cebó en su familia. Murió el primero lejos de estos sitios un hermano suyo adoptivo. Al cabo de un año sus padres fueron víctimas de los bandos civiles. Un tío del joven la sirvió de padre mientras vivió. Llevóla a la capital del principado, en donde dicen que estuvo en un tris de volverse loca por haber visto el alma de su primo.

—¿El alma de su primo? —dijo el alcalde—; nos contáis, buen Antonio, una curiosa conseja.

—No sé lo que son consejas —respondio el vigía—, pero puedo asegurar a sus paternidades que lo que digo es la verdad. Ella dijo haber visto el alma de su primo, y oído su voz que la decía no sé qué.

—¿Esto dijo? —preguntó sonriéndose el alcalde.

—Tengo la memoria tan débil —respondió el anciano—, que muchas veces me he repetido lo que el alma le dijo, porque era una cosa muy extraordinaria, y ahora no puedo recodarlo, por más que haga. Pero sí recuerdo que ella hizo al pie de la letra lo que el alma le dijo.

—¿Y que hizo ella, sepamos, para dar fin a la historia? —dijo el alcalde.

—Ella —respondió el anciano—, sin apartarse de ello un ápice, hizo lo que el muerto le mandó.

—Y el muerto la mandó no sé qué, y ella hizo no sé cuántos, y de este modo el cuento será cuento de cuentos —dijo el alcalde soltando una estrepitosa carcajada—; sal no le falta, amigo, a la historia, que digamos.

Mientras duró este diálogo, el padre José y yo permanecimos en silencio sentados junto a la ermita, y volviendo en torno nuestro las miradas. Pero mi corazón estaba atado a las palabras del vigía, y cuando éste dijo que la joven había hecho lo que el muerto la mandó, descosíanseme involuntariamente los labios para preguntar aquello mismo en que el alcalde insistía, y como mi deber me los cerraba luego con triple candado, por poco no caí desfallecido.

—¿Y la historia debió de poner su «Laus Deo» en el punto de hablar el muerto? —preguntó el alcalde.

—No sé —respondió el vigía—, si hay en la historia ese «Laus Deo» que decís y que no entiendo, pero sí os diré que hay en ella otra cosa que ha dado mucho en qué pensar.

—Sepamos lo que hay pues —dijo el alcalde—, si es que la memoria no se os va también por esos cerros.

—Es el caso —respondió el buen anciano—, que un marino iba a casarse con la joven, y desde que ella hizo lo que el muerto la dijo, de alegre que antes era y muy franco y bonachón, se volvió grave, reservado y un poco maldiciente. De manera que cuando vuelve de viaje y se llega por acá me espanta el oírle. Es de los que dicen que el convento que desde aquí veis confía verle reducido a escombros.

—¿Y qué espera sacar de ellos? —preguntó con mucha amabilidad el padre José.

—Qué sé yo —respondió el vigía—; dice que es un buque viejo y carcomido, que está a punto de hacerse polvo.

—¡Pobre Anselmo! —dije yo sin poder contenerme.

El honrado Antonio me miró un buen espacio, dando muestras de la mayor sorpresa.

—¿Luego le conocéis? —me dijo.

Y mirándome de hito en hito como si buscase en mí alguna cosa perdida, al fin profirió pausadamente estas palabras que a mí iban dirigidas.

—Ya no me admira que la joven dijese que vio a un muerto, pues en vuestra paternidad me ha parecido a mí de golpe que veía, no uno, sino dos cadáveres; el de un marino que murió veinte años ha, y el de su hijo que ha trece años que no existe.

Y cuando nos despedimos de él todavía se quedó mirándome mientras bajábamos por la colina de San Telmo.

XLVI.
Principia la guerra civil. Cartas del guerrillero.
Nos hacen abandonar el colegio.

Las palabras que dijo el anciano vigía haber oído proferir al piloto, revelaban los progresos que en la opinión pública hacía la idea de la inutilidad de nuestros establecimientos, de unos tenazmente defendida, y de otros con esfuerzo combatida. Había principiado ya la guerra civil de los siete años, de manera que nos fue forzoso suspender nuestras salidas autumnales y primaverales.

Encerrados en nuestro convento, sólo desde sus ventanas podíamos respirar el aire puro de los bosques que nos rodeaban, porque hasta de las salidas de los jueves nos privábamos. Algunos de nuestros amigos habían desaparecido, diciendo que en aquellos días de general congoja las misiones debían recorrer los campamentos. Sorprendíanos a veces en medio de nuestras religiosas ocupaciones el estruendo de las armas, la voz de los combatientes, el grito entusiasta de los vencedores, y el alarido de los fugitivos; pero nosotros no por esto cesábamos en nuestras preces, antes las repetíamos hasta que volvía a reinar el silencio en aquellas soledades. Y cuando a deshora oíamos el redoble del tambor, o el agudo son de una corneta, al momento acudíamos al templo como si nos llamase el tañido de una nueva campana, y allí, pegado el rostro contra el suelo, entonábamos en voz apagada los salmos con que se imploran las misericordias de lo alto.

Un día recibí una carta de uno de los que habían abandonado nuestra morada. Decía así:

EL GUERRILLERO A MANUEL.

En caso de guerra civil, no tiene honor quien no se decide por uno u otro bando. Esta fue una de las leyes de Atenas.

Echa tu suerte con los buenos; no te detengas un momento entre los malos; separa tu pie de sus veredas, porque encaminan a un abismo. Esto lo pronuncian diariamente tus labios.

Yo no divido la sociedad en los días de crisis sino en hombres y en mujeres: todo hombre que tiembla, o vacila, es mujer.

A las grandes injusticias siguen los grandes sacudimientos. Entonces el talento descuella, sin que la destrucción pueda sepultarle; la sangre le circunda, pero él sobrenada en ella.

Despierta, hombre aletargado. El país te llama. ¿Qué es la existencia sin la gloria? Ayer dijeron «nació un hombre» y mañana dirán «ha muerto un hombre», y otro preguntará «¿qué hizo este hombre?» Si nada, muerto quede; si fue un héroe, entonces comenzará la vida del hombre muerto.

Todavía ignora tu patria si eres hombre. Ven a decírselo, que ya sonó la hora.

El Guerrillero.

Enseñé esta carta al padre José, y por su consejo contesté a ella de esta suerte:

MANUEL AL GUERRILLERO.

Hermano el más querido en Dios: ¿es posible que veas la gloria allí donde descubres talados los campos, incendiadas las mieses, saqueados los pueblos y sumidas en el llanto y la desesperación millares de familias? ¿No conoces, desgraciado, que no se desarma la cólera del cielo parodiando con nuestras pobres iras sus rayos poderosos? ¿No sabes que la Providencia tiene destinadas pruebas para todos, y que estas pruebas cesarán, sin necesidad de combatirlas con la humana furia, cuando el Omnipotente quiera, y acaso por el medio que nos parece menos asequible? ¡Oh! vuelve en ti, hermano, y considera que juramos ser muertos para la vida, y que solo nos toca orar sobre nuestros sepulcros.

Manuel.

A los pocos días recibí en contestación a mi carta la que sigue:

EL GUERRILLERO A MANUEL.

¡Blasfemo! Guarda tu pluma empapada en hiel y veneno; teme que la ira del Dios que invocas no caiga sobre tu cabeza. ¿Ignoras acaso que la tierra fue inficionada por sus moradores porque

traspasaron las leyes, mudaron el derecho, y rompieron la alianza sempiterna? ¿Y no te dicen los libros santos que por esto cesará el gozo, se acabará la algazara de gente alegre, callará el sonido de la cítara, y el Señor desolará la tierra, y la despojará, y afligirá el aspecto de ella, y esparcirá sus moradores? Para ti que eres morador de la tierra será el espanto, y el hoyo, y el lazo. Y si quieres huir del espanto, caerás en el hoyo, y si escapas del hoyo serás preso en el lazo, porque serán sacudidos los cimientos del orbe. ¿No has leído, di, la terrible amenaza del profeta a los egipcios, de que en el día de la ira serán como mujeres, estúpidos y medrosos? Como ellos puedes ser mujer; como ellos puedes temblar; pero no levantes la voz como los ministros del Dios de los rayos; toma la rueca y oculta tu temblor bajo la saya.

El Guerrillero.

Cuando el padre José leyó estas líneas le vi juntar sus manos y elevarlas en alto; y poniendo en el cielo una tierna mirada me dijo:

—Sólo Dios que lo permite puede remediarlo. Por mi parte, Manuel, al Dios de paz y de misericordia invocaré siempre, y no pretenderé borrar las manchas de sangre con otra cosa que las lágrimas.

No son para contadas las amarguras que desde entonces nos rodearon. Apenas pasaba día sin que las cercanías de nuestra morada fuesen teatro de alguna escena sangrienta. Ya era un moribundo que imploraba los socorros santos, y a quien acudíamos para desatar de su alma los lazos con que la humana ira la sujetaba. Y luego los enemigos de aquella víctima llamaban a nuestras puertas con imprecaciones, y nos hacían furiosos cargos porque habíamos dado acogida y socorrido en sus últimos momentos a un desventurado. A lo mejor entraban tropas desbandadas, se apoderaban de nuestros comestibles y de cuanto lienzo encontraban, y por despido destrozaban nuestras camas y todos nuestros muebles. El padre José, por aquel tiempo guardián, reunía entonces en el templo a todos los religiosos, y mientras en los patios y en los corredores resonaban la gritería, los pasos, el ruido de las armas, y los juramentos de nuestros huéspedes, elevábase al Eterno nuestro canto grave implorando su benignidad y sus consuelos.

—Hermano Manuel —me dijo un día el padre José—, leed este papel.

Era un oficio de cierta autoridad que, a título de consejo y andando en vueltas sobre si podría o no responder de nuestra seguridad, le mandaba desocupar el colegio dentro de algunas horas, y trasladarse con todos nosotros a la capital del Principado.

Cuando en reunión general se leyó ante los religiosos el oficio, nos enternecieron sobremanera los sollozos y los gemidos de un anciano casi impedido. Decía que le abandonásemos a la merced de la Providencia, expuesto a la sed y al hambre, delante de la ventana de su celda. Miraba al bosque y al cielo, abría los labios para respirar con más soltura aquel ambiente hasta entonces tan vivificador y tan tranquilo.

—Mis días son contados —exclamaba—, y no está en vuestra mano alargarlos llevándome con vosotros: dejad que en mí se cumplan los designios del Altísimo.

—Obedezca, hermano —le dijo el padre José—, y no tema que el sol deje de alumbrar la tierra, aunque entre día y día sean muy largas algunas noches.

Y dejando cada mueble en su puesto fuimos a postrarnos en la Iglesia delante del altar mayor, y entonamos solemnemente el salmo de «Oh Dios, no calles mi alabanza.»

Todos pronunciamos con el más vivo fervor las palabras del profeta, que verdaderamente parecían escritas para nosotros, y para la triste situación en que nos encontrábamos.

«Publicad —decíamos—, oh Dios, nuestra loa en defensa de nuestra inocencia oprimida; porque mil lenguas se han desatado en calumnias contra nosotros; y nos han malquistado con todos para que sin motivo nos persigan.

»En vez de corresponder al amor que siempre les tuvimos, no cesan de acosarnos, y sufriéndolo todo les respondemos con el silencio, y por ellos oramos de día y de noche.

»Con maledicencias han pagado los beneficios, y con odio irreconciliable el amor que siempre les tuvimos.»

Al entonar el padre José este versículo, había tanta verdad en su acento, que los sollozos le embargaron la voz; y nosotros, testigos de la caridad de aquel digno religioso, sólo pudimos hablar con los gemidos.

De este modo salimos del colegio para no volver a pisar nunca mas sus umbrales.

XLVII.
Vuelvo a la capital del Principado.
Noche de incendios y de horrores.

Volví, pues, al convento en donde pasé mi noviciado. Recorrí de nuevo aquellos largos corredores, aquellos espaciosos patios, y aquel huerto que yo había cultivado. Postréme otra vez delante del altar en donde pronuncié mis votos; pisé aquellas losas sobre las cuales permanecí tendido y desde donde oí aquel *¡ay!* que por tantos días turbó mi sosiego. La celda que esta vez me destinaron daba al mar, y desde ella oía en los días de bonanza el monótono susurro de las olas que salpicaban las rocas, y en los de borrasca, a pesar mío, interrumpía a veces mi rezo para escuchar el estruendo de los rompientes mezclado con los silbidos del viento.

En verdad que estaba ignorante de todo cuanto pasaba fuera de mi convento. Solo sabía que la guerra civil estaba más encendida que nunca. Por lo demás, ocupado todo el día en las prácticas ascéticas, las horas dedicadas al estudio las pasaba en la biblioteca, casi siempre solitaria. Pero notaba yo frecuentes reuniones de religiosos en la celda del padre provincial. Parecíame que veía pintada la zozobra en muchos semblantes, que anteriormente vi siempre graves e impasibles. A deshora oía ruido de pasos en los corredores, y cómo abrían y cerraban algunas celdas, y el rumor que se iba perdiendo a lo lejos hacia donde tenían lugar las juntas misteriosas.

Una noche llamaron a la puerta de mi celda muy callado, y entró el padre José.

—Levántese, hermano —me dijo—, que la hora del peligro se acerca.

Estábamos en mitad del verano y yo había dejado entreabierta la ventana. Por ella entraban los rayos de la luna que delante de mí trazaban en el mar un campo argentino. La noche era tranquila, y no se percibía ni el menor soplo del viento. Entre el mar y mi celda mediaba un pequeño patio y la muralla que por aquel lado defiende la ciudad y opone un dique a las olas. Cuando yo me levanté, uno de los centinelas daba la voz de alerta, que otros repetían hasta perderse en lontananza. Nada más triste en aquel momento que la repetición de esta especie de ecos, próximos unos, lejanos otros, alarmantes y lastimeros todos.

—¿Qué hay, padre? —pregunté.

—Estas voces lo dicen por mí —respondió el padre José—; estos gritos, que parece que se los lleva el aire, y que de aquí a poco volverán a oírse para ser repetidos nuevamente, nos indican que nuestro sueño ha de ser corto, no sea que de él despertemos en mal hora.

—¿Nos amenaza alguna gran desgracia? —pregunté yo.

—Desgracia será —respondió el padre—, si no estamos prevenidos para recibirla; pero se convertirá en felicidad suprema si nos halla bien dispuestos. Oiga, hermano: el siglo ha dicho que estas moradas debían desaparecer de la faz de la tierra, y que sobre sus cimientos debía abrir surcos el arado. Para ello es preciso desocuparlas antes.

—¿Debemos, pues, abandonar también este retiro? —le pregunté.

—Algunos de nuestros hermanos así lo juzgan —me respondió—: ellos creen que, confundidos entre las oleadas de la muchedumbre, podrán ser útiles algún día a los mismos que hoy tan ahincadamente nos persiguen; y también presumen que es deber suyo impedir que los malévolos consumen su atentado derramando sangre.

—¿Y se atreverían, padre mío —dije yo—, a derramarla en este recinto?

—Hermano —me respondió el padre José—, otras veces las mansiones de la penitencia, y hasta los templos del Señor han presenciado profanaciones espantosas; no será ¡ay de mí! la vez primera que las humanas pasiones han descarriado a muchos desventurados y precipitádolos en unas simas execrables.

—Entonces —le dije—, haced lo que otros hagan, padre mío; prevenid un crimen nefando. Buscad en el seno de las familias, en las cuales habéis derramado vuestros consuelos, buscad en ellas un refugio que os ponga a cubierto de las iras injustas en los días de la amargura.

—¿Y qué hará —me preguntó—, mi hermano?

—Vuestro hermano, padre mío —le respondí—, será feliz pensando que desde vuestro asilo vuestras oraciones han de elevarse a Dios para que le abra el reino de la paz eterna. ¿De qué sirvo yo, padre mío, o a quién soy útil, o quién hay que de mí se acuerde en su hora postrera, cuando los ojos del alma se van abriendo a medida que los del cuerpo se cierran? Yo he de esperar mi suerte, y desde esta celda emprender mi último viaje. Pero vos defraudaríais las esperanzas de los infelices que sin vuestros consuelos serían tal vez víctimas de la desesperación. Poneos en salvo, padre mío.

—Manuel —me respondió con dignidad el padre José—; aquel está en salvo que en Dios confía. Escóndase en los lóbregos abismos, en el seno del mar, en las entrañas de la tierra, que en todas partes el rayo de Dios ha de alcanzarle. Veo que para sí mi hermano opina mejor que para su hermano. Pero ya que a él no le falta el valor, que en tales días es un precioso don del cielo, tócanos cumplir, hermano, un mandato de nuestros superiores, que para esto vine a turbar su reposo.

Y saliendo de la celda le seguí por aquellos corredores en cuyo suelo dibujaba la luz de la luna las arcadas que le abrían paso y las columnas en que éstas se sostenían. Reinaba un silencio profundo, y lo único que lo interrumpía era el ruido de los pliegues de nuestro hábito a medida que nos adelantábamos. Dejando el corredor bajamos a tientas la escalera que conducía a la iglesia. Sólo una lámpara ardía debajo de su espaciosa nave. Allí nuestros menores movimientos, y hasta nuestra respiración, nos parecía que resonaban y se repetían en torno nuestro. Al padre José le pareció que el viento debía haber apagado otras cinco lámparas que siempre ardían, y me lo dijo al oído. Una de ellas, junto a la cual pasamos, humeaba todavía. Pero le respondí, casi sin abrir los labios, que aquella noche había sido y continuaba siendo bonancible.

Primero pusimos en salvo el pan sagrado. Después seguimos uno por uno los altares, y de ellos sacamos las reliquias más preciosas, los objetos fáciles de ocultar, y que eran blanco predilecto de la veneración de los fieles. No atendimos al valor material sino al moral de lo que salvábamos. Así es que cargó el padre José con una Divina Pastora de madera toscamente esculpida, y en la misma capilla no tocó dos lámparas de plata preciosamente labradas. Todo íbamos a depositarlo en la fresca gruta, de que hablé, abierta al pie de una escalera, con ánimo de entrarlo después en el corredor sepulcral, a que llamábamos las catacumbas. Acostumbrados a la lobreguez de la gruta, cuando volvíamos a la iglesia, a pesar de la luz escasa que la iluminaba, nos parecía que de la noche pasábamos al día.

Reunidos todos los objetos en la gruta, los introdujimos a tientas en el corredor de las catacumbas. Hecho el último viaje, el padre José me preguntó, en voz apenas perceptible, si al fin del corredor oía algún ruido. Paréme, detuve el aliento, y le respondí que en efecto me parecía que algo por aquel lado se movía. Nos adelantamos dándonos la mano; pero, al fin del corredor, cuando nos encontramos debajo la iglesia, nos pareció que el ruido, en vez de sentirse a nuestro lado, lo hacían sobre nuestra cabeza.

—Fue un miedo infundado —dijo el padre José—, nadie nos ha visto.

Y a tientas, como habíamos entrado, sin soltarnos de la mano, salimos del corredor de los sepulcros y nos encontramos en la gruta cuya frescura nos pareció entonces más deliciosa que nunca. Descansamos en ella unos instantes, no tanto para recobrar las fuerzas, como para observar en un completo silencio y recogimiento si por algún leve ruido podíamos presumir que alguno hubiese seguido nuestros pasos. Nada oímos. Saliendo de la gruta repetimos la misma prueba sentados al pie de la escalera; pero los claustros, y los corredores estaban tan silenciosos como la gruta. Por fin, volvimos a penetrar en la iglesia, y en ella, sin respirar apenas, inmóviles, atento el oído, escuchamos, y solo oímos nuestras propias pulsaciones.

Pero el padre José, sin dirigirme una palabra, apretándome con su izquierda mi derecha mano, me señaló con la otra el altar mayor. Desde luego noté lo que él había notado y quería significarme.

La lámpara del altar mayor, que al salir la última vez habíamos dejado encendida, estaba apagada ahora. ¿Quién la había apagado? No le faltaba aceite; la noche era quieta; el aire no tenía fuerza para dar un ligero temblor siquiera a los pintados vidrios de las ventanas del templo. Y donde los vidrios estaban rotos, las cortinas estaban inmóviles. El padre José me dijo que empezaba a creer que había alguien escondido en aquel recinto. Rodeamos toda la iglesia, registramos una en pos de otra las capillas laterales; todo estaba desierto. Seguimos los confesonarios, y nada pudimos descubrir.

—¿A qué turbarnos —me dijo el padre José—, por haberse apagado una lámpara? ¿No puede ser esto un aviso de la Providencia para significarnos que, al modo de aquella luz, muy presto nuestras vidas pueden extinguirse?

—¿Pero creéis, padre mío —le dije—, que está tan cercano el peligro como estas prevenciones lo indican?

—¿Y crees tú, Manuel —me dijo tuteándome como la vez primera que me habló con toda la efusión de su alma—, crees tú que la calma por la que en este momento estamos pasando no es precursora de una tempestad que de un instante a otro puede anonadarnos?

Dijo esto, y adelantándose muy despacio me hizo subir por una escalera que daba a las tribunas de la iglesia. Desde ellas, el fondo del templo parecía sepultado en la lobreguez más completa. Seguía yo a mi conductor sin hacerle la menor pregunta, avivando el paso cuando él le avivaba, o retardándole cuando él lo hacía. Recorrimos la especie de galería que en mitad de la altura del templo casi le rodeaba enteramente; detuvímonos en el coro, en aquellos momentos solitario, y en donde poco antes resonaran las preces de nuestros hermanos.

—El corazón me avisa —me dijo el padre José—, que nunca mas he de poder desde este sitio alabar a Dios.

Y sentándose en donde tenía de costumbre durante las horas de coro, cruzó los brazos sobre el pecho, inclinó la cabeza, y estuvo así un buen rato meditando. Después se dejó caer de rodillas y besó el suelo que él y sus hermanos habían tantas veces pisado.

—No me han de valer mis canas —me dijo—, ni mi dolor para que me permitan exhalar aquí mi último suspiro.

Sentí que mis párpados se humedecían al oír estas palabras, y asiendo de un brazo a aquel hombre ejemplar, le supliqué que, ya que en mis amargos días había derramado un bálsamo en mi existencia, no me sumiese ahora en el más triste desconsuelo.

—No haré tal —me dijo levantándose—; pero, Manuel, el corazón me dice que vas a quedar abandonado a tus propias inspiraciones. Si esto sobreviene, yo creo que tienes y conservas dentro de ti intacto un depósito de consuelos que contribuí a llenar, tomándolos del amor a Dios y del amor a los hombres. No lo agotarás fácilmente.

Levantóse diciendo esto, y se dirigió hacia una escalera por la cual subimos a las azoteas. Jamás desaparecerá de mi memoria el espectáculo que desde ellas presencié. Al primer golpe

parecióme que todo estaba tranquilo en torno de nosotros. Pero luego creí oír a lo lejos unos gritos extraños, prolongados, y de tiempo en tiempo repetidos. Después me pareció percibir ruido de gente que corría, y el galopear de los caballos sobre el empedrado de las calles, y hasta el choque de sables y espadas. De vez en cuando resonaba alguna voz aguda que parecía imperiosa, y a ella ordinariamente se seguían las carreras y el galope. Una de aquellas voces oí que por lo alto mandaba despejar la calle, y por lo bajo decía a la plebe que nada temiese.

De repente levantó cuanto pudo la cabeza el padre José, y le vi fijar su mirada hacia el centro de la ciudad.

—¿No ves —me dijo—, una como nube negra que se levanta muy cerca de donde ha de caer la torre de Santa Catalina? ¡Dios mío! parece que el sol la dora con sus rayos, y sin embargo estamos en mitad de la noche.

—Es un incendio.

—Sí —me respondió—, es un incendio voraz que está reduciendo a cenizas un templo y un convento grandiosos.

—¿Y cómo —dije yo—, no se oye que ninguna campana dé el toque de fuego?

—El toque de difuntos oirás, y no el de fuego. Esto es una hoguera fúnebre en la cual sobre los restos de la morada de Dios van hacinando los cadáveres de los que en ella buscaron un refugio.

—Ved ahí otra columna de humo —dije yo volviendo la vista al poniente de la ciudad.

—Sí —me dijo el padre José—, y también toma como la otra el color de fuego. Es otro incendio. Ese cae a mano izquierda de Nuestra Señora de Belén. Sin duda las llamas devoran la iglesia y el convento del Carmen. Hacia aquel punto cae. ¡Cómo suben las llamas hasta las nubes ! Mira cómo el fulgor de estas dos hogueras derrama por la ciudad un rojo resplandor que parece bañarla en sangre. ¡Incendiarios!

—¿Es decir —le pregunté con horror—, que estas llamas las ha encendido la mano del hombre?

—En tu niñez —me respondió el padre José—, acaso el estruendo del trueno te hizo temblar, o tal vez miraste con espanto los torrentes impetuosos o el mar embravecido. Entiende ahora que el hombre en sus furores es más temible que todo cuanto ha podido darte miedo. Manuel, pidamos a Dios que se compadezca de los desgraciados a quienes hasta tal punto arrebata la ira.

Diciendo esto, postróse de rodillas, y yo le imité; y levantando los brazos, y poniendo en el cielo los ojos humedecidos con el llanto, teniendo por bóveda las nubes y las estrellas, y por antorchas dos hogueras espantosas, se puso a orar como si estuviese delante del altar mayor de nuestra iglesia.

—Dios mío —decía—, no permitas que las llamas que ellos han encendido sean rechazadas sobre sus cabezas. Dales tiempo para que vuelvan en sí. Ellos mismos andarán algún día recogiendo como preciosos restos las cenizas que ahora van hacinando mal aconsejados de la ira.

Interrumpióse en esto y se levantó con azoramiento, diciendo:

—¿En dónde estamos? La ciudad se convierte en un mar de llamas. Un nuevo incendio hacia este lado de mediodía. Éste cae mucho más cerca. Es el convento de Trinitarios descalzos. Otro incendio todavía: hacia el convento de San José. ¡Oh iras y abominaciones de los hombres!

Estas palabras me arrancaron de la triste meditación en que me hallaba sumergido, y levantándome me pareció realmente que la ciudad condal no era otra cosa que un volcán, inextinguible. Cuatro columnas de humo se elevaban de su seno, y juntándose en las nubes formaban una negra bóveda, debajo de la cual todo parecía envuelto en llamas. El tercer incendio, que era el menos distante, despedía sobre nosotros un resplandor tan vivo que, mirando al padre José, su pálido rostro me pareció rojo e inflamado. Él no me miró. Jamás he visto una figura más inspirada y sublime que la suya en aquellos momentos terribles.

—La época del juicio final ha de estar cercana —decía contemplando aquel espectáculo espantoso—; el hombre mismo se afana por hacer trizas a la humanidad; los que han de ser destruidos invocan a la destrucción para que más pronto los anonade: la ira reina en todos los corazones, y la sed de venganza hace chispear todas las miradas.

—Los gritos se acercan —dije interrumpiéndole.

—En efecto —me respondió—, y suenan hacia el convento de la Merced. Son voces cansadas y enronquecidas a fuerza de furiosos clamores. ¿Oyes cómo gritan «fuego en ellos...»? Pero también resuenan penetrantes alaridos de hombres y mujeres. Son los vecinos que temen ser víctimas del incendio, y piden a los agresores que apaguen sus teas. Mas estos no quieren apagarlas. Y aquellos infelices ponen en el cielo unos gritos de desesperación que desgarran el pecho. ¿Oyes, Manuel? El furor y la gritería se aumentan. «¡Fuego!» gritan unos; «¡muera!» dicen otros. Esta vez los clamores del vecindario habrán sido útiles. Los incendiarios huyen.

—Sí, padre —le dije—, pero vienen hacia nosotros.

XLVIII.
El hombre de la tea. Muerte del padre José.

Y era verdad. Muy luego resonaron ante las puertas de nuestro santuario unos gritos espantosos, en los cuales la ira daba creces a las más nefandas blasfemias. Varias voces denotaban que los incendiarios no estaban acordes en su plan de exterminio.

—¿De qué nos servirá —decía uno—, destruir la madriguera, si se escapan las zorras?

—Penetremos antes en la mansión de los fanáticos.

—Y ninguno escape de ella con vida.

—Os vais a perder en un laberinto de corredores —decía otro—, y se os escapará la presa.

—No, que no habrá piedra que no removamos ni escondite en que no penetremos.

—De este modo descubriremos los tesoros que deben tener ocultos.

—¿Y para qué? Perezcan con ellos sus tesoros. Yo no quiero botín, sino sangre.

—Y venganza.

—Venganza implacable.

—Que el humo haga salir de su cueva a los reptiles.

—Así perecerán ellos y sus moradas.

—Fuego en ellos y en ellas.

Y hubo unos instantes de agitación sorda, y luego de silencio profundo. Miré al padre José, y le vi elevando al cielo una mirada dolorosa, caritativa, con la que parecía implorar al Eterno para que se compadeciese de los desgraciados a quienes un fatal alucinamiento lanzaba a cometer un horroroso sacrilegio.

—A tomar posiciones —dijo una voz de entre los agresores—: una brigada para cada salida.

Y se oyeron pasos, al parecer de los que formaban las brigadas, que iban a situarse cada uno en su puesto.

—Este convento enteramente aislado, amigos, se presta para una acometida en forma: no han de valerle vecinos llorones.

Sucedió a estas palabras otro intervalo de silencio, seguido a su vez de una estrepitosa gritería y palmoteo.

No tardamos en conocer la causa de esta explosión inesperada. Un vivo resplandor iluminó en aquel momento los edificios cercanos, sorprendiendo a más de un habitante timorato que con mano trémula entreabría curioso algún postigo y volvió a cerrarle espantado de que le viesen. Cinco veces se renovó aquel aplauso siniestro, y otras tantas un nuevo fulgor rojo explicó aquella infernal algazara.

El incendio ceñía nuestra morada y la alumbraba por todos sus ángulos y por todas sus puertas. Sentí que recorría mis venas un pavor frío y que todo mi cuerpo se estremecía. Iba a caer desfallecido cuando el padre José me recibió en sus brazos y me estrechó en ellos tiernamente.

—¿Te faltará valor —me dijo—, en el día mas hermoso de tu vida? ¿No sabes, hijo mío, que el galardón más precioso que puede esperar un misionero es la corona del martirio? ¿No me dijiste muchas veces que deseabas seguirme a lejanas tierras para dar ojos a los que no ven la luz, aunque este acto de caridad te costase el perecer entre tormentos? ¿No hemos hecho todo cuanto podíamos para que nuestros propios hermanos no se negasen a ver el sol que con sus rayos a todos nos alumbra? ¿Es culpa nuestra si un delirio lamentable les hace preferir la noche al día, y a la claridad el caos? ¿No te parecen dignos de compasión, ellos que en las propias tinieblas que amaban encuentran su castigo; y no te parece que es envidiable nuestra suerte, toda vez que vamos a morir por la fe que profesamos?

—A ellos, que se escapan —decían desde fuera.

—Venganza, venganza.

Y estos gritos iban confundidos con los ayes de alguna víctima.

—¿Oyes —me dijo el padre José— los últimos suspiros de algún hermano nuestro? El Eterno desprende su alma de la cárcel del cuerpo para elevarla pura a la mansión inefable.

—Éste ha dado ya su cuenta —decían los agresores.

—Es menester arrastrar su carroña, y descuartizarla —respondió otro con una voz enronquecida.

—No os cebéis en los cadáveres —decía otro.

—Paz con los muertos, no sea que nos escapen los vivos.

Yo continuaba estrechamente abrazado con el padre José, y le dije:

—No siento morir yo que de nada sirvo: pero, ¿no podré hacer un esfuerzo para salvaros a vos que tan útil podéis ser mañana a los mismos que hoy desean vuestra muerte?

—¿Y crees tú —me respondió—, que mi muerte, permitida en los designios del Altísimo, no puede ser acaso más útil para ellos que todos los afanes de una vida debilitada ya por las canas y los sufrimientos? ¿Ignoras que las iras de los hombres, a la manera del rayo, se apagan y quedan reducidas a la nada, luego que han llegado al colmo de su fuerza destructora?

Un ruido formidable que hizo retemblar el suelo en que nos sosteníamos, interrumpió al padre José. Una de las puertas incendiadas se había desplomado. Entre ella y las del templo mediaba un patio en el cual se precipitaron los agresores.

—Hijo mío —me dijo el padre José—, nuestro puesto está marcado delante de los altares; nuestro deber es morir postrados al pie del santuario. Valor en Dios, en aquel Dios que colmó para sí la medida de todas las amarguras y de todos los dolores.

Nos dirigimos entonces hacia la escalera por donde habíamos subido. Sin duda se había cerrado detrás de nosotros la puerta que a ella conducía, pues nos opuso resistencia al impelerla. La vencimos haciendo un esfuerzo, y se abrió con estrépito.

Un resplandor rojizo nos deslumbró por un momento al abrirla, y creímos que el incendio se había apoderado del templo.

Pero luego percibimos en el primer tramo de la escalera un hombre con los brazos abiertos, que llevaba en la izquierda mano una tea encendida, y en la derecha una aguda daga. Casi se

sonreía; pero el desencajamiento de sus ojos, y la palidez de su semblante denotaban que su agitación interior contrastaba con la inmovilidad de su cuerpo.

—¿A qué venís, hermano? —le preguntó el padre José sin inmutarse.

—Vengo a deciros que llegó vuestra hora —respondió aquella aparición terrible—. Ya no más hipocresías bajo los cilicios: ya no más orgullo bajo la cogulla: ya no más dominaciones encubiertas debajo de un hábito ceniciento. Temblad, vanidades que tomáis por enseña la nada. ¿No es verdad que nuestro pasado y nuestro porvenir es el polvo?

—¿Y crees, insensato —le preguntó el padre José—, que tu mismo furor sea otra cosa que polvo?

—Y sin embargo —respondió el hombre de la tea—, es un polvo que va a anonadar a otro polvo.

—¿Tienes padres? —repuso el padre José como si hablase con un hombre cuya suerte le interesara en extremo.

—No los conocí —respondió casi maquinalmente el de la tea.

—¿Tienes hermanos?

—Navego solo contra viento y marea.

—¿Tienes hijos, pues?

—Mi saña contra vosotros es mi hijo, que alimento noche y día.

—¿Pero tú crees en Dios, no es verdad?

—Mas no en el Dios que te solapa, fementido.

—Te engañas, pues mi Dios es el tuyo, desgraciado. Y no creas que me mueve a hablarte así el deseo de escapar de tus manos. Aquí me tienes, mísero anciano, a tus pies, pero no degrades la nobleza de tu alma, ni te pierdas para siempre. Tu Dios no te crió para ser incendiario ni asesino.

Y vi al padre José postrado a los pies de aquel hombre implacable.

Oyéronse en esto terribles alaridos e imprecaciones dentro del templo, en el coro, en las tribunas, y muy cerca de nosotros. Otro hombre acudió precipitadamente.

—¡Hola!, ¿has hecho presa también en ese palomar? yo te ayudaré a rematarla. De dos te abandono una.

Y enarbolando su brazo, desnudo y armado, sobre el padre José, le descargó y sacó el arma teñida en la sangre más inocente y más pura que surcó jamás por humanas venas.

—Ahora, a recorrer las celdas —dijo aquella hiena alejándose en busca de nueva sangre.

Me pareció que el hombre de la tea vacilaba en si renovaría el golpe dado por su compañero. Miréle de hito en hito, y creí reconocer sus facciones a pesar de que las habían alterado el tiempo y la ira. El padre José había caído exánime en mis brazos.

—En nombre de una persona que os fue muy cara —dije al incendiario—, matadme si os place, pero salvad la poca vida que le queda a este anciano.

—¿Y cuál fue la persona que me fue muy cara? —dijo sorprendido el de la tea.

—Llamóse Adela —le dije con voz apagada que apenas tuve fuerza para arrancar de mi garganta.

El puñal cayó de la mano de aquel hombre, y la tea tomó de su pulso un movimiento convulsivo.

Me levanté, cargué sobre mis hombros al padre José, y huí no sé hacia donde. Unas veces me iluminaba el rojo fulgor del incendio; otras veces el humo me cejaba el paso y casi me sufocaba. Quise detenerme alguna vez, ya sin aliento; pero unas voces penetrantes y unos pasos acelerados me daban a entender que era perseguido; y avivando mi carrera me encontré en la gruta, abrí la puerta

de las catacumbas, y me interné en el corredor de los sepulcros. Rendido de cansancio me tendí en el suelo junto a mi preciosa carga.

Ésta no daba señales de vida.

La fatiga, la agitación, y el terror me tenían en un estado de languidez extrema para el cuerpo, y de exaltación febril para mi mente. Soñaba despierto. Me parecía que el padre José era un niño inocente, candoroso, bellísimo, cuya guarda me habían confiado. «Huye con él, me decían, de aquella ciudad que es presa de las llamas, incendiada por mano de sus propios hijos: huye y salva a esta criatura.» Y yo huía. Yo no era un religioso, era un hombre como los demás. Yo volvía de trecho en trecho la vista hacia la ciudad incendiada; y una vez, al volverme hacia el niño di un grito de horror. Un hombre con espada en mano me lo había arrebatado, y el niño se había postrado a sus pies y abrazaba sus rodillas, diciendo que él había de ser su padre. El hombre de la espada se enternecía. Pero en esto se presenta otro hombre blandiendo un puñal. Ambos iban sin otro traje que calzones y camisa ensangrentados. En vano quiso el primero detener el brazo del segundo, porque vi el puñal salir enrojecido del pecho de aquella inestimable criatura. Corrí hacia el niño, desolado, y tenté su herida, y quise con mi calor restañar su sangre, y volverle a la vida que parecía querer abandonarle. Yo le cubría de besos, le llamaba mi única esperanza y consuelo en la tierra, y le suplicaba con llanto que no me dejase en la soledad y el abandono.

La voz tierna y dolorida del padre José me volvió en mí, pues a él estaba abrazando en mi delirio.

—¿En dónde estamos? —me decía—; ¿qué oscuridad es esta? ¿Qué rumor resuena sobre nuestras cabezas que no parece sino que esta morada se viene abajo? ¿Quién eres tú cuyas lágrimas ardientes siento correr por mis mejillas?

—Padre mío!

—Manuel, tu voz me suena bien, pero tus sollozos me dan pena. ¿A dónde me has conducido, hijo mío?

—Al corredor de los sepulcros; ¿qué puedo hacer para volveros a la vida?

—Dios te ha inspirado. Éste es el lugar de descanso que para mi cuerpo deseaba.

—Pero Dios os restituirá las fuerzas, porque tras la borrasca puede venir la bonanza.

—Los días de bonanza han llegado ya para mí. La borrasca que oyes silbar desencadenada encima de nosotros ya no turbará más mi descanso.

—Por compasión, no me habléis así, padre mío, que me despedazáis el alma.

—Valor en Dios, te dije cuando teníamos a nuestros pies la tempestad y las llamas. Valor en Dios, te repito ahora que el incendio y la tormenta están sobre nosotros. Valor en Dios que si te conserva, para algo te conserva. Óyeme, y recoge bien mis palabras, no sea que el eco las lleve a algún resquicio en donde se pierdan.

—Os escucho, padre mío.

—Las catacumbas tienen una entrada, y tienen también una salida. Por ella puedes salvar nuestras reliquias, toda vez que el cielo...

—Continuad, padre mío, que ya os escucho.

—Dame la mano, Manuel, prométeme que si llegas a conocer a mi asesino, le amarás como yo le amo.

—Os lo prometo, padre mío.

—Y procurarás salvar su alma, y si tiene hijos los amarás y los educarás como si fuesen hermanos tuyos.

—Os lo prometo, padre mío.

—La entrada bien la conoces, pero ya no te servirá si no quieres exponer al ludibrio de las gentes los huesos de nuestros hermanos.

—Lo sé, padre mío.

—La salida... ¡Ay de mí!... Manuel, a Dios... para siempre.

—¡Padre mío! Respondedme...

Diciendo esto cogí entrambas manos de aquel venerable anciano.

Pero no me respondió.

—¡Padre mío! —repetí.

Tampoco me respondió.

A sus labios apliqué los míos.

Y aquellas bóvedas sepulcrales recogieron el último suspiro del hombre más virtuoso que he conocido.

XLIX.
Ya no tengo padre. La última voluntad del padre José.

Lo que por mí pasó en aquel momento doloroso no sé si acertaré a explicarlo. Catorce años había pasado al lado de aquel inimitable dechado de acciones bellas, catorce años durante los cuales puedo decir que no pensé por mí mismo, y que viví en una especie de éxtasis, lleno cada día de nueva admiración hacia mi ángel tutelar en la tierra. Yo le contemplaba entusiasmado por sus actos públicos y privados, por su caridad, por la unción inefable de sus palabras. Me parecía que no era posible hacer otra cosa mejor que las que él hacia, ni proferir palabras más dignas que las que de sus dulces labios fluían. Yo no necesitaba verle hacer milagros para llamarle santo. Bastábame oírle, seguir sus pasos, observar cómo sembraba la paz en las familias, y la satisfacción en los corazones, y cómo hacía brotar el llanto de unos ojos ya casi vidriados. Yo no hacía nada que él antes que yo no lo hubiese hecho; y si alguna buena inspiración me daba el cielo, no bien acababa yo de concebirla cuando él la había ya puesto en obra. Júzguese, pues, cómo quedaría teniendo a mis pies, bañado en su propia sangre, inánime, al único hombre que en la oscuridad de la vida me había tomado de la mano, y me conducía paso a paso con seguridad por entre mil derrumbaderos... Junto a mí acababa de apagarse para siempre la luz de mi existencia.

—Ya no tengo padre! —dije con voz alterada por los sollozos que no pude reprimir.

—¡Ya no tengo padre! —me pareció que repitieron dos veces los ecos de aquellas fúnebres arcadas, como si las paredes mutuamente se rechazasen y devolviesen aquella voz humana, a cuyo sonido no estaban acostumbradas.

—¡Ya no tengo padre! —repetí cayendo sobre aquel cuerpo del cual se iba apoderando ya la frialdad del sepulcro.

Parecía que el abatimiento, y acaso la desesperación debían hacer presa en mi alma; y sin embargo no fue así.

Puse mi frente sobre la frente de aquel hombre que ya no pensaba; mi boca sobre la boca de aquel hombre que ya no hablaba; y mi corazón sobre el suyo que ya no latía. Todavía estaba caliente. Y me pareció que este resto de calor me penetraba, me vivificaba, me inspiraba. Yo quería arrebatar a su espaciosa frente la facultad de pensar cosas sublimes, y a su boca el don de expresarlas con delicadeza y con dulzura, y a su corazón el tesoro de sentimientos puros que encerraba.

—Dame tus pensamientos —decía yo a aquel cadáver—, dame tus palabras, dame tus latidos generosos. ¿Cómo he de vivir separado de ti, ni cómo daré un paso si no te veo delante de mí? ¿Qué he de hacer y cómo he de portarme, ángel mío, lejos de ti?

Y con mis lágrimas regaba aquel semblante inanimado; y con mis brazos estrechaba contra mi pecho aquellos restos.

Entonces creí oír resonar todavía en mis oídos sus últimas palabras: «Amarás a mi asesino como yo le amo; procurarás salvar su alma; si tiene hijos los amarás, y los educarás como si fuesen hermanos tuyos.»

Lo que tiene de más bello el libro de Dios estaba incluido en estas palabras. Ellas eran el único testamento del padre José, última voluntad incomparable en la cual me nombraba su albacea para hacer bien al que tan mal le tratara. Yo no debía faltar a la confianza que en mí había puesto. Su postrer suspiro le había depositado en mí, envuelto en la única cosa que poseía, en amor hacia sus enemigos. Yo no podía mostrarme indigno del cariño y de los cuidados que me había prodigado aquel varón ejemplar: yo tenía obligación estrecha de dar cumplimiento a su legado.

A los que le habían perseguido de retiro en retiro, arrancándole de los brazos de la soledad, que tanto le agradaba, les debía amor.

A los que le habían acosado como una fiera, y habían jurado su muerte, yo les debía abrir mi depósito de cariño.

A los que habían incendiado su morada, y destruido con el hierro y el fuego los altares al pie de los cuales oraba, yo debía repartirles compasión, desvelos y ternura.

A los que, en fin, habían abierto las venas de su cuerpo, y dado por ellas salida a su sangre y a su existencia, yo debía besarles las rojas manos, y enseñarles la fuente de una vida deliciosa en donde se las lavasen y emblanqueciesen.

Amor a todos ellos; salud y paz a sus familias; y en pago de odios inveterados, beneficios inestimables.

Yo me levanté, como si un rayo de luz me hubiese herido en aquella oscuridad profunda, y de repente me sentí otro hombre. A la consternación, al temblor, y al llanto que me amilanaban y confundían, sucedieron en mí la seguridad, la sangre fría y el valor cristiano que me dieron confianza y aliento.

En pie, solo, sin otro arrimo que los sepulcros, rodeado de tinieblas espantosas, pisando sangre, y teniendo delante de mí un cadáver, creí que el hombre evangélico puede hacerse superior a todas las humanas miserias y a todas las catástrofes de la existencia.

Continuaban resonando sobre aquellas bóvedas funerales unos ruidos extraños y terribles. Ya eran oleadas de pasos precipitados, ya estruendos como de altares que se desplomaban, ya golpes tremendos como si los diesen con mazos colosales. A veces un silencio misterioso sucedía a todas esas agitaciones formidables; pero no duraba mucho, y ordinariamente iba seguido a poco espacio de la repetición de aquellos pasos, de aquel golpear furioso, y de aquellos estruendos que hacían temblar las catacumbas.

Una vez que el intervalo de silencio duró más de lo acostumbrado, me pareció que oía un ruido muy ligero, pero más siniestro que los anteriores. No resonaba sobre mi cabeza, sino casi a mi lado. Era el crujir bien conocido de una cerradura. Maquinalmente volví la cabeza hacia donde me pareció que resonaba, y vi que una luz iluminaba el corredor de los sepulcros.

L.
Quién era el hombre de la tea.

Vi abrir la puerta de la gruta, vi un brazo cuya mano sostenía una linterna, y vi entrar, cerrando tras de sí la puerta, al hombre fatal que se nos había aparecido junto a la azotea del templo. No iba armado.

—Buena cala es esta —dijo con la mayor sangre fría.

Sin ser dueño de mí mismo me puse delante del cadáver del padre José, como en ademán de querer defenderlo.

—Para un buque chato —continuó el recién venido—, he aquí un excelente fondeadero en que tomar zancadilla borneando.

—¿Qué poder diabólico —dije al forastero—, te lleva a las entrañas de la tierra para profanar la morada de los muertos?

El recién venido investigó las profundidades del corredor a la luz de la linterna, y me respondió sin mirarme.

—La sangre es un cable que lleva siempre rastro; y una mano teñida en ella deja impresos sus dedos en la piedra, aunque ésta encubra algún resorte. Tal vez tu Dios o tu bien, y no el espíritu maligno que dices, me hace tomar cruz aquí, y amarras. ¿Pusiste en salvo al anciano?

—Hele aquí —le dije haciéndome a un lado.

El de la tea fijó la luz de la linterna en el rostro inanimado del padre José, y levantó su brazo yerto, y le dejó caer como si hubiese querido cerciorarse de que pertenecía a un cadáver.

—Lo siento —dijo fríamente—, porque este anciano no se parecía a ninguno de vosotros; y en mi interior había jurado ponerle en buen puerto.

Y volvió a mirarle, y aun se inclinó, poniendo una rodilla en tierra, al parecer para escudriñar si de aquellos labios entreabiertos salía algún ligero soplo.

—Se acabó —dijo levantándose—: este leño perdió la caña. ¿Y ahora, en qué más puedo servirte?

Asombrábame tanta serenidad y audacia, pero las muestras de interés, que en vista de aquellos restos sagrados acababa de dar el forastero, me habían conmovido. No tuve valor para decirle lo que de él deseaba, y sólo pude señalarle el cadáver, y luego uno de los nichos vacíos que en la pared se divisaban.

—Te entiendo —me dijo—, paz a los huesos. Demos sepultura a esta quilla.

Y me ayudó a depositar el cadáver del padre José en uno de aquellos nichos.

—Esto no basta —dijo—, es preciso tapar este agujero. A falta de una mala plancha de plomo o de un pedazo de tabla, ¿no habrá por ahí algún zoquete de madera, y estopa con que revestirlo?

Oyendo esto incliné los ojos, no pudiendo soportar el peso de las lágrimas.

—Comprendo —dijo, como si mi actitud le hubiese sugerido alguna idea—; esta tierra, empapada en su propia sangre, será, para el que supo conservarla pura en sus venas, la mejor argamasa con que pueda rellenarse ese hueco de varenga.

Y en pocos minutos hubo tapiado con aquella tierra preciosa el nicho que encerraba los restos para mí más queridos.

—¿Estás contento? —me dijo así que hubo terminado su obra—; ¿qué más deseas de mí?

No acertando a volver de mi conmoción y de mi sorpresa, me mantuve silencioso, cabizbajo, sintiendo humedecerse mis mejillas.

—Ya caigo —repuso mi interlocutor como si nuevamente interpretase mi pensamiento—; fáltale una inscripción a esta lápida, y creo leerla en tu mente.

—Es verdad —le dije.

—No es este mi fuerte —repuso en ademán de un hombre que medita profundamente.

Y sacando una daga que llevaba oculta escribió con su punta una línea sobre la tapia de aquel nicho.

—Veamos si acerté, me dijo; es breve y de poca guinda:

Día 25 de julio de 1835.
UN RELIGIOSO SIN TACHA.

—Un mártir, debiste escribir —le dije.

—Bien está —me respondió escribiendo nuevamente.

UN MÁRTIR.

Y volviéndose hacia mí, y enseñándome la hoja de la daga con que había escrito aquellas palabras, añadió:

—Mírala tersa como salió de las manos del armero. Mi furor me engañaba. No soy hombre a quien aliente la vista de la sangre. Solo soy bueno para pisar las tablas. Eso sí, deseaba y me complazco en que las llamas hayan reducido a pavesas tu morada. ¿Qué más quieres de mí?

Dijo, y tiró lejos de sí la daga.

No encontré palabras para responderle, y no pudiendo contener mi agitación me puse de rodillas delante del nicho que ocultaba aquellos restos venerandos.

—Si tratas de hacer tus oraciones, que sean breves —me dijo el de la tea—, porque tengo que hablarte.

—Padre mío —dije juntando las manos como si pudiese oírme el que yacía en el sepulcro—; me faltáis vos, y me encuentro perdido ya en mis primeros pasos. Vos que teníais el alma tan candorosa y bella, y que en este momento sin duda gozáis ya de las delicias que Dios depara a sus escogidos; vos que tanto me amasteis en vida, ¿no tendréis poder para dirigirme desde la altura en que os encontráis una mirada que me aliente y que me inspire? ¿Cómo lo haré yo, infeliz de mí, para dar a entender a este hermano que mire en torno suyo y que vuelva en sí de su delirio?

—Tente —me dijo el de la tea interrumpiéndome, y colocándose en pie delante de mí—; tente si tratas de orar por mí: y no te des tanta pena por mi alma. Años ha que la tengo acostumbrada a no cuidarse del forro, ni de los fondos, ni del esqueleto de mi barca. Sólo la permito ver lo que me toca de cerca, y hasta le prohíbo el uso del catalejo. Dígolo para que no pierdas tiempo, y vayamos a lo que más importa, porque el temporal arrecia.

Con efecto, parecía que retemblaba la tierra en torno nuestro, y durante algunos momentos llegué a temer que los nichos se abriesen y que aquellas bóvedas fúnebres se viniesen abajo. El estruendo que sobre nuestras cabezas resonaba a manera de un trueno prolongado, me hizo creer que el templo subterráneo se había desplomado, e iba a dar paso a nuevos enemigos. Volví azorado la vista al extremo del corredor, de modo que llamé hacia aquella parte la atención del hombre de la tea.

—¿Estamos solos, o navegan corsarios por esos golfos? —dijo recogiendo la daga que había arrojado.

Y como tardase yo en responderle, tomó la linterna, y se internó en aquellas profundidades. Seguíle, y al llegar a la misteriosa columnata, la vi intacta, y conocí que el estruendo espantoso procedía de los desplomes de la iglesia que cayendo sobre el pavimento producían en las lóbregas arcadas el efecto de un terremoto.

—Aquí se respira más holgadamente —dijo mi compañero—. Sólo falta saber que nadie pueda venir a turbar nuestro coloquio

—Solos estamos —le dije, viendo que continuaba registrando por todas partes—. Aquí sólo puede vernos y oírnos el que todo lo ve y lo oye.

—Y cuya indiscreción no temo. Óyeme. Catorce años han pasado desde que aprendí a pronunciar un nombre grato para mi alma. Yo lo profería a todas horas. Era mi aliento en mis fatigas, mi grato descanso después de ellas, mi consuelo en el presente, y mi esperanza en el porvenir. Pero muy luego hube de aprender a olvidarle. No sé qué ráfaga violenta arrebató de delante de mí al ser que le llevaba, y hube de renunciar mal mi grado a todo aliento, a todo descanso, a todo consuelo, y a toda esperanza. No pude ya saborearme pronunciando aquellas sílabas cadenciosas, porque a diferencia de antes, me abrasaban los labios. A aquella ilusión deliciosa sucedió desde luego en mí un odio enconado contra los que se habían gozado en arrebatarme mi dicha. Catorce años ha que no había proferido ni oído proferir aquel nombre hechicero. Pero, esta noche, a la luz del incendio, lo he oído yo, y ha tenido poder para detener mi brazo y para desarmar mis iras. Tú le proferiste.

Detúvose diciendo esto el de la tea como si quisiese conocer el efecto que en mí habían producido sus palabras. Yo me mantuve en pie delante de él, cabizbajo y meditabundo. Los recuerdos de lo pasado que aquel hombre evocaba en aquel lugar sombrío, y en aquellos momentos terribles, oprimían mi pecho como si le apretasen con un aro de bronce. Y en verdad que era para darme espanto la circunstancia de que no bien acababa de apagarse la antorcha pura, que durante tanto tiempo me había alumbrado cuando ya se abrían paso para llegar hasta mí las antiguas tinieblas de mi existencia.

En aquella actitud, mi lengua embargada no acertó a pronunciar ni una palabra; pero a pesar mío di un profundo suspiro.

—Tú le proferiste —continuó al cabo de un rato el hombre de la tea—: ¿quién te enseñó a pronunciarlo? ¿Quién te mandó que lo evocases para apagar en mi alma el incendio de ahora, y renovar en cambio el volcán ya extinguido? ¿Quién eres tú a quien yo no vi jamás, y que sabes tan bien como yo mis secretos? ¿Conoces, di, por ventura —añadió bajando la voz—, a la que lleva aquel nombre? ¿Sabes en dónde habita? ¿Si padece o es feliz? Dilo y te perdono a ti y a los tuyos. ¿No hice lo posible para salvar a tu anciano compañero? Yo llevaba un bálsamo que indudablemente hubiera cerrado su herida. Estas manos se la hubieran vendado. Aun a riesgo de perder mi existencia hubiera salvado la vuestra. Aunque hombre de mar, y muy duro a la vela, obedezco sin dificultad al timón que siento aquí, en el pecho.

Enseñóme en esto sus manos, y sacó de su seno una redomita, y lienzo, y vendas que se había procurado.

—¿Callas, infeliz? —repuso viendo que yo me mantenía silencioso—: ¿acaso maquinalmente o por una casualidad funesta para mí, buscando tu lengua alguna palabra que te salvase, diste con las únicas letras que podían hacer un milagro? Pero no; yo vi en tu rostro pintada la verdad. ¿Tú lloras? No creí jamás que ninguno de vosotros llorara. Tú me conoces; habla; tú me has visto en otro tiempo, en otra parte.

—Sí —le respondí—, recuerdo haberte visto muy otro de lo que hoy te veo.

—¿Y a ella, la has visto algún día, o conoces su destino?

—La vi antes que tú la vieses; dejé de verla antes que tú te alejases de ella: y desde entonces ignoro su destino como tú mismo.

—Tu nombre, dime tu nombre.

—Yo tengo dos nombres. Mi nombre del siglo queda sepultado en una tumba.

—¿En dónde me conociste?

—En Calasans.

Estremecióse el de la tea al oír ese nombre. Cogió del suelo la linterna, y puesta una mano en mi pecho, alumbraba con la otra mi semblante, y me miraba con ojos desencajados.

No pudiendo sin duda coordinar sus recuerdos, dejó de nuevo la luz, y apoyándose en una coluna pasó su mano derecha por su frente enardecida.

—Dame otras señas —me dijo—, si quieres que te reconozca.

—Jamás me hubieras reconocido —le respondí—, si la Providencia, en sus designios inescrutables, no hubiese querido juntar en un sepulcro a dos hombres a quienes otro sepulcro separaba. Mira las huellas que las pasiones, más bien que la mano del tiempo, han abierto en mi frente. Tú la viste lozana y llena de juventud y de esperanza. ¿Crees tú en la Providencia?

—Yo le doy otro nombre.

—¿Cómo llamarás, pues, a esa casualidad que te conduce a salvar por dos veces la vida a un mismo hombre?

—No te entiendo.

—¿Podrás llamar casualidad a un suceso que hace que aquel a quien un día salvaste la vida, salve al cabo de muchos años tu honra, desarmando con un solo nombre, y tan a tiempo, tu brazo enarbolado contra un anciano venerable? ¿Ni aun a ese acaso has de llamarle Providencia?

—Dime tu nombre.

—Mi nombre lo llevó en el siglo un joven que tampoco creía en Dios, ni en la Providencia. Cierto día, un hombre lo sacó del mar casi moribundo, y le volvió a la vida.

—Tu nombre.

—Aquel joven tenía una hermana adoptiva. El nombre de la hermana era el sueño de tu vida.

—Impostor; la tumba no ha devuelto jamás ninguno de sus moradores. Tú no fuiste el hermano de Adela.

—¿Porqué, pues, me llamaste tal y me abriste tu pecho la noche antes de mi partida?

—Mírame a la cara: es un secreto de confesión lo que me revelas.

—Si así fuese se volverían cárdenos los labios antes de darle salida. El secreto que te confío no viene de ninguna confesión, sino de la tumba. El hermano no murió.

—¿Qué se hizo pues?

—El hermano vive; el hermano fui yo.

—Una sola palabra. ¿En dónde nos vimos la última vez?

—Junto a la puerta del jardín.

—¿Y yo que te dije?

—Me preguntaste si serías feliz con ella.

—Basta, Manuel; quisiera llorar, y no sé de dónde arrancar las lágrimas. La ternura se ha secado en mí. Te reconozco, y dudo todavía. Quisiera que me dieses tus brazos, y que una vez al menos en mi vida llorase yo de contento: pero me parece que sueño. Cargado estoy hasta los topes. Y bien mirado, si fuiste capaz de dar una zambullida en Calasans, no me admira que hayas dado contigo de bruces en un claustro. Eres el loco más cuerdo que he conocido.

Y diciendo esto el piloto me estrechó contra su seno, y baño mi pecho en llanto.

LI.
Mi permanencia en las catacumbas. El profeta del llanto.

—Manuel —me dijo pasado ya el primer transporte—, no sabes cuánto bien acabas de hacerme, pero tampoco sabes que el golfo de que ahora me toca sacarte es mucho más hondo que aquel de que te salvé en Calasans. Alguno de los tuyos ha querido escapar disfrazado, y le han conocido haciéndole descubrir la cabeza. A los demás la fuerza armada los ha puesto en salvo. Por ahora no es posible que abandones esta bahía.

—No pienso —le respondí—, salir de aquí en mucho tiempo.

—Déjame tomar todas las alturas de este subterráneo. Este sitio cae debajo del altar mayor. La entrada de la iglesia viene frontera. Formemos nuestra rosa náutica, y señalemos los rumbos. ¿No te parece que la línea norte-sur la han de trazar estas dos columnas? Veamos si se ha de corregir el rumbo. Siento renacer en mí mi humor antiguo. El mar cae a la izquierda del templo. El oleaje ha de batir contra este lado. Apliquemos el oído.

Cuando decía esto el piloto, no resonaba ningún ruido sobre nuestras cabezas, y a la agitación de poco antes había sucedido una calma profunda.

—El casco de este buque es muy grueso, y no deja percibir el menor ruido de fuera —dijo el piloto después de un buen espacio en que permaneció pegado a la pared—. Pongámonos de observación en otro punto.

—Acércate, Manuel —añadió a poco—, un sentido suple a otro sentido. El oído no percibe ni un soplo desde este punto, pero ¿tu nariz no te dice nada? La mía está acostumbrada a olfatear muy de lejos las algas marinas. Fijemos la estima de este sitio. Cae detrás del altar mayor, frontero a la puerta principal de la iglesia. Desde aquí, formando una línea recta que cogiese como unas doscientas brazas, encontraríamos mi bergantín que tengo anclado en el puerto a punto de dar velas al viento.

Y dio algunos pasos por entre las columnas, mas luego volvió al mismo sitio.

—Éste es mi cuaderno de bitácora —dijo golpeándose en la frente—. La estima marca leste cuarta al sudeste: es el séptimo rumbo del segundo cuadrante. A Dios, Manuel, si no vuelvo puedes contarme entre los muertos. En todo caso el secreto de esta bahía perecerá con mi buque.

Tomóme de la mano, y me pidió que le sirviese de práctico a oscuras por el corredor de los sepulcros.

—Porque —me dijo— un débil rayo de nuestra luz al abrir la puerta podría perderte.

Adelantámonos a tientas hasta llegar al fin de aquel corredor solitario.

Al poner la mano en la cerradura me detuvo el piloto.

—Una pregunta —me dijo apretando mi mano entre las suyas—: ¿Cómo se llamaba el vigía de la ermita de San Telmo?

—Antonio —le respondí.

—¿Y quién llevaba ramos de flores a la ermita?

—Mi hermana.

—¿Y quién cultivaba el jardín de donde salían aquellas flores?

—Estas mis manos y las de mi hermana.

—¿Y qué ofrecimiento te hice yo en nuestra última entrevista junto a aquel jardín que cultivaste?

—Me dijiste que en ningún caso me faltarían masteleros de respeto.

—Es verdad: estas fueron mis palabras; reconozco en ti mi bandera de pagamento, y no faltaré a ella, Manuel.

Volvió a abrazarme con más efusión que antes, internóse en la gruta, y cerré tras él la puerta de las catacumbas.

Cuando me vi solo, me postré con el rostro contra la tierra delante del nicho del padre José y permanecí en esta actitud largo tiempo. Aquellas lóbregas profundidades habían vuelto a recobrar su antiguo silencio. Sobre sus densas bóvedas había pasado un huracán devastador que las hizo temblar, pero que no pudo abrirlas. Los huesos de mis hermanos descansaban en paz nuevamente. Yo era el único de mi familia que velaba por ellos. Uno de los restos esparcidos de un naufragio espantoso, la Providencia me había colocado junto al único bien que a los náufragos había pertenecido. Vínome entonces a la memoria el encargo que me estaba haciendo el padre José cuando la muerte sorprendió en sus labios su postrer palabra. Me dijo que pusiese en salvo nuestras más preciosas reliquias, y añadió que las catacumbas, así como tenían una entrada, también tenían una salida. Pero no dijo más, porque el ángel de la dulce agonía envaró su lengua. ¿En dónde encontraré la salida? ¿cómo lo haré para poner en salvo las prendas más sagradas? Los objetos que más estimábamos los habíamos colocado en los nichos vacíos, y me levanté para cerciorarme de que en ellos existían. A mi entender no faltaba nada.

En este momento un estremecimiento involuntario se apoderó de mí, y fue la única vez en mi vida que perdí la sangre fría. Hallábame solo, en medio de aquellas sepulturas, y tuve miedo. Acudí a los recuerdos de mi libro de rezo, y viniéronme a la mente trozos de una de las lamentaciones del profeta de llanto. ¿Qué causa pudo haber, decía yo, decorando los versículos que más tristes me parecían, para que una ciudad tan poblada, tan rica, tan deliciosa, se vea ahora despojada de sus mejores adornos y bellezas?

¿Cómo es que la que hizo temblar a tantos pueblos, y era mirada como la reina de las provincias, se halle al presente como viuda y huérfana, sin rey, sin templos, sin magistrados, ni pontífices?

Sus caminos se ven desiertos, y no habrá quien vaya al Señor en sus mayores solemnidades.

Derribadas sus aras, gimen y suspiran sus sacerdotes.

Sus vírgenes se muestran desaliñadas y desfiguradas, y suspiran penetradas de amarga pena.

Sus enemigos se van a enriquecer con sus despojos.

Sus maldades irritaron al Señor para que fuese tratada con tanta severidad; y quedó despojada de las preseas que más bien la sentaban.

Y cuando se vio tan mal parada, sintió vivamente la grandeza del mal que padecía, y echó de menos la abundancia, la quietud, la riqueza y la gloria que había disfrutado por tantos siglos, y de que se veía ahora violentamente despojada.

¡Qué pena, dirá, es esta, Dios mío, para mi alma!

Volved, Señor, los ojos a la extrema angustia que padezco, para que mis enemigos no tomen de ahí motivo para ufanarse y decir que ellos son los que me afligen, y no Vos el que me castigáis por malos de mis pecados.

Ellos arrebataron las cosas más preciadas y más santas, dejando la ciudad sumida en la consternación más profunda.

Ya no se oyen en todo su recinto más que gemidos y lamentos sofocados por el espanto.

¡Oh vosotros, los que pasáis por esas calles, contemplad, y decidme si hay alguno que tenga materia de dolor que se pueda comparar con el que yo siento!

La causa de este dolor y de esta angustia que veis, y de que no cesen de correr amargas lágrimas de mis ojos, es porque el Señor se ha retirado lejos de mí; el Señor que me debía consolar y volver de muerte a vida.

Justo es Dios, porque yo he provocado contra mí su cólera, olvidando su ley, sus avisos, y sus amenazas.

Conjúroos, oh pueblos todos, que escuchéis y contempléis la pena que me aflige.

Mis sacerdotes, ¡ay de mí!, y mis ancianos van a verse confundidos entre los indigentes, y andarán por los caminos mendigando el sustento con que mantener su vida.

Socorredme, Dios mío, y apiadaos de mí en vista de la grande miseria y calamidad que me aflige, porque ya veis que mi corazón está muy turbado y penetrado de dolor.

En las calles, en las plazas, en los templos, mis mejores hijos son pasados a cuchillo; y nuestras aras son entregadas al humo y a las llamas; y dentro de las casas no se ven quizás sino unas caras macilentas, ateridas de espanto, y unos vivos retratos de la muerte.

Dios mío, haced que luzca cuanto antes algún día de consuelo.

Orando de esta suerte, me tranquilicé y puse sobre mí; y a poco sentí que mis párpados se cerraban, y conocí que necesitaba tomar algún descanso. Junto al nicho del padre José había otro enteramente vacío, y en él, al lado de aquellos restos venerables, me tendí, y me quedé dormido.

La voz del piloto me despertó, y la luz de la linterna hirió mis ojos.

—Pensé haber perdido por segunda vez tu estela —me dijo—: ¿quién había de venir a buscarte en semejante litera? No te muevas: descansa y recobra las perdidas fuerzas. No he podido traerte más que pan y agua. La iglesia está convertida en ruinas, y el convento en una vasta soledad. Ya no hay en él perseguidores ni perseguidos. No te atrevas a dar un paso fuera de este subterráneo. Volveré, aunque no sé cuándo. ¡Qué olvido he tenido! Esta lámpara va a apagarse en breve. ¿Cómo lo harás sin luz, en medio de estas sepulturas? Y sin embargo no es posible que te muevas.

—La oscuridad no me arredra, amigo mío, y muerto o vivo, con luz o en las tinieblas, ésta es mi morada.

—Bien está si así te place. No puedo detenerme más tiempo sin peligro para ti.

—¿Dura la tormenta todavía?

—Hay calma.

—¿Cómo, pues, temes por mí?

—He visto señales de mal tiempo.

—¿En dónde?

—En el horizonte que tú no puedes ver. La superficie del agua apenas parece que se agita, y sin embargo el cielo está negro, y aparece en lontananza una línea de mal presagio.

—¿Aun no está contento el siglo?

—Quiere más todavía.

—¿Más de lo que ha hecho quiere ?

—Tú has visto el mar y sus olas, Manuel. Dime, pues, si su furia quedó jamás contenta.

—Jamás.

—Unas olas llaman a otras, y sobre un buque tumbado caen otros ciento. La borrasca no ceja, pero yo he de salvarte, Manuel, o dejaré mis aparejos todos, y aun mi quilla, en los abismos.

Despidióse diciendo esto, y oí en el corredor cómo se alejaban sus pasos, y cómo cerró la puerta. Parecióme que debían haber transcurrido algunas horas. Levantéme de mi cama sepulcral, recé, y comí un bocado de aquel pan, y bebí un sorbo de aquella agua que en el nicho estaban.

No podía apartar de mi mente el encargo de mi hermano moribundo. ¿En dónde estará la salida del templo subterráneo? Tomé la linterna, y a su luz fui examinando el corredor, y aplicaba mis dedos en todos los resquicios y grietas, y hasta en las más pequeñas rendijas que entre unas y otras piedras encontraba. Pegaba el oído en todas partes por si algún ruido sordo aunque lejano venía a revelarme lo que tanto anhelaba. Un día u otro, decía yo, el pico y la zapa se abrirán camino en el pavimento del templo, y entonces estas bóvedas se romperán por cien bocas, y su vista excitará una curiosidad profana y devastadora. En aquel día esos huesos, como si perteneciesen a un

muladar inmundo, serán destrozados, hollados y esparcidos. Todos estos restos preciosos no verán la luz del sol sino para hacerle testigo de un nefando sacrilegio. Y si existen entre ellos vasos sagrados, serán rotos y en moneda convertidos, y las reliquias serán objeto de mofa, o en los lodazales sepultadas. Este porvenir sombrío hubo de columbrarlo mi hermano en su hora postrera, y he aquí porqué me encomendó la salvación de lo que más amaba.

Y diciendo esto para mí mismo continué registrando detenidamente aquellas profundidades. Del corredor de los sepulcros pasé al templo subterráneo, y tenté todas las paredes de su ámbito, pidiendo secretos a las piedras, a las columnas, a la bóveda, y hasta al mismo pavimento. Una vez creí percibir el ruido muy sordo y muy apagado de las olas que batían contra las rocas, pero después me convencí de que el eco de mis propios pasos, repetido a lo lejos por aquellas misteriosas arcadas, me había engañado.

LII.
Salgo a recorrer el convento a la luz de la luna.

A poco rato la luz de la linterna se fue amortiguando gradualmente. Púsela en el suelo, y me quedé mirándola. Con ella se iban extinguiendo por el pronto mis esperanzas de hallar una salida, y de dar cumplimiento a un deseo sagrado. De cuando en cuando la luz, en vez de apagarse, parecía que cobraba nuevas fuerzas, iluminando buen trecho del templo subterráneo; pero luego aquel vigor pasajero desaparecía, sucediéndole la postración primera. Últimamente esas llamaradas que daban indicios de vida se hicieron más frecuentes, y la postrera, la más brillante de todas ellas, precedió a la total extinción de la luz. Entonces me quede sumergido en una lobreguez pavorosa.

Deseé en este momento que llegase pronto el piloto. Puse atento el oído para percibir cualquiera rumor lejano que me hubiera sido grato en aquella situación y en medio de aquellos sepulcros. Pero solo oí el ruido de mi propia respiración, y de mis más ligeros movimientos. En aquel letal silencio creí percibir unos zumbidos extraños. Parecíame que las sombras de mis antecesores se cruzaban por delante de mí, se paraban, se preguntaban qué había pasado durante aquella noche desastrosa, se lo contaban unas a otras al oído, y huían desaladas buscando un asilo en sus últimas moradas. Algunas se pararon a pocos pasos de donde yo me encontraba, y fijaron en mí su atención, y me miraron consternadas. Al parecer desconfiaban de mí, y se preguntaban qué haría yo, único ser viviente en aquellas soledades, y si profanaría los secretos de la muerte, o si por ventura apostataría. Unas daban indicios de no creer en mi valor; otras parecían tenderme la mano como para que descansase de mis fatigas a su lado; éstas me miraban torvamente como si reprobasen mi inacción y mi ensimismamiento. Con sus gestos parecía que querían aterrarme, y que me arrojaban del templo. Dábanme ya espanto cuando creí ver a lo lejos una figura ensangrentada. «Padre mío» dije creyendo reconocer al padre José.

El grito involuntario que acababa de dar me volvió en mí. Quise adelantarme hacia uno u otro lado, pero en medio de aquella oscuridad perdí el tino y no pude saber a punto fijo hacia qué parte del templo me encontraba Busqué largo rato a tientas el corredor de los sepulcros, y anduve de una a otra parte inútilmente. Púseme al fin sobre mí; permanecí un buen espacio quieto; y haciendo nuevas investigaciones en busca de la entrada de las catacumbas, al fin di con ella. A mi entender habían transcurrido dos días desde mi entrada en el subterráneo, y el piloto no volvía. Yo deseaba ver otra vez mi convento, dar él último a Dios a los claustros, al templo, al huerto y a las macetas que regaba. Yo quería saber si alguna cosa había quedado en pie de todos los objetos que habían sido mis amores.

Detúveme al fin del corredor junto a la puerta de la gruta. Escuché por mucho tiempo, hasta que me convencí de que no era posible que hubiese nadie cerca de mí. Mi mano trémula abrió casi sin ruido la cerradura. El fresco ambiente que penetró en el corredor sepulcral me dio aliento. Pasé a

la gruta y cerré tras de mí las catacumbas. Sentéme en ella y estuve un breve rato dudando si pasaría adelante, o si esperaría allí a mi compañero. También estaba la gruta sumida en la oscuridad. Al fin pudo en mí más que la prudencia el deseo de recorrer mi morada favorita, y me adelanté hacia el primer claustro. Era de noche. Vi el cielo estrellado, y oí el murmullo de las hojas de los árboles mecidos por un leve e inconstante vientecillo. Paréme a escuchar. Aquello era una soledad verdadera. Nuevas catacumbas al aire libre, nadie moraba en ellas, y sus muertos eran los recuerdos. Adelantéme a pie juntillas, recogiendo mi hábito, y lleno de gozo porque todavía veía en pie aquel claustro tan querido. Yo tocaba las losas sepulcrales que en él existían; yo contemplaba sus elegantes arcadas góticas, tan sólidas como bellas, aun después de cinco siglos de existencia. ¿Y los cuadros, los cuadros que tantas veces llamaron mi atención durante mi noviciado? Allí estaban intactos, ricos en naturalidad y en dulzura. La devastación no había sido completa. Representaban la vida del santo fundador de mi convento, desde su infancia hasta su muerte. Era conocida en todos ellos de una manera admirable la fisonomía del santo, por entre las arrugas del tiempo. Aquí nació, aquí le bautizaron, aquí abandona por seguir a Dios la casa paterna, aquí instituye su regla, éste es el cuadro tan expresivo de los azotes, en éste un ángel declara al santo la pureza del sacerdocio. Este otro representa su muerte. Al pie de cada uno de estos cuadros se conservan unos versos dictados por la piedad y por la fe.

Yo no me cansaba de mirarlo todo. Quise cerciorarme también de si se había salvado el claustro interior, tan notable por su pequeñez como por los recuerdos que inspiraba. Pasé a él cruzando por la sacristía. También estaba desierto, pero intacto. Una por una recorrí sus celdas que más que celdas por su estrechez nichos parecían. Yo entré en la capillita donde estuvo antiguamente la celda que el mismo santo ocupó. Mis manos y mis ojos preguntaban a las paredes si se habían conmovido o abierto por alguna de sus partes. No es posible expresar el contento que sentí viendo que no todo eran escombros como yo temía. Mi pecho parecía abrirse a una esperanza vaga de que acaso aun aquellos corredores podrían algún día dar albergue a otros hombres piadosos.

Pasé ligero, dándome alas mi confianza, a los otros dos claustros, vastos como el primero, y me cercioré de que en el piso bajo apenas existían derrocamientos, y de que los que habían desalojado del convento a sus antiguos moradores, no se habían atrevido a fijar en él sus viviendas. Lleguéme hasta la puerta central del convento. Estaba guardada por la parte de fuera. Sin duda también lo estaban las demás. ¿Por dónde, pues, podía penetrar el piloto?

Esta idea me recordó que tal vez él me andaba buscando en el subterráneo; y, satisfecho de mi primera excursión fuera de las tumbas, determiné restituirme a mi guarida. Pero antes no pude menos de dar muchos besos a aquellas paredes, a las losas que cubrían el pavimento, a las columnas de las arcadas góticas y a los mismos versos que al pie de cada cuadro se leían: objetos todos muy caros para mí; amigos de mi soledad a quienes había llorado ya, temiendo que hubiesen perecido en la catástrofe. Yo los saludaba con efusión y ternura, viéndolos en pie, y los regaba con mi llanto.

Presuroso, y sin detenerme esta vez en la gruta, penetré en las catacumbas mucho más tranquilo que no había salido de ellas.

LIII.
Alegraos, sombras de mis antecesores. Segunda excursión por el convento. Un encuentro inesperado. Tercera excursión.

¿Qué me importaba en este momento el que reinase la luz o la oscuridad en torno mío? Ya no necesitaba buscar la salida misteriosa que quiso revelarme el padre José. Yo podía decir con efusión a aquellos cadáveres a quienes creí ver poco antes sobresaltados:

«Descansad en paz que vuestra antigua mansión se ha salvado.

»¿Temíais que se hubiese venido al suelo aquel pequeño claustro levantado por vuestro mismo fundador santo, y aquella capillita que le sirvió de celda ha más de seis siglos?

»Alegraos, que todavía subsiste.

»Y aquel grandioso claustro construido junto al otro pequeño como para darle sombra y abrigo, aquel cuya gótica primorosidad y magnificencia admirabais, no ha caído desplomado, no, como llegasteis acaso a temer.

»También se conserva.

»Yo le he visto, y he tocado el sepulcro de Entenza que en él se encuentra, y uno por uno he contado los cuadros intactos de la vida de nuestro patriarca.

»Los otros dos claustros también subsisten.

»Alegraos conmigo, porque una sola noche de furor no ha podido arrasar la obra que reclamó medio siglo de trabajo.

»Cuando vuelva la noche acabaré de recorrerlo todo, y de todo vendré a daros noticia, hermanos míos.»

Rebosando júbilo mi pecho hablaba yo como si los huesos y las piedras tuviesen oídos. Permanecía casi pegado a la puerta de la gruta, impaciente por volver a salir y por recorrer las partes del convento que aun no había visto. La tardanza del piloto me traía inquieto. Conocía yo lo mucho que me convenía encontrarme en las catacumbas, cuando él estuviese de vuelta, no fuese que por alguna casualidad fatal descubriese algún otro el secreto de aquella morada.

De otra parte suspiraba por volver a respirar el aire puro de los claustros, y sentir sobre mi frente el viento que agitaba los árboles de los patios.

Pero no me era dable salir sin peligro sino de noche.

Yo deseaba conocer si se acercaba esta noche suspirada, y entreabría de vez en cuando la puerta de la gruta, y no bien heria mis ojos algún rayo lejano de la luz del día, me retiraba pensativo.

Esta vez me quedé dormido bajo el mismo dintel de la puerta para que nadie pudiese entrar por ella sin que yo despertara.

Desperté y la puerta permanecía cerrada.

Comí el último bocado de pan que me quedaba, y bebí el último sorbo de agua que en el cántaro había.

Sin duda debía ser nuevamente de noche; y el piloto no parecía. Volví a entreabrir la puerta de la gruta, y esta vez cerré tras de mí el resorte.

Llegué hasta el claustro gótico.

La noche extendía sobre de él su manto; pero, acostumbrado yo a la obscuridad completa de las catacumbas, encontré que las estrellas despedían sobre mí demasiado brillo. Su luz era para mis ojos la de un claro día. Percibí de lejos los objetos como si los rayos del sol los alumbraran.

Recorrí nuevamente en pocos instantes el claustro pequeño, y los tres grandes; conté los cuadros preciosos por si alguno faltaba; llegué hasta la puerta del centro que continuaba guardada por de fuera, pues oí voces tumultuosas y ruido de armas; y me decidí por fin a subir a los corredores superiores.

Todas las puertas de las celdas estaban abiertas, y algunas de ellas destrozadas. No había allí tampoco moradores. Entré, deteniendo el aliento, en mi celda. Mi cama, mis dos sillas y mi mesa habían desaparecido. En un rincón vi algunos objetos. Eran mi crucifijo hecho pedazos, y uno de mis libros de rezo, que recogí. Regué con mi llanto aquel suelo, aquellos tabiques y aquella ventana que tanto amé. Entreabierta la dejé, y abierta de par en par la encontraba. Todavía reinaba allí el mismo silencio de antes, sólo interrumpido por los susurros de unas olas tranquilas.

Estuve un buen rato asomado a la ventana contemplando las estrellas, y los rieles que en el mar sembraban los rayos de la luna. Apoyados mis codos en el antepecho, y mis mejillas en entrambas manos, yo preguntaba a la luna y a las estrellas si iluminarían otras noches mejores para mis hermanos, en que estuviesen apagados los odios contra ellos ahora encendidos; yo les demandaba a las olas, si, a la manera que pasaban ellas y se desvanecían, también habían de desaparecer los días de la venganza, y suceder a ellos los de la calma.

—¡Ay de mí! —dije en alta voz sin poder contenerme—, ¡ay, infeliz, que no he de ver esos días por los cuales suspiro!

—Imprudente —dijo alguno detrás de mí con una voz que me dejó yerto de asombro, al mismo tiempo que sentí que aplicaban una mano en mi boca.

Ni aliento tuve para volverme: y encomendé mi alma al cielo, creyendo que era llegada mi hora postrera.

—A ti entrego mi alma, Virgen santa —dije en voz apagada.

—Callad por Dios, padre Manuel —me dijo alguno—, y retiraos de esta ventana funesta.

Creció mi asombro, aunque sentí renacer mi confianza oyendo que me llamaban por mi nombre; y me volví.

Era un hombre armado, un miliciano, el que me había sorprendido. Aquel hombre no podía quererme bien. Yo estaba perdido.

—Ahí tenéis —le dije— el único religioso que aquí ha quedado de una comunidad numerosa. No quiso Dios que yo sucumbiese ayer. Cebaos hoy en mí.

—No levantéis así la voz, que os perdéis —me respondió el desconocido volviéndome a tapar la boca—; hablad bajo. ¿Está en salvo el padre José? Ni a él ni a vos os han visto en ninguna parte por más que han ido buscándoos. Me he hecho miliciano como veis para poder llegar hasta aquí: dos veces he penetrado ya en esta celda y en la del padre José, cuando el capitán del destacamento me ha permitido pasearme por estos corredores. Ahora he de relevar el centinela. ¿No me conocéis? Soy Andrés. Decidme cómo podré salvaros a vos y al padre José.

Acordéme al momento del buen Andrés cuya casa estaba cerca, y en donde vi por la vez primera a mi hermano venerable. Desde nuestra instalación en ese convento sólo una vez le había visto.

El corazón se me ensanchó viendo que aun existían almas compasivas; pero las palabras de aquel amigo me conmovieron extraordinariamente porque renovaron el dolor más intenso que mi alma había sentido.

—No os expongáis por mí, buen Andrés —le dije—, porque será de mí lo que Dios quiera. Tocante al otro que deseáis salvar, es un ángel que ha recibido ya en el cielo el galardón que sus virtudes merecían. Cayó herido en estos brazos, y en ellos murió.

—¡Dios mío! —dijo muy enternecido Andrés—, ¿y ha habido un monstruo capaz de levantar su mano contra semejante hombre?

—Si le hubiese conocido como nosotros, en vez de derramar su sangre, le diera la suya, Andrés, sin duda se la diera.—

—¡Centinela alerta! —dijo una voz aguda desde la muralla.

—Alerta está —respondió otra voz más lejana.

—Es preciso que nos separemos —dijo Andrés—. Mañana a esta misma hora volveré.

Y sin que yo pudiese impedirlo imprimió en mi mano un beso ardiente, y la regó con el llanto que en sus ojos había acumulado la noticia de la desgracia de mi venerable hermano.

—Sed prudente por Dios —añadió en voz baja antes de alejarse—. La ciudad está consternada, y no será extraño que tengamos otro día de luto. Dicen que viene un general con ánimo

de castigar los desmanes del otro día, pero la milicia pretende impedirlo, y se teme un conflicto. Dios quiera salvaros, padre Manuel. ¿Tenéis algún retiro seguro? Porque no es posible que andéis así de día por los corredores.

—Creo tenerlo por ahora, Andrés.

—¿Y cómo os sustentáis, decid? Vuestros ojos están hundidos, y vuestra cara más macilenta que de costumbre. Dios mío, sin duda padecéis necesidad.

—Él proveerá, Andrés.

—Pero es preciso que hagamos para nuestro bien todo cuanto esté en nuestra mano.

—Nuestros recursos están agotados, y cuando no nos queda ningún arbitrio es forzoso abandonarnos enteramente en brazos de la Providencia.

—La celda del padre José ya sabéis que da frente por frente de mi casa. La ventana está abierta. No la cerréis. Por ella podré socorreros. La Virgen nos protegerá.

Diciendo esto se salió presuroso.

El encuentro de este hombre bueno y sensible me había alentado momentáneamente; pero sus palabras, que presagiaban un porvenir tempestuoso, me llenaron de sobresalto. Luego la calma de hoy era pasajera, y uno como preludio de nuevas devastaciones. Lo que había quedado en pie de mi morada favorita podía de un momento a otro ser teatro de unas profanaciones más terribles aun que las que poco ha había presenciado. Las olas del furor popular sólo habían enmudecido y replegádose sobre sí mismas para cobrar nuevos bríos, y arremeter después con renaciente furia. ¡Oh! decía yo en mi interior, si me fuese dado poner alguna cosa en salvo de todas estas preciosidades, que acaso desaparecerán mañana para siempre. Si pudiese señalar las piedras para reconocerlas algún día cuando las encuentre por todas partes esparcidas.

Entré en la celda del padre José, y allí se renovó mi quebranto. Ni aun restos en ella se veían. Realmente la ventana estaba abierta, y delante de ella, mediando la calle, caía la casa de Andrés. Asoméme un instante para verla, porque me recordaba las horas más crueles de mi pasada existencia y las que me abrieron camino para otras más felices. El balcón estaba cerrado, y uno de los postigos casi imperceptiblemente entreabierto. Parecióme que le cerraron con viveza cuando yo me asomé, y que alguno dio dentro de la casa un grito dolorido.

Retiréme, registré otras celdas, penetré en la sala capitular, y luego me dirigí a la biblioteca. Los estantes estaban destrozados; la galería de madera que rodeaba el salón la vi rota por cien partes, y hecha pedazos su barandilla. Los libros, los preciosos manuscritos, todo estaba tirado, confundido entre los escombros de los estantes. No pude levantar un libro sin que se desgarrasen algunas de sus hojas. Oprimióseme el corazón, y me puse muy triste. Ya no volverán, pensé para mí, aquellas horas de agradable meditación que aquí pasé. Aquí había estudiado lo poco que en los libros se puede aprender. Estos libros eran mis amigos, que me daban consejos saludables, cuyas opiniones discutía en mi mente y acaso contrariaba sin temor de excitar su encono. Este tesoro acumulado por los sabios meditabundos que treinta generaciones habían entregado al silencio, y al retiro, se perdió en una noche de mal consejo y de ira.

Me salí cubriendo con ambas manos mi semblante. Esta vez no podía, volviendo a mi retiro, dar buenas nuevas a sus mudos moradores. Ensimismado me restituí a mi soledad sombría, lleno de dolor y de amargura. Había visto asomar los primeros resplandores del alba, y palidecer delante de ellos el brillo de las estrellas.

La misma quietud fúnebre, la misma lobreguez que antes, reinaba en las catacumbas; sólo que la situación de mi ánimo daba creces a cuanto podía conmoverle. El piloto no había parecido, y no lo extrañé, pues las palabras de Andrés me habían explicado su ausencia. Le era sin duda imposible volver a entrar allí de donde había salido. No le esperaba ya. Estuve orando un buen rato, orando por él, por mí, por mis hermanos de religión que se habían puesto en salvo, por los que habían

sucumbido, y por mis otros hermanos del siglo que en su frenesí habían sido ciego instrumento de aquellas desolaciones.

Tendido como algunas horas antes debajo del mismo dintel de la puerta, di otra vez los ojos al sueño. Pero esta vez no dormí tranquilo. Asaltáronme mil imágenes siniestras. Veía en todas partes llamas, escombros humeantes, ruinas empapadas en sangre, hombres furiosos que me perseguían, y oía los lamentos y los gemidos de mis hermanos moribundos. Yo me oculté no sé dónde, y por delante de mí pasaban las llamas chispeando, y el humo formaba remolinos por entre los cuales aparecían las facciones de mis perseguidores alteradas por la venganza.

Desperté sobresaltado, sintiendo que la sed me aquejaba, y que tenía necesidad de tomar alimento. Pero el cántaro estaba agotado, y ni un mendrugo de pan me quedaba. Este día se me hizo muy largo y penoso. Tenía secos y entreabiertos los labios. Iba y volvía de la gruta, preguntándole si ya había desaparecido el día, la luz del sol que era entonces mi martirio. Aplicaba mis labios a las paredes de la gruta, y su humedad aliviaba mi ardor por un instante, pero lo enardecía luego con más fuerza. Postréme, y hallé en la oración mayor consuelo. Cuando me levanté y volví a la gruta, conocí que era ya de noche.

Esta vez mi primera visita fue a la fuente de la cocina. Apagué en ella mi sed; y después, despertándoseme el hambre, anduve por ella y por el refectorio en busca de los desperdicios de alimentos, de las migas abandonadas: pero nada encontré.

Acordemé entonces de la cita que con Andrés tenía concertada. Atravesé los corredores bajos, y subí a la celda del padre José. ¿Cómo haré para llamar la atención de Andrés? Pero él no estará en su casa: me dijo que nos veríamos en mi celda, y no en la del padre José. Dirigíme a mi celda, situada en el corredor de la parte del mar, pero Andrés no estaba en ella. Le esperé buen rato, y no compareció. ¿Por dónde debe venir? me pregunté. Entrará sin duda por la puerta central. Bajé nuevamente a los corredores inferiores, y sin hacer el menor ruido me paré a escuchar junto a la puerta. Paseábase el centinela de la otra parte de la calle. Parábase a veces apoyando con estrépito el fusil sobre el suelo empedrado. Estaba solo. Al cabo de un buen espacio sentí pasos en la calle.

—Atrás —dijo el centinela.

—Camarada —respondió Andrés cuya voz conocí—, tengo permiso del comandante.

—Atrás, hay contraorden —repuso el centinela.

Sin duda se hizo cargo Andrés de que era inútil insistir, pues aunque se detuvo un momento, a poco el ruido de sus pasos me indicó que se alejaba. Otra esperanza perdida para mí. Escuché otro rato; pero luego, desengañado de que nadie parecía, me alejé de aquel sitio. Dos hombres se habían acercado a mí en mi desamparo. Ambos se condolían de mi suerte, el uno por sus pasados recuerdos, el otro por su piedad sincera: pero ninguno de ellos podía ya dar un paso para salvarme. Inclinada la cabeza sobre el pecho recorrí otra vez los corredores bajos, sin que nada llamase mi atención, porque ya sentía hambre. Dos veces caté casi por un movimiento involuntario la yerba que en los patios crecía, y me pareció buena,

—En tus manos me abandono, Dios mío —decía yo.

Y vagaba indeciso, trémulo, casi fuera de mí; por aquellos claustros que fueron mis amores.

LIV.
Las ruinas. La cámara angelical. Las fantasmas.

Si esta vez me encaminé de nuevo a la celda del padre José, sólo fue para entregarme en ella a la oración y al dolor. De rodillas, junto a donde existía antes un crucifijo precioso, con ambas manos extendidas, me apoyaba en la pared, mudo testigo de las virtudes de aquel hombre ejemplarísimo. De improviso me dio pavor un golpe que resonó cerca de mí. No sé qué cosa dio contra la pared y

cayó a mis pies. De pronto no tuve valor para recogerla, pero luego vi que era un envoltorio de papel dentro del cual encontré un panecillo. Obedeciendo a mi primer impulso, cogí el panecillo, le besé, le probé con ansia, encontrándole sabrosísimo, y arrojé el papel, yo tenía necesidad verdadera. Pero mientras comía el pan, que era en aquel momento para mí el bocado mas exquisito, me vino a la idea que el papel que yo acababa de arrojar como inútil podía contener algún aviso. Lo busqué inquieto, lo recogí, no me atreví a asomarme a la ventana de la celda para examinar su contenido, y me salí al corredor, y debajo de una de las góticas arcadas, a la luz de la luna, pude ver que había escritos en él algunos grandes y desiguales caracteres. Sin duda eran de mano de Andrés, y decían así:

«No puedo entrar.

Sed muy prudente.

Destruid este papel.

Dejad caer en la calle un pedazo de pan para que yo comprenda que habéis recibido este aviso.

Habrá tormenta.»

Hice en el momento mismo lo que el papel me prescribía, y me alejé de aquella celda alarmado y meditabundo. Aquel presagio de una nueva devastación, que según visos debía de ser inminente, me entristeció en el alma. Yo no pude resistir a la tentación de visitar el coro, la iglesia, y las capillas en ella más veneradas. Yo quería abrazar lo poco que de ello quedaba, antes que una nueva destrucción lo aniquilase todo.

Principié por el coro, el cual no reconocí más que por su sitio. Casi me fue imposible dar en él un paso. El templo ya no estaba obscuro. La luz de la luna penetraba en él por las bóvedas destrozadas y por todas partes abiertas. Todo eran escombros y ruinas. Algunos objetos venerandos quedaban en pie como para indicar el sitio que antes ocuparon los demás. Las celosías de las tribunas habían desaparecido. Las mismas tribunas estaban medio desquiciadas, y con dificultad pude andar por ellas.

La magnífica capilla de San Antonio estaba enteramente obstruida. El precioso púlpito, obra maestra de escultura, hecho de una sola pieza, estaba intacto. Al terminar la galería a mano izquierda penetré en la muy venerada capilla de la tercera regla, que antes inspiraba compunción y recogimiento. Ahora no era mas que un montón de preciosos restos confusamente hacinados. El corazón se me partió de amargura. Ya no atendía yo a la imprudencia de mis pasos, ni al ruido que inevitablemente, hacía caminando por encima de unos objetos movedizos: sólo a mi íntimo sentimiento y a mi quebranto demandaba consejos.

Yo quise visitar a toda costa lo que llamábamos la cámara angelical. La empresa era peligrosa en extremo. Fueme preciso bajar y volver a subir, cruzar por encima de mil objetos destrozados, tremebundos, y verme sepultado a veces hasta las rodillas en una especie de charcos de polvo y de cenizas. Todos los obstáculos vencí, y al llegar al umbral del camarín tan precioso, tan rico, adornado con los donativos suntuosos de cien príncipes, y con los dones no menos estimables de millares de humildes artesanos, me sentí sobrecogido de un temor inexplicable:

Hube de sentarme en la última grada de la escalera que a él conducía, y me fue forzoso enjugar el sudor frío que bañaba mi semblante. Casi me repugnaba entrar, porque en mi sentía nacer y avivarse una fuerte propensión a la ira contra los que presumí que se habrían atrevido a profanar el santuario exclusivamente destinado a la reina de los ángeles. Sin embargo penetré en él temblando.

Quedéme estático, fuera de mí, y pude apenas contener una exclamación de la más pura alegría. La cámara angelical, aquel retrete primoroso, tan admirado como digno de serlo, se conservaba como en los hermosos días en que allí en torno, postrados, hacíamos resonar los himnos dedicados a la madre del Eterno humanado. La imagen de la Purísima Señora estaba allí, en pie, sobre su antiguo asiento. Yo tocaba sus preciosos vestidos, yo besaba los anillos de sus dedos, yo

ponía una mano en su sacra diadema, y la llevaba después a mis labios. Las llamas, el humo mismo, los derrumbamientos, el furor humano, habían perdonado este centro de la veneración de los fieles. Ahí estaba intacto, como para inspirar una idea sublime, una hermosa esperanza en los días venideros. Yo lo tuve a milagro, y cayendo de rodillas me quedé en una adoración contemplativa.

Entonces me pareció que sentía rumor de voces en el templo. Desde el sitio que yo ocupaba descubría toda la iglesia, su puerta frontera y la lateral enteramente abiertas o destrozadas. En el atrio de la puerta lateral algunos hombres armados, que sin duda componían la guardia de aquella parte del edificio, estaban agrupados, y hablaban en alta voz.

—Alguna celosía carcomida se habrá caído, causando el ruido que dices haber oído —decía uno de ellos.

—Estuve escuchando un buen rato —respondió otra voz—, y puedo asegurar que el ruido en vez de seguir de arriba abajo, caminaba horizontalmente.

—En este caso será que la fantasma del convento se ha venido hacia este lado —dijo otro.

—No eres tú mala fantasma.

—Digo lo que dicen, ni pierdo ni gano. Un centinela, desde la muralla, vio la fantasma asomada a una ventana. Llevaba hábito; estaba pálida, ensangrentada y llorosa. Cuando oyó el grito de alerta, no huyó, sino que se deshizo como el humo.

—Al mismo centinela se lo oí contar, y a fe que no es gallina que digamos —añadió un tercero en confirmación de lo dicho.

—Todavía hay más. Una mujer que habita en una casa de ahí cerca, casi frente por frente de la puerta central del convento, cayó ayer desmayada. Acababa de ver la fantasma asomada a otra ventana. Dice que sus ojos despedían centellas, que la miró de hito en hito; y le infundió tal espanto que del susto ha enfermado.

—Y cuidado que es la mujer de uno de nuestros camaradas.

—¡Oiga!

—Otros aseguran que la misma fantasma, la noche de la quema, permaneció, a pesar del incendio, en lo alto de los tejados; las llamas le abrían paso cuando se acercaba y el humo formaba una aureola roja en torno suyo. Algunos afirman que vieron en sus pies y en sus manos las impresiones de las llagas.

—Sería, pues, el mismo seráfico padre.

—Yo estoy —añadió otro—, en que una cosa que no pesa una onza, nos daría cuenta de esa fantasma que decís.

—¿Y cuál?

—Una bala disparada a tiempo.

—Yo apuesto —repuso otro—, a que la vista de la fantasma te haría temblar el pulso.

—A la prueba. ¿No dijiste que acababa de pasar por la galería del templo?

—A lo menos en esta dirección creí oír los pasos.

—Déjame entrar, y si no te presento la fantasma en cuerpo y alma, que me la claven en la frente.

—La consigna es muy formal. Aquí dentro nadie entra.

—Déjame al menos atisbar desde este sitio, y si llega a asomar, fuego en ella.

—De esto nada reza la consigna.

—Manos pues a la obra.

—Con tiento: cargad los fusiles.

—Cargados están.

—A la galería, camaradas.

—Esperad.

—Chito: todos a una, y si llega a apuntar la nariz, hagamos sobre ella fuego graneado.

—Preparen. Arm. Silencio, y ojo alerta.

—Si no me engañan mis ojos —dijo uno pasado un rato de silencio—, los pabellones del camarín se han movido.

—Apunten —gritó uno de los hombres armados—; a ella, que ya llegó su hora.

—Os advierto que no consentiré que nadie convierta en blanco el camarín —dijo en tono imperioso el que al parecer estaba de centinela.

Su acento de mando contuvo a sus compañeros.

—Bien dicho —añadió uno de estos—; somos enemigos de los frailes, pero no de la Virgen.

—Algo se mueve en el camarín.

En efecto, habían sin duda apercibido un ligero movimiento que yo había hecho al alejarme. Mi situación era crítica sobremanera. Habíame internado imprudentemente en la iglesia, y me encontraba en la parte más visible de ella. Érame imposible retirarme sin hacer ruido y sin llamar sobre mí la saña de aquellos hombres armados. Locura hubiera sido atreverme siquiera a pensar en volver al convento por la galería que poco antes había cruzado. Y sin embargo yo no debía esperar en aquel sitio a que amaneciese. Era preciso que abandonase aquella cámara angelical, aunque no fuese más que para no llamar hacia ella el furor de los que hasta aquel momento la habían respetado. ¡Sin ventura de mí! Había tenido el gozo inmenso de ver en todo su brillo una joya inestimable que consideraba perdida, y ahora estaba a punto de verla por mi culpa hundirse en una sima insondable.

Encomendéme de todo mi corazón a aquella Reina cuya imagen tenía delante. Yo no sentía morir como habían muerto algunos de mis hermanos; pero, descubiertas ya por el piloto las catacumbas, me parecía que hasta estar seguro de este hombre no podía yo cerrar los ojos tranquilo. Y además mi pecho se había abierto a una esperanza vaga en días más serenos, y deseaba ardientemente dar en ellos y en los de ahora cumplimiento a los deseos que el padre José me manifestó en sus últimos momentos.

No pudiendo volver al convento por la galería y por el coro, no me quedaba otro camino para penetrar en él que la sacristía, o bien una pequeña puerta que, abierta casi en la mitad del templo, daba a los corredores inferiores del primer claustro gótico. Desde la puerta en donde permanecían en acecho aquellos hombres armados, les venía frontera la puertecita del claustro, de modo que era imposible abrirla sin que lo viesen. La otra puerta de la sacristía la veían también aunque más lejana. Determiné buscar en esta mi retirada. Bajé por la escalera del camarín sin que mis pies hiciesen crujir el menor objeto: pero al fin de ella, y queriendo cruzar el trecho que me separaba de la deseada puerta, me pareció imposible que yo hubiese pasado por allí algunos minutos antes.

Era inútil querer sentar el pie en el pavimento, pues no se descubrían por todas partes más que piedras y tablas movedizas, unas sobre otras hacinadas, que temblaban al más ligero roce, y por encima de las cuales era imposible dar un paso sin caer y motivar nuevos derrumbamientos. Detúveme tentando aquellos escombros y ruinas. No bien aplicaba en ellas con mucho tiento una mano o un pie, todo cuanto tocaba se movía, sin que en ninguna parte encontrase un punto de apoyo.

Una de las muchas tablas en que probé de apoyarme, me ofreció resistencia, y afianzado en ella me atreví a dar el primer paso por detrás de los escombros del altar mayor. Apoyéme luego en una piedra que al principio cedió bajo mi peso, y luego se fijó. Dí otro paso, y otro, con las mismas precauciones. Ya me encontraba casi junto a la puerta que debía salvarme cuando incliné el cuerpo para evitar ser visto. Con el movimiento que hice perdió el equilibrio otra tabla en que me apoyaba,

y para no caer tendí las manos y me así del primer objeto que a ellas me vino. Era una cadenilla de hierro que cedió un poco bajo mi peso, de modo que quedé tendido.

Entonces me helaron de espanto los tañidos de una campana muy conocida, que resonaron sobre mi cabeza y por encima de aquellos destrozos, a manera de unos lamentos penetrantes.

Sucedieron a ellos unas feroces imprecaciones y unos terribles alaridos.

—¡La fantasma! ¡la fantasma! —gritaron a una voz los de la puerta.

—Toca a rebato —dijo uno de ellos.

—Verdaderamente ha sido un toque de rebato.

—Hacia aquel lado la he visto deslizarse.

—A la derecha: allí, enfrente.

—Hacia la sacristía fue.

—¿Hacia dónde?

—Yo he visto una sombra junto al altar mayor.

—Alguna piedra que se habrá caído.

—La campana no hubiera sonado sin que alguno la moviese.

—Cierto que no.

—¿A qué aguardamos, pues?

Y oí cómo levantaban los gatillos de sus fusiles.

—Disparemos a la vez.

—¿Quién mueve esta batahola? —dijo con voz fuerte uno al parecer recién llegado.

—La fantasma —respondió sin vacilar uno de los hombres armados.

—¡Qué fantasma ni espantajo! ¿Quién de vosotros hizo voltear la campana?

—La fantasma, mi comandante —respondió otra voz—: esta vez todos la hemos visto.

—Pues es menester traerla aquí viva.

—¿Y cómo?

—Yendo sin armas de fuego a registrar la iglesia. ¿Quién se ofrece voluntario?

—Yo prefiero atisbarla desde este sitio —dijo uno.

—Si es verdaderamente una fantasma, será inútil perseguirla —dijo otro.

—Se hará escurridiza, y se escabullirá de entre manos —repuso un tercero.

—Mi comandante —dijo otro—, dos reclutas nuestros conozco yo que siempre me piden permiso para entrar: y a quienes fuera bueno me parece darles esta comisión.

—¿Son del destacamento?

—Lo son, y en la puerta del dormitorio estarán.

—Vayan por ellos. Deseo conocer qué especie de animal sea una fantasma.¿Qué facha tiene? ¿Es alta o baja, enjuta y avellanada, o gorda y rechoncha? ¿Va ligera o pesada?¿Viste calzones o sayal?

—No sé —respondió uno.

—Hay opiniones —dijo otro—; unos la pintan pálida, otros roja y tinta en sangre. Quién dice que es el mismo seráfico en cuerpo y alma; quien afirma que no es más que un espíritu en pena. Cada uno cree a puño cerrado lo que le aconseja el miedo.

—¿No dijiste que acababas de verla? —preguntó el jefe.

—A mí se me figuró que algo se movía hacia aquella parte —respondió el interpelado—; pero no la distinguí perfectamente.

—Es decir, que no viste nada.

—Pero oí la campana, mi comandante.

—Pues yo —dijo otra voz trémula—, no aseguraré que fuese la campana lo que oímos; mas bien me pareció que alguno daba grandes voces en la iglesia.

—Ahí están nuestros dos hombres, comandante.

—¿No solicitabais permiso para pasearos por el convento? —dijo el jefe a los recién llegados —. Pues ya lo tenéis. Pero ha de ser con la condición de registrar todos los rincones de la iglesia, y traerme la fantasma si dais con ella.

—Viva o muerta, si está dentro, volveré con la presa —dijo uno de los recién llegados.

—La quiero viva. Se te permite sólo entrar con sable.

—En este caso prefiero mis puños. No prometo traer la fantasma, pero sí buscarla aunque sea debajo de tierra.

—Bravo, tú harás carrera. ¿Es decir, que registrarás sin miedo toda la iglesia?

—Haré mas; cenaré descansadamente entre las ruinas; denme pan, queso, y la bota.

—Valiente camarada. ¿Y tú, qué harás? —añadió el jefe, dirigiendo la voz al otro recién llegado.

—Yo recorreré la galería, la iglesia, el coro, los claustros superiores, mientras mi camarada recorrerá los bajos.

–Al avío, pues.

—¡Al avío!

—¿No cenarás tú con la fantasma?

—Cenando estaba cuando me llamaron, y aun traigo restos de mi cena. Vino no le necesito para alentarme.

—Resuelto pareces, aunque en las filas novel: a la prueba me atengo —dijo el jefe.

En esto sin duda mis dos perseguidores se pusieron en movimiento. Pero uno de ellos se detuvo pidiendo una linterna.

—Tiene medio —dijo uno.

—No hay más luz que la de la luna —repuso otro.

—Es preciso lidiar con la fantasma a oscuras —dijo el jefe.

—No me retracto —respondió el que había pedido la linterna—; pero si doy un grito será señal de que necesito socorro.

—Ya tiemblas —dijo el jefe—, mira a tu compañero que habla menos, y te lleva la vanguardia.

—A ello, pues.

Y durante algunos minutos no se oyó otro ruido que el crujir de las tablas bajo el peso de los dos que sobre de ellas andaban.

Conocí que no debía perder un instante. Tendido como me hallaba sobre escombros vacilantes, probé a deslizarme por encima de ellos hasta la puerta que tenía a dos pasos. Lo conseguí aprovechando los momentos en que mis perseguidores resbalaban en las ruinas, de modo que el ruido que hacían sofocaba el que mi movimiento producía. Probé a abrir con tiento la puerta, y no pude conseguirlo. En vano hice un esfuerzo, y le redoblé: la puerta estaba cerrada por dentro. Sólo me quedaba la esperanza de encaminarme hacia la otra puerta que daba al claustro. Yo me sentía inquieto y vivamente agitado. Habíame parecido que no me eran desconocidas las voces de algunos de los hombres armados que en mi mal se habían conjurado, pero no estaba seguro de que fuesen las de los que yo deseaba.

—Que me voy a pique —dijo en este momento uno de mis perseguidores.

Conocí la voz del piloto. Según el estruendo que acompañó a sus palabras, acababa de dar una caída sobre los mal seguros escombros.

—¿Será preciso que vengan a levantarte? —preguntó el jefe desde la puerta lateral del templo —. Vayan dos hombres a ayudarle —añadió, viendo que el piloto no respondía.

Oyéronse nuevas pisadas sobre las ruinas, acompañadas de los desmoronamientos que a cada paso causaban. Los nuevos perseguidores venían juntos.

—Démonos las manos —decía el uno al otro—. ¿En dónde estará el camarada caído?

—Ya me levanté —dijo el piloto—; estos escollos son muy temibles, amigos míos.

Yo continuaba escurriéndome pausadamente, siempre en dirección a la puerta del claustro. Eran ya cuatro mis perseguidores. De ellos los dos tal vez no eran enemigos míos, pero los demás debían serlo encarnizados. El ruido se acercaba. Ahora no proferían la menor palabra; unas veces cayendo, otras levantándose, ganaban terreno sobre mí. Uno de ellos sobre todo parecía más ligero que sus camaradas. Alguna idea o secreto impulso le animaba: y a poco rato le oí muy cerca de mí. Quise alejarme y debí sin duda llamar su atención, pues salió de sus labios una exclamación sorda. Se detuvo junto a mí, y sentí que sus manos me tocaban. ¿Cuál de mis perseguidores sería? No proferí ni una palabra, y me mantuve inmóvil.

—Padre Manuel —dijo sobre mi cabeza aquel hombre.

—Andrés —respondí en voz baja.

—No hagáis el menor movimiento.

Y diciendo estas palabras se alejó mucho mas ligero de lo que había venido.

Seguí su consejo, y me mantuve tendido, mientras él se alejaba. Pero, por los pasos que daban los demás perseguidores, conocí que se me acercaban, siempre silenciosos. Alguna vez se detenían como para ojear en torno suyo, y luego volvían a abrirse paso haciendo rodar a sus pies los escombros.

Tal vez no los tendría a tres pasos de mí, cuando sentí en mi cuerpo un involuntario estremecimiento. Avergonzábame en mi interior de querer salvar mi vida. Quería levantarme, presentarme a aquellos hombres y decirles que el martirio era para mí una gloria, antes codiciada que huida.

Detuviéronse mis perseguidores un instante; y uno de ellos, cuya voz no conocí, dijo:

—¿No habéis oído una especie de suspiro?

—¿Suspiro, has dicho? —respondió el otro con voz no muy segura—; tal vez le habrá dado nuestro camarada.

—No ha sido él.

—¿Pues quién habrá sido?

—La fantasma sin duda.

—No muy lejos de aquí se dejó ver; y hacia este mismo sitio resonaron sus lamentos.

—¿La viste tú?

—Será bueno sacar el sable.

—No dices mal.

—Vayamos con él tentando estos bultos.

Y en efecto daban golpes sobre los escombros como para cerciorarse de la calidad y firmeza de los objetos con que a cada paso tropezaban.

—De seguro —dijo uno de ellos—, si la fantasma es de carne y hueso, algún quejido suyo oiremos.

—Esto es romper la consigna, camaradas —dijo muy cerca de mí el piloto.

Recogido el aliento, esperaba yo el fin de esta escena que ya me cansaba, cuando llamaron nuevamente la atención, así de los de dentro como de los de fuera, los tañidos de la campana, vivos esta vez y redoblados.

A ellos se siguieron unos gritos furiosos. Dábalos Andrés, diciendo:

—Aquí de vuestro favor, camaradas, que la fantasma se me acaba de escurrir de entre las manos.

De mis tres perseguidores, los dos, en vez de tomar la dirección que las voces de Andrés les indicaban, volviéronse mucho más presurosos que no habían venido, dando un tumbo acá, un resbalón más allá, y ayudándose de pies y de manos, en busca de la puerta del templo.

El piloto, por el contrario, acudió hacia donde resonaban los gritos de Andrés, diciendo:

—Allá voy, camarada, espera un momento. Tenla del hábito, de las piernas, de un brazo, de una oreja si puedes, que deseo conocer qué cara pone delante de mí una fantasma. Mira si habla, si se pone en pie, o si camina a gatas. Atiende si su rostro es ancho y relleno, o si le tiene seco y enjuto como un esparto. No la sueltes, síguela hasta el fin de este peligroso bajío sembrado de arenas y rocas; y sobre todo no la maltrates, que prometimos presentarla viva. Átala con la misma cuerda de su sayal, a modo de relinga.

—Se me escapó, camarada —respondió Andrés alejándose hacia el altar mayor.

—Malo, muy malo.

—A mí, camarada.

—Allá voy, compañero.

—Acudid pronto.

—¿Volvéis a darle caza?

—Por esos cerros anda.

—¿Hacia dónde va? —preguntó el piloto.

—Mirad si sube al camarín —dijeron algunos desde la puerta.

—No sube sino a las tribunas, y va más ligera que el viento.

—A ella, amigo mío —dijo el piloto empleando toda la fuerza de sus pulmones, y al parecer habiendo ya alcanzado a Andrés—; dejadme ir a vanguardia.

No oí nada más de esta escena. Esta vez debía sin duda mi salvación a Andrés que había sabido dar espanto o llamar la atención de mis perseguidores. Aproveché aquellos instantes de confusión para acercarme hacia la puerta del claustro que hallé entreabierta, y por la cual penetré ligero.

Otra vez respiraba libremente.

El aire de la gruta me pareció balsámico, y el ambiente de las catacumbas lo encontré vivificador y agradable en extremo.

Allí me conceptuaba enteramente seguro. Las palabras del piloto, durante aquel inminente peligro, me habían dado a entender que también iba en busca de mí, y que si se había ofrecido voluntariamente a perseguir con gusto a la fantasma, era porque en ella pensaba encontrar al amigo de los mejores días de su vida.

Sin embargo, aquella escena debió ponerme sobre mí. Aquellas apariciones que el temor había popularizado, los tañidos de la campana cuando casualmente me apoyé en la cadenilla de hierro de ella pendiente, y los otros tañidos y los clamores a que había recurrido Andrés para salvarme, debían haber llamado la atención del jefe del destacamento, el cual sin duda pondría vigilantes en los claustros y en el templo, que me impedirían dar ningún paso en mi soledad amada.

Esta idea me afligió sobremanera.

LV.
Cómo pude salir del convento.
El hijo del que mató al padre José.

Pocos momentos habían transcurrido desde mi llegada a las catacumbas cuando oí abrir la puerta de la gruta.

—Manuel, ¿estás aquí? —dijo el piloto con el acento de un hombre que teme perder un instante.

—Aquí estoy —le respondí casi junto a sus oídos.

—De una buena te salvaste. Pero conviene no perder un segundo. Antes que amanezca has de abandonar este asilo. Cuando oigas las dos del reloj de la Merced, yo entraré de centinela en la puerta del centro. No irás muy lejos. Una posada segura está ahí a dos pasos. Verás una luz detrás de los vidrios de dos de sus ventanas en el cuarto segundo. Quítate el sayal, y ponte estos calzones, esta levita y esta gorra.

—Jamás, jamás —le respondí—. Esta mi existencia no vale la pena de que nadie se moleste en querer prolongarla.

—No me repliques, Manuel, que este consuelo de morir no le tendrías. Óyeme. Quieren castigar el atentado del otro día: cuentan con la fuerza armada, y no saben que está vendida. Mañana no va a quedar aquí piedra sobre piedra, y muchos han jurado registrar hasta las sepulturas para sacar viva la fantasma que ha llamado la atención de todos. Uno de mis compañeros está empeñado en descubrirla, y es un hombre temible: es el mismo que dio la muerte a tu anciano amigo.

—¿Le conoces pues?

—Doce años ha que le llevo a remolque; y aunque muy terco e irreducible, me sirve bien. Ahora vive conmigo en la misma posada. ¿Qué resuelves? ¿Vacilas?

Yo no vacilaba ya; daba gracias al cielo porque en aquel nuevo peligro, no sólo me ofrecía otro asilo, sino que me abría camino para dar cumplimiento al más vehemente deseo del padre José moribundo. Yo iba a conocer a su asesino.

—Manuel —repuso el piloto—, no añadas el último dolor a los que sobre mi existencia pesan. Quiero salvarte o perecer contigo. Falta sólo media hora. ¿Vendrás?

—Dios mío, Dios mío —dije yo levantando en alto mis ojos y mis manos, y dándome en mi interior a mí mismo esperanzas en mejores días.

—¿Vendrás? —repitió el piloto—; o me tienes aquí anclado, y doy por redondeado mi último viaje.

—Vendré.

—Dame la mano.

—Mis brazos te doy y mis lágrimas.

Salióse el piloto, y yo a poco me salí también, abandonando mi sayal entre los muertos.

Como un demente recorrí en un momento los claustros todos, los patios, los corredores, el huerto, la biblioteca, la sala capitular, las salas de enseñanza, el refectorio, las celdas una por una. Cada objeto me arrancaba un suspiro, cada piedra una lágrima. Me despedía de los objetos inanimados como si pudiesen comprender mi amargura. «La profanación —les decía yo—, os aguarda; ella penetrará en este recinto sin que las humanas fuerzas basten a impedirlo. ¡Oh! si me fuese dado cubriros con un barniz impenetrable al fuego y a la zapa, y a las mismas miradas. ¡Desgraciado de mí! Tal vez oiga, no muy lejos de este sitio, crujir todos estos objetos venerandos y

desplomarse unos sobre otros con estruendo.» Y yo les daba con gemidos y sollozos el a Dios postrero.

Las palabras más tristes de mi libro de rezo eran las únicas que me acudían a la mente consternada.

¿Cómo es, decía yo, que el Eterno, lleno de enojo, ha dejado envueltos en amargas penas a sus hijos predilectos? Ya está trastornado lo más hermoso de Jacob; ya está quebrantada toda la fuerza, todo el poder y toda la gloria de Israel: un fuego se encendió cuya llama todo lo corría, todo lo devoraba. Derrocados están los vallados y los muros del santuario; y sumidos en el llanto y en el abatimiento quedan los que le defendían. ¿Qué harán, qué dirán, o a dónde acudirán para reunirse si el santuario ya no existe? Permitió Dios que fuese destruida su tienda y roto su tabernáculo, y que cesasen las ceremonias mas augustas, y fuesen tratados con el mayor oprobio los pontífices. Sepultadas en sus ruinas se vieron las puertas del templo; rotas y quebrantadas las barras y cerrojos: ya no hay exposición de la ley. Los ancianos, ceñidos de sacos, y cubierta de ceniza su cabeza, se verán sentados en tierra, como en tiempo del mayor luto; y no les permitirá el dolor abrir los labios más que para prorrumpir lamentos.

Mi última visita fue a la celda del padre José. En ella se renovaron mis tristezas. Regué con mi llanto el suelo que a aquel varón santo había sostenido. Besé mil veces las paredes que habían presenciado los más íntimos actos de sus virtudes. «Ya no volveré a veros», dije cayendo de rodillas. En esta actitud llamó mi atención un objeto que en el suelo yacía. Le levanté creyendo que sería alguna ropa olvidada de uso del padre José, pero vi con asombro que era un uniforme de miliciano. Examinéle sin acertar a volver en mí de mi sorpresa. Ninguna prenda faltaba. Quién le habrá puesto en este sitio? En mis visitas anteriores yo no había visto nada. Registrando aquellas prendas encontré en ellas un papel, y me salí al corredor para leerle. Decía así:

«No hay que perder un instante, porque mañana ya no habría tiempo. Este vestido os salvará, padre Manuel. Sólo lo llevaréis un minuto. A las dos entraré de centinela en la pequeña puerta que da al huerto. Llamad muy quedo, y salid. La puerta de mi casa estará entreabierta. Veréis una luz tras de los cristales del balcón del primer piso. Aquel es vuestro cuarto.»

Conocí la letra de Andrés, y en aquel momento mismo oí el reloj de la Merced. Daban las dos. Era llegada la hora de mi postrer despedida. Probablemente, de los dos hombres que querían salvarme, ninguno sabía la intención del otro. ¿Por cuál de ellos me decidiría? La casa de Andrés me era conocida, la del piloto ignorada; en aquella debía encontrar, no sólo un celo caritativo, sino también una familia piadosa, prudente y probada; en la del piloto encontraría seguramente a alguno de aquellos seres cuyo semblante sólo ofrece las impresiones de la ira, y cuya boca sólo se abre para proferir blasfemias. Mi corazón se inclinaba en favor de Andrés; pero mi deber y mi conciencia me hicieron decidir en favor del piloto. Yo no debía huir, sino buscar la presencia de los que más daño me habían hecho, para darles el pago que mi anciano amigo les legara. Arreglé mi traje no sé cómo, y me trasladé a los corredores bajos. Primero me encaminé a la puertecita del huerto. Aseguréme de que el centinela estaba solo, y di un golpe. Sólo un oído muy atento hubiera podido percibirle a dos pasos de distancia, pero Andrés le percibió.

—Salid al momento, padre Manuel —me dijo.

—Buen Andrés.

—Si no os conociera en la voz, volvería a cerrar la puerta —me dijo—. Qué disfraz es este? Si pasáis más adelante con él va a deteneros el centinela de la puerta del centro. Sólo con uniforme os será dado pasar a estas horas.

—No pretendo salir en este momento, amigo Andrés, pero vengo a despedirme de vos.

—¿Y no aceptais mi casa? ¿En dónde estaréis más seguro?

—No viviré muy lejos, y confío que recibiréis muy en breve noticias de mí; pero si Dios lo dispone de otra suerte, sabed que os quiero mucho, Andrés.

—Si así lo dispone el cielo, cúmplase su voluntad. ¿Cómo sabré que ya no estáis en el convento?

—Si de la celda del padre José no cae nada.

Dirigíme sin proferir otra palabra a los claustros, y con pasos quedos me acerqué a la puerta del centro. La antigua puerta había desaparecido, y la suplían con unas malas tablas, peor trabadas, las que dejaban entre una y otra unos resquicios que permitían ver lo que en la calle pasaba.

El centinela no estaba solo. Alguno de sus compañeros permanecía a su lado, y le dirigía la palabra.

—No se prepara mala zambra —le decía—; esta vez se decidirá en favor de quién queda la partida. A mí no me gusta dejar las cosas a medio hacer. Fuera de que vale más rostro bermejo que corazón negro. O nos despeñan, o nos levantamos a las nubes. No fuera mala broma que a lo mejor nos viésemos obligados a ir buscando las piedras que esparcimos, y a traerlas en hombros para reedificar los templos que incendiamos. Mala peste si consiento en ello, me consuma.

El piloto no contestaba, paseándose al parecer con impaciencia, y rozándose cuanto podía con la puerta, como para descubrir si me hallaba yo detrás de ella esperando a que él abriese. Una vez pegó tanto sus miradas a las tablas que casi sus ojos se tocaron con los míos.

—Mañana lo veremos —dijo a su camarada.

—No mañana —repuso éste—, sino hoy. Lo que es mañana a estas horas creo que nos cantará otro gallo. Estoy rabiando en deseos de que empiece la bulla.

—Créeme —le dijo el piloto con laconismo—, vete a descansar.

—Por más que haga no podré pegar el ojo.

—Pues cósete los labios.

—Demasiado que los he tenido cosidos y aun clavados por espacio de muchos años. Ahora ha llegado el tiempo de abrirlos tan anchos como son, y dar por ellos salida a todo el furor en tanto tiempo acostalado.

—Las palabras que en las tinieblas se profieren, amigo, muy lejos resuenan.

—¿Será que pueda oírnos la fantasma? Y ahora que lo recuerdo, ¿qué tal os ha ido con ella a los que la perseguisteis? Me han dicho que de un brinco saltó las bardas del huerto y que ha desaparecido.

—Así parece —respondió siempre conciso el piloto.

—No será extraño que vuelva, mayormente si dentro hay algo en qué cebarse, como creo. Pero no le aseguro el pellejo más que para lo que queda de esta noche, porque amanecerá y nos veremos.

—O no veremos nada.

—O veremos mucho más de lo que nadie cree ni presume. Ya no es tiempo de andarse por las ramas.

—Eso será según qué viento sople.

—No en mis días, que el sufrimiento tiene un término. Haya calma calina, o bien un temporal deshecho; bien venga el viento por la popa, o bien nos azote por el pico, pegaremos fuego a la Santa-Bárbara del contrario, y volarán hechos astillas los restos de su buque carcomido. Entonces pondremos al sol todas sus entrañas.

—Mira —dijo el piloto deteniéndose—, ¿quieres dejarme solo?

—Tómalo como gustes —dijo su compañero parándose también a su vez—; pero te he tomado por mi cuenta y no te suelto; amigos somos, tú eres capitán y piloto, yo piloto a secas; juntos navegamos desde mucho tiempo; me conoces desde la infancia; tú eres mi primero, yo tu segundo; cinco veces nos hemos visto con el agua a la altura de los ojos; otras tantas hemos

naufragado; si tú te has salvado, yo también; ambos juramos guerra a los frailes; tú perdiste tu novia antes de casarte, yo al año de casado, y el hijo que me dejó es lo que tengo más que tú y aun me dijiste que lo adoptabas, de modo que ahora le has buscado un ayo; los mismos peligros hemos corrido siempre y las mismas alegrías nos han regocijado; tú tomaste el otro día las armas, yo hice lo mismo: ahora bien, tómalo a risa o con enfado, en toda esta noche y el día de mañana no me muevo de tu lado lo que da de sí el canto de un sable. Demasiado te he dejado ir suelto desde que despaché uno de los dos camuesos que te daban pena.

—Paciencia y barajar, como dijo el otro —respondió el piloto tomándolo con frescura—; en este caso hazme merced de traer por acá pan, vino y jamón, y se hará menos pesada tu compañía.

—Hablaste como un rabino, y esta vez te reconozco, mi capitán: a las penas longanizas. Voy por lo que me pides.

Y en efecto cesé de oír la voz del compañero, y sus pasos me indicaron que se alejaba.

El piloto dejó transcurrir un buen espacio, puesta la mano en las mal seguras tablas que de él me separaban. Luego entreabrió la puerta, y me impelió hacia fuera.

—Mi posada está a pocos pasos; enfrente —dijo a media voz—; mira las dos luces en el cuarto segundo: la puerta cae debajo.

Adelantéme casi maquinalmente en dirección a las dos luces, pero debajo de ellas vi otra luz. Era la de Andrés. Luego la misma escalera conducía a la morada con que me brindaba el piloto, y al asilo que me ofrecía Andrés. No mediaban entre las dos habitaciones más que algunos pies de altura. Pasé el umbral de la puerta que en días no menos tristes aunque lejanos se había abierto también para mí, y subí aquella escalera por la cual un día fui rodando casi cadáver.

Una débil luz iluminaba aquellos escalones húmedos, y no bien di en ellos algunos pasos, cuando oí dos voces que a mí se dirigían.

—Por aquí, suba con tiento —me dijo desde el primer piso la voz al parecer de la mujer de Andrés—; que esta escalera es muy resbaladiza: Andrés está de centinela ahí cerca, y luego vendrá.

—¿No le han dicho que subiese al cuarto segundo, buen hombre? —me dijo desde lo alto de la escalera un niño al parecer de pocos años y de voz tierna y candorosa en extremo—. Mi padrino me ha dicho que os esperase, y diese de cenar, y os acompañase al número tercero que está desocupado. Subidle algo de comer, abuela.

—¿Entonces sois el del cuarto segundo? —dijo examinando mi traje la mujer de Andrés—. Perdonad, como esperamos dos huéspedes, uno para un cuarto del primer piso, y otro para el del segundo, os tomé por el otro. Bien venido seáis. Luego se os subirá la cena, porque presumo que querréis cenar en vuestro cuarto. El otro huésped que espero cenará también en el suyo.

—Subid, subid, buen amigo —me dijo el niño tomándome de la mano, y acompañándome a un cuarto reducido—; mi padrino me ha dicho que hiciese por no dormirme hasta que vos vinieseis, y yo quiero mucho a mi padrino. Mirad, cuatro veces me he lavado la cara para desvelarme un poco, porque me caía de sueño. He estado contando las horas; dan las diez, las once, las doce, y pasaba el sereno que me da un miedo de oírle, y ha dado la una, y las dos, mi padrino me ha dicho que a las dos vendríais, y desde entonces, y eso que van a dar las tres, me estoy en esta escalera. ¿Verdad que ahora me podré ir a descansar? Mirad, yo duermo en este cuartito junto a esta alcoba que es para vos. Esta cama, esta mesa y estas sillas son también para vos. ¿Deseáis que os sirva en algo? Porque tengo mucho sueño, muchísimo.

Escuchaba yo encantado a este hermoso niño que con tanta gracia y soltura me hablaba, a pesar de ser la primera vez que me veía. Rayaba al parecer en los diez años, tenía la frente despejada, la voz simpática, los ojos claros, y el cuerpo lleno de donaire.

—Gracias, hijo mío, puedes echarte a descansar.

—Con vuestro permiso, pues, voy a hacerlo. Pero mañana no me riñáis si no madrugo mucho.

—¿Y cómo quieres que te riña yo, amable criatura?

—Es que mi padrino ha dicho que debía obedeceros en todo, y que me enseñaríais muchas cosas, porque mirad que yo no sé nada, absolutamente nada.

—¿No tienes padres, angelito?

—A mamá no la conocí, y mi papá no tiene tiempo para enseñarme nada.

—Y no te envía nunca a la escuela?

—Siempre estamos en la mar con mi papá y mi padrino. Pero ahora dice mi padrino que me quedaré en tierra con vos para que me enseñéis algo.

—Leerás un poco ¿no es verdad?, y también escribirás otro poco ¿no es así?

—Yo bien quisiera, y tengo envidia cuando veo leer y escribir a otros niños, pero yo no sé y me da vergüenza.

—¿Pero te han enseñado el catecismo?

—Como que es una cosa tan fácil y tan corta, lo aprendí en dos minutos el catecismo.

—¿En dos minutos, dices?

—Veréis cómo lo digo sin vacilar, tal como mi papá me lo ha enseñado. «Viva la libertad, y mueran los frailes.» Mirad si es fácil el catecismo.

No pude impedir que una lágrima asomase a mis párpados al oír esta inesperada respuesta.

—Y antes que me acueste —repuso el inocente niño—, ¿no me diréis quiénes son esos frailes que dice papá que son tan malos que se comen a los niños, y se van engullendo los bienes de todo el mundo? ¿Conocéis alguno vos?

—Hijo mío, ahora te conviene descansar: mañana u otro día te lo iré explicando. Échate, y Dios te de un sueño tranquilo como yo deseo.

—Dios no se cuida de esas cosas, dice mi papá.

—Es que, hermoso niño, tú no has comprendido bien las palabras de tu papá. Ya te las explicaré más adelante.

—Buenas noches, pues, y quedad con Dios.

—¿Y por qué me dices que me quede con Dios?

—Porque así lo dice todo el mundo, para desear que otro pase bien la noche.

—Esto te enseña que Dios se cuida de alguna cosa, hijo mío, pues quedándome con él es como si me dijeses que no lo pasaré mal en su compañía. Mira, pues, cómo hago bien, toda vez que tú deseas que me quede con Dios, deseándote yo que con él te acuestes.

—Dadme un beso que ya os quiero mucho porque me habláis con mucho cariño.

Y diciendo esto me besó en la frente, se desnudó, se acostó, y al poco rato se quedó dormido profundamente. Yo le contemplé en silencio un buen espacio; y bendije al Eterno, que, acabando de salvar mi existencia, me enseñaba ya en qué debía emplearla. Aquel niño me devolvía a la religión, a la sociedad, y a mis deberes.

Sacóme de mi contemplación la voz de Andrés.

—Aquí os traigo la cena que pedisteis —dijo sin levantar los ojos, y dejando dos platos encima de la mesa.

—Gracias, amigo Andrés.

Andrés dio un paso atrás lleno de asombro.

—Cómo, sois vos, padre Manuel. ¿Es posible? ¿Y no os bajáis al otro cuarto? ¿O sois por ventura el huésped que uno de los que tengo me ha recomendado? Pero él y su compañero son malos, muy malos, y no los hubiera recibido en mi casa si no navegase con ellos de contramaestre mi cuñado Pablo.

—A sus ojos, buen Andrés, no seré más que el ayo de este niño que aquí duerme.

—Y a los míos lo mismo. Dios mío, no quepo en mí de contento. Se lo diré a mi mujer para que al conoceros no cometa alguna imprudencia. Cerrad estos postigos. Desde ellos veréis siempre que os plazca la celda del padre José, y parte de los claustros, si no lo destruyen todo mañana. Voyme que ya suben vuestros nuevos conocidos. El uno es malo en sumo grado, y dice tal blasfemia que da convulsiones. Apagad la luz, y diré que estáis descansando.

Hícelo, y me tendí, vestido como me hallaba, en la cama que me habían dispuesto.

Oíase en la escalera la voz del piloto.

—¿Habéis subido la cena al ayo?

—Sí señor.

—¿Hace mucho que llegó?

—Como una media hora.

—Bueno.

—Andrés es una alhaja —dijo el compañero del piloto—. Es un cronómetro que no falta.

—Hola, Andrés —repuso el piloto—, dadme los cinco.

—Buenas noches —respondió Andrés.

—¿Ya no lleváis uniforme, según parece?

—Ya lo veis, amigo mío, del cuerpo de guardia a la cocina no hay más que un paso.

—¿Os parece, Andrés, si volveremos esta noche a dar caza a la fantasma?

—Al más pintado se la doy —dijo Andrés—; ahora que el ayo y el niño descansan, si no mandáis otra cosa voyme a aprovechar del permiso que me han dado para dormir en casa un par de horas.

—Lo mismo digo yo —dijo el piloto, subiendo el último tramo de la escalera.

LVI.
Enrique. La conmoción popular. Día de sangre.

—Dejémoslos descansar —dijo desde la puerta el piloto.

—No pretendo turbar su reposo —respondió su compañero—, pero ya sabes que el único beso que doy diariamente a mi Enrique es cuando le veo dormido. Ya ves, que, aunque no ha nacido mi hijo en las malvas, es la criatura más linda que conozco, y tan alegre que parece que todo el día me está bailando el agua delante cuando le miro. Y te confieso que hoy le quiero más que nunca; porque me atosigaba el alma la idea de dejarle crecer a sus anchas, sin darle un maestro que a lo menos le enseñase el *cristus*, y le diese una misericordia de lectura, para que a lo mejor no comience a desbuchar necedades. ¿Con que ya tenemos ayo para Enrique?

—Ya que te empeñas, entremos a darle un beso, uno solo, y salgámonos.

Vi luz en el cuarto, y cerré los ojos, más bien para meditar en mi situación, que para no verme obligado en aquel momento a responder a vanas preguntas. El que hablaba a pocos pasos de mí, el que hacia mí se dirigía, era el mismo a quien pocos días antes vi traspasar el pecho de un ángel. El asesino del padre José tal vez me contemplaba de hito en hito. Y ese asesino era el padre del tierno e inocente niño cuya suerte, cuya existencia, cuyo porvenir, y cuya alma me encomendaban, a mí, al amigo íntimo, al hermano menor, al hijo adoptivo del amor más puro de la víctima.

El piloto y su compañero se detuvieron en el cuartito contiguo en donde dormía el niño Enrique.

—Si le despiertas te deshago las muelas —dijo el piloto.

—Déjame darle otro beso. ¿Querrás creer que me siento turbado y sin pulsos al tocarle? Si despabilase sus lindos ojos y me mirase, me parece que estaría más animado para entrar en la campaña que vamos a abrir. Pero no te asustes; ya le dejo. A Dios, Enrique.

Parecióme que se encaminaban a la puerta; mas el compañero se detuvo diciendo en voz muy baja:

—Atiende, amigo, por tu vida, como el pedagogo se ha acostado sin quitarse la ropa con que debió de entrar. Aplícale la luz a la cara, que yo le estudie la fisonomía. ¿No ves que cara tan saturnina pone?

El piloto no quise detenerse más, y llevándose la luz, su compañero tuvo que seguirle.

—Estás pesado y hablador por demás esta noche —dijo el piloto.

—Gracias —respondióle su compañero—, pero no te olvides de avisar al ayo que nuestro Enrique no está acostumbrado a que le vareen.

—Ni le vareará, ni se moverá de su lado en todo el día —replicó el piloto levantando la voz, y ahincando el acento, como si estuviese seguro de que yo le oía.

Cuando se retiraron, tomé un bocado y dormíme. Al dispertar abrí los postigos, y mi primera mirada la dirigí a la celda del padre José, y al claustro que en el fondo se veía. Asomaban los primeros albores de la naciente aurora. Todo estaba tranquilo en la posada. Muy pocos habitantes transitaban por la calle, y estos iban presurosos, como si temiesen no llegar a tiempo a alguna parte. A lo lejos se oía un rumor de cajas y trompetas. A veces pasaban patrullas silenciosas. Otra vez interrumpía aquella quietud el galope de alguna ordenanza que a caballo era sin duda portador de órdenes apremiantes. Algunos milicianos pasaban aislados, con armas, como si acudiesen, no sin visos de zozobra, a alguna reunión extraordinaria. Deteníanse a veces mutuamente y no se saludaban en alta voz, sino que se hablaban al oído. Todo daba indicios de temerse alguno de aquellos graves conflictos que ponen en combustión a todo un pueblo.

—Buenos días, mi ayo —me dijo Enrique levantándose—, no creí que vos madrugaseis más que yo.

—Dios te dé un día feliz, amigo mío.

—Todos los tengo felices, como dice mi papá, porque no pienso en nada.

—Sin embargo, en algo piensas, porque de otro modo no hablarías, ni sentirías en tu interior que tienes deseos, y cariño a tu papá y a tu padrino.

—Tenéis razón, y bien me parece que pienso en alguna cosa.

—Y te agrada pensar, y sentirías no poder hacerlo.

—Yo lo creo, porque entonces sería como la cotorra que teníamos a bordo, que hablaba mucho y no pensaba.

—Pues mira si has de estar agradecido al que te dio este pensamiento en que tanto te complaces.

—¿Y quién me lo dio, mi ayo?

—El mismo en cuya compañía deseabas ayer que me quedase cuando me dijiste «quedad con Dios».

—¿Es decir que Dios nos da el pensamiento? Pues es un señor muy bueno.

—¿Tanto amas el pensamiento, Enrique?

—¿Pues no le he de amar?

—¿Y si le perdieses, amigo mío?

—¡Oh! no lo quiera Dios.

—¿No lo quiera Dios, has dicho? Mira como tú no ignorabas que Dios puede conservarnos el pensamiento, pues al temer perderle, pides a Dios que no lo consienta. Esta exclamación deberás repetirla todos los días al acostarte y al levantarte, porque así el que te dio el pensamiento sabrá que le estás agradecido y que le pides que te conserve sus beneficios.

—No lo olvidaré, ¡oh! no tengáis miedo que yo lo olvide; vaya una cosa particular, que yo mismo lo estaba diciendo, y lo ignoraba, o no había parado en ello la atención.

—Cuántas cosas, hijo mío, creemos que nos son desconocidas, sólo porque no nos queremos parar en ellas un instante. Mira —añadí abriendo un libro que vi encima de la mesa—, esta palabra Dios que tú sabes, que tú pronuncias, y que me has dicho que invocarás al acostarte y al dispertar, está aquí escrita en letras visibles, y sin embargo tú tienes ojos y no la ves.

—¿En dónde está, decidme?

—Aquí.

—Pues ahora ya la conoceré, os digo que la conoceré. Buscádmela en otra parte, y veréis como la conozco.

—Búscala pues en esta otra página.

—Se compone de cuatro partes.

—Y cada parte se llama una letra.

—Pues se compone de cuatro letras. Ahí la tenéis. Esto quiere decir Dios, esto de más abajo también quiere decir Dios. ¡Oh! ¡qué contento estoy! ya sé leer la palabra Dios.

—Y luego sabrás escribirla si tú quieres.

—¿Pues no he de quererlo? Vaya si lo quiero. Mirad, ahí tenéis papel, tintero y pluma. ¿La escribís vos? Sí, lo que habéis escrito se parece a lo del libro. Esto dice, Dios. Habéis tomado la pluma con estos tres dedos, y esta otra mano la habéis apoyado en el papel. Me tiembla el pulso, y no me ha salido muy bien; pero esto se le quiere parecer un poco, y otra vez me saldrá mejor. Ya he escrito, Dios. Yo estoy loco de alegría. Entonces es más fácil esto de lo que yo creía. Mirad, enseñadme en el libro, papá, pan, queso.

-Lo que ahora te enseñaré, amiguito mío, es a tomar el desayuno; después veremos.

Con efecto, en aquel momento entró con el chocolate la mujer de Andrés, y me dirigió una mirada muy triste. Al parecer quería hablarme, y no sabía cómo alejar al niño.

—Buenos días —nos dijo con acento muy conmovido.

—Muy buenos los tengáis —le respondí.

—Dadme un abrazo —le dijo Enrique echándole los brazos al cuello—. Sabed que estoy muy alegre, porque ya empiezo a leer y a escribir, y luego sabré tanto como vos, y os leeré muchas cosas. ¿Me acompañaréis a paseo hoy, después de comer?

—Aparta, niño, que hoy no estoy de humor.

—¿Y qué tenéis, abuelita, vamos, contádmelo?

—Que hoy no podremos salir, que habrá bullanga.

—¡Bullanga! ¿Habrá bullanga? ¿Y esto os da pena? Pues a mí me gusta mucho la bullanga —respondió Enrique. Y se puso a correr, y a dar brincos; asomábase al balcón y luego volvía a entrar.

—¿Te vuelves loco, muchacho —decía la mujer de Andrés.

—Ya se oyen los tambores, y las trompetas —decía a gritos Enrique—; luego empezará a correr la caballería, y habrá carreras, y muere tú, y viva yo. ¿Me dejaréis subir a la miranda como la otra noche, abuelita?

—Suéltame. No, no, no. ¿Subirse a la miranda hoy que se necesita tanta prudencia? Ya me meteré la llave en el bolsillo. Hoy no se mueve usted de este cuarto, señorito, y cuidado con ello, o se lo contaré todo a su papá.

—Vamos, no os enfadéis, que papá no dirá nada. También le gustan las bullangas. La otra noche se fue a ella con mi padrino, y hoy no faltará tampoco. Ya oigo gritos —añadió subiendo la escalera en dirección hacia la miranda.

—Padre Manuel, esto se pone muy serio —me dijo la mujer de Andrés viendo que Enrique se alejaba—; y no sé en qué acabará. Y en efecto se oyen gritos. Voy a cerrar la puerta de la calle. Me ha dicho Andrés que por Dios no salieseis hoy.

Al poco rato bajó Enrique y sin acordarse de su desayuno, me tomó de la mano, diciéndome:

—Subid, subid, ya se oyen tiros muy lejos; esta vez será de día y lo veremos todo.

–Amigo mío, mejor estoy aquí —le respondí con dulzura—; tú puedes subir si te complaces en presenciar unas tristes desgracias, en ver cómo un hermano persigue a su hermano; tú puedes subir si te gozas en escuchar los lamentos que dan los que padecen; yo me quedaré aquí rogando a Dios, el cual como sabes nos dio la facultad de pensar, y pidiéndole que encamine todos los pensamientos hacia el bien, y los aparte del mal.

Enrique se quedó cabizbajo y pensativo, y sin saber verdaderamente lo que hacía se sentó a mi lado.

Había yo entreabierto una de las ventanas, de modo que no perdíamos ningún rumor de los que en la calle y a lo lejos resonaban. Oíase el estruendo de cajas y cornetas, el ruido de la caballería, el chirrío ronco y estrepitoso de la artillería, el penetrante son de las voces de mando, y una confusa gritería en lontananza. Unas veces reinaba en la calle un silencio profundo; otras veces resonaban en ella pasos precipitados como de un pelotón de gente fugitiva y muda de espanto; ya cesaba esta alarma y a ella sucedían unos alaridos y una vocería que daba miedo, y entonces se oían nuevamente los pasos presurosos, aunque por los gritos se echaba de ver que era gente entusiasmada y furiosa que, avergonzada de su anterior fuga, volvía a la carga confiada en sus propios bríos o acaso en nuevos auxiliares.

—Fuera temores, compañeros —decía uno con voz desaforada—; que la tropa es nuestra.

—La tropa es nuestra —repetía a coro la muchedumbre.

Hubo un instante en que oímos preparar fusiles, y en que sin duda se detuvieron para tomar aliento los que se adelantaban. Enrique no pudo resistir a la tentación de asomarse a la ventana, pero luego se retiró de ella espantado, y apenas pudo decir en voz baja:

—Ayo mío, ya no van contra los frailes.

—No, hijo mío —le respondí—, hoy van contra sus propios hermanos.

—Y se quieren matar: ¿cómo es que se quieren matar? —añadió temblando y asomándose de nuevo—. Ya viene el general. Mirad, el general manda a la tropa que dispare. ¿Oís como gritan *muera, muera*? El general y la tropa se retiran, y éstos avanzan. No se matan, no, ¿veis cómo no se matan? Ya están lejos. Bien sabía yo que os engañabais diciendo que se querían matar. Sólo querían matar frailes. ¿Sabéis qué son frailes?

—Son hombres como tú, hijo mío.

—¿Cómo yo, decís, mi ayo?

—Sí, como tú, y como yo; ¿no oíste nunca decir, el hijo del vecino tal se hizo fraile, entró en religión, se metió en un convento? Pues haz cuenta que todos son hijos de vecinos.

—¿Y porqué habían de meterse en un convento? ¿Quién les obligaba a hacerlo?

—Su voluntad, hijo mío, porque a cada uno le gusta vivir a su modo, sin daño de sus vecinos. ¿No te gusta a ti vivir a tu manera?

—Cierto que sí, ¿y sabéis qué hacían en sus conventos?

—Bendecían a Dios en sus celdas y en los altares.

—¿Nada más que esto, mi ayo?

—Enseñaban a los niños a leer y escribir, consolaban a los enfermos, y daban pan a los hambrientos.

—Pero por esto no merecían que se les persiguiese. ¿Por qué los persiguen, pues?

—¿No te ha sucedido nunca, hijo mío, reñir con un amigo tuyo, enfadarte seriamente con él, amenazarle, y aun darle golpes, a pesar de que antes le querías mucho, y de que después le querrás también?

—¡Oh! esto me ha sucedido muchas veces, y después lo he sentido mucho, y aun lo he llorado, porque no me gusta hacer mal a nadie.

—Pues haz cuenta que lo mismo pasa entre hermanos; a veces las riñas son pasajeras; otras veces duran más, como ha sucedido esta vez entre los frailes y sus hermanos que no son frailes, pero hijos de vecinos como ellos mismos. Hoy los persiguen y los abrazarán mañana.

—Mirad, mi ayo, que ya vuelven; esta vez gritan con más furia: ¿oís qué voces más descompasadas? Están locos: vienen tirando de una cuerda, y corren como desesperados. ¿Qué es aquello que arrastran? Sí; arrastran una cosa llena de polvo, y que deja tras de sí un rastro rojo. ¡Dios mío! arrastran al general.

—¿Enrique, estás en ti?

—Son sus vestidos, sus galones, su faja; ¡Dios mío!; cuánta sangre! ¡Que le matan, infeliz, que le matan!

Enrique cayó en mis brazos, trémulo, lívido, sin sentidos, y hube de tirarle agua a la cara.

Nada más horroroso que la desaforada gritería de la muchedumbre que en aquel momento pasaba por debajo de la ventana. Aquello no eran voces humanas, no eran gritos que se hubiesen oído en alguna parte, no eran los clamores más terribles en la guerra acostumbrados, ni los alaridos salvajes de gente victoriosa: eran una especie de aullidos agudos, vibrantes, prolongados, salidos a un tiempo de las fauces de mil fieras salpicadas en sangre, y de ella tanto más sedientas cuanto más bebido habían. Al pronto los hubiera tomado por los silbidos horrísonos que un huracán deshecho derrama y extiende sobre la superficie de las aguas. Pasaron en pocos instantes, dejando en pos de sí unos rugidos vagos, flotantes, como restos desprendidos de la furia de viento que a lo lejos todavía resonaba. Jamás hubiera creído que el hombre pudiese dar de sí tan espantosas muestras.

Cuando Enrique volvió en sí, sólo pudo proferir estas palabras:

—¿Y qué ha hecho el general para que le maten?

—Esto te enseña, hijo mío —le respondí—, que jamás debes entregarte a la cólera, si no quieres cometer las más horrendas injusticias. El delito de este hombre era no querer consentir en que los inocentes fuesen perseguidos.

—Esto es espantoso, Dios mío.

—Enrique querido, invoca así a nuestro Dios, que es el único que puede hacer volver en sí de su error a nuestros hermanos, que ciegos se despeñan en un abismo de iras.

En esto resonaron nuevas voces descompasadas, nuevos gritos, roncos unos, y penetrantes otros.

—El general a la hoguera —decían unos.

—A la hoguera, a la hoguera —respondían otros.

—La policía a la hoguera —añadían unos pocos.

—A la hoguera, a la hoguera —repetían todos.

—Las monjas a la hoguera —dijo una voz.

—A la hoguera, a la hoguera —repitieron otros.

—Fuego en las fábricas de vapor, y que se conviertan en hogueras —dijo otra voz.

—Todas en hogueras —respondió la plebe.

—Los serviles y sus casas a la hoguera —añadieron algunos.

—A la hoguera, a la hoguera —dijeron otros a voz en grito.

Y parecía que la desenfrenada muchedumbre iba inquiriendo, calle por calle, puerta por puerta, si había enemigos u objetos con que dar pábulo a las llamas.

La mujer de Andrés subió a poco rato, pálida, con los ojos desencajados, y la boca entreabierta, en ademan de querer proferir alguna palabra, y no acertando a pronunciarla.

—Van buscando gente —dijo al fin.

—¿Y para qué? —preguntó Enrique.

—Para matar, para matar —respondió fuera de sí la mujer de Andrés—. Han muerto al general y le han quemado. También queman los archivos de la policía. Han muerto a tiros a los que defendían la gran fábrica de vapor.

—¿Aquella fábrica tan hermosa? —preguntó Enrique.

—Sí, aquella fábrica que daba sustento a tantas familias.

—¿Y qué han hecho en ella?

—La han incendiado.

—Pero esto es espantoso, mi ayo.

—Todavía hay más.

—¿Todavía más?

—Ahora se dirigen a los conventos de monjas.

—¡Qué nueva gritería!

—Son ellos.

—¿Quiénes?

—Ellos, los del nuevo grupo; los que se dirigen contra las infelices religiosas.

—¿Y qué les quieren a las monjas? —preguntó Enrique.

—Quieren matarlas como a los frailes. Cerrad la ventana, y no os asoméis a ella. ¿Es posible que esto suceda, Virgen pura?

—Aquí han cerrado una ventana —dijeron desde la calle—, aquí hay alguno que se teme.

—Sí, sí, alguno se teme aquí dentro. ¿Quién habita esta casa?

—Que abran la puerta, o le pegamos fuego.

—Que la abran, que la abran.

—¡Y llaman aquí! —dijo temblando la mujer de Andrés—, ¡y es verdad que llaman aquí! Si sabrán, Dios mío: y no hay en casa más que nosotros.

—¿Qué nos quieren, mi ayo, abuelita? —decía Enrique azorado—, ¿qué nos quieren a nosotros, o qué les hemos hecho? Papá, ¿en dónde está papá? Yo quiero que venga papá; yo quiero a mi papá.

LVII.
La destrucción y el saqueo.

—Silencio, muchachos —decían desde fuera—; en esta casa se oyen lamentos.

—Escuchad, escuchad.

—Alguno da gritos en ella.

—Es un lechón que gruñe.

—Es algún desafecto: en esta casa hay desafectos. Me consta que los hay.

—Ah de casa —dijo otro dando furiosas aldabadas—; abran al momento al pueblo.

—Abran al pueblo.

—¿Y por qué hemos de esperar a que nos abran? Vais a ver cómo en un instante la puerta se abre por sí misma —dijo otro descargando con la culata de su fusil fuertes golpes en ella.

—Abran al pueblo.

—Demos un asalto en regla —dijo otro—, y no andemos en contemplaciones.

—Asaltemos.

—Traigan escaleras de mano.

—Al asalto.

—Ah de casa, si no nos abren, serán pasados todos sin compasión a degüello.

—¿No hay por ahí ningún buen vecino que tenga escalera de mano?

—Respondan los vecinos.

—Salgan los vecinos, pronto, pronto, y digan quién hay en esta casa.

—Allí asoma una vieja.

—Viva la vieja.

—Dejad que hable la vieja.

—Decidnos, vieja de Lucifer, ¿sabéis quién habita en esta casa del lado?

—¿A quién buscáis en ella? —dijo con voz temblorosa una mujer anciana.

—Venimos a caza de gente mala —dijo uno de la plebe—, buena vieja.

—Aquí hay gente sospechosa —añadió otro—; decidnos qué clase de vecinos son esos.

—Sois unos espanta-chiquillos —repuso la vieja—; ¿no oís que aquí no hay más que un niño que llora?

—Silencio.

—Escuchad, escuchad; y tiene razón la vieja. Es un niño que llora.

—Es un mochelo que llama a su papá.

—Papá, papá, yo quiero a mi papá —dijo uno remedando la voz de Enrique.

—Mas os valiera no perder tiempo, y hacer cosas de provecho —replicó la vieja—. Ved hacia allá cómo persiguen a un hombre que lleva sobre sus espaldas a otro hombre. Aquellos no hacen el bú a ningún niño. Ya le acosan, ya le cogen; pero no, que el hombre, por la puerta del huerto, se ha metido en el convento. Es la fantasma, la fantasma, que sin duda habrá hecho presa en alguno de los vuestros, y se lo lleva al refectorio para tragárselo vivo.

—Sí, sí, la fantasma —dijo uno del grupo—; la fantasma que el otro día se comió dos milicianos, en menos tiempo que lo digo.

—A la fantasma, muchachos.

—A la fantasma, dijeron todos: vamos en busca de la fantasma.

Y oímos que en un momento aquella agitada muchedumbre, sin pensar más en nuestra casa, y sin escuchar más el llanto de Enrique, se precipitó hacia el convento en medio de unas vociferaciones espantosas.

—Arrimad estas escalas, una en cada ventana —dijo el que había dado muestras de tener más vigorosos pulmones—. Son cortas, es menester atarlas de dos en dos. Entretanto destrozad esas tablas, y penetrad algunos por la puerta.

—También queremos entrar nosotras —dijeron dando penetrantes chillidos algunas mujeres de la hez más desgraciada.

—¿Y quién sois vosotras que habláis tan recio, y sin embargo bailáis en pelado, como verdaderas hijas de la piedra?

—Cómo tú, somos hijas de madre, y queremos entrar en donde entréis vosotros.

—Entraréis, pero atended primero, oh doncellas, que a bien os salgan, hijas, esos arremangos: atended un momento, y decidme sin rebozo: ¿tendréis valor, oh amazonas del pueblo y engendradoras de los héroes del pueblo, tendréis valor repito para ver cara a cara, y para embestir de frente a la fantasma horrible, que se come vivos a los hombres? —preguntó con voz atronadora el de los pulmones.

—¿Si le tendremos? —respondió una voz más bien que de mujer de becerro—; acostumbradas estamos a ser fantasmas en mitad de la noche, y a tratar con fantasmas que así como vienen desaparecen, sin que nos hayan comido, antes las dejamos enjutas y descoloridas, que no parece sino que las chuparon brujas.

—Pues bien, brujas chupadoras del mismo Satanás, si a la mano le tuvierais: ¿ignoráis que no entran mujeres en los conventos destinados a los hombres? —preguntó afectando mayor solemnidad el de la voz de trueno.

—Se acabó el tiempo de los privilegios, y ya nos calzamos las bragas —respondió la mujer—. ¿No habéis entrado vosotros hoy mismo en los conventos destinados a nosotras las mujeres?

—Tiene razón —dijo alguno de la plebe—; esta mujer habló como quien es.

—Que entren, que entren.

—Con tal que acosen como lebreles a la fantasma, y nos la traigan, bien sea entera, o bien hecha pedazos —dijo el que por su voz era jefe.

Entonces las oleadas del gentío debieron de precipitarse hacia el convento. Oímos crujir las tablas de la puerta del centro y caer con estruendo destrozadas; cesó el bullicio de la calle, y resonaron carreras, golpes tremendos, y voces descompasadas en lo interior del claustro. Aquella morada, antes tan tranquila, que en todos sus ámbitos respiraba quietud y recogimiento, ahora ofrecía en su seno la imagen del desencadenamiento de las pasiones, y del más brutal desenfreno. Cuando recuerdo este día, lleno de abominaciones horribles, creo que es imposible que haya yo visto lo que vi, y oído lo que oí; vacilo, dudo, me parece que mi imaginación es víctima de algún alucinamiento, y que lo que pasó por delante de mí fue una fantasmagoría.

Yo no vi nada; no es posible que yo haya visto nada de todo cuanto vi.

Aquello eran otra especie de hombres de los que antes de aquel día había visto, y de los que después de aquel día estoy viendo.

Aquellas furias no debían de ser mujeres, porque en ninguna otra parte, y en ningún otro tiempo, se me han presentado con tan repugnante colorido.

Aquello no eran gritos que pudiesen salir de humanas bocas, porque las blasfemias más atroces eran allí nada en comparación del emponzoñado resoplido que aquellas negras bocas provocaban.

La mujer de Andrés se había ausentado, aprovechando la coyuntura de ver libre la calle. Al parecer vinieron por ella, llamándola con premura, y se despidió diciendo que cerraría la puerta de la calle y se llevaría la llave.

Ya he dicho que la celda del padre José caía delante de la ventana de mi cuarto. Yo no podía apartar de ella los ojos ni el pensamiento. En ella entraban y salían a cada momento unos grupos presurosos, unas oleadas de gente que, allí, en aquella mansión de las puras alegrías, se entregaban a las más abominables profanaciones. Hombres y mujeres bailaban obscenamente, entonaban canciones lúbricas, y se asomaban a la ventana remedando la voz de los misioneros y sus sermones, y luego discurrían por los corredores dando gritos horrorosos.

—¿Por qué hacen esto, mi ayo? —me preguntó Enrique algo repuesto del espanto que la anterior gritería le había infundido.

—Porque no temen a Dios, hijo mío —le respondí—, al Dios que los sacó del polvo, y contra quien se sublevan.

—¿Y porqué no los castiga Dios, mi ayo, ya que tan malos se han vuelto?

—Enrique querido, sobrado que los castigará su misma culpa. Estos que aquí ves, afanados en destruir esta morada, mañana que este espacio sea convertido en escombros, pedirán con llanto a las mudas ruinas, los hombres pan para sus esposas, las esposas educación y un asilo para sus hijos; pero las piedras esparcidas no podrán juntarse otra vez para formar las desplomadas bóvedas; y en su tardío desengaño, y en su desesperación tremenda, aquellos y aquellas invocarán al Dios airado a quien ahora tan ciegamente ofenden.

Enrique volvió a asomarse al balcón.

—Mirad —me dijo.

—No te asomes, Enrique.

—Mirad, mirad.

—No aumentes, hijo mío, mi amargura.

—No van a dejar nada.

—Desgraciados.

—Mirad, cómo echan abajo los tabiques —me dijo Enrique—, cómo arrancan los goznes y los marcos de la puerta, cómo destrozan las ventanas. Mirad, mirad cómo otros se suben a los tejados, y van separando las tejas una por una, y se las cargan en hombres, y se las llevan. A este paso van a destruirlo todo. Hasta el enlosado arrancan y desprenden. Mirad, mirad, mi ayo, cómo van saliendo silenciosos, con su carga, y ya no se detienen para dar gritos, sino que se ausentan cada uno por su lado. Yo pensé que esto no era suyo. ¿Cómo les dejan apoderarse de lo que no es suyo? Pero todos hacen lo mismo, y se alejan muy contentos. ¿Oís qué furiosa gritería resuena en los corredores?

LVIII.
Una nueva fantasma.

Con efecto, a la estrepitosa vocería de la calle, y a la de las celdas que a ella daban, había sucedido un rumor sordo en el interior de los claustros, rumor por entre el cual se oían a veces grandes clamores y gritos desaforados. Conocíase desde luego que la sed de destrucción no era el único móvil de los que quedaban discurriendo por los corredores del convento, antes parecía que otro más vivo interés los instigaba.

La mayor parte de los que habían entrado por las ventanas o por la puerta central, se habían salido contentos con su presa; pero otros habían entrado en el convento por las bardas y por la puerta del huerto, según pudimos colegir del coloquio que entre una vecina y los de la calle había pasado. El nuevo grupo había venido persiguiendo y acosando de cerca, según la misma vecina dijo, a un hombre, que llevaba otro hombre a sus espaldas: a la fantasma que en sentir de la vieja se iba a comer al infeliz a quien había arrebatado.

Perseguidores y perseguido se habían internado sin duda en aquel vasto edificio por uno de sus extremos, mientras que el centro y el opuesto ángulo eran blanco de la codicia de una multitud desenfrenada. Ahora, el nuevo grupo había quedado solo en aquellos claustros inmensos. Los que le componían acaso se iban dividiendo y fraccionando, de manera que unos a otros se llamaban con unas voces en las cuales al través de la ira asomaba el espanto. Parecía que estando juntos no les

arredraba la fantasma perseguida, pero que aislados temían que a lo mejor iba a ser ella quien los acometiese.

—Por aquí, por aquí —decía uno a grito herido—; acabo de verla hace un momento.

—Subid por esta escalera de la derecha —respondía otro—, y no perdáis un momento.

—No, que acaba de bajar.

—Bajemos todos.

—A mí, amigos; en aquel corredor la dejé; acudid sin temor que ya es nuestra.

—¿Porqué huyes pues?

Y el rumor que antes resonaba en los claustros superiores se oyó de golpe en los inferiores, en donde se renovaron las carreras y los gritos furibundos.

—A ella —dijeron algunos—, a ella, todos a una, que ya va cansada y jadeante.

—Nadie se separe —dijo uno.

—Y cerremos tras de nosotros las puertas.

—Ahora a ella.

—Muera la fantasma.

—Muera, muera —repetían todos.

—Que se escapa, amigos.

Uno de los perseguidores se asomó en esto a la ventana de una celda, y dijo a los pocos que desde la calle escuchaban la gritería:

—No dejéis salir a nadie.

—La fantasma se escapa —dijo otro.

—Cuidado con dejar salir la fantasma.

—¿Y cómo la conoceremos? —dijo alguno desde la calle.

—Es un hombre que lleva cosido a las espaldas a otro hombre —dijo el de la ventana—; cerradle el paso con palos, con azadones, con pértigas, con piedras, con toda aquello que a la mano os viniere; ved que ya se ha comido tres hombres.

Nadie le respondió, porque al oír sus últimas palabras, aquel trozo de calle quedó desierto.

—Se me escapó de entre manos como si bullese y saltase —dijo otro desde dentro.

—En este sitio desapareció.

—Yo la acabo de ver; cerrad este corredor; que bajen los que han quedado arriba. La fantasma no ha vuelto a subir.

—Iba más ligera que un gamo, a pesar de la carga que llevaba, y me dejó muy en zaga.

—A ese lado todos; por aquí muchachos; no nos separemos y vayamos a una.

No podré expresar la ansiedad con que yo escuchaba todas estas voces que en el interior del convento resonaban. ¿Quién era esta nueva fantasma objeto de una persecución tan tenaz y encarnizada? ¿Acaso alguno de mis hermanos que hasta aquel día había encontrado un asilo en otra parte ignorada del convento, y que, hostigado del hambre como yo lo fui, se había atrevido a dejarse ver, y había sido descubierto? ¿Pero, cómo venían persiguiéndole desde fuera? ¿Cómo era posible que llevase en hombros a ninguno de sus compañeros ni de sus perseguidores? Tal vez en la calle habían conocido a algún religioso, y no halló otro medio de salvación por el pronto que meterse en el claustro. Desgraciado, que no conocería como yo la parte escondida e impenetrable de aquella vasta morada, y sería dentro de muy poco víctima de la saña de sus furiosos contrarios. Yo hacía votos interiormente para que se salvase, para que el cielo le deparase algún camino nuevo, extraordinario, en que estuviese seguro. Yo pedía a la Virgen Santísima que hiciese en favor del

infeliz un milagro. Yo hubiera querido tener una voz penetrante, vibradora, sólo de él oída, que le avisase y le encaminase en aquella mansión profanada.

—Salvadle, Dios mío —decía yo—, salvadle.

—¿Deseáis que se salve la fantasma? —me dijo Enrique mirándome con asombro—; ¿no oísteis que se ha comido tres hombres?

—Enrique mío —le respondí—, ¿crees tú que no anden errados y muy fuera de lo cierto estos hombres en lo que dicen? A mí el corazón me dice que el hombre perseguido no es una fantasma salpicada con la sangre de sus hermanos, sino un ser desgraciado que derrama la suya propia, lleno de heridas que sus perseguidores le han hecho, y que huye por salvar la poca vida que le queda. ¿No ves, hijo mío, que son muchos los que le persiguen, y que él es uno solo?

—Sin duda tenéis razón, él es uno, y ellos son muchos, muchísimos. Decís bien. El pobre me da lástima. Y le van a coger. ¿Oís, mi ayo?

Las voces del interior resonaron en aquel momento con más estrépito que antes.

–Ya va perdida: a ella, a ella —decían los perseguidores dando furiosos alaridos.

—Es menester buscarla en este sitio.

—De este corredor no pasó.

—Por aquí, por aquí.

—Si no se nos ha escurrido entre piernas, aquí estará. No ha un minuto que la vi.

—Registrad bien todo el claustro gótico.

—Y que ninguno se aleje.

—Yo la vi entrar por esta puerta que da a la iglesia.

—A la iglesia, a la iglesia.

Y las voces se fueron apagando gradualmente, o por lo menos desde donde estábamos ya no se oía sino una especie de ecos sordos, muy lejanos, que se confundían en los aires con otras voces y otros sonidos que venían de distintas direcciones. Enrique y yo estábamos escuchando llenos de azoramiento por si podíamos oír algún grito o entender alguna exclamación lejana, cuando hirió nuestros oídos un son melancólico y tristísimo, de mí bien conocido. Era el tañido de la campana del templo, que por tercera vez después de mi salvación en las catacumbas, llegaba hasta mí, lúgubre y pavoroso.

Volvieron a oírse las voces confusas de las oleadas del grupo, pero no ya en el interior del templo, ni en los claustros, sino en la calle.

Los perseguidores se habían salido del templo despavoridos.

Andaban de acá para acullá en la calle; unos se detenían en medio de ella y delante de la puerta; otros, en quienes era más poderoso el miedo, se alejaban buen trecho antes de pararse y de volver la vista; algunos decían a los demás que se detuviesen, que era necesario volver nuevamente en busca de la fantasma; pero no por esto se paraban los que tal decían, antes ponían tierra por medio, ni mas ni menos que los que les escuchaban.

—Yo me las habré con los vivos, mas no con fantasmas —dijo uno de los más prudentes.

—Presentadme uno, dos, tres hombres, y no volveré la espalda— dijo otro—, pero no me las quiero haber con almas en pena.

—¿Y qué se hizo la fantasma? —preguntó un tercero a los fugitivos.

—Se ha subido a lo más alto del campanario, en un abrir de ojos. ¿No oíste la campana?

—Dejemos por ahora en paz a la fantasma —dijo uno al parecer muy amigo de lo real y positivo—; y vamos a otra parte donde no nos ha de pesar, amigos míos.

Juntóse un corro en torno del héroe de la muchedumbre que así acababa de dirigir la voz a sus compañeros.

Reinó durante unos momentos un silencio profundo mientras los más allegados al héroe se hablaban en voz baja.

Pero a poco espacio estalló de nuevo la gritería, con mucha mayor fuerza y estrépito que antes.

—A la aduana —dijo el héroe.

—A la aduana —dijo el corro.

—Allí hay bienes que repartir a los pobres.

—Allí está de sobras lo que a todos nos falta.

—Orden, compañeros.

—No se diga que haya habido desorden.

—Reparto justo, equitativo.

—Todo para todos.

—Distribución de depósitos.

—Distribución, distribución.

—A la aduana, amigos, que allí las fantasmas tienen cuerpo, y es fácil asirlas.

—A la aduana —repitieron todos.

Y la calle quedó en un momento desierta y silenciosa.

La nueva fantasma se había salvado sin duda.

LIX.
Quién era la nueva fantasma.
Los amigos de ayer ya son enemigos.

Pasaron algunas horas sin que nadie volviese a turbar la especie de calma en que quedamos luego de transcurridas las escenas anteriores. En las puertas del convento habían quedado algunos hombres armados que guardaban la entrada. Enrique, inquieto, desasosegado, se asomaba a la ventana, entraba y salía, se subía a la miranda y bajaba a poco rato, y a lo mejor preguntaba, cómo era que su padre y su padrino, y el buen Andrés y la abuelita, no volvían. Respondíale yo que no podían tardar, y sin decirme nada se volvía a su tarea de salirse y entrar, de asomarse para ver lo que en la calle pasaba, de subir y bajar ligero la escalera.

En verdad que ya empezaba a alarmarme la tardanza de los que por la mañana se habían ausentado. La tormenta popular distaba mucho de estar apaciguada; no había hecho más que dejar tranquilos algunos barrios, para hacer a otros blanco de sus furiosas embestidas. Enrique me dijo que desde la miranda se veía en un extremo de la ciudad una columna de negro humo, que iba a confundirse con las nubes. A veces entraba por la ventana una ligera lluvia de cenizas muy finas y delgadas, al parecer restos por el viento esparcidos de las hogueras en que ardían los archivos de la policía. Cansado de esperar durmióse profundamente Enrique.

No bien hubo anochecido cuando oí que abrían la puerta de la calle, y la volvían a cerrar con mucho tiento. En la escalera no resonó ninguna voz, pero sí un andar acompasado, como si entre algunos subiesen una carga fatigosa. Debieron de subirla con mucho cuidado, porque tardaron algunos momentos en llegar al primer piso, en donde había los principales aposentos. Al parecer descansaron un momento; y entonces creí distinguir la voz de Andrés y la de su mujer, y percibir el ruido de algún objeto que dejaban en el suelo.

—Por fin logramos ponerla en salvo, loado sea Dios —dijo en voz baja la mujer de Andrés, creo que esta silla en que la colocamos pesa más que ella: te confieso que ya no podía conmigo; vamos que andar media hora sosteniendo la mitad de esta carga, huyendo de los grupos aquí, escondiéndonos allá, y dando vueltas para no tropezar con todos los diablos que andan sueltos, no es cosa para repetida. Te aseguro que a no haberlo pedido Sor Marta con tanto ahínco y de una manera que me hizo llorar, no me hubiera tomado tanta pena. Pero en fin, haz bien y no mires a quién. De las demás cada una ha acudido a su familia; pero esta me ha dicho Sor Marta que no tiene padres, hermanos, ni conocidos, y a no encargarnos nosotros de ella, se quedaba abandonada, tan mala como está, desde la primera bullanga. ¿Y en que cuarto te parece que la coloquemos?

—En el que destinábamos para el padre Manuel —respondió Andrés con voz apagada de intento—: es el mejor que tenemos; pero no podríamos darle huéspeda más digna; la caridad primero, y sobre todo, como nos decía el padre José.

—Y aun no vuelve en sí: mucho desmayo es éste. Ya empieza a darme cuidado, Andrés.

—Otro esfuerzo, mi buena mujer, y la colocaremos en la cama. Lo más difícil está hecho ya.

En esto me pareció que levantaban de nuevo la carga que poco antes habían soltado, y se dirigían a uno de los aposentos inmediatos, desde el fondo del cual oí uno como suspiro de quien vuelve en sí de un deliquio, y un gemido penetrante.

No tardó mucho Andrés en subir a mi cuarto; dio una mirada en derredor de sí, como quien desea hablar a solas con un amigo, y viendo que Enrique dormía tranquilamente, se me acercó, puesto un dedo en la boca, y me dijo que le siguiese:

—Pobre niño —dijo mirando a Enrique—, pobre niño, que a estas horas tal vez ya no tiene padre.

—¿No tiene padre? —pregunté a Andrés sin poder contenerme—, ¿ya no tiene padre?

—A lo menos, si no lo ha perdido, está muy próximo a perderlo; pobre niño.

—¿Luego lo tiene todavía? ¿Y aun puedo serle útil y puedo hablar con él? ¿En dónde está? ¿Puedo verle, auxiliarle, Andrés?

—¿Le compadecéis? —me respondió—; también yo le compadezco: pero hasta mañana no podremos dar ningún paso para salvarle, pues dándolo hoy, no haríamos más que perderle, o acelerar su hora postrera.

—Pero mañana, Andrés, mañana tal vez no llegaría yo a tiempo.

—Antes es imposible: un solo paso que diésemos podría hacerle perecer entre tormentos.

—¿Vive pues todavía? Aseguradme Andrés, por el bien que esperáis en los días eternos, aseguradme que vive todavía.

—Pero su herida es mortal. Vive únicamente, padre Manuel, para tener tiempo de despedirse de la vida.

—¿Y en dónde le han herido? ¿Cómo no le han traído aquí? ¿Y el piloto qué se ha hecho?

—Al piloto debe el resto de vida que le queda. Los dos me parecían ayer muy malos, pero hoy me he convencido de que eran solo unos hombres descarriados. Ambos han buscado contra el furor de la plebe un refugio allí en donde menos pensáis, padre Manuel, en vuestro mismo convento.

—¡Cómo! ¿Los perseguía la plebe? ¿A ellos, Andrés? ¿A sus amigos de ayer? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡Qué día tan espantoso, padre Manuel! Los amigos de ayer ya son enemigos. El piloto y su compañero quisieron oponerse a los que han convertido en cenizas la gran fábrica de vapor, y el uno ha sido herido, y ambos han tenido que huir perseguidos como fieras. Al llegar junto a vuestro convento, el piloto ha visto que su compañero vacilaba por la mucha sangre que había derramado, y cargando con él ha ido a buscar un asilo en la morada misma en donde el otro día iba a la caza de víctimas.

—Tremendos juicios de Dios —dije juntando las manos—; según eso, ¿era el piloto la fantasma, hace poco acosada de corredor en corredor, de claustro en claustro, de celda en celda?

—La misma era —me respondió Andrés—: ¿Habéis oído el tañido de la campana? Estas manos la hicieron resonar para salvarle, como lo hice con vos ayer. Habíame metido entre sus perseguidores; los descarrié, los dividí, los llevé hasta el templo, y allí se desbandaron medrosos oyendo aquel tañido. No sé en dónde habrán quedado los dos: pero mañana recorreremos las ruinas en su busca.

—¿Y esta noche no, Andrés? —le dije—, ¿por qué no puede ser esta noche?

—Porque hasta mañana nos es imposible penetrar en el claustro, y porque un ángel os espera a pocos pasos de aquí, padre Manuel —me respondió Andrés—. He puesto a un ángel al abrigo de los ultrajes de la plebe, y creí devolverle a la vida; pero conozco que no habré salvado más que un cadáver. Entrad, que éste es el día más triste de mi vida.

En este momento nos hallábamos a la puerta de uno de los aposentos del primer piso.

Era el mismo que, en otro tiempo, en los días más borrascosos de mi juventud, ocupé.

—¿La has metido en la cama? —preguntó Andrés a su mujer antes de pasar del umbral de la puerta.

—Es cosa de ir pronto, pronto, en busca del médico —respondió la mujer—, no pierdas un momento.

—Cómo! ¿Tan mala se ha puesto?

—Muy mala, Andrés.

—¿Y a dónde iré a estas horas?

—Es preciso ir por el médico.

Diciendo esto, la voz de la mujer de Andrés era imperiosa como la de quien conoce que lo que pide es absolutamente indispensable.

Andrés no replicó.

—Allá voy —dijo encaminándose a la escalera.

Antes me tomó de la mano, y me dijo:

—Entrad, padre mío, entrad, ya sabéis que ahora sois vos nuestro padre José.

Entonces penetré en aquel aposento.

—Es una pobre monja que hemos salvado —me dijo la mujer de Andrés—; a la infeliz se le murió un cura anciano que le hacía de padre; no tenía aquí parientes, ni más hermanas que las compañeras de su monasterio que hoy van desbandadas. La abadesa ha mandado por mí esta tarde, porque sabe que puede contar conmigo, y me ha dicho que unas en una casa, y otras en otra, todas sus monjas habían encontrado un asilo, porque no faltan, no, almas piadosas, aunque hay otras muy descarriadas. Sólo quedaba esta infeliz, desamparada, sin arrimo, y además enferma de cuidado desde el día de la quema. «¿Puedo confiarla a vuestro cuidado? —me ha dicho sor Marta con lágrimas en los ojos—; es una santa, de pensamiento recto, de corazón candoroso, y de alma virgen y enteramente pura. Era la perla de nuestro convento. Ni le cansaban las abstinencias, ni le fatigaban las vigilias, ni faltó jamás al coro; era una enfermera asidua por quien clamaban sus hermanas dolientes; sus labios no se abrieron jamás para las murmuraciones ni las quejas; manuscritos suyos se conservan capaces de enternecer al corazón más duro: era un verdadero tesoro. Cuando supo que los conventos de religiosos habían sido entregados a las llamas, y que tal vez el mundo no tardaría en venir a turbar el reposo profundo que en nuestro convento disfrutaba —añadió sor Marta—, le dio un temblor nervioso que la tiene postrada en cama y que tal vez acabará con ella.» Qué podía yo responder a la buena abadesa? Busqué a Andrés y fuimos por esta desgraciada, y atada a una silla la hemos traído; aquí está: pero dudo mucho que logremos salvarla. Acercaos, padre, voy a encender luz.

La mujer de Andrés se fue, volvió a poco con luz y dejóla sobre una mesa. Me hallaba yo en el mismo cuarto que tantos recuerdos podía suscitar en mí. Aquel era el balcón que daba frente al convento. La mujer de Andrés cerró los postigos mismos que catorce años antes yo había cerrado. Las pinturas, los cuadros, las sillas, la mesa, todo estaba tal como yo lo dejé. También pendía del techo una jaula dentro de la cual revoloteaba un canario, tan lindo como el que yo contemplé. La cama estaba colocada en el mismo rincón, pegada a aquel tabique al través del cual oí por la primera vez la voz tierna y candorosa del padre José. En ella estuve yo tendido, calenturiento, delirante, y casi moribundo. En ella levanté por primera vez desde que nací mis ojos al cielo. ¡Cuántos recuerdos se agolpan a mi mente en este instante solemne! Aquí mi existencia cambió de norte; en esta mesa se escribió la carta que me separó del mundo; por esta puerta me sacaron creyéndome cadáver, y por ella me volvieron a entrar con un resto de vida que juré consagrar al Eterno. Yo vi desde allí entrar al hombre más virtuoso que he conocido; yo sentí su mano sobre mi frente, y me pareció que con su roce se apagaba el fuego de las pasiones que en mí ardía.

-- Acercaos, padre —me dijo la mujer de Andrés—; no abre los ojos, aunque respira.

Fue preciso que por segunda vez me llamase, y entonces me pareció que volvía en mí de un sueño de catorce años; entonces cesé de mirar los objetos que me rodeaban, hablándome de unos días que ya fueron, y contemplé la nueva imagen que en medio de todos ellos se me había aparecido para darles otra fisonomía, tan tierna ¡ay de mí! como dolorosa.

LX.
Sólo el llanto nos queda. ¡Pero ésta no es mi celda!

Una blanca toca cubría la cabeza de aquella santa religiosa. Sus ojos estaban cerrados. El dolor, no la edad, había abierto en su frente unos ligeros surcos. Su faz era lívida; su nariz afilada. Sus labios, ligeramente rosados, estaban entreabiertos, como para dar paso a una respiración que ya se extinguía. Las leves y caídas sombras, que en sus mejillas se diseñaban, eran indicios de una total postración y de una profunda melancolía. Verdadera aparición de una tristeza, antes angelical y pura que sombría, no hacía, no, manar agua de los ojos, sino que iba a buscar en el mismo pecho el llanto. Inocente paloma de la soledad, que en ella posaba tranquila y mecía blandamente sus blancas alas, un viento devastador la había arrojado muy lejos de su selva sagrada, a pesar de su gemidos. El desierto debía de ser sin duda el alimento de su alma, la paz interior su consuelo, la oración su diario sustento; y ahora, a la calma del desierto había sucedido la agitación del mundo, a la paz del espíritu el tumulto de las ciudades, y a la oración los alaridos de las conmociones populares.

Virgen candorosa, consagrada al retiro y al silencio, acababa de ver cómo acometían las turbas su morada, y cómo por encima de su techumbre arrojaban sobre ella amenazas de incendio. La infeliz debió haber creído que los goznes de las puertas que detrás de ella crujieron al entrar en el claustro, no se abrirían ya, y la separarían por siempre más de la corrupción, de los hálitos ponzoñosos de la vida, de las iras y de las pasiones humanas. Pero de golpe vio que aquellas puertas eran desquiciadas, y presentaban a su espantada vista el horrible aspecto de la multitud de monstruos de quienes creyó un día haber escapado. Desgraciada, que al ver sus feas cataduras, su feroces ademanes, su mirar sañudo y vengativo, y al oír el torrente de atroces imprecaciones que de sus labios salían, debió de cerrar los ojos y taparse los oídos aterrada, acaso para no abrirlos ya más.

Sólo yo, como ella asaltado en mi retiro, como ella perseguido y acosado allí mismo a donde pensé que los tiros del mundo no podían haber llegado, como ella desterrado del bosque silencioso de mis encantos, sólo yo podía comprender toda la extensión de su desgracia, y sondear toda la profundidad de su infortunio.

Mientras lleno de amargura contemplaba a esa nueva víctima de las calamidades públicas, vino Andrés acompañando al médico. Este la encontró mala.

Examinóla atentamente, e hizo varias preguntas a Andrés y a su mujer.

—Cuando la sacamos del convento —respondió la mujer de Andrés—, nos habló con mucha dulzura, y se despidió de sor Marta, dándola muchos abrazos, y llamándola su madre en Dios. De veras me enterneció la pobre. «Llore, hermana mía, le decía la abadesa, llore sobre mi pecho y desahogue su pena, pues podemos decir como las mujeres del santo sepulcro, ya sólo el llanto nos queda.» Pero ella dando unos gemidos convulsivos, «no puedo llorar, madre mía —le respondió—, no puedo, no puedo.» Y cayó en mis brazos tal como la veis. Hará de esto un par de horas.

El médico tomó muchas veces el pulso a la enferma, y la estuvo observando otro buen espacio. Pidió si había éter en la casa, y Andrés trajo un frasco que hicieron oler a la enferma, la cual dio a poco una inspiración más larga y más profunda.

—¿Os parece si volverá en sí? —preguntó Andrés dirigiéndose al médico.

—Pero será para entrar en la agonía —respondió el médico—. Los auxilios espirituales le convienen y le serán más útiles que los míos —añadió tristemente.

Y recetando un cordial, se fue dejándonos sumidos en la aflicción más amarga.

—No la abandonéis, padre, por Dios —me dijo Andrés—; auxiliadla en sus últimos momentos; a lo menos pueda yo decir a sor Marta que su hermana ha muerto teniendo al lado un sacerdote, y recibiendo los consuelos religiosos. ¿A quién iríamos a buscar ahora si vos os alejaseis? Además, es muy peligroso salir —añadió en voz baja—: tuvimos el otro día una noche de llamas y ésta lo será de llamas y de sangre. Esta vez quiere la plebe apoderarse de la aduana, y los que se opondrán a ello son muchos.

—¿Qué estás diciendo Andrés? —preguntó su mujer acercándose a nosotros.

—Digo que voy en busca del cordial, y que mientras vuelvo no dejes entrar ni salir a nadie; ¿entiendes? y que de cuando en cuando subas a ver si el pobre Enrique duerme descansado.

Y diciendo esto se salió del cuarto, y le oímos bajar la escalera, abrir la puerta de la calle, y volver a cerrarla tras de sí. Yo me acerqué entonces a la cama en la cual estaba tendida aquella religiosa moribunda. La mujer de Andrés se acercó a la enferma, y la hizo oler repetidas veces el frasco de éter. Cada vez que lo olía pareció que se inmutaba su fisonomía; y últimamente dio un suspiro tan prolongado que nos hizo temer por su existencia. Mas a poco abrió los ojos. Al principio pareció que los fijaba en el techo, como si buscase en el cielo las esperanzas que en la tierra le habían arrebatado; pero al cabo de un buen espacio los paseó por las paredes del cuarto, los clavó en un crucifijo y en una imagen de la Virgen, miró la luz que encima de la mesa ardía, y volvió a cerrarlos, diciendo:

—Pero ésta no es mi celda.

Oyendo el metal de su voz tierna, melodiosa, llena de expresión y de tristeza, no sé si me caí o me senté de mi voluntad en una silla, y tuve que apoyar mis manos y mi cabeza en aquella misma mesa en donde fue escrita la carta que derramó sobre mi familia el luto y el quebranto.

—¿No os acordáis —dijo la mujer de Andrés a la enferma—, no os acordáis que sor Marta os ha encomendado a mí, y me ha dicho que no os abandonase? Estáis en mi casa, aquí no pueden perseguiros, y yo os cuidaré mucho, muchísimo. ¿Os sentís más aliviada?

—Siento, hermana mía, una tranquilidad. ¿Conque no nos persiguen ya? ¿Y mis hermanas sabéis si todas están en salvo? —dijo la enferma con voz doliente y apagada.

—Todas se han salvado.

—Gracias, Virgen Madre; me siento más animada, más contenta, hermana mía, mucho más feliz que nunca, porque conozco que Dios me llama.

Oyendo esto la mujer de Andrés se echó a llorar, y yo no pude contener mis sollozos.

—¿Está aquí vuestro buen marido? —preguntó la enferma.

—Luego vendrá; quien está aquí es un sacerdote que como vos ha sido arrojado del claustro.

—¿Un sacerdote? —dijo la enferma—: es un nuevo beneficio que me dispensa la Virgen sin mancha. De este modo ¡oh Dios mío! podré entregarte mi alma auxiliada por uno de tus ministros. Haced que me dé a besar su mano, hermana mía, y que reciba mi confesión postrera.

Sentí que la mujer de Andrés se llegaba a mí y me asía del brazo. Yo me hallaba casi fuera de mí, no sé si víctima de una ilusión de mis sentidos, o-si engañado por un sueño de los primeros años de mi existencia, prisma encantador que hacía tomar a los objetos que me rodeaban una apariencia fantástica. ¿Qué es esto que por mí pasa? me decía yo. En este mismo cuarto, en donde todas mis mundanales ilusiones se desvanecieron, ¿es posible que ahora, al cabo de tanto tiempo, se conjuren amenazadoras contra mí, desterrado, sin consuelo? Y en mi corazón invocaba a mi anciano y ya fenecido amigo, para que me diese fuerzas si lo que por mí pasaba era una nueva prueba que me deparaba el cielo sobre mis pasados dolores.

—Su desgracia os ha afectado como a mí —me dijo la mujer de Andrés—, pero alentad, padre mío, que el buen corazón quebranta mala ventura, y ved que esa desventurada religiosa necesita de vuestros auxilios.

—Pero ya oigo que Andrés sube —añadió dirigiéndose a la enferma—: Tomaréis un poco de cordial, y después podréis hablar más animada.

Con efecto, en aquel momento entró Andrés, y al pasar junto a mí me dijo muy quedo:

—Esto va mal, muy mal; las turbas discurren desenfrenadas por todas partes; quieren de todos modos saquear la aduana, y las casas de los sospechosos. Todo está perdido si el ángel de la guarda no nos salva.

—¿A qué viene tanto secreto? —dijo a Andrés su mujer—; lo que ahora conviene es pensar en esta pobre criatura: ¿traes el cordial?

—¿Ha vuelto en sí? —preguntó Andrés.

—Está hablando como una santa —le respondió su mujer—, y pide confesión. Tenía razón sor Marta diciendo que era un modelo de virtud.

—Tomad un poco de cordial —dijo Andrés acercando una cucharada de él a los labios de la enferma—: esto os alentará.

—Gracias, hermano mío; en efecto me alienta —respondió la enferma—; ahora dejadme os ruego con el sacerdote.

Y Andrés y su mujer se salieron del aposento.

LXI.
En los umbrales del claustro solté mi última lágrima y dejé mi postrera corona de flores. Hay un muerto en esta casa.

Aquel ángel de candor y de ternura hizo un esfuerzo para incorporarse en la cama, y no pudo. Con una mano lívida y helada tomó la mía, y sin que fuese dueño de apartarla la aplicó a sus labios fríos como la nieve.

—Apenas os veo —me dijo—, porque la vista se me turba; pero oigo que sollozáis. ¿Puede daros pena mi estado? Soy digna de envidia, más que de compasión, padre mío, porque he tenido que luchar por mucho tiempo contra mí misma, y ahora oigo que la Virgen me llama, me espera, y dice que mis días de prueba se acaban.

No pude abrir los labios, ni hubiera hallado fuerzas en mí para poder proferir una palabra. Formaron en mi garganta un nudo los sollozos, y mis ojos se convirtieron en dos raudales. Ella se había detenido un instante como para tomar aliento.

—Padre mío —me dijo a poco—, vuestras lágrimas, que siento caer sobre mi frente, me hablan por vos. Oíd mi confesión postrera, ya que tanto os compadecéis de mí. He sido una gran pecadora. Antes de entrar en el claustro, apenas pensaba yo en Dios, porque todas mis esperanzas y todas mis ideas se habían concentrado en un hombre. Aquel hombre murió, y yo continué pensando en él todos mis días y todas mis noches. Yo entrelazaba flores, y formaba guirnaldas que dedicaba a su memoria durante el día, porque había inventado con él un idioma de las plantas sólo de los dos conocido. Yo me salía al aire libre durante la noche creyendo ¡insensata de mí! que la luna me reflejaría sus miradas, porque habíamos quedado cuando se separó de mí en mirarla entrambos durante la hora del recogimiento. Después la Virgen Pura tocó mi corazón, y creí oír la misma voz del difunto que me prescribía entrar en religión. En los umbrales del claustro solté mi última lágrima, y deposité mi postrera corona de flores. La voz se me apaga. Dadme un poco de cordial, padre mío.

Fui a buscarle, llené de él una cucharada, y la apliqué a su boca.

—Gracias —me dijo—, que así podré proseguir: no me abandonéis, padre mío, si os digo que hasta en el claustro he pensado en él. Cuando se ausentó de mí, el desgraciado no creía en Dios. Murió casi de repente. ¿Se ha salvado, me preguntaba yo a mí misma, o se ha perdido su alma para siempre? Y, en mis oraciones, me daban unos impulsos de desesperación que no me era dable contener. Yo veía en todas partes llamas voraces que le consumían, y él daba grandes voces, y era a mí a quien llamaba en su quebranto. ¿Para qué es orar si se ha perdido?, me decía una voz que me partía el alma. Entonces no tenía otro remedio que postrarme ante la imagen de la Virgen, y pedirle que me hiciese padecer a mí de todos modos y en todos los instantes, pero que a él le salvase en su misericordia y le perdonase. Y me parecía que la Virgen no me miraba sañuda, antes al contrario benigna, como si quisiese consolarme. Y ésta era mi lucha de todos los días. De modo que ¡pecadora de mí!, no hacía mas que caer, y levantarme en la gracia, y dar muy luego una nueva caída. ¡Ay! que no puedo más, padre mío, yo me arrepiento, ¡ay!

Enmudeció otra vez; y de nuevo, sin poder pronunciar ni una sola sílaba, fui por el cordial, se lo puse en los labios, y lo sorbió.

—Esto se acaba, padre mío —continuó—, se acaba, y todavía lucho con aquella imagen espantosa. Dios mío, qué contenta moriría yo si supiese que aquella alma no se había perdido. Padre, padre, ayudadme a pedírselo a la Virgen, y decidme en nombre del Dios de paz que muero perdonada.

Y no pudo continuar, sino que murmuró entre dientes algunas sílabas que sin duda eran la oración que a la Virgen acostumbraba elevar en aquellos momentos de prueba, y de la cual sólo oí las últimas palabras:

—Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza mía, salvadle, salvad a Manuel, mi hermano.

—Se salvó, se salvó, hermana Adela —exclamé yo en un transporte de que no fui dueño, viendo las angustias que aquel ángel pasaba—; Dios y la Virgen tuvieron misericordia del pobre joven y elevaron su alma en el momento mismo en que tenía delante de sí la mortaja; y le enseñaron el camino que conduce a la fuente de la vida. Si te ha hecho padecer, perdónale, hermana, como Dios te perdona.

Caí, diciendo esto, de rodillas junto a aquella cama que un día regué con mis lágrimas de arrepentimiento, y que ahora nuevamente bañaba con el llanto que en mi arrancaban la admiración por un objeto el más sublime, y el dolor por la más santa de las amarguras. Quedéme mirando a aquel serafín puro que iba desprendiéndose de su capa mortal, como de un peso enojoso que le impedía tomar su vuelo hacia las mansiones etéreas. No sabré verdaderamente cómo expresar el efecto que en su fisonomía produjeron mis palabras. Como si al parecer las oyese desde un paraje en donde estuviese ya libre de toda influencia terrena, aunque colocada entre el cielo y la tierra, escuchábame atenta, parada, con los ojos fijos en el techo, con los labios entreabiertos, estática,

contemplativa. Esta inmovilidad le duró hasta un buen espacio después que yo cesé de hablar, de manera que reinó en torno nuestro un silencio solemne. Rompióle al fin la moribunda.

—¿Habeis oído, padre mío? —me dijo casi exánime como si no fuese yo quien acababa de hablarle—; ¿habeis oído esta voz que ha llegado hasta mí y me ha llenado de consuelo? Otras veces la oí también; pero ahora está más cerca, porque también me voy acercando allá. Es la voz de mi hermano. Se salvó, por vos, Reina de los Ángeles, por vos se salvó mi hermano.

Y todavía, sin que el menor movimiento agitase sus labios, me pareció que en su interior una voz sorda, lejana, daba gracias a la Madre de las misericordias.

—Vida, dulzura, esperanza mía en el cielo, gracias, gracias.

Conocí que iba a exhalar el último aliento, y me levanté impelido de un deber sagrado a la vista de un cristiano moribundo.

—Adela —le dije en alta voz—, la Virgen Madre te espera con los brazos abiertos, y te está llamando: te absuelvo, hermana mía, en nombre del Dios de paz que te formó, y que ahora te quiere para sí. Cree en Dios, espera en Dios, ama a Dios.

Sus ojos, oyendo esto, se fijaron ya enteramente cristalinos, y su boca me pareció que iba a dar paso a una angelical sonrisa. No murmuró ni una sílaba, ni hizo el más ligero estremecimiento, de manera que su alma abandonó la sutil y terrenal cubierta sin esfuerzo ni fatiga. Se hubiera dicho que mi hermana dormía.

Incliné mi rostro sobre mi pecho, y recé: tuve valor y serenidad para rezar de pie, al lado de aquella cama, y delante de aquellos restos, todas las preces que la Iglesia ha dedicado a los difuntos. Cuando tuve valor entonces, no creo que me falte nunca. Yo estaba absorto, ensimismado, junto a aquella criatura inanimada, cuando creí oír a lo lejos una música que hacía resonar en los aires estrepitosos himnos.

«Será por ella —dije entre mí—, será por ella.» Y aquel son se fue acercando más fuerte, por instantes más animado, y lleno de una solemnidad tan terrible, que creí estar asistiendo al juicio postrero de aquella alma. Oyéronse voces descompasadas, furibundas, al parecer proferidas por los espíritus malignos que sentían haber perdido una presa inestimable.

—Luces, luces —decían unos.

—Al fuego, al fuego —exclamaban otros.

—Muera, muera —decía un conjunto de voces espantoso.

Vi entrar a Andrés pálido, desencajado, y se echó en mis brazos despavorido.

—Es una santa —dije yo a voz en grito, como si estuviese defendiendo a mi hermana—; es una santa.

—Quieren saquear la casa; buscan al piloto, y a su amigo —me dijo Andrés.

A estas palabras, que por el pronto no pude comprender bien, se siguió un estruendo formidable como si la casa se llenase de gente que en ella por todas partes se precipitaba. Entraron en aquel aposento algunos hombres armados, con los brazos desnudos, y la cabeza descubierta, chispeando furor sus ojos. Andrés cayó a mis pies de rodillas. Yo me sentí animado de un fervor ardiente que ahora no puedo explicarme.

—Miradla —dije—, tendiendo mis brazos sobre los restos de Adela.

—Miradla —repetí, dando a mi voz toda la extensión que pude—; es el cadáver de una santa.

Aquellas apariciones monstruosas se habían detenido a dos pasos de la cama, y vi que sus armas se bajaban, y sus facciones quedaban suspensas.

—Hay un muerto —dijo uno de aquellos hombres retrocediendo.

—Hay un muerto en esta casa —dijeron todos sus compañeros alejándose.

Y la música, con que las turbas recorrian las calles celebrando su triunfo, y los gritos que daban para que los vecinos sacasen luces a las ventanas, y los alaridos contra los remisos en hacerlo, se fueron alejando también gradualmente.

LXII.
Penetro de nuevo en el convento.
¿En dónde os halláis, hermanos míos?

Cuando cesó el estruendo y la vocería, vi a Andrés y a su mujer postrados junto a la cama, teniendo cada uno apretada en sus manos otra de las de Adela, y cubriéndola de besos y de lágrimas.

—Esta santa monja —dijo Andrés—, nos ha salvado lo poco que tenemos.

—Llevaremos luto por ella —dijo su mujer—, y le haremos los funerales como si fuese una hermana nuestra, y la colocaremos en el nicho de mi propia madre.

—¿Ves, mujer —repuso Andrés—, cómo la caridad tarde o temprano halla su recompensa? Sin la fatiga que nos tomamos de conducir hasta aquí a este ángel de ventura, ¿qué fuera en este momento de nosotros?

—Y a vos, padre Manuel —me dijo su mujer levantándose—, también a vos os ha salvado, porque a no ser por ella os hubieran conocido sin remedio. Sentaos, padre, que estáis muy conmovido; tomad unas gotas de este cordial, e idos a descansar. Yo velaré el cuerpo.

—No hay descanso para mí —le respondí—, esta noche. Ponedme algún alimento, y este éter, y cordial, en una cestilla, que voy a salir.

—¿A estas horas, Dios mío, y por esas calles?

—Es preciso, absolutamente preciso.

—Si entráis en el convento —me dijo Andrés al oído—, no podréis salir de él, porque algunos furiosos se han dado cita para registrar esta noche todos sus escondites.

—¿No salí de él ayer —le respondí—, con la ayuda del cielo?

En el tono de mi voz conocieron los dos esposos que mi resolución era irrevocable. Colocaron en una cestilla lo que yo les pedí, sin que a mi parecer olvidase nada de cuanto podían necesitar el piloto y su compañero.

—¿Hay alguien en la puerta del centro? —pregunté a Andrés.

—En este momento no hay nadie —respondió—, pero no será así dentro de poco.

—Obre cada uno según su deber, y cúmplanse los decretos del Eterno —dije—: os encomiendo, amigos míos, esto —añadí, señalando la cama, pero sin tener aliento para clavar en ella mi última mirada.

—Descansad en nosotros —me dijo Andrés—, pero no os mováis hasta que os avise.

Y se asomó al balcón para asegurarse de que en aquel momento no pasaba nadie por la calle. Entonces me acompañó hasta la puerta.

—Dios vaya a vuestro lado —me dijo besándome la mano, y poniéndome en ella la cestilla.

En un abrir de ojos crucé el trozo de la calle que mediaba desde la puerta de la casa de Andrés hasta la del centro del convento. Ya no había allí puerta ninguna. Las tablas que en su lugar habían puesto las arrancaron aquella misma tarde, y yacían por el suelo destrozadas. Entré sin dificultad y casi a tientas. De nuevo pisaba yo aquellos umbrales, que no hubiera querido abandonar en mis días. No temblaba, no; llevaba seguro el paso, y erguida la cabeza, como un hombre que acababa de ver muy de cerca la muerte, y había sentido todo el escozor que puede causar su aguijón en los que la contemplan.

—A dónde vas? —me dijo alguno—, por aquí no pasa nadie.

Sin duda era un centinela quien de esta suerte me hablaba. No le vi, pero su voz me pareció poco segura. Me atreví a responderle con entereza.

—Voy a mi consigna.

—¿Traes otro cesto? —repuso la voz.

—Le traigo —respondí sin vacilar aunque lleno de asombro.

—Supongo —añadió— que en los manjares no habrás escaseado el arsénico. ¿Quién te ha dado la comisión?

—Esto se calla, hoy y siempre —respondí esta vez estremecido.

—Bien dicho. Pues colócale en paraje en donde le encuentre la fantasma si es que el hambre llega a hostigarla.

Adelantéme entonces sin obstáculo, y el corazón me daba saltos pensando que el piloto estaba en peligro de haber encontrado la muerte allí en donde hubiera buscado la vida. Esta vez fue acaso la primera que encontré largos aquellos corredores, y sombrías las góticas arcadas de los claustros. Hubiera querido llamar a los dos perseguidos por si acaso andaban errantes por aquellas vastas soledades, o permanecían escondidos entre algunos escombros; y lo hice en voz tan baja que casi yo mismo no la percibí:

—Hermanos míos, ¿en dónde os halláis, hermanos míos?

Pero sólo el murmullo del viento, que agitaba las ramas de los arbustos que en mitad de los claustros crecían, respondió a mi voz. Subí y bajé, no sé cuántas escaleras, registrando el piso inferior y los superiores; estuve escuchando junto al coro, en una de las puertas del templo, en el huerto, en la enfermería, en las más apartadas celdas; y en todas partes con apagado y sordo acento repetía:

—Hermanos mios, ¿en dónde os halláis, hermanos míos?

Convencíme por último de que sólo en las catacumbas podía el piloto haber hallado un asilo seguro para su moribundo compañero. Encaminéme a la gruta, y con mucho tiento abrí la puerta que conducía a los sepulcros.

—Hermanos míos —dije—, ¿estáis ahí, hermanos míos?

—No hay más que uno aquí —me respondió esta vez el piloto.

—No es posible —le dije—: ¿y el padre de Enrique en dónde le dejaste?

—Aun está caliente.

—Dios mío, ¿habré llegado tarde? —exclamé sintiendo que se me partía el pecho.

Llevaba yo en el cesto lo que necesitaba, y encendí luz, y logré poder mirar en torno mío. El piloto permanecía en pie, arrimado contra los nichos de la pared, y a sus pies yacía su compañero en medio de un charco de sangre.

—El otro día —me dijo el piloto—, cuando yo descubrí este subterráneo, y en él te pregunté por tu compañero, como tú me has preguntado ahora por el mío, «¡hele ahí!» me dijiste enseñándome un cadáver. «Hele ahí», te he de decir yo asimismo, enseñándote el suyo.

Incliného con el corazón oprimido, y sin escuchar al piloto, sobre el padre de Enrique, y apliqué mi oído a sus labios, y mi mano a sus sienes y a su pecho.

—Madre soberana del Eterno —dije juntando las manos—, haced que abra los ojos, ya que es tiempo todavía.

Sentí en lo más hondo de aquel pecho una conmoción penosa, y me pareció que de sus cárdenos labios salía un hálito de vida casi imperceptible. Hice oler a aquel hombre el mismo frasco de éter que había dado unos instantes de vida a Adela; apliqué a sus labios una gota de aquel cordial que ella misma me había pedido; y esperé unos instantes llenos de ansiedad y de zozobra.

—Tiene vendada la herida? —pregunté al piloto.

—Vendada la tiene —me respondió—; está ahí en la tetilla derecha.

Oyendo esto, le arranqué la venda de golpe, y vi que todavía brotaba sangre.

—Aun no está en la presencia del Dios Juez —dije.

Y de nuevo le acerqué el éter, y mojé su lengua con otra gota de cordial.

Entonces oí salir de la garganta del moribundo un sordo quejido, y vi agitarse ligeramente sus ojos vidriados.

—Hermano mío —dije aplicando mi boca a su frente—: ¿no es verdad que queréis mucho a vuestro pobre Enrique?

Y viendo que quería agitarse, y hacer un movimiento para hablar, continué:

—Pues en su nombre, y con sus inocentes lágrimas, os pido que no queráis privarle del consuelo de que algún día pueda abrazaros en la morada de Dios. Aun os queda un soplo de vida para reconciliaros con aquel que de ella es la fuente. Bástale a Dios un momento, un instante solo de contrición verdadera. No os canséis en querer hablar. Basta que apretéis con la vuestra mi mano para que yo conozca que me queréis decir lo que yo desee. ¿No es verdad que os horroriza la idea de estar en la eternidad separado de vuestro hijo querido? ¿No es verdad que sentís de veras las ofensas todas que hasta este momento habéis hecho al Dios omnipotente? ¿No es verdad que perdonáis a cuantos os ofendieron, como yo sé que os perdonó también aquel anciano sacerdote a quien el otro día sacrificasteis, y a quien sentís en el alma haber sacrificado? Dios de las bondades infinitas, loado seáis por siempre. Hermano mío, este apretón de mano que me dais os abre el cielo. Ya oigo y entiendo la confesión que murmuran vuestros labios. Ya leo en vuestra tierna mirada todo cuanto de más contrito tiene el arrepentimiento. Ya sois un hijo amado de Dios vuestro padre. Él os quiere, y en vuestro amor en la tierra, en vuestro querido Enrique, os dará la recompensa. Volad, alma absuelta y purificada de sus manchas, volad arrepentida al seno del Eterno.

—Ha muerto como un cristiano —dije levantándome y mirando al piloto.

—Yo no podré vivir, ni morir como a tal —me respondió secamente.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque no creo —me respondió.

—Tampoco creía yo, y ya creo. A mí me toca ahora dar sepultura a tu compañero, como tú la diste al mío. No podemos perder un minuto porque Enrique nos espera.

Recé un responso sobre aquel cadáver; y levantándolo entre el piloto, y yo, lo colocamos en un nicho junto al del padre José.

LXIII.
El cataclismo. Dos enterrados en vida.

Pero, en el instante mismo en que depositábamos el cadáver en su última morada, la pared del fondo del nicho se abrió con estrépito, y oímos sobre nuestra cabeza un ruido tan espantoso que nos pareció que las catacumbas y el templo subterráneo se venían abajo. Y si no lo hicieron, se conmovieron a lo menos tan violentamente como si un temblor de tierra los sacudiese con ímpetu incontrastable. Yo me estremecí, y el piloto se puso pálido como la cera.

—Las catacumbas rechazan a mi amigo —me dijo.

—Jamás —le respondí— la tierra consagrada al descanso de los fieles rechazó a los que murieron en la paz de Dios; otra será la causa de esta conmoción espantosa. Hagamos la prueba en otro nicho.

Colocamos el cadáver en otro nicho sin que se reprodujese aquella especie de cataclismo, y le tapiamos con tierra humedecida, en la cual escribí el nombre del finado y el día de su muerte.

—¿Te parece que pongamos un epitafio? —pregunté al piloto.

—Tú sabes más que yo —me respondió—, pon lo que gustes; era el amigo de mi infancia.

—Yo pongo este: *«Un instante le bastó para abrir los ojos, llorar, y morir creyente.»* Ahora indaguemos qué es lo que ha podido causar el trastorno de poco ha.

El corredor de las catacumbas no presentaba ninguna ruina; el templo subterráneo estaba también intacto; sólo el nicho en que colocamos el cadáver se había abierto interiormente a causa sin duda del grande desquiciamiento que en el convento o en la iglesia alguna causa desconocida había motivado.

—El huracán —dije—, ha devastado la superficie de la tierra sin dañar sus entrañas; es preciso para ver los estragos salir al aire libre.

—Como tú quieras —me respondió el piloto—: ayer era yo el fuerte, y mandaba; hoy soy el débil, y obedezco. Sin embargo, iré delante por si hay peligro; tú debes morir el último.

Abrimos la puerta de la gruta, y nos internamos en ella a oscuras.

—No puedo dar un paso —dijo el piloto—. Aquí hay escombros que no había.

—Ni este ambiente es el que yo aquí respiraba —respondí yo.

—Todo esto es tierra recién removida —dijo él.

—Probemos por este lado.

—No me es posible andar.

—Por aquí, pues.

—Tampoco, tampoco: la gruta está enteramente obstruida. Se habrá desplomado parte del convento, y tenemos cerrada la salida. ¿Qué haremos, Manuel?

—Probar si es posible abrirnos paso.

Lo probamos en efecto, y debimos estar trabajando algunas horas, escarbando la tierra, separándola del fondo en donde estaba la salida, y colocándola a un lado. No teníamos otro instrumento que nuestros brazos. Trabajamos sin abrir los labios, ni para animarnos mutuamente, ni para proferir una queja, sumido cada uno de nosotros en las meditaciones que los acontecimientos de aquel día, en ellos tan fecundo, le sugerían. De mí sé decir que a veces desperté como de una especie de letargo, y tuve que hacer un esfuerzo sobre mí mismo para recordar lo que estaba haciendo. Al cabo de mucho tiempo de un trabajo infructuoso, el piloto me dijo:

—Esta tierra se reproduce, y cuanta más sacamos, en más cantidad y con más fuerza se desliza sobre nosotros. Me siento bañado en un sudor, y no puedo más. Prefiero mil veces habérmelas con la peña dura que no con esta argila floja y desmazalada que cediendo me aniquila.

—También yo me siento rendido —le respondí—: lo que hacemos es inútil.

—Vámonos pues al fondo, y a dormir con los peces. Sin embargo esta faena me ha abierto el apetito. Voy a probar algún bocado de mi cesta.

Volvimos a cerrar la puerta, y nos sentamos en el corredor de los sepulcros: saqué mi cesta y la presenté al piloto.

—Veamos antes la mía —me dijo levantando del suelo otra cesta—. Aquí hay carne asada, buen jamón, un pedazo de ternera, algún dulce, una bota que huele a añejo, y una botella llena de agua. Prefiero mi cesta a la tuya. Probemos.

—Detente —le dije—, ¿de dónde has sacado esta cesta?

—Supongo que Andrés la dejaría en el primer claustro, pues en medio de él la encontré.

—¿Has probado nada de ella?

—Hasta este momento no he sentido hambre.

—Suéltala, pues, y piensa en el nuevo beneficio que Dios te dispensa. Esta cesta no la puso Andrés en el claustro; la dejaron en él tus perseguidores para darte sin peligro una muerte segura.

—Pues mira —respondió el piloto con mucha flema—, que esto huele más a buen fiambre que a veneno, y este dulce a excelente almíbar, y esta bota a malvasía. Sin embargo, será preciso recurrir a tu cesta. Veamos. Pan y queso, y algunas pasas; agua, aceite para la lámpara, y nada de vino. Refrigerio de cenobita. ¿Para cuántos días crees que habrá ración preparada? Hagamos seis partes: estas tres son tuyas, y éstas son mías. Comamos hoy toda la ración, que mañana nos pondremos a media. El agua la mediremos a sorbos. Voy recobrando fuerzas, y me parece que, antes de resignarnos a morir de hambre dentro de tres días, podríamos calcular cuántos viajes deberíamos hacer con estas dos cestas para transportar toda la tierra de la gruta y los escombros del convento al interior del templo subterráneo.

—Manos a la obra —le respondí.

Vaciamos las dos cestas, y emprendimos la obra que el piloto había indicado. En la gruta llenábamos de tierra nuestras cestas e íbamos a vaciarla en lo mas profundo del templo subterráneo.

—Voy a llevar la cuenta de los viajes —dijo el piloto—: cada viaje meteré en este bolsillo una pasa.

Volvimos a guardar silencio, y al cabo de mucho tiempo le interrumpió mi compañero, sentándose en el suelo para tomar un poco de descanso, y diciéndome:

—¿Cuántos viajes te parece que hemos hecho?

—Veinte, según mi cuenta —le respondí.

—Veinte son las pasas que he contado —replicó: y ahora, cuánto tiempo te parece que hemos puesto en cada viaje, entre ida y vuelta, carga y descarga?

—A lo más cinco minutos.

—Este es también mi cálculo. Llevamos pues hora y media larga de un trabajo monótono y fatigoso, y estamos peor que estábamos, porque cuanta más tierra sacamos, más tierra va bajando por la gruta. En prueba de ello acabas de ver con cuánta dificultad he cerrado la puerta. ¿Te parece si será mejor que durmamos un poco? ¿Consientes? Pues voy a apagar la luz, y mañana será otro día. Elijamos primero litera. Esta que está vacía, al lado de mi pobre amigo, la elijo para mí, como tú elegiste la tuya al lado del que lo fue tuyo. No puedes equivocarte. Tu litera es precisamente la del centro; cuenta veinte nichos por parte, y en el veinte y uno te subes al cuarto piso. Me parece que he visto en tu cesta los chismes para encender lumbre. Es preciso ahorrar aceite. Buenas noches.

Diciendo esto apagó la luz, y se echó en su nicho.

—Supongo —añadió—, que todavía tardarás en acostarte, pues oigo que murmuras no sé qué entre dientes, y creo que estarás rezando. Reza también por mí.

—Mas que por mí mismo —le respondí—, pues no siento que los dos muramos, sino que tu mueras dos veces, y que no tengas el consuelo de poder orar.

—Por ahora prefiero dormir —me dijo.

Verdaderamente todas mis oraciones de aquella noche fueron porque Dios ablandase ese corazón endurecido que tan flemático se mantenía en medio de unos peligros que hubieran amansado a una fiera. Yo no podía comprender a aquel hombre, cuyo valor y sangre fría me eran conocidos, cuyos sentimientos delicadamente tiernos me habían mas de una vez admirado, y que sin embargo no se conmovía ni encontraba en su pecho una lágrima para ofrecerla a su Dios.

—¿Crees en la otra vida? —le dije en la obscuridad antes de acostarme en mi dura cama.

—Me parece que mi pensamiento ha de ser un poco más duradero que mi carne —me respondió—, pero no creo ni descreo en nada. Tengo sueño.

—¿Y no temes que de este sueño pueda nacer una eternidad espantosa? —insistí yo.

—Nada de espantos —me respondió con dureza—; si algún día he de adorar a Dios, será, no por temor, por amor puro.

LXIV.
Las rendijas. Estas piedras no tienen argamasa.
La Providencia. De rodillas, hermano mío, de rodillas.

Poco después conocí por su respiración que dormía profundamente. Era su alma de un temple extraordinario. Su sueño fue tranquilo, y sólo una vez le oí pronunciar el nombre de Enrique con tanta dulzura que no pude contener mis lágrimas, pensando en la orfandad en que este pobre niño, faltándole nosotros, quedaría sumergido. Yo no pude dormir. Mi nicho estaba pegado al del padre José, y era el mismo en donde quisimos depositar primero los restos del padre de Enrique, y que se abrió en su fondo con el estruendo del desquiciamiento que sobre nuestras cabezas habíamos sentido.

Al echarme en él me pareció que el aire era allí más frío que en el fondo del corredor subterráneo, y a la verdad me era grata una especie de fresca brisa que allí dentro acariciaba mi semblante. Pero luego me pareció extraño que por las grietas que el estremecimiento del edificio había abierto en el fondo del nicho pudiese llegar hasta mí una corriente de aire más puro que el que en las catacumbas se respiraba; y para cerciorarme de que no era preocupación mía lo que sentía, apliqué una mano con mi aliento humedecida a la más ancha de las rendijas que en la pared había. Realmente sentí frío en la parte de la mano que tapaba la rendija. Hice distintas veces la prueba, y obtuvo siempre el mismo resultado. No me era dable ya dudar que por las grietas del fondo de aquel nicho entraba aire en las catacumbas.

Acordóme entonces de las últimas palabras de mi anciano amigo moribundo. Aquellos subterráneos tenían una entrada, y una salida. En mis inútiles tentativas anteriores, yo buscaba la salida en la columnata de debajo del templo; ahora me parecía más natural buscarla en el corredor de los sepulcros, y en los nichos de la derecha que caían hacia la parte de oriente. Entre ellos el que yo ocupaba era la litera central, como la llamaba el piloto, y además la más alta. Pesando en mi mente estas consideraciones, me convencí de que acaso tenía a mi lado la suspirada salida. No quise sin embargo turbar el sueño del piloto, y a mi vez me quedé dormido.

Cuando desperté vi luz, y llamé a mi compañero, a quien vi sentado al pie de mi nicho.

—¿Qué haces? —le dije.

—Hago lo que haría si estuviese en capilla: como mi ración, y va la segunda. Mañana será la última.

—Eso será como Dios quiera.

—Dichoso tú que esperas. Para mí ninguna esperanza existe. Una sola pasión he sentido en mi vida, y tuve que renunciar a ella. Odiaba a tus compañeros, y por poco mato en tu anciano amigo a un hombre digno de vivir, y en ti a un hermano. Creí que los que a mi lado clamaban contra vosotros, iban como yo sin intención segunda, pero luego vi que eran hombres sedientos de botín y solapados. Tenía un camarada de la infancia, y me ha dejado. Y por complemento de desengaños te arrastro a ti en mi desgracia. Lo que yo quisiera sería acabar de golpe en un día de negra cerrazón, picando palos, o haciéndose astillas mi buque: pero pudrirse uno encalmado, cuando tiene fuerzas para luchar es insoportable. Estoy para pedirte que me dejes tapiado en una de esas literas. Ahora dime, Manuel, respondiendo a tus mismas palabras, ¿qué puede querer Dios contra lo que estamos viendo?

—En lo pasado —le dije— estudio lo futuro. Quisiste salvar a mi anciano amigo, y en premio de este deseo pudiste llegar hasta aquí y abrazar a un hermano que creías haber perdido para siempre.

—No lo niego, fue una dicha que siguió a un buen deseo.

—Defendiste ayer honrosamente la existencia y la hacienda de unos desconocidos. Te persiguieron, y hallaste aquí un asilo seguro.

—Pero murió mi camarada.

—Tu camarada, manchado con sangre, se deslizó en la suya propia, y por la bondad eterna murió abrazado y bendecido de los mismos que creía odiosos; mientras que querían cebarse en su agonía atrozmente los que antes le parecieron amigos estimables.

—Cierto que siguió una expiación a un sacrificio.

—Y dime ahora: si te anunciasen que iba a morir sin remedio de muerte natural un ser en quien hubieses puesto todo tu cariño, ¿no desearías ardientemente que nadie turbase el sosiego de sus últimos momentos, para que al menos en una calma envidiable diese al cielo su postrer aliento? ¿No te parece que darías tu sangre toda para evitar que aquel ser cayese en manos de los que quisieran convertir sus horas de tranquila despedida en un horroroso martirio?

—¿Y quién podría querer otra cosa?

—Pues atiende a que, sin el dedo de la Providencia que te indicó por asilo este lugar sagrado, hubieras ido a buscar uno en tu posada, en donde hubieras perturbado los instantes postreros del ángel en quien un día pusiste tus pensamientos y tus afectos todos.

—Explícame esto, Manuel —exclamó el piloto levantándose de improviso como si hubiese sentido una conmoción eléctrica—. ¿Quién ha dado ayer su postrer aliento además de mi camarada? ¿Quién es el ángel de quien dices que sin saberlo he impedido que nadie turbase su despedida de la tierra?

—Ya sabes, amigo mío, que ayer nada fue respetado. El espanto penetró hasta en las mansiones de las vírgenes consagradas al Eterno. Andrés y su mujer salvaron a una de esas desventuradas criaturas a quienes se les arrebataba la paz del alma. Venía enferma, y moribunda, desde la noche de la quema. Estaba sin sentidos, y este éter se los hizo recobrar por un instante; no movía ya los labios, y este cordial la devolvió por momentos el uso de la palabra. Sin embargo no pudo conocerme. Pero yo, al través de un velo de catorce años, conocí al querubín en su angelical melancolía; yo recogí las últimas palabras que en paz, a ti debida, pronunció mi hermana Adela.

—Manuel, Manuel —dijo el piloto con acento terrible—, salgamos de este calabozo de muerte; busquemos donde quiera una salida, una salida. Quiero ver sus restos, quiero cerrar yo mismo su sepulcro. ¿En dónde habrá por aquí una salida, una salida?

—Acerca esa luz, hombre incrédulo, para quien no existe la Providencia, y cuya vida, cuyos pensamientos, cuyos afectos mismos los crees hijos del acaso. Acerca esta luz. Ponla aquí, junto a esta rendija. ¿Quién la agita? ¿Por qué se separa a uno y a otro lado como si luchase con el viento? Mírala bien, desventurado. Cuando colocamos aquí el cadáver de tu compañero, dijiste que le rechazaba la tumba: y era otra vez la mano de Dios que no quería que cerrásemos nosotros mismos nuestra única salida.

—Manuel, tú deliras, y te ha afectado como a mí aquella muerte.

—Empuja estas piedras que no han estado jamás unidas con argamasa.

—Ésta ha cedido.

—Y ésta también.

—Y todas ceden, Manuel, todas ceden; y dejan detrás un espacio libre. Esto está minado. Ya estoy dentro; es preciso andar a gatas. ¿Me sigues, Manuel?

—Déjame antes colocar estas piedras como estaban.

—Sí, amigo mío, y perezca con nosotros este secreto. Sígueme, ahora, sígueme. El aire que aquí se respira me alivia. ¿Has contado los pasos?

—Cincuenta llevo contados.

—Íbamos —dijo el piloto—, en dirección al este. Escuchemos. Las olas debieran dejarse oír por este lado. Sin embargo no se oye nada.

—Confianza en Dios, y adelante.

—Una pared de piedra nos cierra el paso. Era esto un nicho doble, y muy profundo, y nada más. Volvámonos, Manuel, que esta vez la erraste.

Acerquéme a aquella pared, lleno de asombro, y sentí que el sudor de mi frente se enfriaba.

—¿Tampoco —dije al piloto—, te dicen nada esas piedras? ¿Descubres acaso vestigios de argamasa entre piedra y piedra? ¿Puedes concebir que el que abrió hasta aquí este camino lo hiciese por el solo placer de tocar estas húmedas piedras? Toma una de ellas separada sin esfuerzo.

—Tú hablas como piloto práctico —me dijo.

—El Dios que lee en mi conciencia sabe que dos horas ha me era tan desconocido como a ti este camino: separemos estas piedras.

—Poco cuesta: ya están separadas. En este otro lado no hay un camino horizontal, sino una rampa muy estrecha. Pasa delante, que yo esta vez volveré a colocar las piedras en su asiento. Ya están. Subamos por esta rampa. Cuenta los pasos por si hemos de volver atrás: diez pasos. Es lo que tiene de ancho la muralla. Otra pared nos cierra de nuevo el paso. Y estas piedras son mas gruesas. Manuel, detrás de ellas oigo el mar que se estrella contra las rocas. Apartemos una piedra. Aquí hay doble hilera de ellas. Esta me cuesta mucho apartarla; dame un golpe de mano. Es el mar, el mar. Hay estrellas. No hay luna; todavía no ha salido la luna; no son las diez. No habrán cerrado el portillo de la puerta de mar.

—Despacio, amigo mío, despacio que no nos oiga ningún centinela.

—Y si nos oyese, Manuel, ¿no te acuerdas de Calasans? Como allí te salvaría a nado.

—No quites más piedras —le dije—, esta abertura basta.

—Déjame pasar primero. Me temo que estas piedras no podrán sostenerme. Dame la mano. No encuentro fondo.

—Dios mío, Dios mío.

—Esta pared es muy alta. Estoy pendiente. Voy a caer sobre las peñas. Sosténme, sosténme, o sostén las piedras.

—Amparadnos, Virgen madre, amparadnos.

—Calla, que ya logré apoyar mi pie en un resquicio.

—¿Y no hay otros a los lados para tus manos?

—Silencio, Manuel, que veo brillar en la muralla el fusil de un centinela.

—Vuelve a subir, y escóndete.

—Ya apoyo una mano en otra rendija. A la derecha las hay varias. Y se baja bien. Ya llegué al fondo. Pasa tú, no te detengas; hazte a la derecha. ¿Qué estás haciendo?

—Pongo las piedras como estaban.

—Baja ahora, apoya un pie en mi mano. Dame los brazos, Manuel, y estréchame en ellos con toda tu ternura. La Providencia no podía dejarte perecer a ti que eres bueno y puedes ser útil a los hombres.

—De rodillas, hermano mío, de rodillas sobre esas peñas. Mira cómo centellean sobre nuestras cabezas innumerables estrellas; mira cómo se agitan unas tras otras las olas; oye cómo suspira junto a nosotros una cosa que no se ve, y sin embargo se siente y se respira, y es el aire que

da vida a millares de millares de seres. Así el que nos sacó de la nada, sin dejarse ver, se hace sentir, y conserva infinidad de especies y de familias.

—Ya le siento, Manuel, le siento en lo admirable de tus sentimientos, y le adoro.

—Jamás como en aquel momento derramé tan tiernas y consoladoras lágrimas. Cuando por encima de las peñas llegamos a la puerta del mar, el portillo estaba abierto todavía, y un cuarto de hora después dos cristianos oraban de rodillas junto a un ataúd en donde acababan de ser colocados los restos de Adela para ser trasladados a su última morada.

LXV.
La borrasca cede por el pronto.
Anuncio de otros días tempestuosos.

A aquella borrasca tremenda, que tronchó por su tallo tantos cedros centenarios y tantos rosales florecientes, sucedió por el pronto una calma muerta: pero los cedros quedaron derribados, y los rosales esparcidos. Yo vi desaparecer de mi convento hasta las ruinas.

Errante y proscrito tuve que andar por extraño suelo. No sé cómo fue que un día volví a mi patria en la cual la Providencia me tenía deparadas nuevas y durísimas pruebas. Mi pluma tiembla al pedirle que trace en el papel lo que por mí pasó en esotros días tempestuosos. Yo me hallé en los campamentos. Yo vi dos huestes de hermanos unos contra otros concitados, que deseaban mutuamente destruirse; vi formarse del barro unas figuras colosales, y dominar, y sucumbir; vi nacer reputaciones, y crecer, y envejecerse en un día; vi unas como mangas colosales levantar y mover en los lagos de mi patria un grande escarceo, dar espanto a las gentes, y luego resolverse su furia en viento vano; vi en fin la muerte en todas sus fases, muerte política, muerte justiciera, muerte voluntaria, muerte buena, muerte airada, muerte de gloria, muerte de miseria.

Y lo que fue de escasa importancia lo vi abultado en cien impresos, y lo que mereció ser escrito, no lo he leído en ningún libro. ¿Quién escribe esos libros? me pregunté. ¿Cómo es que los que tienen noticias no las propalan y publican, supliendo aquella falta? Yo las tuve, y escribí, día por día, lo que por mí pasó, y aquello de que fui testigo, *Quœque ipse miserrima vidi*. Algunas veces dejé la pluma para dar suelta al agua de mis ojos, y a los suspiros de mi pecho.

Entonces no encontraba alivio más que en la lectura de los escritos de mi hermana, que sor Marta entregó a la mujer de Andrés: en ellos me pareció que el manto de la religión encubría y suavizaba los dolores del alma[4]. Si algún día, que acaso no está muy distante, dije para mí, llego a dar a luz todos esos nuevos manuscritos, los que los lean creerán tal vez que son parto de una fantasía acalorada. Se engañarán. Algunos artistas pintaron, bien lo sé, la verdad desnuda: mas no porque la pinte yo decentemente vestida, y más o menos engalanada, dejará de dar buen testimonio de los hechos positivos.

FIN

4 Los manuscritos de sor Adela de que se habla aquí, se publicaron por primera vez en diciembre de 1856 con el título de *Mi claustro*. (Nota del editor.)

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*

471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*

421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*

371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros…*
363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*

321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*

271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*

221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*

171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*

121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*

71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*

21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)